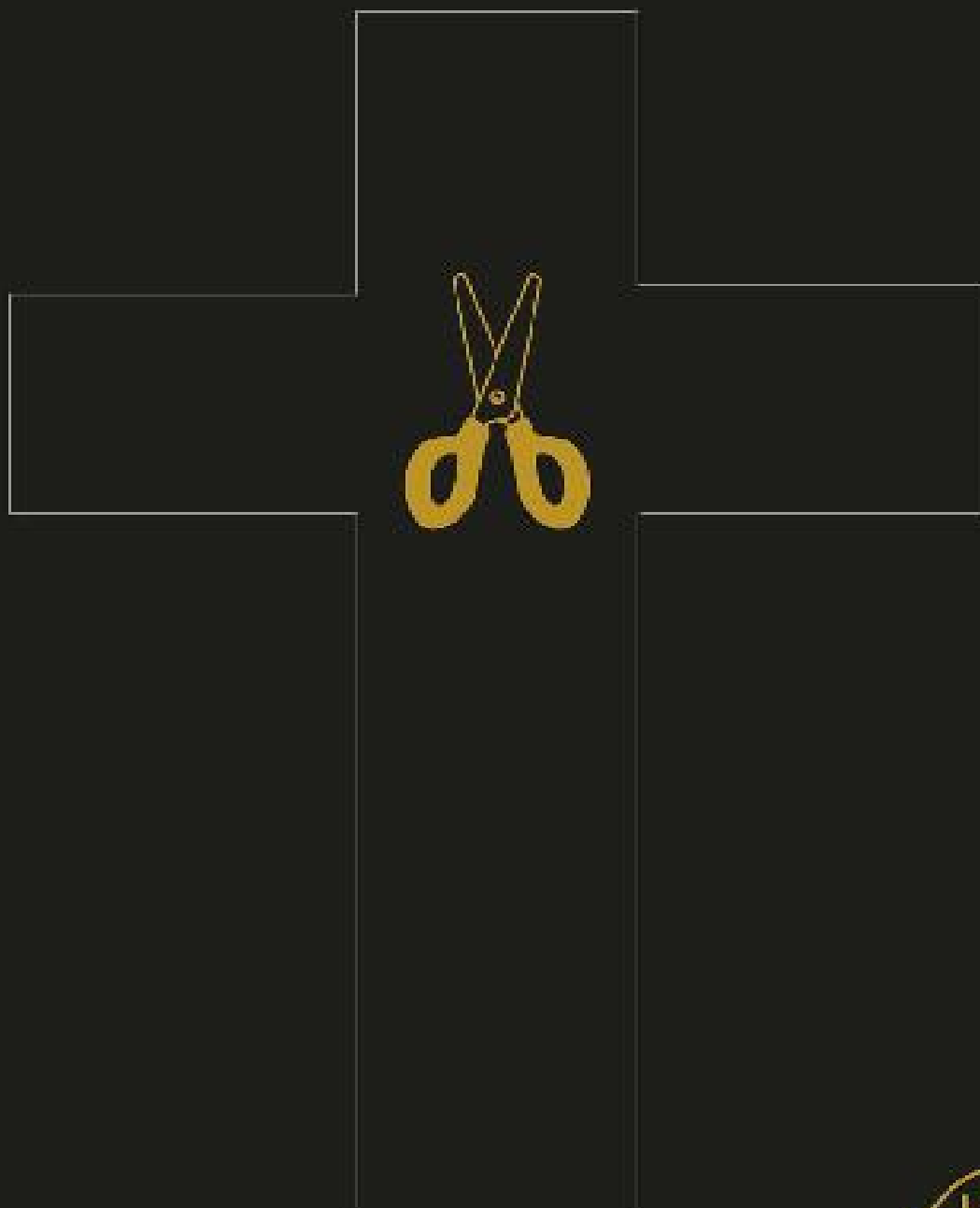


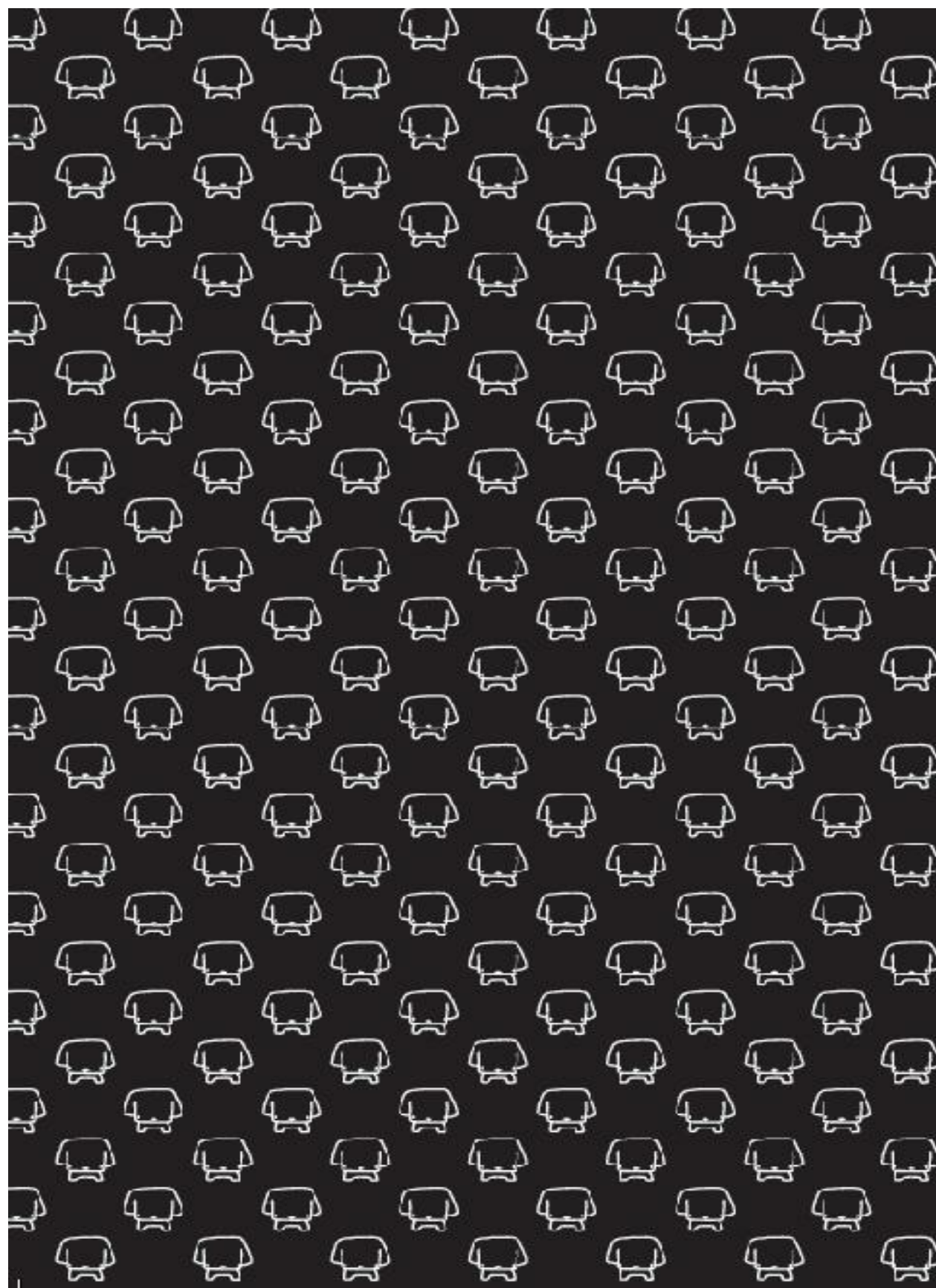
Elisa Victoria

EL EVANGELIO



NOVELA





La perrita Blackie desentrañó pronto el secreto de la eterna juventud:
cuidar de la niña que llevaba dentro. Y era fácil, porque la niña
que llevaba dentro también la cuidaba a ella.

ELISA VICTORIA

El Evangelio



Índice

Portada

El Evangelio

Créditos

Lunes. 4 de diciembre de 2006

Martes. 5 de diciembre de 2006

Jueves. 14 de diciembre de 2006

Lunes. 15 de enero de 2007

Martes. 16 de enero de 2007

Viernes. 19 de enero de 2007

Sábado. 20 de enero de 2007

Lunes. 22 de enero de 2007

Miércoles. 25 de enero de 2007

Martes. 30 de enero de 2007

Lunes. 5 de febrero de 2007

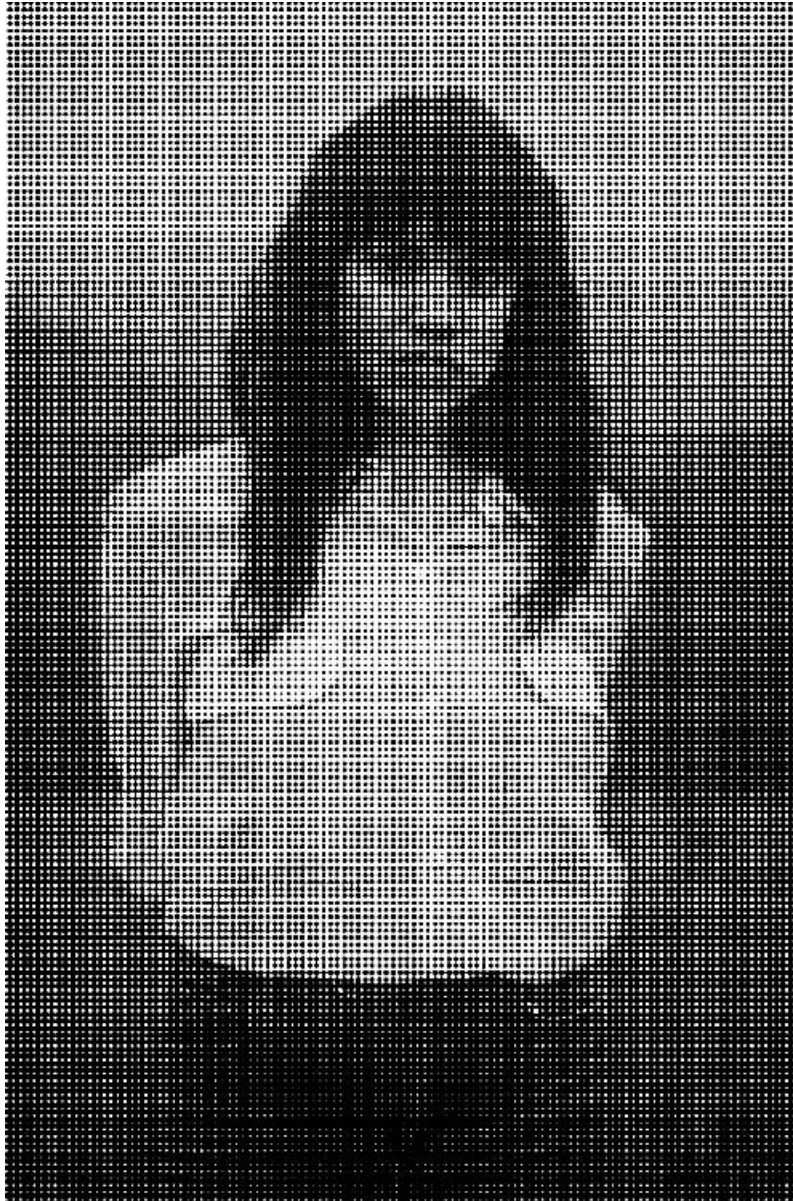
Miércoles. 7 de febrero de 2007

Martes. 13 de febrero de 2007

Lunes. 19 de febrero de 2007

Martes. 20 de febrero de 2007

Miércoles. 21 de febrero de 2007



Elisa Victoria (Sevilla, 1985) ha vendido pizzas y hamburguesas con gorra roja, estudió Filosofía y Magisterio en Educación Infantil y escribe compulsivamente desde la pubertad. En 2013 publicó *Porn & Pains* y en 2018 *La sombra de los pinos* con Esto no es Berlín. En 2019 Blackie Books editó su primera novela, *Vozdevieja*. Ha colaborado en diversos medios como Kiwi, El Salto, *La nueva carne*, *Tentaciones*, Verne, *Cáñamo*, Vice, Tribus Ocultas, El Butano Popular, El Estado Mental o *Primera Línea*. También ha participado en multitud de fanzines y proyectos colaborativos como Diario ultrasecreto de Honey, Hovering, Fango, El Moyanito, La Villa Luminosa, Las simples cosas, Clift o Una Buena Barba y las antologías *El Gran Libro de los Perros*, *El Gran Libro de los Gatos*, *Hijos de Mary Shelley*, *Erotismo desviado*, *La familia*, *Hijos de Sedna* y *Frankenstein resuturado*. Imparte talleres literarios, le encantan los cómics, la música electrónica, las muñecas Chabel y que haga frío. Alimenta entre diez y treinta gatos al día. A todos les ha puesto nombre, conoce las particularidades de cada uno y actúa en consecuencia.

Diseño de colección y cubierta: Setanta

www.setanta.es

© de la fotografía de la autora: Joaquín León

© del texto: Elisa Victoria, 2021

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024 Barcelona

www.blackiebooks.org

info@blackiebooks.org

Maquetación: Newcomlab

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978-84-18733-29-1

Todos los derechos están reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

*Al arroyo,
a las higueras,
al olivo
y a todos los niños muertos
empezando por Joaquín.*

Lunes

4 de diciembre de 2006

Cuando se acerca la fecha de mi cumpleaños me fijo en los productos que caducan ese día. Abro el frigorífico con las manos limpias. Me gusta hacerlo todo con las manos limpias. Cojo un yogur de fresa que se va a marchitar conmigo el jueves de la semana que viene. Yo cumpliré veinte años y él morirá si no me lo como antes. Se parece a mí, joven y fermentado. Lo consumo de pie con cierto afecto caníbal bajo la luz fluorescente de la cocina. Mi amiga Gloria no soporta verme engullir de esta manera pero son las siete menos cuarto de la mañana y ella no llega hasta menos diez. Arrojo el vasito de plástico a la basura y corro al cuarto de baño. El despertador me sonó a las cinco y cuarenta y seis pero estuve posponiendo la alarma casi veinte minutos hasta que me arrastré a la ducha. Goro me sigue a todas partes entusiasmado, enorme y patoso, con una manta en la boca que agarra cuando está contento. Es negro, peludo, su cabeza me llega por las costillas y se llama así en honor a un personaje enorme mitad humano mitad dragón del *Mortal Kombat*. El nombre se lo puso una vecina que cuando el perro tenía seis meses y no paraba de crecer dijo que no podía con él. Mi madre se lo trajo a casa y ha vivido con nosotras desde entonces, hace ya ocho años. En algún momento empezamos a decirle Bobo y el Goro ya rara vez se menciona.

—Tranquilo —le susurro cerca del morro—, mi madre te saca en un rato.

Me mira alegre con las pestañas negras, le doy un beso en los bigotes largos y aprovecha para chuparme la humedad de la cabeza. Tengo el pelo todavía mojado pero hay prisa, no puedo terminar de secármelo. Entro en mi habitación, me siento en la cama y me pongo las botas. Son marrones y me quedan un poco grandes. Casi todo me queda un poco grande. Entre las opciones que me da este tamaño, el bajo presupuesto que manejo y las constantes oscilaciones de un estilo a otro suelo tener una pinta bastante despareja. Junto a la luz encendida de la mesita de noche identifico una goma de pelo que me enrosco en la muñeca para luego, por si acaso. Hacer tantas cosas antes del amanecer me sigue sobrecogiendo. No sé qué habría sido de mí todos estos años de obligaciones forzosas sin Goro. Lo quiero como no he querido nunca a nadie. Me recojo un par de mechones sobre las orejas con unas horquillas frente al espejo del baño, me lavo los dientes, inspecciono encías, poros y canas tempranas y clavo los dedos cinco segundos contra la loza fría del lavabo intentando asimilar la realidad antes de salir a la calle. Esquivo mis ojos en el espejo porque a veces me atrapan y me arrastran a un pozo oscuro como un hechizo fulminante, sobre todo cuando aún no ha salido el sol. Si dejo que me engulla ese infierno negro mi cara se convierte en otra cosa a la que apenas soy capaz de enfrentarme. La amenaza queda sumergida en un torbellino de eficiencia. Corro a comprobar que en mi mochila va todo lo necesario, agarro la trenca vieja que me pongo cuando me siento avergonzada de mí misma y bajo al encuentro de Gloria que espera fresca y puntual en la puerta de mi casa. Va muy emperifollada para no ser ni de día. Ella estudia Enfermería, yo Magisterio Infantil y las dos vivimos muy lejos de nuestras respectivas facultades. Cada una tiene que coger dos autobuses. El primero es el mismo, para el

segundo nos separamos. Esta rutina es tan habitual que no requiere ninguna aclaración. Por la mañana suelo estar de mal humor y a veces me tiro todo el trayecto callada. Ella nunca está de mal humor y le resbalan por completo mis negatividades. Siempre deseé una amiga como Gloria. Acepta mis manías sin fricción, es rápida, elocuente y no me ha fallado ni una vez. Lo único que le da rabia de mí es la forma en que me como los yogures con prisa. Es muy poco. La observo con detenimiento y admiración. Yo rara vez soy capaz de soportar la jornada en esas condiciones de incomodidad. Cuando lo intento para el mediodía tengo el maquillaje derretido, las costillas podridas y las plantas de los pies en llamas. Pero entiendo que le guste. En clase, donde no me llevo del todo bien con nadie, me suelen expresar aceptación si llego pintada o peinada a conciencia o con un vestido bonito. Como si me dijeran que así sí, que por ahí es el camino, lo que significa que el resto de los días desaprueban mi imagen limpia pero no lo bastante cuidada, y la colchoneta de las buenas notas hace tiempo que se deshizo bajo mis pies. A Gloria esto no le pasa, ella encaja en cualquier parte, con buenas notas o sin ellas. Es ingeniosa, huele a frutos del bosque y siempre sale del paso. Hoy estoy nerviosa. El viernes no fui a clase y seguro que me miran raro. Si faltas a menudo la cosa se complica. Se me está volviendo a ir de las manos. Todas las mañanas me prometo a mí misma mientras me lavo el pelo que voy a conseguir enmendar la situación pero no termina de cuajar nunca.

—¿Nos vemos luego en el Bershka? —pregunto para huir de la ansiedad mientras caminamos a paso ligero. El Bershka nos coge cerca de la parada de autobús en la que volvemos a unir nuestros caminos de regreso al barrio y quedar a la una y media significa que me voy a saltar las dos últimas horas, lo que a medio plazo me va a provocar más ansiedad. No es fácil encontrar equilibrios eficaces.

—Sí, claro, a la una y media.

—A la una y media nos tendríamos que estar despertando.

—Ya, yo de chica me imaginaba a esta edad levantándome tarde en un cuarto con terraza y una cama de agua en medio, pero este es el mojón que hay y hay que comérselo.

—Pues me da coraje y lo tengo que decir porque si no reviento.

Gloria se enciende el cigarro que le quedaba del fin de semana cuando llegamos a la parada de autobús.

—No me vayas a echar el humo que a esta hora ya sabes que me da fatigas.

—Tranquila que tengo cuidado.

—No sé cómo puedes fumar tan temprano.

—Yo qué sé, me ayuda a aguantar el tirón.

—Claro, eso lo entiendo, igual si lo hiciera yo también me iría mejor.

—No te lo recomiendo pero la verdad es que a mí me funciona, las cosas como son, por lo menos en vez de saberme la boca a mierda me sabe a cenicero. ¿Tú qué prefieres, comerte un mojón o un cenicero?

Le hago llegar mi comprensión ante el dilema asintiendo con la cabeza sobriamente. Gloria ha aprendido a manejar las proporciones que a mí se me escapan con enorme destreza. Sabe cuándo puede faltar a clase y cuándo no, se entiende con la gente de su facultad, está bien considerada por sus profesores, trabaja conmigo en el Telepizza y le quedan fuerzas para maquillarse por la mañana y llevar el wonderbra clavado en las costillas durante el día entero. Yo me siento como si llevara viva un millón de años, como si me hubiera fosilizado y gracias a la

ciencia me hubieran resucitado una y otra vez cada otoño, una especie de monstruo con los miembros podridos bajo una capa tersa de piel barata. Suspiro y miro a mi amiga fumar a las siete de la mañana sin perder la frescura que la caracteriza, lozana y rebullente como un melocotón en julio. Gloria es pálida, corpulenta y se ha teñido el pelo de muchos colores pero ahora mismo lo lleva como la princesa Aurora de Disney. Me saca un palmo de presencia y también de actitud. No podría mantener su consistencia ni dos semanas. Su compañía resulta casi tan decisiva para mi supervivencia como la del perro. Antes de que apareciera me llevaba bien con algunas compañeras pero la falta de relaciones más estrechas me llenaba de desdicha. En agradecimiento desplegué mi arsenal de recursos y le escribí cartas, le hice retratos, le saqué fotos y le regalé calcetines estampados durante años. Ya nunca dibujo pero lo demás lo sigo haciendo. Cómo podría levantarme a esta hora infernal si no supiera que ella se está rizando las pestañas a las seis y media de la mañana para pasar a buscarme. Tengo comprobado que si no soy capaz de levantarme y le mando un mensaje diciendo que siga su ruta sin mí luego el día está gafado. Los jueves y los viernes se me dan particularmente mal. Pero hoy es lunes y si algo traen los lunes además de un ambiente tétrico y castigador es la esperanza de las promesas renovadas. Esta semana me portaré bien, esta semana conseguiré encauzar mi futuro, a partir de esta semana todo mejorará y se estabilizará. Gloria apaga la colilla contra un poste y la tira a la papelera. Me quedo mirándola deseando su positividad y su fuerza. Si Gloria se queja de algo es que la cosa está bien jodida. Me hace sentir llena de excusas. El mundo tampoco es lo que ella esperaba, la carrera también se le atravesó en primero, los tíos con los que se cruza son más maleducados todavía que los que se cruzan conmigo y aun así el año pasado aprobó catorce asignaturas y parece que este año va a conseguir terminar Enfermería limpiamente. Seguro que le habría resultado más fácil si no hubiéramos coincidido nunca. Todo le iba mejor antes de andar conmigo. Nos conocimos a los dieciséis años cuando llegó nueva al instituto con una actitud consolidada de chica popular. Para Educación Física se ponía un chándal de terciopelo con dos coletas, le pedían salir esos pocos chicos que ni son feos ni las suspenden todas, sacaba incluso mejores notas que yo, se llevaba bien con sus padres. Y de las quinientas personas que podía haber elegido para andar por ahí decidió que yo era su favorita. A costa de aquello tuvo que empezar a soportar también los mismos rumores, escupitajos y humillaciones que me acechaban a mí. Pese a que sus condiciones vitales se habían visto desmejoradas, jamás se lamentó de las consecuencias de mi compañía. Su elección se mantuvo firme. Tal vez porque para ella es una decisión, podría escapar en cualquier momento. Me pregunto si se quejaría en mi pellejo, si estando aquí dentro le parecería que la cosa está lo bastante jodida como para necesitar decirlo en voz alta. Por qué tiene que ser mi pellejo tan incómodo. Ella se puede alejar cuando quiera, soy yo la que no tiene escapatoria. No podría darle ese disgusto a mi madre.

—Qué arte tienes, Glori, ojalá pudiera yo tener tanto arte.

—Mira, Eulalia, ni yo tengo tanto arte ni tú tienes tan poco, lo que pasa es que yo por la mañana me esfuerzo por hacerme un café y espabilarme y me pongo guapa y tú tienes una mala hostia que no te aguantas ni tú.

Eulalia es mi nombre pero solo suena cuando pasan lista en clase y cuando mi madre y Gloria se ponen serias. El resto del tiempo soy Lali, y mi amiga en concreto se puede referir a mí como cabezona, cabecita, chorla, sencillamente cabeza o algún otro nombre que le cuadre como Eugenia o Carmen. Me empezaron a llamar Lali desde el nacimiento, lo que ha desembocado en

lela un millón de veces. Me identifico con esa palabra, Lali, pero es como si fuese el nombre de otra persona más dulce y amigable que yo. De algún modo es doloroso que solo apelen a mi identidad más pura para meterme en cintura o reprocharme cosas. No sé si que me estén llamando Eulalia antes de que amanezca el lunes es un buen augurio para el enderezamiento de la vida que venía planeando.

—Ya, eso es verdad, es que cuando me levanto estoy fatal —contesto escurriendo el bulto.

—¿Y qué te crees, que yo no?

—Pero es que me da mucha ansiedad el café.

—Otra vez con la ansiedad.

—No sé, prima, me cuesta mucho esta mierda, soy floja, me quiero quedar acostada.

—Una cosa te digo desde ya, si te quieres organizar mejor tienes que echar menos tiempo quejándote porque si no se te va el día.

Me apoyo en la marquesina y me acuerdo de cuando empezamos a hacer este camino hace dos años con incertidumbre, mucho colorete y la enorme ilusión de ser universitarias, la forma en que eso perdió pronto el interés para volverse también miserable. En la parada hay esperando unas diez personas y se acerca cada vez más gente. El cielo empieza a clarear pero sigue siendo de noche y aquí estamos, unos duchados y perfumados, otros recién caídos de la cama, carpetas, uniformes de limpieza, maletines de polipiel. Algo me dice que el tipo de gente que madruga tanto para coger un autobús remoto cada día tiene que ser por fuerza desgraciada. Tal vez no sea así, pero la verdad innegable es que todo el mundo tiene muy mala cara. Hasta Gloria, acicalada y brillante, ofrece su versión más gris. Hay gente a la que ahora mismo están preparando desayunos espectaculares si es que les apetece levantarse, que les lavan y les colocan las sábanas de seda sin que tengan siquiera que pensarlo, que un chófer los lleva directamente adonde tengan que ir. Señoras en tacones caros como un año de alquiler de mi casa que apenas pisan la calle porque casi nunca salen de su circuito cerrado de ascensores y suelos pulidos capaces reflejar unas bragas de encaje. Existe esa realidad mientras nosotros esperamos el autobús en este barrio muerto y lejano, igual que hay gente que vive sin ducha y sin dinero para zapatos de rebajas. Tal vez la gente que me rodea en la parada no está pensando justo eso porque andan absortos en sus agendas particulares, igual que Gloria, pero sus semblantes reflejan el sentimiento de todas formas. Por lo menos hoy no hemos perdido el autobús ni hemos tenido que correr para cogerlo. Nos asomamos cada diez segundos a la avenida para ver si aparece con las carpetas apretadas contra el pecho mientras amanece y tratamos de poner en común nuestros planes de la semana. Coincidimos en el Telepizza el martes, el viernes, el sábado y el domingo, siempre por la noche. Yo además tengo que ir por las tardes a hacer unos cumpleaños el martes y el jueves porque nadie más quiere y, claro, a mí me gusta estar con los niños aunque suden tanto. La mayoría son bonitos y tiernos, pero muchos de ellos han aprendido a despreciar al servicio de atención al cliente por mera imitación.

El autobús llega hasta arriba y nos apretamos de pie contra una ventana. Gloria se quita el abrigo porque se toma muy en serio los cambios de temperatura y no quiere tener frío al salir. Durante el trayecto hablamos poco pero intercambiamos montones de miradas llenas de significado sobre las molestias propias de la situación. En cuanto nos bajamos en Los Arcos todo se vuelve difícil y las incomodidades pierden la gracia. Me escuece que nuestros destinos se separen. Corro hacia otra parada a la que ya llega mi segundo autobús. Ella mira cómo me voy

mientras se vuelve a meter en el abrigo con destreza bajo el primer tono amarillo de la mañana que hace juego con su pelo. A la una y media nos reencontraremos, para entonces mi cara estará grasienta como el quejido de una gaviota envuelta en petróleo y la suya seguirá mate, suave, recién coloreada con lápices Alpino. Son las siete y media. Hay que aguantar seis horas. Voy a llegar a tiempo para la clase de Didáctica. Verme ahí sentada a las ocho en punto junto a la casi totalidad de las ciento veintidós compañeras y dos compañeros me hará sentir que lo estoy consiguiendo. Apenas he faltado este cuatrimestre, pero donde yo digo apenas esa gente piensa que soy una impresentable. Me acuerdo de los malos estudiantes que conocí en el instituto, cuando yo lo tenía todo controlado. Pensaban que no lo estaban haciendo tan mal, que igual se libraban, cansados y aburridos, cantando o jugando al fútbol con todas sus fuerzas, fantaseando con escapar de allí gracias a algún talento oculto. Me parecían ingenuos e incluso ridículos entonces y ahora ese mismo yugo está aquí para castigarme. Algunos de ellos merecían desprecio porque eran tan perezosos y ególatras que nada les acababa yendo bien y descargaban la ira tratando de triunfar sobre lo que fuera, y a menudo eso era yo. Es posible que yo sea una perezosa y una ególatra pero jamás se me ocurriría tratar mal a mis compañeras. Me he convertido en otro tipo de fracasado escolar. El que se sienta al fondo, habla poco, falta mucho, tiene una vida paralela que nadie conoce y trata de aprobar solo a base de conseguir el temario y acudir a los exámenes pero acaba suspendiendo por puro despiste, por no haber presentado tal trabajo o no haber asistido a todas las prácticas. Por esos alumnos solía rezar, si es que se puede considerar un rezo el desearle a alguien un buen futuro con los párpados apretados y un puño contra el esternón. Quería que les fuera bien, que lo consiguieran pese a las injusticias del sistema necio que nos oprimía. La sorpresa es que el sistema sigue siendo necio y opresivo. Esperando a que llegue el profesor, tratando de dejar espacio en el pasillo para que pasen los estudiantes de Magisterio en Educación Física, la mayoría fanfarrones y dinámicos, me pregunto si alguna de las compañeras de alrededor reza por mí como yo solía hacerlo por las almas mansas y descarriadas, si alguna proyecta mi nombre en la cabeza con un acento celestial de Trebujena o de Écija deseando que encuentre energía para esforzarme un poco y adaptarme a las asignaturas más estrictas como hacen ellas. La materia es lo de menos, el problema es el profesor. Los hay maniáticos, deprimidos, tiesos, vengativos. Sé lo que quieren de mí y no es para tanto pero estoy tan cansada, de ocho a tres son muchas horas y se me hace eterno el camino. De repente, al llegar aquí y comprobar que era menos divertido e interesante aún que el instituto se me acabó la gasolina y no me da ni para hacer chuletas. Soy una caprichosa. A muchas de estas estudiantes les caen mal los mismos profesores que a mí y encuentran fuerzas para complacer sus gustos igual que yo las encontraba antes. No sé de dónde venían las ganas, creo que de una resignación muy abnegada y de morirme por acabar cuanto antes, como cuando friegas los platos muy eficazmente. Supongo que ya estoy harta de fregar platos. La beca que me concedieron también influyó bastante. Era la primera vez que tenía dinero y de repente entendí la forma en que los niños ricos se echan a perder. Tenerlo ahí y no gastarlo en libros, lentillas de colores o zapatos era muy difícil. No supe gestionar la vida más allá de la miseria. Observo a mis compañeras. Unas son ricas, otras son pobres, muchas han conservado sus becas desde primero. Hay melenas rizadas, mechas rubias y algunos cabellos finos y lacios recogidos en coleta. Me imagino cómo quedarían con otros estilismos. La mayoría de estas chicas vive en pisos destartados de los alrededores que pagan sus padres y su sueño es volverse al pueblo a trabajar rodeadas de niños y

formar una familia con algún buen muchacho. Vidas tranquilas y saludables. El profesor de Didáctica llega oliendo a after shave. Una vez me llamó a su despacho para decirme que un trabajo mío le había impresionado. En el instituto aquel tipo de apreciación era mi fuente principal de combustible y al llegar a la universidad casi nadie está dispuesto a fingir que le importas. Sigo su rastro hasta la puerta. Hay que decirles a los niños cosas buenas pase lo que pase. Todos hacen algo bien, solo hay que saber verlo. Si los desprecias están perdidos.

Mi buenaventura dura hasta tercera hora. Durante el cambio de aula, mientras espero mi turno para beber en la fuente y tratar de evitar el ataque de cistitis de media mañana, docenas de conversaciones animadas minan mi espíritu al mismo tiempo. Me pitan los oídos. Abandono mi puesto en la fila y me dirijo a la cafetería.

—¿Qué te pongo, preciosidad? —pregunta el camarero. Nos llama preciosidad a todas, se dirige a miles de preciosidades al día. Tiene buena intención pero detesto su costumbre.

—Una tila, por favor.

—Marchando, preciosidad.

Dejo setenta céntimos en la barra de aluminio y me siento con el vasito ardiendo en uno de los bancos que rodean la fuente del patio. Es un patio bonito, muy bonito. Me concentro en las flores, en la luz de la mañana, y consigo volverme sorda. Le doy pequeños sorbos al cristal gastado que tiembla sutilmente en mi mano derecha hasta que los estudiantes empiezan a dispersarse. Lo vuelvo a dejar en la cafetería tratando de evitar nuevos preciosidades y me apresuro hacia el aula donde el odioso profesor de Educación Especial está a punto de impartir la clase. Con un ataque de ansiedad continuo y punzante atravesado en el estómago apunto conceptos sueltos hasta la una, momento en el que al levantarme del asiento con alivio escucho hablar a un grupito cercano de las prácticas de enero. Las prácticas de enero. Que ya están los destinos confirmados. Que qué alegría. Sonrisas, abrazos. Madre mía, las prácticas de enero. Hace un mes que había que entregar la solicitud pero no hablo con casi nadie, se me ha escapado el asunto y ya han confirmado los destinos. En esta carrera hay dos periodos de prácticas que se llevan a cabo en centros escolares y tienen lugar entre enero y marzo. En segundo y tercero las clases se suspenden, te vas a un colegio de verdad a aprender bajo la tutoría de un maestro de verdad que tiene que ponerte nota. Luego te toca escribir una memoria bastante detallada sobre la experiencia, un profesor de la facultad la evalúa y con las dos notas se hace una media. Estos combos se consideran lo más importante de la carrera. Puedes elegir en qué colegio concreto se va a desarrollar mediante un formulario pero no sé qué significa no haberlo entregado. ¿Me habrán asignado un destino aleatorio de todas formas, tendré que verme suplicando en alguna ventanilla de aquí a un rato, quedará excluida del proceso, es este acaso mi derrape final? Las listas estarán publicadas en internet y en la entrada de la derecha. Necesito volver a sentarme en el patio un momento pero no tengo mucho tiempo. He quedado con Gloria. Consultar la lista en el tablón será más sencillo que ir a mirarlo en un ordenador, los ordenadores suelen estar muy solicitados y son muy lentos. Solo un momento en el patio antes de afrontar la situación. Solo un momento.

El año pasado me acordé de entregar la solicitud, vaya si me acordé. Quería cumplir la fantasía de hacer las prácticas en el mismo colegio al que asistí de pequeña. El recuerdo del lugar se había convertido en una bruma imprecisa de dimensiones distorsionadas, mapas defectuosos, emociones contradictorias. Así que antes de que ocurriera merodeé impaciente la verja que rodea

el patio para entrenar. Aquellas visitas furtivas no solo sirvieron para confirmar que se trataba de un emplazamiento real y no una pantalla del *Silent Hill*. Me fijé en la furia con la que los niños salían al recreo cuando sonaba el timbre, la sumisa desesperación con la que volvían a ponerse en fila para volver a entrar, en lo que pasaba en cada rincón mientras duraba la extraña fiesta del descanso. Me imaginé dentro, un elemento más como lo fueron las maestras de prácticas que estuvieron ahí de enero a marzo cuando yo iba cada día con la mochila pesada como un enorme caparazón lleno de libros en la espalda. Recordé la forma en que adorábamos aquella juventud fresca, cercana y sabia, aquel entusiasmo por conocernos, la tristeza de la pérdida cuando se marchaban para no volver más.

Aunque durante aquellas visitas fantasmales no pretendía entablar relación con nadie, algunos niños se acercaron a investigar a la alambrada por curiosidad. Hacía frío y estaban a punto de darles las vacaciones de Navidad, así que cualquier minucia podía desembocar en euforia. Aún no tenía mucha experiencia tratando con niños pero sabía que me gustaba su compañía, que entendía su forma de pensar, que a menudo habíamos sido capaces de brindarnos sosiego mutuamente de alguna manera. Durante el cuarto recreo que pasé observando una alumna de preescolar me pidió que metiera una mano por debajo de la valla y me la cogió riendo, contenta de romper cierta ley difusa y de comprobar que las dos éramos de verdad, calientes y suaves. Yo podía haber sido mala y pasarle un caramelo envenenado o arrancarle el brazo como el payaso de *It*, pero le acaricié las uñas diminutas conmovida y la dejé ir cuando ella quiso soltarse para seguir corriendo hacia otro lugar. Aquel encuentro físico me ayudó a construir cierta confianza. Han pasado muchas cosas desde entonces pero todavía no he dejado de pensar en su mano rechoncha bajo el amable sol del invierno.

Poco después comenzaron las prácticas y me dediqué a recorrer aquel edificio de nueve a dos durante semanas. En algunas cosas había cambiado y en otras no. Yo seguía viviendo cerca y me venía bien pero sobre todo lo había elegido porque quería volver a entrar por aquella puerta cada mañana, volver a ver las clases desde dentro, la forma en que la luz se filtraba por las ventanas, colocarme frente a los niños desde la pizarra y sostener mi propia mirada en el pupitre diez años después, proporcionarme en diferido las atenciones que nadie fue capaz de brindarme a través de esa carne nueva que no era mía pero que podía haberlo sido. Quería hablarme a mí en el mismo y exacto lugar del universo en el que había estado mi cuerpo en desarrollo, generar cierto conjuro que nos curara a todos a la vez. Desde el primer día supe que el hechizo era un éxito. Ponerme en cuclillas junto a sus pupitres y ayudarles a seguir viviendo teniendo en cuenta las peculiaridades de cada situación concreta era como una droga. A todo el mundo le gustan las prácticas en Magisterio, es un periodo alegre y provechoso, lo mejor del curso. Para mí esa deseada experiencia fue igual de intensa y emocionante que para los demás pero también me di cuenta de dos cuestiones inesperadas: que los colegios dan más miedo aún del que pensaba y que los niños me gustan más de lo que pensaba, lo que dio lugar a conclusiones dramáticas que me llevan quitando el sueño nueve meses como un embarazo complicado.

Durante las prácticas de Magisterio, sea cual sea la especialidad, tu función es observar, coger notas, aprender de la experiencia ajena, tomar contacto con el alumnado, ayudar a dar atención personalizada. Durante la primera tanda de prácticas todo el mundo tiene que aprender lo que es la educación primaria desde dentro, se considera algo esencial, el epicentro del sistema escolar, y en la segunda cada uno lleva a cabo las prácticas dedicándose a su especialidad. Un

miedo muy común es que te toque una clase de quinto o sexto en la primera ronda porque en los cursos más avanzados de primaria ciertas materias llegan a niveles que se nos han olvidado por completo. Casi nadie en mi clase de Magisterio sabe dividir con decimales, empezando por mí. No tengo ni la más remota idea y el dato me desconcierta. Pasé por ahí, cogí vicio y lo ejecuté durante años. Supongo que en algún momento dejó de hacerme falta y lo saqué de la cabeza para meter otra cosa. El otro gran miedo es que en el colegio asignado te toque algún tutor sieso porque será la persona encargada de guiarte, compartiréis multitud de jornadas y te pondrá nota. Yo temía bastante las dos cosas porque no sé dividir y porque entenderme con la gente nunca se me ha dado bien. Con la primera incógnita tuve suerte, me tocó una clase de segundo de primaria. Me parecía una edad interesante y fácil de abordar psicológicamente. La segunda cuestión resultó bastante más tormentosa. Entre mi tutora de prácticas y yo se llegó a generar una tensión muy ácida. Su tosquedad generalizada y su falta de sensibilidad me sacaban de quicio y ella, al sentir que de mí no emanaba la admiración esperada sino cierta indignación mal camuflada, empezó a rechazarme de vuelta. Nada hubiera deseado yo más en aquella situación que adorarla, que aprender de sus pasos, pero me lo ponía muy difícil.

En pocos días me di cuenta de que casi no sabía nada de los niños más allá de si solían acabar las tareas a tiempo o no. Era dura con ellos, distante, aburrida, impaciente, poco comprensiva. No le importaban en absoluto los intereses y talentos de cada uno, no los potenciaba, no los celebraba, no se daba cuenta de que algunos eran demasiado creativos como para concentrarse en labores tan anodinas, de que los niños que no hacían los deberes correctamente por cualquier motivo tenían valor y merecían también cariño, atención y respeto. Gritaba sus nombres y apellidos de manera acusadora, se quejaba sin parar de lo mal que lo hacían todo. A mí me dolía presenciarlo sin poder hacer nada, así que trataba de pasar el máximo tiempo posible con ellos reforzando sus virtudes. A los siete años la mayoría de ellos tenían ya forjada la conciencia de que el colegio era un lugar hostil al que estaban obligados a ir y de que no servían para nada. Muchos de ellos eran dulces y atentos, mostraban magníficas dotes para el dibujo, la lógica, la música o la comunicación y poseían un sentido del humor fresco e ingenioso que la maestra no dejaba de reprimir. Para ella, si no habían acabado la labor asignada a tiempo, eran todos la misma basura. Si algo palpita con plena certeza en mi pecho desde entonces es que aquellos niños no eran basura y no merecían ser tratados así. Se me partía el corazón. Para justificarse ante el juicio al que se sabía sometida, me hablaba todos los días de lo bien que le había ido el año anterior con su alumna de prácticas. Yo visualizaba perfectamente a aquella alumna bienintencionada y servil, incapaz de percibir ciertos horrores como la gente que camina sobre el mundo sin llegar a preocuparse del todo por nada hasta que a su alrededor llega alguna desgracia concreta como una multa, un robo o un cáncer. No nos cogimos ningún cariño. Me la imaginaba hablando mal de mí frente a sus amigos y familiares, la mala suerte que había tenido este año con la de prácticas, que solo le interesaba consentir a los niños y no se dignaba a aparecer ni un día por la sala de profesores a la hora del recreo. Siempre estaba en el patio. Los niños revoloteaban a mi alrededor como pajaritos y se me olvidaba que tendríamos que morir entre angustia y dolor algún día. Durante aquella media hora brillaba el sol o brillaban las nubes, estábamos juntos y las cicatrices se me cubrían de tiritas. A los maestros de guardia encargados de vigilar el recreo les parecía bien porque les ahorra trabajo. Es curiosa la forma en que casi todos odiaban estar allí. Se morían de pereza, se acercaban a los niños solo por obligación si

había algún altercado. Yo los adoraba, a todos. Me veía capaz de conseguir que los tímidos se sintieran seguros, que los inquietos se centraran en asuntos sanos, que los que albergaban instintos perversos reflexionaran y encontraran formas menos dañinas de materializar su maldad. No era realmente tan poderosa pero estaba ciega, embriagada por la brisa de sus diálogos llenos de giros inesperados y la belleza de sus rostros puros. Soñaba con ellos y me despertaba con la inmensa ilusión de volver a verlos, de saber cómo había evolucionado cada historia.

Creo que me propasé de algún modo. Nos hicimos amigos. No, fue más que eso. Me volví una auténtica adicta a su compañía y creo que ellos a la mía también. Se supone que eso no debe ocurrir, que no es recomendable, y lo entiendo. Hay que mantener la autoridad y para eso es necesario cierta distancia. Pero también me parece que te respetan más cuando sienten que te preocupas por conocer cómo son y brindarles un bienestar personalizado, cuando sienten que tú los quieres. A la larga tal vez mi teoría esté plagada de agujeros. Suena un poco sectaria, pero recuerdo haber prosperado más cuando me sentía escuchada y querida por mis profesores. Cada niño tiene un lenguaje que se ha ido moldeando a lo largo de muchos siglos, atravesando a sus ancestros, formándose en su situación única y concreta. Hay que tener la flexibilidad para aprender a hablar cada uno de esos lenguajes, no empeñarse en que todos los niños acaben hablando el tuyo, porque el tuyo tampoco es universal por mucho que se ciña a un currículum escolar. Creo que podría ser buena maestra, pero aquella experiencia fue igual de solitaria e inconexa que las demás a nivel adulto. Mi tutora me consideraba poco rigurosa porque cuando pasaba por las mesas me centraba más en averiguar y festejar quiénes eran los niños que estaban allí sentados que en procurar que terminaran la labor encomendada. Y eso no podía ser. Yo era joven e inexperta pero había llegado deseando venerar a mi maestra y ella solo había conseguido sembrar en mí la más profunda desesperanza. Hubiera bastado con que fuese cálida y amoldable para que saliese bien, pero que su falta de finura saliera a la luz tan a menudo me terminaba de sacar de quicio. Se inventaba datos básicos sobre la marcha. Sé que a veces lo hacía con buena intención, como cuando confundió a los niños afirmando que el aire y el agua y las piedras estaban tan vivas como el resto de los seres vivos haciendo incluso una vaga alusión a la presencia de Dios en ellas. Es obvio que trataba de transmitir conciencia ecologista, pero fomentar el animismo a esas edades me parece bastante peliagudo. Se trataba además de un colegio público y laico donde la religión era un asunto opcional. Aquel día observé desconcertada la escena y me limité a tomar notas con el culo dolorido de pasarme la jornada sentada en aquel pupitre de tamaño infantil junto a su mesa. El día en que les dijo que el algodón se obtenía del pelo de las ovejas incluso algunos niños contrariados sabían que la información era errónea, así que le comuniqué a base de murmullos que los niños tenían razón, que de las ovejas obtenemos la lana y que el algodón sale de una planta. Se mostró muy molesta. Me gritó delante de toda la clase que me estaba tomando demasiadas libertades, que la labor de la alumna de prácticas debía limitarse a la observación, que los niños estaban bajando el nivel por mi culpa, que solo se acercaban a mí porque les pasaba la mano, que pusiera más empeño en aprender de ella que era para lo que yo estaba allí. Todos enmudecimos. Resultó muy violento. Tuviese o no razón, humillarme así frente a ellos, a gritos rabiosos, fue un acto repulsivo.

Ese mismo día, a última hora, tenía planificada una de las tres actividades de mis prácticas y había ido con un montón de cartulinas de colores y dibujos hechos por mí. El fin era estudiar diferentes familias de animales y clasificarlas por grupos a través de una manualidad. Apenas me

dejó hablar. Explicando cosas sobre los mamíferos acuáticos de repente se enzarzó con el tema de las orcas, que según ella habían sido llamadas injustamente ballenas asesinas cuando eran inofensivas y todo era fruto de una confusión porque al parecer habían sido muy perseguidas por el ser humano, y se trataba de un error de traducción. Vale que las orcas han soportado crueldades pero nada tienen que ver con eso. Callada de pie a su lado con la vista clavada en mis propios dibujos recortados y pegados por los niños deseé que el suelo se abriera bajo mis pies sobre el océano Pacífico, que el agua oscura me engullera y que una pandilla de orcas me recibiera frotándose las aletas, que me clavarán los dientes por turnos pasándose mi cuerpo como una pelota, que acabaran por fin con aquel sufrimiento. Tras el altercado de la mañana no podía volver a contradecirla o la cosa se hubiera puesto fea. Notaba que de alguna forma su actitud suponía un desafío deliberado, que estaba arriesgando a posta para ver si yo era capaz de volver a dejarla por mentirosa. Me fui a casa escondiendo las lágrimas detrás de las gafas de sol, aplastada por el sistema educativo. Lloraba por mí y por los niños, que éramos la misma cosa.

Recuerdo a mis buenos profesores, flexibles y humanos, considerados con cariño por la mayoría de quienes pasaron por sus manos y en malas relaciones con sus compañeros de la junta de evaluación, cutres y envidiosos. Algunos profesores se pelearon por mí con los más rancios y resultó una ayuda crucial. Si no se hubieran tomado la molestia de conocerme y pensar que yo valía la pena mi vida habría sido más desgraciada. Hay mucha gente resentida y frustrada en esas juntas que decide pagarlo con los alumnos. Si el sistema te desaprueba de esa forma lo menos que puedes hacer es desaprobarte tú también el sistema. A veces la pérdida de fe tiene un resultado positivo. Muchos adolescentes se vuelven autodidactas, se montan un plan B realista y de repente tienen ventaja. Cómo tiene que ser cruzarte con un profesor que no dio un duro por ti, que te prejudgó y te condenó, desde la prosperidad del camino que te has tenido que inventar sin su ayuda cuando su trabajo era ayudarte a encontrar ese camino. Cuántos profesores arruinan cada año un centenar o dos de vidas porque estaban pasando por un divorcio complicado. Los alumnos son sagrados. No se les miente, no se les culpa, no se les pierde, no se les contamina. Ver cómo tantas reglas se rompen es mucho más difícil que hacer pizzas por cuatro euros la hora. No sé si voy a tener el valor necesario. A veces aprecio mi trabajo sencillo por muy poco que me paguen porque me permite permanecer escondida. Pero es duro lo mal que te tratan también con la gorra roja del uniforme. Quisiera hacer la cuenta de cuánta gente piensa que soy tonta y no valgo nada cada día. No era esto lo que esperaba. Esperaba respeto, orden, éxito, capacidad para manejar la situación. Supongo que hace diez años me pregunté con tanta ansia cómo sería de mayor que cualquier resultado iba a ser decepcionante. Es difícil complacer a una niña tan sedienta. Durante un tiempo estuvimos enfadadas aquella niña que ahora me mira acusadora desde las fotos y yo. Me esfuerzo sin parar en plantarle cara y recordarle que no es tan fácil desde aquí. Cuando tienes doce años te imaginas conociendo continentes a los veinte con la belleza explotando y la cartera llena de billetes pero el dinero no te lo empiezan a pintar cuando cumples dieciocho. Conocer continentes es muy caro o muy sucio, no hay término medio, y yo sin una buena ducha cerca me subo por las paredes. Vivo en el mismo barrio de siempre, estudio en la universidad de mi ciudad porque no tiene sentido que me vaya a otra, y aquí solo hay un poquito que rascar en la Alameda de Hércules los fines de semana, que encima está de obras y no

hay quien la transite. Lo único que ha cambiado es que ahora paso horas y horas podridas en el autobús y que si me peino y me pinto y me pongo los zapatos de tacón que me hacen suficiente daño puedo entrar en la discoteca hortera de la Cartuja que yo más quiera.

Dos estudiantes a las que llevo observando un par de años cruzan el patio frente a mí con paso manso y seguro. Una en chándal, la otra en vaqueros de campana, ambas con zapatillas deportivas y anoraks blancos hasta las rodillas. Adoro sus ceceos suaves mientras hablan de posibles planes para Fin de Año y me centro en sus cabelleras espesas. No sé si es verdad pero parecen tenerlo todo controlado. Su imagen me calma, mi propia percepción de la imagen me calma. Ponerme en su lugar e imaginar que alguien me mira como yo las miro resulta sedante, pero salen del patio dirigiéndose a la zona en la que descansan los tablones con los destinos de las prácticas y el desasosiego me vuelve a desbocar el pulso. Con la vista clavada en una flor saco mecánicamente un bolígrafo y un cuaderno cualquiera de mi cartera y, sin mirar lo que estoy haciendo, absorta en la flor a medio desenfocar, escribo al tacto «A mí nadie me va a salvar». Me quedo inmóvil, abrumada por el peso y la certeza de esas siete palabras que prefiero no mirar. Tengo tanto miedo de perder el norte dentro de este aislamiento que mi locura reside ahí, en vivir aterrada sujetando unas amarras gruesas y secas que nadie más puede ver. Cualquier detalle que escape a mi control puede hacerme sentir que la cuerda se ha deslizado unos milímetros quemándome las palmas de las manos. En esos momentos necesito quedarme más sola aún y reflexionar sobre lo que ha pasado para manejarme mejor en el futuro, tratar de afianzar lo aprendido como quien memoriza un camino de minas por el que va a tener que pasar mil veces más. Hay bombas que esquivar y neutralizar en las esquinas más insospechadas y yo a veces pierdo la destreza. La cuestión es que solo me explotan a mí porque yo permito que así sea. No sé cómo evitarlo. Debería centrarme en mi propia capacidad de ser detonada, tratar de desactivar eso en lugar de todas las bombas que en realidad no existen. Vivo en un círculo vicioso y mi única solución es rizarlo cada vez más.

A veces me descubro en las fotos con los puños apretados, clavándome las uñas de intentar sujetar tan fuerte mis propias riendas. En muy pocas en las que salgo sonriendo estaba de verdad contenta pero aprendí pronto que cuando haces lo que los demás esperan te dejan antes en paz. Entregar un boletín de buenas notas con una gran sonrisa hace que tu entorno se sienta confiado, reparte calma. Salvo contadas excepciones en las que sí estaba atravesando un momento de alegría explosiva, en general cuanto mayor ha sido mi sonrisa en un retrato mayor el desconcierto que estaba experimentando. En algunas parece que la boca dada de sí como una costura mal rematada se me va a rajarse por las comisuras. Creo que lo más terapéutico que he hecho en mi vida es aprender a controlar el proceso fotográfico desde que metes la película en la cámara hasta que cuelgas la imagen en la pared como una estampita. Ese juego con el tiempo me fascina. Enviarme saludos, desdoblarme y convertirme en alguien más que me observa y me cuida. Me gusta controlar las cosas, que se hagan a mi modo. Hacerme fotos es como cartearme conmigo misma, la primera afición a la que me agarré. Escribía para mí y me obligaba a no leer los textos hasta que se me hubieran olvidado. Me decía cosas agradables, cosas que pensaba que me iban a hacer ilusión, que iban a agitar mi corazón. Ver cómo se deslizaba la tinta por el papel me calmaba más que cualquier melena ajena reluciendo al mediodía. Trataba de satisfacerme con todas mis fuerzas. A veces lo conseguía. Otras el contenido me parecía pobre, predecible, poco cuidado. Así, presentándome a un examen del que dependía mi estado de ánimo, fui mejorando

la técnica. Desde este momento en el que tengo buenas herramientas y ya me he pasado lo más tedioso resulta muy frustrante que lo que más me apetecía resulte tan difícil. No tengo estilo ni propósito ni voz. Ahora no escribo más que frases sueltas y desesperadas.

Llevo desde niña intentando hacer algo bien como si eso fuese a dar sentido a mi vida. La primera idea fue el dibujo. Observar el movimiento de tus propias manos, preciso y sabio, mientras la imagen que está en tu cabeza se hace realidad. Siempre me pregunté frente a las obras de arte cómo se sentiría Velázquez haciendo lo que hacía, cómo se sentiría Goya, y se me rajaba el pecho porque esas personas han existido de verdad, había unas conciencias asomadas a aquellos ojos que movían aquellas manos y sentían el latir de su corazón como todos los que estamos aquí ahora. Yo quería conocer el sabor de la excelencia y estaba dispuesta a pagar con mi alma. Pero para recorrer los caminos que llevan a la excelencia, aparte de un alma sacrificada, hace falta mucho esmero, mucha paciencia y mucha fe. A mí me han fallado las tres cosas. Ahora hago pizzas. Bueno, ya no las hago porque con el tiempo he pasado de hacer pizzas a despacharlas. Me gusta estar en la caja. Me gusta hacerlo rápido y bien, con buenos modales, adaptándome a las maneras de cada cliente, vender mucho extra de queso imperceptible a base de sonreír sin tensión. Esa es la única excelencia que he conseguido alcanzar. En todo lo demás me he estancado.

No estoy preparada para ir a ver el tablón pero ha llegado el momento me guste o no. He quedado con Gloria en muy poco tiempo y la idea de que ella esté en alguna parte esperándome vuelve a ser el motor principal de este culo que se paraliza con tanta facilidad. Me levanto y enfilo hacia la derecha. La mayoría de la gente está en clase y el ambiente es tranquilo. Casi nadie me verá quebrarme y en las ventanillas habrá poca cola si todo se ha echado a perder y tengo que ir a implorar. Al dejar atrás el hermoso patio la oscuridad grisácea de la estancia me ciega y quisiera que mi vista no se restaurase nunca, ser incapaz de leer mi nombre en una lista, conseguir una pensión por discapacidad y quedarme en mi cuarto bailando con Goro con todo negro alrededor. Pero mis pupilas funcionan. Al menos tengo la fortuna de que con tantos tabloncillos es difícil localizar la información que a una le interesa. Los voy recorriendo despacio y cada vez que no son lo que busco lo celebro porque en realidad no quiero conocer mi destino. He llegado a la zona adecuada. Ahora solo queda encontrar mi especialidad y mi curso. Segundo de Infantil. Tercero. Es mi lista. En esta lista está mi futuro impreso, tanto si aparezco como si no. Sigo el orden alfabético despacio. Mi nombre figura, lo que significa que no estoy perdida, que hay un rumbo para mí. Lo toco con el dedo y sigo la línea hacia la derecha para encontrar las palabras Santas Justa y Rufina. No sé lo que significa, no lo conozco. En la siguiente columna encuentro más información. Centro religioso privado. Religioso, privado. El dedo se me congela a la altura del privado y un frío helado me recorre el brazo hasta el tronco dejándome otra vez inmóvil. No entregué el formulario pero no me han dado por perdida, me han asignado al azar un colegio privado, un colegio religioso.

Corro a la sala de los ordenadores. Tenía que haber ido ahí desde el principio. No hay ningún hueco. Saco el móvil y le mando a Gloria un sms: «Me retraso un poco que he tenido percance, ahora te cuento, perdona». Un colegio privado, religioso. Aquí todos los colegios religiosos son católicos. Yo no sé nada del cristianismo, mi madre me crio al margen de todo ese asunto, de hecho me aterra bastante. El móvil vibra en el bolsillo del abrigo: «Tranquila, cabesita, yo estoy de camino, allí te espero». Si alguien se levanta pronto no llegaré demasiado

tarde. Me quedo absorta y me pierdo a menudo pero por fortuna eso no mina mi capacidad de gestionar el tiempo. Soy puntual. Cumpro. A menos que decida no cumplir o que algo dentro de mí esté tan asustado que me omita la información necesaria para llevar a cabo ciertos trámites, como ha sido el caso del destino de las prácticas. Pero no estoy perdida. Mi futuro aguarda junto a las Santas Justa y Rufina, las patronas de la ciudad, dos mártires de las que aún no sé nada pero que seguramente lo pasaron fatal a muy temprana edad. Un par de estudiantes que trabajaban en pareja empiezan a recoger sus cosas. Cuando la primera se pone de pie ocupo su lugar a toda prisa. La silla está caliente. Tecleo «colegio privado santas justa y rufina sevilla». El centro tiene una web cutre y pretenciosa y la conexión es lentísima pero va a ser suficiente para hacerme una idea. Lo primero relevante que averiguo es que está en todo el centro de la ciudad, a tomar por culo de mi casa. Lo segundo me viene a través de una foto que tarda un minuto entero en cargarse de un montón de alumnos en uniformes grises y granates rodeados de monjas con sus caras blancas y sus hábitos. La boca del estómago se me encoge. Me tapo la boca con las dos manos. Cierro los ojos un segundo y cuando los abro las monjas me siguen mirando, algunas sobrias, otras risueñas. El alumnado de la foto parece en general de corte clásico y adinerado. Voy a hacer las prácticas de tercero en un colegio católico y pijo regentado por monjas. Me pongo las gafas de sol todavía en el interior del edificio y camino a toda prisa hacia la parada de autobús que me va a llevar hasta Gloria. Ella sabrá decirme lo que necesito escuchar.

En unos veinte minutos entro en el Bershka rompiendo a sudar y la calefacción está en mi contra. Ella me asalta por la espalda.

—¡Cabecita!

Me doy la vuelta y recibo su estampa como si fuera mi Virgen y el Bershka un templo sagrado.

—Glori, Glori, lo que me ha pasado.

—¿El qué, el qué? Mira qué falda, me gusta para tu cumple, ¿tú qué dices? —levanta una minifalda de lentejuelas negras y la agita a la altura de mis ojos. Conozco a la perfección su ropa. Saberle así el armario completo de alguien es como conocer todas sus caras. También manejo el catálogo completo de sus productos cosméticos, sé cómo es desnuda desde todos los ángulos, a qué ritmo, con qué tono y grosor le crece el vello corporal en cada zona, a qué altura se le hace el remolino en el flequillo y cómo hay que tenerlo en cuenta a la hora de plancharle el pelo, con qué frecuencia se lava los dientes, qué pasta usa, cuánto le dura la regla y de qué color es la sangre dependiendo del día, cómo frunce el labio superior frente al tío que le gusta y lo largas que parecen sus pestañas cuando se mojan porque el tío se ha portado como un imbécil.

—Es muy bonita, me encanta cómo brilla, pruébatela.

—Espérate que vea más, quiero encontrar algo que le pegue.

—Le pegan un montón de cosas tuyas.

—No, Lali, no, quiero algo nuevo, sin pelotillas, que es tu cumpleaños, coño, y además es la fiesta del puto Telepi. Pero bueno, ¿te ha pasado algo grave o no?

—No sé.

Me gustaría seguir hablando de ropa con ella pero tengo que soltar ya la noticia y ver cómo se materializa, cómo es su reacción, qué consejo me da.

—Venga ya, ¿no? Me estás poniendo nerviosa.

—Es que no sé ni cómo empezar, este año se me ha olvidado echar la solicitud para el cole de las prácticas.

—¿Ya era la fecha?

—Ya ha sido hace un montón de semanas.

—Hostia, y ahora qué.

—Que como no he pedido ningún colegio me han destinado a uno cualquiera.

—Ah, bueno, tampoco es para tanto, lo malo hubiera sido que te quedaras fuera.

—Es de monjas.

—Nooooo. —Gloria se ríe.

—¿Por qué te ríes?

—Chorlita, me río porque es gracioso, pero entiendo que estés cagada, anda, ven. —Gloria se arrima y me envuelve en su nube de frutos del bosque. Alta y tetona con los botines de tacón y el wonderbra me hace sentir pequeña, torpe y frágil pero también protegida. Suspiro contra su escote y expulso el aire del cuerpo lentamente.

—Mira, peor hubiera sido que no te dieran ningún colegio y ahora tenerte que pelear en secretaría. Dentro de lo que cabe esto tiene gracia, tiene interés.

Gloria me suelta y me mira con cariño y compasión desde arriba.

—Ya, es verdad pero me da mucho agobio.

—Total, si a ti te da agobio todo, qué más da. Uy, mira, mira, mira qué peto más cortito, ¡me gusta para ti!

Coge un peto vaquero y me lo pone delante.

—Me encanta, cógelo que esta talla te va a estar bien y con la camiseta esa de flores que tienes que a mí no me cabe vas a ver.

—Bueno, vale.

—Anda, ¿y aquello con volantes qué es?

Gloria se aleja con la minifalda de lentejuelas. Como era de esperar, no se le ha corrido el maquillaje, no le duelen los pies, ha entregado todos sus papeles a tiempo. Me acerco a mirar unas medias estridentes. Hace poco me encantaba ponerme medias así pero llevo unos meses obsesionada con el color de mi propia carne, un poco más mortecino si puede ser, como si quisiera anular mi propia humanidad colocándome encima lo mismo que tengo pero un poco peor.

—¡Eulalia! —Gloria me llama muy seria levantando la voz.

—¿Qué pasa? —contesto interesándome aún por las medias, que tal vez me vinieran bien en rosa palo porque me harían parecer de goma.

—¡Que vengas aquí ahora mismo!

Me acerco hasta ella y me señala el suelo con un gesto de la cabeza. Hay una niña de unos cuatro años montando un numerito en el suelo. Lloro a gritos y patalea porque se le ha caído boca abajo el paquete de gusanitos que llevaba y no le queda ni uno. Su madre sigue mirando ropa con pereza y resignación. La niña lleva dos coletas castañas, un vestido de flores con un jersey blanco encima, leotardos calados y el tipo de zapato negro con correa que tanto me gusta. Así, medio de lejos, los gusanitos causan un efecto extraño, como si de verdad estuviera rodeada de larvas y llorase porque se la van a comer.

—Es igualita que tú —murmura Gloria—, ¿a que sí?

Me encojo de hombros y asiento con desgana sabiendo que tiene razón. Gloria encuentra un body de encaje que le gusta y seguimos andando hacia el probador.

—No te apures tanto con lo de las monjas, Carmen Mari, a mí no me parece tan grave.

—¿Pero y si me pillan?

—Si te pillan de qué, no estás obligada a ser religiosa para hacer ahí las prácticas, tú sé modosita y ya está. Si lo pienso me da hasta envidia, tiene muchas posibilidades.

—¿Cuáles?

—Va a ser muy rico poder ver eso desde dentro siendo tú como eres. Imagínate por ejemplo a la hora del recreo haciéndote un dedo en el servicio con todos los crucifijos alrededor y las monjas pasando cerca.

—Uf, no sé, Glori, no me quiero arriesgar.

—No me vendas la moto, con lo que tú has sido.

—Puede que tenga su gracia pero me he asustado tanto que ni se me ha ocurrido pensar una cosa así.

—Eso no te lo crees ni tú.

Martes

5 de diciembre de 2006

Tengo las lentillas secas. Las noto como dos pegatinas bajo los párpados. El ojo izquierdo está más afectado. No me acostumbro a este tormento, no sé si es que yo soy muy delicada o los demás muy poco sensibles o muy voluntariosos. Ojalá llevar gafas estuviera bien visto, ojalá las únicas que me gustan no fuesen tan caras.

Pestaño despacio e imagino la forma exacta en que me voy a echar gotas en los ojos sobre el lavabo del vestuario en cuanto acabe mi turno dentro de una hora y media. Con una sola mano, precisa, certera. El alivio será fresco e inmediato. Poco después llegaré a casa, me quitaré las lentillas con un pellizco limpio, las guardaré para que se hidraten durante la noche y por unas horas seré libre. Ese pensamiento me calma en mitad del bullicio pero también me llena de urgencia mientras el señor frente a mí asiente con la cabeza. Acabo de comunicarle el precio de su pedido y desde que lo saludé y empezó a enumerar platos sin decirme ni hola sé que está convencido de que soy poco más que un despojo humano. Todo en él lo indica. La postura, el tono de voz, la forma en que no me mira a la cara porque ninguna cara bajo la gorra del Telepizza puede valer la pena. Su desprecio me traspasa la piel y los músculos, me llega hasta los huesos y se mezcla con mis tuétanos perdidos en perfecto estado de salud. No le doy mucha importancia porque a todas luces desprecia también a su mujer y a sus dos hijos, con semejante listón no podía esperar que me respetase a mí. Está harto de todo este hombre, cansado y aburrido. No le gustan las pizzas ni los perritos calientes ni nada de lo que hay en la carta, se siente ridículo pidiendo estas cosas, intuyo que preferiría un trozo de carne a la brasa con una copa de vino a juego con su jersey burdeos de padre de familia formal. A mí tampoco me gusta esta comida. Trabajo aquí porque al ver que la carrera se me daba lo bastante mal como para perder la beca me sentí tan culpable que ganar mi propio dinero y no tener que pedirle a mi madre calderilla para fotocopias, bonobuses o bolsas de hielo es lo único que me brinda alivio desde entonces. Es una trampa porque el trabajo me quema y me distrae más aún, y la noticia del colegio de monjas me pesa sobre la cabeza como una nube negra que no deja de tronar.

El hastío del señor me cala y se mezcla con el mío mientras selecciona dos billetes de veinte euros de su cartera caoba de piel de Ubrique. Los niños, que tendrán unos seis y ocho años, se asoman para ver cómo mis compañeras estiran masas, entusiasmados porque han visto cosas parecidas en la tele y porque les encanta la pizza. La madre está también muy harta de todo y tampoco le gusta la comida rápida pero tiene algo más de paciencia. Les sonrío y ellos sí me ven bajo la gorra roja, para ellos mi trabajo no es miserable ni vergonzoso, manejo la caja, conozco el secreto de la masa y me muevo con la destreza de un roedor. Me pongo bizca para ellos y se tapan la boca con las manos escondiendo una risita tímida. Devuelvo los ojos secos a su posición

oficial y le doy la vuelta a su padre con extrema eficacia. Dentro de unos quince minutos gritaré el nombre de Antonio y el señor amargado acudirá de nuevo a la barra para recoger su comida y la de su gente.

No siempre fui una buena cajera ni una buena pizzera ni una buena telefonista, ni siquiera fui siempre una buena patatera, de hecho los primeros días en este sitio fueron un auténtico averno de desconcierto, prisas y humillaciones, pero a estas alturas domino todos los frentes del lugar. Me gusta ser cajera, es mi puesto preferido dentro del pequeño infierno en el que trabajo, he escalado a conciencia desde la freidora hasta aquí. Cada cliente es una aventura y tengo una fila de unos quince delante. Es hora punta. Los martes son especialmente duros porque no hay tanta gente trabajando como los fines de semana y tenemos todo el menú a mitad de precio. Son los llamados «Martes Locos» y se ponen muy locos de verdad. Al principio me parecía embarazoso gritar los nombres de la gente pero ahora me lo tomo como una oportunidad para descargar sentimientos reprimidos. En la caja el tiempo corre más rápido que en la cocina, aunque todos los puestos son difíciles de gestionar y el sueldo ínfimo endurece cualquier obstáculo.

Después de un torbellino de caras con las que mantener una y otra vez la misma conversación mientras los teléfonos suenan sin parar como bebés abandonados en el bosque el ordenador marca cuatro ceros, lo que implica mi súbita libertad. Una compañera con coleta rubia y cara de pilla de diecinueve años me mira humana y achispada y ocupa mi puesto al vuelo. Aparte de la pasta real de la que está hecha la muchedumbre y de la forma óptima de preparar comida basura, lo más importante que aprendo aquí es que hay cierta belleza desgarradora en la coordinación de un equipo que trabaja a toda leche por cuatro euros la hora. La forma en que nos tragamos la mierda y salimos adelante cada minuto tiene un esplendor inimaginable para quien no se ha visto en esta posición. También he comprobado que al menos la mitad de los consumidores son detestables. Se me da mal la facultad pero esto no, y en parte siento que en ningún otro sitio podría estar aprendiendo más. En las calderas del infierno que mantiene hasta arriba de hidratos la civilización en la que nací, sudando alrededor de un horno a quinientos grados, conociendo en profundidad la condición del género humano. Eso me ha enseñado a ser mejor clienta, a recordar que los camareros y las dependientas son personas con cuerpos que laten y sufren, que tienen ilusiones y amores y ojos en la cara para darse cuenta de si eres detestable o no. Porque nada determina la categoría de alguien como la forma en que trata a la casta oficialmente inferior formada por animales y servicio, y yo me siento en el sucio privilegio de ver cómo son los demás en realidad junto a las palomas y los gatos callejeros. Me duele pero también me hace gracia ocupar esta posición aventajada para la observación, como si la gorra y el polo me despojaran de una considerable porción de dignidad pero a cambio me proporcionaran el superpoder del escaneado más profundo. No importa cuánta colonia se haya puesto alguien para la cita de esta noche. Si está podrido lo veré y procuraré que su extra de queso tenga una proporción ridícula. Por el contrario, si su esófago está plagado de flores compasivas encontraré el segundo necesario para asomarme a la cocina a indicar que tal pedido debe realizarse con especial esmero y generosidad. Nos tomamos muy en serio esas cosas aquí dentro. Quienes piensan que las leyendas así no tienen que ver con la realidad y que la comida se prepara maquinalmente olvidan que aún somos personas vivas.

De camino al vestuario paso junto al puesto de Gloria, que además de mi mejor amiga es también la mejor telefonista del lugar. La abrazo mientras toma un pedido con el auricular apretado entre la cara y el hombro. Esta mañana he vuelto a llegar a primera hora gracias a ella pero no he tenido fuerzas para asistir a tercera ni a última. Suspiro contra su omoplato. Hemos trabajado juntas desde el principio y tampoco sé cómo habría aguantado aquí sin su compañía. Uno de los encargados se ocupa de que nuestros turnos coincidan lo máximo posible, lo que hace mi vida mucho más llevadera. La placa que tengo colgada en el pecho con mi nombre se le clava a ella en el lomo por la parte del plástico y a mí en la teta por la parte del imperdible. Me despego y salgo de la escena esquivando repartidores acelerados. Lo primero que hago en el vestuario de chicas es sacarme la gorra y frotarme las manos con un cepillo y jabón hasta hacerme daño porque la idea de haber manejado dinero durante horas me saca de quicio. Cuando están relucientes cojo triunfal un botecito en tamaño viaje de líquido para lentillas y efectúo la operación soñada inclinando la cabeza hacia atrás sin desperdiciar ni una gota. Cierro los ojos y me concentro en el placer de la hidratación inmediata, como si los dos lagrimones que me caen por las mejillas fuesen de alegría. Con la ansiedad aplacada me quito el uniforme y saco mi ropa de verdad de la taquilla. Devuelvo el flequillo aplastado a su sitio, agarro mi cortaúñas y lo uso mirándome al espejo, manejándolo al tacto. Observo cómo mi identidad barata y desaparece se restaura. Mis pupilas se clavan en sí mismas como agujones por unos segundos. A veces me parece que por haber mirado yo a la gente sus vidas han tenido sentido. Pero quién va a mirarme a mí. Mi propia mirada apenas se sostiene a sí misma. A nadie le sirve en realidad. Me desplomo en el banco de madera y Verónica, que ha acabado también a las doce, entra en el vestuario oliendo a tabaco. En cuanto termina su turno necesita salir a fumar para recuperarse y tiene tanta prisa que no se pone ni el abrigo encima del polo. Es menudísima, pesará cuarenta kilos, y tiene una melena larga y lisa teñida de rojo que para trabajar esconde en un moño apretado envuelto en una redecilla negra, como todas. Yo peso poco menos de cincuenta y tengo el pelo lleno de trasquilones de un ataque de pánico épico que me dio en primavera, pero ya me ha crecido un poco y casi no se nota.

—Qué pasa, Vero.

—Sus muertos el Martes Loco —responde.

—Muy loco este martes loco.

—Menos mal que se ha acabado ya —refunfuña. Es una cani de toda la vida, con mala hostia, respondona, rápida y provocativa, el tipo de persona que me ha caneado desde la pubertad. Le gusta vestirse de blanco y follar con delincuentes de poca monta aficionados a fumar hachís apaleado y derrapar con el coche. La experiencia me indica que en cualquier otro entorno seríamos enemigas pero trabajar juntas hace que nos llevemos bien. Ella fue mi gran inspiración a la hora de decidir cómo gritar los nombres de la gente, resuelta y ligeramente rabiosa, abrazando la dureza de la vida sin pudor. Se quita el polo y los pantalones, los arroja al suelo como si no quisiera volver a verlos jamás y se aplica un pequeño desodorante en spray que guarda en la taquilla y huele a melocotón. Es la única a la que el uniforme le queda más grande que a mí y abrazarla es como rodear una sardina fina y quebradiza, lo que no implica que no le guste que la aprieten fuerte. Gracias a esta trastienda ahora sé que una chica que se muestra agresiva en la calle con sus anoraks de plumas y sus cigarros agarrados con la mano estirada puede ser una buena compañera de trabajo, cariñosa y solidaria, que es capaz de cambiarte un

turno con una sonrisa, de aguantarse el vómito durante un domingo entero, de acordarse de tu cumpleaños y de hacer chistes ingeniosos mientras mea con la puerta abierta. Bueno, eso último sí me lo esperaba.

—¿Y tú qué? —pregunta mientras se pone unos pantalones de chándal muy anchos que apenas le tapan el tanga de lycra. Pensar en aguantar las horas aquí metida con un tanga clavado en el culo me da escalofríos, pero la mayoría de las chicas que conozco parece haber asumido el tanga como prenda interior básica sin darle ninguna importancia. Las bragas se consideran anticuadas y un poco ridículas y no son fáciles de encontrar. Yo me suelo surtir de mercerías en liquidación que intentan vaciar los últimos estantes del almacén.

—¿Yo? Bueno, más o menos.

—¿Qué te ha pasado, niña?

—Que me ha tocado hacer las prácticas de la carrera en un colegio de monjas.

—¿Y qué más te da?

—Vero, que no me sé ni el Padrenuestro.

—¿Y llevan uniformes?

—Sí.

—¿Cómo son?

—He visto en una foto que van de granate y gris.

—Me encanta, tía, esa era mi ilusión de chica.

La miro y lo entiendo. Se hubiera fumado sus cigarros a la salida con la falda bien levantada por debajo del jersey.

—La verdad es que te pega.

—Y yo me meo en tu pena. Te lo vas a pasar bien y me lo vas a contar todo, ¿a que sí?

—Sí, eso sí.

—Róbame un uniforme, ¿no?

—No creo que pueda, Vero.

—Bueno, si tú ves que puedes ya sabes. Es que imagínate cómo me quedaría a mí eso puesto un fin de semana.

—Vale, yo te lo miro.

—¿A qué hora te levantas mañana?

—A las seis menos cuarto.

—Calla que poto, eso sí que es una desgracia. ¿Y la Glori?

—La Glori igual.

—¿Y a qué hora sale?

—A y media.

—Pues te digo una cosa, yo me voy ya, ¿eh? No espero.

—Claro, claro.

—¿Tú sabes si ella trae tabaco?

—¿La Glori?

—Sí.

—Qué va, se fumó ayer lo que le quedaba del fin de semana.

—Pues mira, aquí te dejo dos cigarritos para que se los des tú de mi parte.

—Le vas a dar la vida.

—Por eso mismo. Tú no quieres, ¿no?

—No, yo no, gracias.

—Pues mejor para ti.

Me pega un beso en la mejilla y se marcha con dos profundas ojeras y el cuerpecito consumido mientras me pregunto si he recibido ese beso de manera natural, si se ha notado que me impacta de alguna forma, si le habrá parecido que mi cara estaba grasienta, si le doy asco o pena o las dos cosas. Tal vez la gente que se siente perfecta tienda a ver perfectos a los demás. Me consta que ella se percibe a sí misma como un ser humano bello e inteligente. No parece haberse cuestionado jamás con dureza. A mí siempre me torturó quedarme así de pequeña y le saco más de un palmo. Todo el mundo esperaba que fuese una chica alta y robusta pero a los diez años dejé de prosperar y mi cuerpo apenas ha avanzado desde entonces. No paraban de repetirme que no tenía que preocuparme porque estaba claro que iba a seguir creciendo. Me cansé de escuchar lo mismo cada temporada y empezó a molestarme. Supongo que ser alta se considera más elegante y prestigioso que ser bajita. Aguanté callada cuatro o cinco años hasta que me harté. Si a los quince alguien intentaba animarme respecto a mi estatura o el tamaño de mis tetas mi respuesta se volvió tajante. Se empezó a comentar que había sacado un carácter difícil, con lo dulce que había sido de niña. Es probable que Verónica mostrara lo que llaman un carácter difícil desde el principio, nada te protege como un genio de mierda. Apostaría a que su amor propio la hizo combatir con violencia incluso física cualquier comentario negativo desde el primer momento, impidiendo por completo que la inseguridad calara en su valioso interior. El complejo de birriosa sigue palpitando en el mío. La niña tiene que llegar a medir por lo menos uno setenta. La niña tiene la espalda demasiado estrecha. La niña tiene demasiado culo. La niña no está bien proporcionada. A la niña se le va a quedar cuerpo de pera. La niña no debería llevar pantalones cortos con esas cachas. A la niña no se le está desarrollando bien el pecho. La niña se está quedando esmirriada. A la niña le vendría bien un sujetador con relleno para compensar. Aunque sea tarde y el daño ya esté hecho, a estas alturas no permito que nadie siga escarbando en la grieta. Mis tetas apenas han cambiado y me siguen quedando grandes los sujetadores más pequeños pero la mirada de odio me ha crecido sólida a juego con las caderas. Buenas caderas para parir me decían ya a los diez años con la regla recién venida. Aquellos comentarios me producían la incomodidad y el desconcierto del cordero que no esperaba ser degollado. Ahora el mundo me ha empezado a esculpir una cara de mala hostia con la que a veces no necesito ni pronunciar palabra. Aun así muchas cosas me siguen cogiendo por sorpresa. Es un camino largo el del blindaje completo.

La sensación que más me ha acompañado desde niña es la del hervor. Me siento como una langosta a la que han arrojado consciente a la olla al rojo vivo que significa existir. A diario me pregunto cuándo estaré cocinada y me podré poner a enfriar. Pensaba que al aprender a saltar a la comba soplaría brisa fresca pero todavía estoy esperando. Dominé la comba, dominé el idioma, aproveché las vacaciones para leer libros hasta el amanecer, aprobé todo tipo de exámenes, saqué buena nota en Selectividad sin el apoyo de ninguna academia, salí a la calle con maquillaje, tacones y ligeros de encaje y volví a casa sorteando ejércitos de obstáculos y monstruos con el rímel sin correr, me depilé las ingles, las piernas completas, los sobacos, me decoloré el bigote, limpié el cuarto de baño doscientas mil veces, hice espaguetis y mermelada de moras, digerí semen espeso y amargo con buena cara, me acordé de llevar siempre cortaúñas, líquido

desinfectante, pañuelos y estuche de lentillas a todas partes, de apagar el gas antes de salir de casa, de sacar al perro al amanecer y al sol de agosto, de tender la ropa a tiempo para que no cogiese olor a humedad, de comprar el café que le gusta a mi madre porque no quería que sus mañanas fuesen aún más difíciles. Cuánto falta. Cuándo llega el punto en que deja de quemar la vida. ¿Ocurrirá al terminar la carrera, al conseguir un trabajo digno? Cada vez quema más, quema más que nunca. Estoy al rojo vivo. Es porque me he extraviado. La carrera no es dura en cuanto a contenido pero sí en cuanto a disciplina. Tenía más libertad en el colegio. Mi madre no era estricta con lo de la asistencia y a veces le mandaban una nota a casa que decía que tenía que tomarme más en serio las clases y no faltar por causas nimias. ¿Quedarme con ella envuelta en una manta jugando al parchís bajo la luz de la mañana era una causa nimia? Solía mostrarme indispuesta los lunes porque era su día libre y me encantaba que lo pasáramos juntas. A ella también le gustaba y cuando leía lo de las causas nimias se tronchaba conmigo. Pero ahora la cosa se ha puesto seria. Nadie responde por mí salvo yo misma y si me dicen que perderse el quince por ciento de las clases de una asignatura significa suspenderla eso es lo que hay. Las cuatro asignaturas que ha resultado agradable estudiar solo tienen en común que las impartían seres humanos abiertos al diálogo y no robots rígidos y amargos. Memorizar cosas sin más no es lo mío. Mi capacidad de complacer caprichos ciegamente sin una triste zanahoria frente al hocico acabó en Selectividad, así como la de pasarme la vida planeando a largo plazo. Necesito que la existencia quede inaugurada de una vez, dejar de estar proyectándola hacia un futuro lejano e impalpable. Llevo desde preescolar preparándome para un baile que nunca empieza. Me enseñaron el placer de la virtud y lo degusté con mansedumbre durante mis primeros años, los más lozanos, los más flexibles, resignándome a hacer deberes, a echar las tardes muertas estudiando la revolución industrial con un bocadillo y un zumo. En segundo de bachillerato le tenía verdadero pavor a la clase de Historia, que consistía en subrayar las líneas que la profesora iba leyendo del propio libro de texto, sin más. Salir de la cama antes del amanecer para eso. ¿Fue aquella siempre su intención? ¿Fue alguna vez una muchacha simpática y verdaderamente interesada en transmitir la historia de la humanidad? ¿Empezó con alegría pero no supo cómo gestionar las dificultades del aula? ¿Se implicó alguna vez demasiado, no le compensó y decidió escudarse en la forma de impartir clase más distante y mortecina que quepa imaginar? Tal vez probó otros métodos y vio que ninguno era tan eficaz. Pienso mucho en aquella profesora. Me la imagino en su casa, preparando los conjuntos tan elaborados que traía a trabajar, trato de entrever su cara joven pasándolo bien alguna vez y luego encerrándose un año a estudiar en pijama con un moño maltrecho para entregar toda su sangre en el examen que inauguraría por fin el deseado baile salvador de vidas que es el funcionariado. La gente mayor actúa como si veinte años pasaran volando, está claro que su percepción del tiempo es distinta. Para mí misma también ha ido cambiando. Casi todas las personas con las que me comunico son jóvenes y miran con incertidumbre al futuro, esa entelequia escurridiza para la que hay que sembrar sin pausa. Maldita cosecha ingrata. Tengo una vecina en tercero de Derecho que memoriza chorros de palabras como si no significaran nada. Se pega atracones que luego vomita una y otra vez. La envidia. No sé por qué pero yo ya no puedo. Me acuerdo de los malos estudiantes con los que me mezclé durante años, cuando aún era capaz de digerir los temarios. Me miraban como a una comemierda. Ahora los entiendo. Algunos lo consiguieron finalmente, repitiendo o dejándolo y volviendo a intentarlo y hoy en día les va mejor que a mí.

Yo, la gran promesa, la alumna aventajada, la que ganaba los concursos de talentos, la que se llevó todos aquellos escupitajos en vano, refugiada en el vestuario femenino del restaurante de comida basura más célebre de los alrededores, repartiendo litros de grasa en la linde entre el Parque Alcosa y Sevilla Este, dos de las zonas peor comunicadas de la ciudad. La gente crece en estos lugares compartiendo los mismos sueños que el resto de los niños de Occidente, fantaseando con vivir aventuras, grandes romances, viajes, aulas con gradas forradas de madera, profesores comprometidos con los que establecer relaciones profundas, fiestas plagadas de looks ingeniosos, belleza y respeto mutuo. La esperanza de que el milagro ocurra se esfuma con una facilidad aterradora y en seguida pasas de soñar con lo que has visto en las películas y te conformas con lo que hay. Excursiones ocasionales, bares llenos de gente anodina, música de mierda, autobuses nocturnos, violencia acechando en cada esquina. Por eso le guardo un cariño mullido a las historias que no me vendieron mundos imposibles. Es normal tener ganas de cruzarte de brazos esperando que te traigan la hoja de reclamaciones. Muchos de aquellos malos estudiantes que me escupían por no apoyar su rebelión se encontraban en una situación parecida. El mundo no era lo que les habían prometido. Estaban hartos de esperar. El caso es que tenían mi apoyo, pero quería intentar salvar mi culo de todas formas. Sacar buenas notas equivalía a salvar el culo. La verdad es que no entiendo bien qué ha pasado. Si he dejado de valorar mi culo, si no soy capaz de rendir sin apoyo personalizado, si necesito desesperadamente un descanso en medio de este interminable proceso de estudio con periodos cada vez más breves de vacaciones. La gente mayor, la gente con trabajo, tiene menos descanso aún y suele recordar este tiempo como un idilio divertido e interesante en el que todavía había margen para la espontaneidad y la experimentación, lo que me indica que la promesa del merecido baile tras los esfuerzos no es más que un anzuelo, una patraña. No entiendo por qué tiene que costar dinero vivir. Por qué, si no hay un solo trozo de tierra sin dueño junto a un arroyo en el que retirarse a construir una cabaña y cultivar un huerto, tiene que costar tan cara la subsistencia. Tienes que sacrificar tu energía más pura para ganarte algo así de básico. A cambio te dejan un mes al año para ti. Lo demás no te pertenece. Aunque los maestros tengan unas semanas más de vacaciones que el resto de la clase trabajadora, no me conformo con la miseria que el mundo le ofrece a mi estrato social y ni siquiera sé si voy a poder terminar la carrera. Llevo mal camino, mal camino, mal camino. Nunca esperé desviarme de esta forma del sendero de la virtud y este olor a queso fundido y carne churrascada me reblandece los sesos. Voy a tener que rascarme con un guante de crin por las mañanas para que las monjas no me perciban como a un cerdo mal alimentado untado en mantequilla.

Miro los cigarros que descansan a mi lado en el banco de madera y los acaricio con los dedos. Me muero por fumarme uno. Resisto porque sé que eso solo empeora las cosas. El gesto de encenderlo es agradable pero el resto de la experiencia es muy contradictorio. Las tripas se revuelven, el corazón se acelera, la ansiedad que al accionar el mechero se aplaca por un instante se dispara con la segunda calada hasta el punto de impedirme estar de pie. Me mareo y me agobio y luego la peste a humo me persigue en la piel y el sabor no se quita del todo por mucho que me lave los dientes. Gloria y Carolina, que acababan las dos a las doce y media, abren la puerta de golpe.

—Ea, al carajo —anuncia Gloria, que ha entrado ya con el pelo suelto y empezando a desnudarse.

—¡A tomar por culo! —añade Carolina, deja la gorra con la redecilla dentro en el perchero de mala manera, se pone el abrigo encima del uniforme a toda prisa y sale dejando una ristra de besitos flotando en el aire. Por un momento me preocupa que se vaya con las manos sucias pero antes de que desaparezca distingo que las lleva ya lavadas. En su afán por abreviar al máximo su estancia habrá aprovechado para pasar por alguno de los grifos de la cocina. Carolina es bailarina de danza contemporánea y siempre quiere desaparecer cuanto antes. Para ella este trabajo supone un trámite extraño al que no desea prestar un ápice de atención. No necesita recuperar su identidad porque no la pierde en ningún momento. No le afecta el uniforme, nada de esto está ocurriendo. Con nosotras se suele mostrar amable y fugaz. Con los encargados, fría y desafiante. Cumple pero no está dispuesta a obedecer si le piden que ponga el alma en la comida rápida. Yo tampoco pongo el alma pero para mí esto sí que está ocurriendo, en parte porque voy de la mano de Gloria, especialista en integrarse en cualquier lugar, y en parte porque aprecio la sensación de estar integrada. Supongo que sin Gloria cerca mi comportamiento sería similar al suyo. Sus armoniosos gestos curtidos por la danza me recuerdan a los de Diana, pero Diana está muy lejos, Diana se fue a estudiar a Bruselas y no puedo pasarme la vida pensando en Diana, mirando su nombre escrito en letras de neón en la cara interna de mi oscuro lóbulo frontal. Trato de bloquear el pensamiento, que se queda atascado como un amasijo de pelos en un desagüe, impregnando por completo el ambiente del baño sin ventilación que es mi cabeza. Qué poco aire me corre de oreja a oreja, y cuánto sigo queriendo a Diana pese a haberla perdido.

—¿Eso que tienes ahí qué es? —pregunta Gloria en sujetador, agitando las caderas para que le quepa la carne en los vaqueros. De repente le brillan los ojos.

—¿El qué?

—Eso, eso —me indica una dirección levantando las cejas ilusionada. Está mirando a la izquierda de mi muslo. Los cigarros han llamado su atención y se comporta con la alegre curiosidad de una niña ante un par de gominolas.

—¡Ah, los cigarritos! Me los ha dejado la Vero para ti antes de irse.

—¡Qué dices! —La cara entera se le enciende de pleno regocijo mientras mete la cabeza en un jersey azul eléctrico con el cuello de barco.

—Para ti son, cabezona.

—¿Los dos?

—Los dos, uno para ahora y otro para mañana o ahora los dos seguidos o lo que te dé la gana.

—Esto me hace a mí una mujer.

—Me ha dicho la Vero que te los dé de su parte porque me ha preguntado si tenías y le he dicho que no.

—Le voy a comer la cara a esa canorra.

—Hija de puta, ¿eh? Tiene arte.

—Me casaba con ella.

Nos ponemos los abrigos, Gloria comprueba que lleva un mechero en el bolsillo, se agita un poco el pelo suelto, salimos del vestuario y el aire cortante de diciembre nos golpea. Nos paramos un momento al lado de la puerta y nos apretamos con las manitas alrededor del mechero para que no se le esfume el fuego.

—Me muero de pensar en levantarme mañana —susurro en la intimidad del parapeto. Ella se aleja y arroja el humo con una postura indignada.

—Mira, Eulalia, no me vayas a amargar el cigarro, te lo digo, que yo me levanto a la misma hora que tú y no me estoy quejando, que eres la puta reina de las quejas.

—Vale, vale.

Caminamos en la misma dirección. Vivimos a un kilómetro del Telepizza. Sé que es la mejor amiga que he tenido nunca porque podemos hablar como cotorras durante horas, andar sin decir nada agarradas del brazo y sacar el dedo corazón con calma si alguien nos grita lesbianas. Todavía le quedan un par de caladas.

—¿Quieres un poco?

—No, mejor no —contesto.

—Sí, mejor no, al final yo me estoy enganchando más que tú pero me alegro de que se te haya pasado la etapa colillera.

—Yo también, qué agonía.

—¿Te imaginas que te pillan las monjas fumando colillas?

—Calla, qué ruina.

—¿Qué te vas a poner mañana?

—No sé, me siento bastante pordiosera últimamente.

—Bueno, qué más da, a ti te queda todo bien.

—¿Tú crees? —pregunto incrédula. Ella asiente expulsando el humo y apoyo la cabeza en su hombro—. ¿Y tú qué te vas a poner?

—A mí como las prisas del martes loco me acartonan tanto el uniforme me dan ganas de ponerme putón, un vestido con vuelo o algo así.

—Me encanta cuando llevas el wonderbra y tacones y yo voy hecha un mojón y me siento como una niña chica contigo.

—Pues me voy a pintar los ojos y todo, mira lo que te digo, pero no un poquito, no, me voy a hacer una raya así de gorda.

—Cómo te admiro.

—Espabila, cabezona, que mañana nos vemos.

—Hasta mañana, Glori.

Nos separamos en un punto intermedio entre su casa y la mía. Es tarde y no hay tiempo que perder. Ella vive en un edificio de ocho plantas y yo en una urbanización de unifamiliares de ladrillo con patio trasero. La una menos diez. Quedan cinco horas hasta que suene el despertador y todavía estoy en la calle. Meto la llave en la cerradura, la giro y Goro consigue abrir una ranura para colar el hocico. Entro esquivando sus empujones y en cuanto cierro la puerta me agacho para abrazarme a su cuello alegre con todas mis fuerzas. Me retiro un poco en cuclillas, lo miro a los ojos marrones y le acaricio los bigotes. Si pudiera yo mantenerle la mirada a otro ser humano como hago con él, si pudiera yo intercambiar así mi grandísimo amor con otra persona.

—Bueno, bueno, déjame pasar —susurro para no despertar a mi madre, que se ha quedado dormida en el sofá con la tele puesta. A Manolo no hay quien lo despierte, y en cualquier caso vivir con Manolo es tan raro que jamás conseguiría acordarme de no molestar. Es un hermano de mi abuela y por lo tanto tío de mi madre y tío abuelo mío pero nunca nos referimos a él como tío. Solo es Manolo. No sé si él alberga alguna sensación de vínculo familiar. Yo no. Nunca llegó a

casarse ni a tener hijos y nadie lo soportó nunca del todo, pero cuando le dio un infarto cerebral el verano pasado mi madre se apiadó y lo trajo aquí con nosotras, a la casa a la que nos mudamos para que mi abuela también estuviera atendida en sus últimos días. Con la pensión de Manolo le pagamos a una asistenta joven y fuerte con el pelo negro y la raya en medio que viene a ocuparse de él por las mañanas. Es bajito, con cuatro mechones blancos despeluchados, y apenas se mueve, solo de vez en cuando de la cama a la mesita redonda que hay en la cocina. Fuma sin parar de una boquilla negra y dorada. Cuando se le acaba un cigarro lo quita y pone otro. Me manda a comprarle cartones todas las semanas. Un cartón le dura dos días y medio, lo tenemos bien medido. Eso ha contribuido a que le coja asco al tabaco. Nos llevamos fatal. Me lo presentaron cuando tenía siete años y lo único que comentó tras echarme un vistazo fue que tenía buena dentadura. Desde entonces nos habíamos vuelto a ver solo una vez más antes de que se mudase a mi casa el verano pasado y al encontrarnos volvió a ser seco y antipático. Su saludo consistió en farfullar si no me daba vergüenza estar así de esmirriada ya a punto de cumplir veinte años. Él tiene sesenta y seis y aparenta ochenta y nueve. Es asombroso verlo ahumarse hasta morir de esa forma.

—¿Lali? —murmura mi madre bostezando desde el sofá. Manolo, que siempre duerme boca arriba con la boca abierta, lanza un graznido desde algún sueño.

—Hola, ma.

—¿Cómo estás, hija?

—Yo qué sé.

—Bueno, acuéstate, ¿no?

—Del tirón.

—Ven primero que te vea y te dé un beso.

Me acerco. El perro viene detrás metiéndome la nariz en el culo. Ella está muy espachurrada con la coleta larga y fina reliada alrededor del cuello.

—Mamá, por Dios, que te vas a ahorcar un día con los pelos —se los aparto y le pongo la mejilla a la altura de la boca para que me dé un beso.

—Uy, no me he dado cuenta.

—Anda, acuéstate, no te vayas a despertar mañana aquí retorcida.

—Venga, vamos.

Apago la tele y le doy la mano para que se apoye. Trabaja en una pastelería preparando tartas y hojaldres y a veces también vendiéndolos desde el mostrador de cristal. Que no le cuente la mitad de las cosas que me pasan no significa que no la quiera. Daría lo que fuera por empezar todas las semanas desayunando con ella, pero cualquier excusa me vale para faltar a clase y eso no puede ser. Las causas nimias me van a arruinar la vida. Se pone de pie torpemente y la conduzco hacia la escalera mientras me ocupo de ir apagando las luces que quedaban encendidas. Por el rabillo del ojo compruebo que Goro tiene agua limpia y suficiente en el hueco de la escalera.

—Mañana sacas tú al Bobo cuando acabes, ¿no? —le recuerdo.

—Sí, claro, no te preocupes.

Subimos en fila india ella, yo y Goro que no sé si está más interesado en llevarse la manta al piso de arriba o en profundizar en los aromas de mi entrepierna tras horas de trabajo. Se tropieza y nos aguantamos la risa. Ayer le conté lo de las monjas y entendió la dificultad de mi situación.

Me recomendó que me lo tomara como un viaje al infierno. Fue el mejor enfoque hasta la fecha. Nadie quiere quedarse a vivir en el infierno, pero una temporada haciendo turismo puede ser interesante. Iré allí como una exploradora. Asustada y con prismáticos. Tampoco me reprochó el desastre burocrático. Al principio omití esa parte y cuando ella preguntó y no me quedó más remedio que confesarlo me miró con esa expresión triste y comprensiva con la que asume mis fracasos, como si se los esperara, como si fuesen algo predecible. No sé exactamente por qué. Creo que la parte inverosímil de mi vida para ella y para todo el mundo es que fuese modosita y aplicada durante tantos años. Lo esperable era esto, el desastre. Entra en la habitación y le da unas palmaditas al perro en la cabeza.

—Venga, vete a dormir con ella, pobrecita, que huele mucho a pizza.

—Sí, anda, vente conmigo.

—Buenas noches, hija.

—Buenas noches, ma.

Vuelvo a lavarme las manos en el lavabo mientras el bidé se temple a mi gusto y llega el momento soñado de quitarme las lentillas. Tardo dos segundos en liberar cada ojo dando un ligero pellizco con los dedos justo como imaginé, renuevo el líquido y las dejo reposando. El perro observa fijamente la forma en que ejecuto estas acciones sencillas. Le encanta el mecanismo del bombo de la ropa sucia, con su tapa de mimbre que se abre y se cierra. A mí me gusta dormir con el culo fresco. Mi habitación está pintada de amarillo huevo y hasta el techo abuhardillado de objetos de los que no he querido desprenderme a lo largo de los años. Arrojo mis cosas sobre un sillón de escay marrón que estaba aquí cuando alquilamos la casa, pongo la alarma del móvil, me saco el sujetador sin quitarme la camiseta y me meto en la cama con las sábanas bien estiraditas. Mi madre la ha debido de hacer esta tarde, todo un regalo. Quisiera tirarme ahora un mínimo de cuarenta y cinco minutos viendo porno sin bragas mientras hablo por SMS con Fernando, el chico con el que suelo follar, pero me encuentro exhausta y desganada. Además se le olvida todo el tiempo que la semana que viene es mi cumpleaños. Goro suelta la manta por fin y se sube a mi lado sin que tenga que pedírselo. Le miro la cara de bueno apoyada en la almohada junto a la mía, la cara de viejo, mi amigo, mi protector. Estira una pata para depositarla sobre mi cuello y lo quiero tanto que aprieto los dientes hasta que me duelen las mandíbulas y me dan ganas de gritar. Es posible que no me saque la carrera, que Manolo se asfixie mañana mismo en el piso de abajo, que las monjas me calen y me quemen en el patio del recreo, que no consiga buscarme un trabajo digno en la vida y que nunca me lleguen a follar como yo quiero, pero nadie podrá quitarme el inmenso regocijo de haber sentido el amor de este perro.

Jueves

14 de diciembre de 2006

Decidir qué vamos a beber cada vez que salimos una noche nos lleva un tiempo curioso. El debate puede llegar a durar días. Improvisar no es lo nuestro. Nos gusta planear las cosas minuciosamente y ver cómo los planes se van llevando a cabo. De una bebida nocturna esperamos una mezcla correcta de belleza, sabor, significado y ausencia de gases. La cuestión es buscar excusas para justificar cada una de nuestras acciones, como si ejecutarlas sin más no tuviera gracia. Creo que Gloria era más espontánea antes de conocerme, que la he ido intoxicando, pero ella parece disfrutar del veneno. El mundo es muy decepcionante, pero nosotras no, nosotras nos satisfacemos la una a la otra y no hay nada como esa celebración privada.

Hoy es mi cumpleaños y también es la cena navideña de empresa del Telepizza. Vamos a beber ron negro con limonada, Trina o Fanta, por ese orden. Hemos debatido sobre los zapatos, el peinado, las prendas de abrigo, la forma de volver a casa, el contenido de los bolsos, los protocolos en caso de emergencia. Hoy hemos tenido la suerte de librar las dos así que Gloria se ha presentado esta tarde con las medias y el peto que vimos el otro día envueltos en papeles de colores y hemos comido tarta de limón hecha por mi madre. Mis celebraciones siempre han sido modestas y de pequeña eso me entristecía pero ahora encuentro muy satisfactorio que dos personas traten de complacerme así. No es algo tan fácil de encontrar. Son las ocho y media, hemos quedado a las nueve en la puerta de atrás de la pizzería con el resto del equipo y, por ser un día especial, nos estamos afanando con el maquillaje y el peinado. Nuestro aspecto colorido no tiene ningún sentido en este rincón del mundo, pero quién decide dónde tienen sentido los aspectos y dónde no. No tener la apariencia que se considera correspondiente a cada lugar te puede traer problemas, es algo de lo que somos muy conscientes, pero no nos queremos rendir, es lo único que de verdad nos complace. No pretenderían regalarnos todas aquellas muñecas con vestidos de fantasía y que cuando nos creciera el cuerpo no jugásemos con él.

Caminamos juntas hacia el punto de encuentro mirándonos la una a la otra. Pertenecemos a una pandilla, aunque sea una pandilla de dos, y eso nos hace sentir reconfortadas y un poco más seguras. Cuando nuestra pinta y nuestro comportamiento no son los que los demás esperan eso puede desembocar en una violencia variable. Pueden reírse de alguna, o de las dos, pueden insultarnos, pueden tendernos trampas, empujarnos, robarnos, escupirnos, cogernos el culo para luego mostrar repulsión si respondemos con ira, como si por lucir diferente debiéramos cierta pleitesía y comprensión hacia quienes nos molestan porque la contrariedad a la que les hemos llevado no les dejaba opción. Caminar de esta guisa por la avenida hacia el Telepizza con los cigarros recién encendidos es una experiencia particular. La zona está seca y muerta y la poca gente con la que te cruzas suele parecer amenazante. Casi todos son canis entacados deseando guarreararte o reírse de ti o ambas cosas.

La tensión del espacio público nos mantiene alerta. Siempre vamos preparadas para defendernos, acostumbradas a la molestia, al dolor, a asimilar los baches y reponernos porque la prioridad es seguir intentando divertirnos mientras no estemos en las últimas, mientras no nos hayan destruido. Andamos cogidas de la mano preparándonos para el porvenir. Nunca sabes cuándo te va a caer un cubo de sangre por la cabeza ni cuándo lo vas a pasar bien. El año pasado ya trabajábamos en la pizzería pero no quisimos asistir a esta cena. Estábamos desubicadas, éramos mucho más tímidas. Hoy somos dos grandes pizzeras, tenemos curiosidad por saber cómo es desde dentro y va a estar allí Macarena, mi única otra buena amiga. No se me ocurre ningún plan más interesante para un cumpleaños. Macarena trabaja en el local del centro y la conocimos en la Alameda hace tres años. Con ella la comunicación fluyó de inmediato, algo que no había experimentado nunca antes. Entonces ya era pizzera y unos meses después se ofreció a contratarnos llenando nuestra vida de dignidad. Ella nos dio el curso de formación de una hora, los carnets de manipuladoras de alimentos y los papeles para firmar. Es conocida por contratar a todos los estudiantes con los que sale por la noche que se manifiesten en necesidad monetaria. A Macarena le gusta beber desde el mediodía, estudia Historia del Arte, es una de las mejores de su clase y siempre tiene tabaco. No comprendo del todo la ecuación pero sospecho que se despeja con el dato de que el contenido de su bolso se reduzca a la cartera y las llaves de casa. Está enfocada hacia pocos frentes. Yo trato de abarcar demasiado, demasiado. Quiero estudiar, quiero trabajar, quiero compartir la responsabilidad doméstica con mi madre, tener siempre el pelo recién lavado, la ropa bien colocada, los dientes relucientes, jamás el rímel corrido y un arsenal de recursos dentro de un bolso lo bastante pequeño como para que no me estorbe al bailar.

No hemos tenido que afrontar ninguna agresión por el camino pero cuando nos acercamos a la puerta de atrás del restaurante un par de repartidores nos miran con incredulidad. No pasa nada, estamos preparadas para causar estupor. En parte nos satisface porque significa que resultamos inasumibles para este lugar, y este lugar es tan pequeño y tan cutre que no puede ser mala señal. Causar estupor es tener un pie fuera y estar en dos sitios a la vez nos parece mejor que estar solo en uno. En el vestuario de chicas Manoli, que estudia un módulo de estética, está maquillando al resto de las compañeras. Verónica lleva unos pantalones blancos de campana y un top dorado que es papel de fumar. Carolina la bailarina por supuesto no piensa venir, cosa que comprendo y que me hace sentir ligeramente desamparada, como una excursionista sin nada mejor que hacer que asomarse a parajes mortecinos. La languidez se me pasa en el momento en que empezamos a festejarnos unas a otras con la alegría compartida de saber que este es el mejor momento, el de observar los cambios que producen en nosotras los productos cosméticos, la lycra y las planchas para el pelo. Nos vemos mucho y nos apreciamos sin maldad. Cuando yo iba al instituto me mezclaba también con chicas de este tipo con las que no me parece que tenga mucho que ver y no era capaz de construir complicidad. Creo que el cambio radica en la posición económica. Que no nos pagaran por estudiar establecía diferencias entre quienes aprobaban y quienes no, mientras que compartir el mismo salario nos hace iguales. En el instituto ellas tenían el carisma de la rebeldía, de vivir el momento. Yo gozaba la promesa de un futuro mejor. Ahora nada nos diferencia y si nos perjudicamos eso repercute en el funcionamiento del equipo entero. No queremos abandonar el vestuario, sabemos que la fiesta está aquí, pero nos repartimos en

varios coches y nos desplazamos hasta un asador enorme famoso por sus grandes raciones y sus precios populares, hoy reservado enteramente para alojar a los empleados de Telepizza de toda la provincia.

Gloria y yo ocupamos una gran mesa junto a nuestras compañeras y el bullicio es tan atronador que apenas podemos comunicarnos. No estoy acostumbrada a comer fuera, a mí me gusta cenar antes de salir de casa, algo ligero y nutritivo bien estudiado, y nunca pisar la calle con los colmillos sin pulir, por lo que me siento extraña hasta que acabamos el postre, acudo al baño a lavarme los dientes con un cepillo de viaje y me vuelvo a sentir dueña de los acontecimientos. Gloria mastica un chicle y mira cómo me escudriño las intersecciones alrededor de las paletas sin darle importancia porque sabe que es verdad que a veces se me quedan restos de comida y que si me doy cuenta tarde no hay quien me aguante.

—La mesa es un tostón —comenta.

—Tela —le contesto.

—Vamos a buscar a la Maca, ¿no?

—Del tirón.

Escupo en el lavabo, compruebo que tengo los labios bien coloreados e inspeccionamos todo el recinto hasta dar con ella. Su estampa nos sorprende porque parece estar pasándolo muy bien. No le molesta el ruido y tiene una jarra enorme de cerveza en la mano. Nosotras no hemos bebido más que agua todavía porque claro, nos estamos reservando para el combinado que tantos días nos ha costado acordar. A Macarena le encantan Los Chichos, la procesión de Santa Marta, los cuentos de Gianni Rodari y las teorías de Roland Barthes y gracias a esa mezcla consigue infiltrarse en cualquier lugar. Es alta, tiene el pelo largo teñido de un tono llamado violín con muchas capas, lleva una camisa estampada de cabezas de tigre y ya está borracha. Se da tan poca importancia a sí misma que no termina de comprender que la consideremos una persona inspiradora, lo que resulta más inspirador todavía. Cuando nos reconoce se levanta de un salto y acude con un regalo en las manos. El papel viene arrugado y un poco roto, por lo que soy capaz de adivinar el contenido sin retirarlo, pero como es un DVD de *Dentro del laberinto* y supone un acierto me hace ilusión igual. En unos minutos, ella un poco más borracha y nosotras incluso menos, somos conducidas a una discoteca cercana. Abundan las escaleritas con los bordes redondeados y la pintura desconchada en naranja, verde y morado a la imagen y semejanza del primer Gran Hermano. Suenan éxitos de Chayanne, de Merche y de Paulina Rubio que me ponen los pelos de punta. Tenemos dos tickets de bebida cada una. Macarena quiere un ron con cola y a nosotras nos confirman que hay limonada. No tenía ninguna fe en esta fiesta, el sí del camarero era todo lo que necesitábamos para que nuestras expectativas se vieran cumplidas y acaba de empezar una canción de Kate Ryan. Si por mí fuera estaría sonando The Cure pero teniendo que escoger entre Canal Fiesta y Máxima FM me quedo con la segunda.

—Qué fuerte, esto es el «Désenchantée» —comenta Gloria. Es la banda sonora perfecta para este escenario de reality pasado de moda, hortería y machacona.

—El dj se quedó en el 2003 —dice Macarena como si nada, y todavía no he bebido alcohol pero de repente me siento embriagada. Su comentario me enfrenta con un abismo vertiginoso. A principios de los noventa el tiempo corría denso y pausado para nosotras. Me doy

cuenta de que han pasado cuatro años desde 2003 y parece que no hace nada. Los adultos me aseguraron que el ritmo del tiempo cambiaría conforme fuese creciendo. Cada vez más rápido hasta que tenga la sensación de que los años pasan como si fueran los meses de la infancia.

—El tiempo ha cambiado de ritmo, ¿os dais cuenta?

—¿Qué estás hablando, quilla? —pregunta Gloria.

—Que del 2003 parece que no hace nada y han pasado cuatro años. Es el tiempo que hay entre tercero de ESO y primero de carrera.

—Cuidado con este tema que me mareo, ¿eh? Que sabéis que yo me mareo con nada. — Macarena se tambalea y Gloria le agarra un brazo con suavidad, indicando tanto que la entiende como que en caso de desvanecimiento estaremos aquí para apoyarla. Macarena es muy propensa a los vértigos y las ansiedades, supongo que por eso nos entendemos tan bien. Nos afectan los mismos terrores. Es resistente pero su punto débil son las profundidades. Las vistas desde un monte o un edificio alto, las cuevas, el mar abierto, las preguntas sin respuesta. Gloria es más dura, ella lo suele arreglar con un cigarro pero eso no significa que no abarque la problemática. Dejamos el tema aparcado mientras le ofrecemos soporte a Macarena hasta que llega al pozo ciego del pensamiento y empieza a reírse. Que aquí también haya un ruido infernal me viene muy bien para que las ganas de gritar ante el advenimiento de la muerte adquieran poca importancia. Supongo que a tanta gente le gusta el «Corazón latino» porque es lo bastante estridente como para cubrir cualquier crisis existencial.

Gloria saca el paquete de tabaco del bolso. Asiento con la cabeza. Macarena, que es más alta, nos abraza a las dos desde arriba. Es mi cumpleaños, estamos en todo el medio de este pantano mientras la muerte se aproxima pisando el acelerador y ya que hemos venido vamos a chapotear con alegría. Correteamos de una mesa a otra pasando de vez en cuando por la pista de baile, volvemos a la barra y cuando se terminan los dos cubatas por cortesía de Telepizza llega el momento de mear. El baño es uno de esos recintos grandes con muchos compartimentos, muchos lavabos y un enorme espejo que abarca toda la pared. Le doy un pañuelo a Macarena y entro a hacer pipí. Al inclinarme me miro los pies y me doy cuenta de que ahora sí que estoy borracha porque no me duelen como deberían. Estos zapatos de terciopelo negro los compré el día en que vi reflejado en un cajero que había cobrado mi primer sueldo. Me costaron cuarenta y cinco euros. Nunca antes me había comprado unos zapatos que no fuesen de rebajas, así, en plena temporada, porque me gustaban y punto, sin mirar los precios antes, sin adaptarme a lo que podía conseguir con el limitadísimo presupuesto que ponía mi madre a mi disposición, sin tener un ataque de ansiedad pensando que la beca no podía ser desperdiciada. Hay que tener cuidado con el terciopelo, especialmente a la hora de mear, porque con la humedad se echa todo a perder. Con la beca me había comprado chaquetas y lentillas pero nunca algo tan superfluo como unos zapatos de tacón. Apunto con precaución y evito posarme sobre los salpicones que han dejado otras chicas. Me limpio con un pañuelo de papel doblado en un cuadrado. Me subo las medias nuevas hasta la altura idónea de la cintura, me bajo el vestido y abro el pestillo empujando con el dorso de la muñeca para no mancillarme los dedos aunque esté a punto de lavármelos. Mis amigas aún están dentro. No hay nadie con quien compartir el espejo inmenso que me recibe. Se me había olvidado que hoy me he puesto las lentillas azules graduadas que me regalaron en la óptica con mi último pack de seis meses. Mis ojos parecen diferentes, ajenos. Me potencian la

curiosidad. La coleta marrón, el flequillo, el maquillaje que me hace parecer otra persona. Me acerco al espejo y me inspecciono en busca de errores. Un rímel corrido, una nariz grasienta, unos dientes manchados de burdeos. Me lavo las manos con jabón, saco otro pañuelo, me seco y me paso el papel húmedo por las ojerías, la nariz y la frente. Aplico polvos sobre las zonas afectadas. Todo está en orden y el momento de tranquilidad me atrapa. Ahora estoy cerca del espejo. Suena una cisterna mientras me pierdo en los agujijones negros que brillan por debajo del azul artificial de las lentillas. Podría mudarme a vivir a este cristal, quedarme mirando desde el otro lado de este cuarto de baño para siempre con la cabeza ida, no volver a reconocermé en ninguna parte. Se abre una puerta a mis espaldas y Gloria aparece colocándose la ropa. Mi cara desencajada se encuentra con la suya en el espejo.

—Carmen Mari, gasta cuidado —espeta con la voz grave.

—Verdad —le digo cortando de cuajo la conferencia que acababa de establecer. Macarena sale también de su compartimento pegando un portazo y maldiciendo el pestillo.

Al volver al escenario oficial Macarena se pide cervezas y las sujeta con la mano por el centro de la botella sacándome de quicio porque sé que así se calienta el líquido antes. Trato de callar las voces que me chillan en el cráneo, les contesto que aunque sus bebidas se calienten un veinte por ciento más que las nuestras, siempre agarradas por el borde, ella se sienta a estudiar y no se distrae en cuatro horas y posee la mayor virtud, la de la transparencia, la de la naturalidad. Aun así me acepta, no me juzga, baila y saluda desde el lugar del saludo y del baile y no a cuatro esferas de distancia, fingiendo que está en el sitio a punto de hacer un fundido a negro como hago yo. Cuando teme desvanecerse lo pronuncia en voz alta, recibe la ayuda, la aprovecha, se repone y a la media hora está haciendo bromas. Macarena y Gloria son excelentes, verdaderamente excelentes. De repente me siento afortunada y las miro. Ellas me devuelven la mirada dándome la bienvenida al lugar porque saben que a menudo me extravió durante minutos enteros por mucho que siga moviéndome y hablando. Cuando alguien está presente se nota desde fuera y ellas celebran que yo haya aterrizado con abrazos, con cigarros, con caricias en el pelo, con felicitaciones de cumpleaños. Me siento bendecida y tengo ganas de llorar porque necesitaba tanto este alivio que cuando llega me abrasa los órganos y me sentaría en un puff naranja fosforito a sollozar lo que queda de noche pero me aguanto el dolor y lo transformo en una agitación de culo sujetando el vaso en una mano y el cigarro en otra rodeada de canis enfundados en poliamida.

Las pizzerías borrachas sin sus uniformes son mucho más interesantes que de costumbre. Los repartidores, pobres, mucho menos. Un repartidor de camisa morada con reflejos tornasolados, grandes solapas y botones negros vuelve a comentar cuánto le impactan nuestros atuendos, incapaz de comprender nuestra selección de colores y estampados, añadiendo al final de cada declaración que nos respeta porque somos auténticas, originales y buena gente. El momento álgido de la noche ha terminado y me cuesta aceptarlo. Como no soy capaz de dejar que las cosas ocurran sin más empiezo otra vez con mi estudio pormenorizado de los acontecimientos y me pierdo. Vuelvo al baño, esta vez sola. Me cruzo con dos chicas bronceadísimas en la puerta y al entrar no hay nadie. El espejo me recibe grande y despejado. Giro el cuello y me miro la coleta. Antes de ir al colegio de monjas voy a ir a que me corten el pelo en condiciones. Acentuaré mis modales y pasaré por una joven limpia, dulce, de buenas maneras. Me acerco al reflejo y examino mis mejillas.

Hace unos meses, poco antes de coger las tijeras de la cocina y sacarme de cuajo unos treinta centímetros de melena sana, acababa de atravesar el peor episodio de acné de mi vida. Me empezaron a salir granos a los ocho años. Entonces no tenía ni idea de lo que hacer con ellos. Mi madre me miraba con asco y alguna vez intentó encargarse del pus torpemente, haciéndome mucho daño, pero no sirvió de nada. A ella no le había salido un solo grano en su vida, ni siquiera un punto negro, y no tenía ni idea de cómo tratar el problema. Esta genética la saqué de mi padre, al que nunca conocí. Tuve que aprender esta ciencia a ensayo y error. La gente mayor te suele decir que lo mejor es dejar que se sequen solos y no tocarlos nunca porque si no se infectan más y te quedan cicatrices pero están equivocados. Recuerdo un grano que me salió en la intersección entre el moflete y la nariz que me estuvo dando problemas un curso entero. El curso fue quinto de primaria. Para cuarto de ESO tenía el asunto bastante dominado. Supongo que cada caso es distinto. En el mío, cuanto antes los revientes mejor pero siempre con la cara y las manos limpias. Asegurarte de que la cabeza de pus está fuera es esencial. No parar de apretar por mucho que te lloren los ojos y se te nuble la vista de dolor hasta que solo salga sangre. Si te haces una herida impracticable antes de terminar la faena no hay que desesperarse, aunque parezca un estropicio a las veinticuatro horas suele abrirse la posibilidad de un segundo paso en el que la postilla facilita la extracción. A veces hay que esperar unos días y no tiene sentido intentarlo antes de que esté listo. Otras veces, cuando son muy gordos, se acaban desinflando solos. Aprender a identificar cada tipo resulta muy útil. Intuía que sería una de esas personas que tienen granos para siempre, así que más me valía hacerme una experta en el asunto. Lo que no me esperaba es que se pondría tan virulento entre los dieciocho y los diecinueve años. La cara entera se me sembró de volcanes imposibles de combatir. No sabía cómo ponerme para dormir porque apoyarme en la almohada, que solía amanecer ensangrentada, era muy doloroso. Me agarraba al lavabo y acercaba las mejillas al espejo sin dar crédito. Mis pómulos se habían vuelto un campo de minas. El tacto era rugoso. Ya no había épocas buenas y malas, zonas buenas y malas. Aquel acné tardío me estaba sepultando los rasgos y la sabiduría que había cultivado no era capaz de resolver una situación de tal magnitud.

Tras probar montones de productos mi madre me llevó a una dermatóloga que me recetó un par de potingues agresivos con los que me dijo que tenía que tener cuidado porque lo mataban todo. La piel se me empezó a caer muerta y tirante como la de una serpiente que se muda y tras varias capas volvió a emerger mi cara, con los poros sucios y abiertos y la grasa y los volcanes ocasionales pero no crónicos. Mientras duró la mala época se notaba que el maquillaje escondía destrozos considerables, baches y heridas espeluznantes. Bajo la base ligera de hoy se aprecia la piel de no muy buena calidad de siempre. Me maravillo ante la resolución del problema y una intensa emoción me recorre desde los abdominales hasta el cuello. Me alejo un par de metros para comprobar cómo me queda el vestido y me queda bien, tengo pocas tetas y bastante culo pero me apoyo en la pared junto al secador de manos y me queda bien. Como voy por el tercer ron con limonada, este último pagado por mí con el sueldo por el que yo misma sudo con honor, me envalentono y hago contacto visual conmigo misma, un contacto violento, desafiante, y me veo absorbida por ese canal de información al que tanto temo que no sé con qué conecta, pero de algún modo me comunica con una Eulalia del futuro, la que recordará esta imagen hasta que su memoria se vuelva a perder en el negro de antes de haber nacido, una que no me parece que sea yo pero que un día seré yo y recibirá el mensaje, algo parecido a lo que ocurre con las fotos pero

mucho más dilatado en el tiempo. Hola, Eulalia, te mando una postal de cómo lucía esta noche de cumpleaños no muy buena ni mala de diciembre de 2006, el momento álgido ya ha pasado y como voy por el tercer cubata me atrevo a sostenerte la mirada. No sé de qué vas, Eulalia, seguramente seas más lista que yo pero no más guapa y cuesta mucho enfrentarse a ti, eso te lo aseguro. En cualquier caso, aquí me tienes. Me pregunto si este cuerpo que hoy me parece tan mediocre te resultará algún día succulento, si tu culo se habrá vuelto inmenso y estarás comiendo de celulitis, si te habrán crecido por fin las tetas, si te pareceré tonta, si te sentirás inferior a mí en algún sentido. Un día tendré veintiocho años y estaré toda cambiada porque por mucho que en las series pongan actrices de treinta a interpretar a personajes de veinte o incluso de dieciséis desde aquí se nota la diferencia. La turgencia de la piel es inconfundible. Cuando tenga veintiocho igual no me parece que los cambios sean tan drásticos pero si me pusieran ahora mismo a esa versión aquí al lado sabría reconocer cada pequeño contraste.

Yo no puedo verla a ella desde este momento, solo puedo esperar a que ella me vea a mí igual que yo ahora me ocupo de la que fui con siete y con trece años y le hago justicia. La comunicación no fluye igual en el otro sentido. La mayor viene cargada de comprensión mientras que la joven siempre te mira con dureza. A esas de siete y de trece les repito que están mucho mejor de lo que se creen pero también discuto a menudo con ellas por lo de no ser tan guapa y tan exitosa como ellas esperaban. En días como hoy las mantengo calladas pero en cualquier caso no me puedo quejar, yo también soy cruel con la de veintiocho. Vaticino sus signos de envejecimiento con pánico y no sé de dónde va a sacar fuerza para combatir una mirada tan exigente como la mía. Cómo se llevarán ella y la de cuarenta y ocho, la de cuarenta y ocho con la de sesenta. Ni siquiera sé si llegaré a cumplir todos esos años. Tuve una tía abuela muy vieja, la hermana mayor de Manolo, con la que me atreví a hablar del tema. Le pregunté a los noventa y cuatro si no pensaba en la muerte, si no tenía miedo de que estuviera tan cerca. Me dijo que tenía mucha práctica centrándose en el momento y apartando ese pensamiento sin más. Tal vez adquiera yo también esa destreza. Pienso menos en la muerte ahora que a los doce, cuando tuvimos aquella conversación. Se murió a los ciento uno, cuando yo tenía diecinueve recién cumplidos y la cara rebosante de pus, y el día que me enteré me pasé toda la tarde llorando y peleándome con Fernando, que no me brindó ningún consuelo e incluso murmuró que no entendía mi pena cuando hacía tanto que no nos veíamos. Ojalá hubiese pasado aquel día con Diana. Debí cuidar más su compañía, anteponerla a las cosas que ahora me parecen secundarias. Quisiera enseñarle mi piel recuperada, darle un abrazo, pedirle perdón por mis torpezas, aunque solo fuese recibir de ella una felicitación aséptica por SMS. No sé si volveré a tener alguna vez su pelo anaranjado cerca para esnifarlo, si me moriré de sopetón, en algún tipo de accidente, si me iré deteriorando hasta apagarme poco a poco, si me pondré mala de los riñones como mi abuela con la de veces que me da cistitis, si me matará alguien, si me mataré yo. Trato de conectar con mi último momento de conciencia, de decirme adiós con calidez sean las condiciones que sean, perdonándome la pérdida de Diana, el declive de la belleza juvenil que ahora mismo me espanta, todas las decisiones que traicionan las ridiculeces que me hicieron ilusión a los siete, a los trece, a los veintiocho, a los cuarenta y ocho, hoy. A cambio le pido al futuro condescendencia. Respáldame de alguna forma, Eulalia, estoy enferma de tantas dificultades. Desde que dejé de hablarme con Diana nadie me ha escrito una carta de amor. Este año he empezado a ponerme

crema antiarrugas para piel grasa, contorno de ojos y anticelulítico en las cachas para dejarte un buen legado. No me he arrancado ninguna de las canas prematuras que me llevan brotando desde los dieciséis porque no me avergüenzo de ti. Tu piel no es tan firme como la mía pero estoy segura de que has aprendido recursos, de que eres más hábil y más sabia que yo. Bríndame dignidad, Eulalia. Ten piedad. Tiéndeme la mano. Sálvame.

Lunes

15 de enero de 2007

El colegio es frío y oscuro desde dentro y lo primero que te encuentras al atravesar la puerta principal es una escultura con las dos santas que interrumpe el paso. A la derecha identifiqué una portería desde la que una monja muy bajita y con muy mala leche me indicó el camino hacia las zonas de Educación Infantil. Me mezcló con niños diminutos de entre tres y seis años que caminan con sus andares particulares, abriguitos rechonchos y mochilas coloridas a las espaldas. Cuáles serán los míos, cuáles me tocarán. No sé qué tengo que hacer para averiguarlo, pero hay dos chicas de mi edad igual de desorientadas y por inercia nos acercamos. Nos saludamos tímidamente. Ambas llevan el pelo liso y perlas blancas en las orejas y afirman haber escogido este colegio porque les cogía cerca de casa. Están desubicadas pero no tanto como yo, que he tardado una hora y cuarto en llegar. Aun así su ligero desconcierto supone un consuelo y mi coleta exhibe en sus puntas saneadas y derechas el trabajo discreto y eficaz que una peluquera del barrio llamada Jessica llevó a cabo la semana pasada. Mi madre quedó también muy satisfecha con el resultado. Desde ese día no paro de pasarme los dedos por las puntas, regocijándome en la salud y la rectísima pureza del cabello.

Una monja de unos cincuenta años se acerca por el pasillo. Yergo la columna vertebral, meto tripa. Ojalá no sea mi tutora. No lo es. Es la Madre Superiora, que nos ordena esperar hasta que las maestras de Infantil vengan a buscarnos. Es directa, seca, áspera. No nos ha dicho su nombre, no ha preguntado por los nuestros, ha asumido nuestra identidad y ha ordenado en consecuencia. Nos sentamos en un banquito a esperar, calladas. Evito el contacto visual y me concentro en los azulejos blancos y verdes de la pared del pasillo, que ofrecen pocas aventuras. Pienso en la cena de empresa del Telepizza y todos los extremos cansancios que han venido después. La Navidad fue durísima en la caja, las colas no se acababan nunca y al horno hubo que acelerarle la velocidad porque no daba abasto. El día 2 de enero me desperté chorreando sudores con un herpes en el labio superior y fiebre y estuve de baja hasta el 5, consumida en la cama con los cansancios de la pizza y de la Nochevieja mezclados. Fue un Fin de Año perro e ingrato que no valió la pena padecer. El 31 de diciembre se termina de trabajar a las cinco de la tarde, igual que el 24, pero al día siguiente hay que estar allí temprano con una de las peores jornadas del año por delante porque a la gente le encanta pasar la resaca con pizza. Ese día todo el mundo está de resaca y alguien las tiene que servir. Apenas había dormido a base de tirarme horas con Gloria intentando coger un taxi, las dos con vestidos finos, zapatos jodidos y chaquetitas, tiradas en la calle, desesperadas. No queríamos hacer ninguna cola para comer churros ni refugiarnos en ninguna parte, solo queríamos volver a casa y meternos en la cama cuanto antes. Cuando lo conseguimos el sol había salido ya. Lo que me destruyó no fue tanto la incomodidad del momento sino la sensación de no habérmelo esperado, de no haber estado convenientemente

preparada. No bebimos mucho ni bailamos mucho ni lo pasamos bien y al acostarme el arrepentimiento me terminó de consumir. El Fin de Año no es lo mío, procuraré grabármelo a fuego para siempre. El 1 de enero fue lunes y aquello intensificó aún más las cosas, como un fin de semana eterno que acaba pudriéndote de agotamiento.

Visualizo contra los azulejos los exámenes mediocres que he entregado este curso y para los que no guardo ninguna esperanza. En contraposición a esta situación de incertidumbre se me aparece la hipotética estampa de Diana asistiendo esta misma mañana a un edificio de arquitectura limpia y cuidada, imagino su voz hablando en francés tan sofisticada, con compañeras tan finas y flexibles como ella, sus aulas, clases amplias en las que retorcerse de maneras estudiadas y concretas hasta la perfección más absoluta. Sus piernas pecosas, sus manos pequeñas, tan pequeñas como las mías, las únicas manos de mi tamaño que encontré, con la particularidad de que formaban parte de una chica alta, porque Diana me sacaba una cabeza. Suelo pensar en Diana en pasado, como si se hubiera muerto, porque en parte así ha sido. Ya no la veo, ya no la huelo, no sigo sus pasos a ninguna hora ni la veo llegar despeinada de follar con otra gente ni recibo mensajes de cumpleaños. Me miro las cutículas a flor de piel. Sus manos eran esbeltas, pálidas y manchurreadas, con las uñas largas y estrechas, bien clavadas en la carne, bien pintadas de un rojo anaranjado muy brillante. Qué pensaría ella de mí ahora, agotada y abrasada de desasosiego con una falda tableada por la rodilla que perteneció a mi madre y las botas que le gustaban, luciendo menos despareja que de costumbre después de días pensando lo que ponerme obsesionada con causar buena impresión. Qué pensaría de mí la Eulalia del futuro que un día se asomará al espejo de la discoteca y tendrá o no compasión. Tal vez sea yo misma. Ya es un poco el futuro. De momento solo me inspira inconsciencia y cierta envidia porque ella todavía no estaba tan cansada. Sabía lo que se le venía encima pero por mucho que te prepares para un dolor no puedes imaginarte del todo su magnitud hasta que te está latiendo en el cuerpo. Ahora no estoy tan dolorida, al menos no físicamente, ahora me sobrecoge el terror tan grande que albergo.

Un susto es un sobresalto, como cuando Carrie saca la mano de la tumba y le agarra la muñeca a Susan Snell. El miedo es una angustia más sutil, una inquietud. No tengo miedo, tampoco estoy asustada. Me atraviesa una especie de terror intenso y prolongado desde que me acosté anoche viendo lo que me esperaba. Es la lenta espesura de cuando la niña de *The ring* sale del pozo con los pelos negros y mojados colgando por delante de la cara, caminando hacia ti, el tipito adolescente descoyuntado bajo el camisón blanco, los huesos rotos moviéndose en reverse hacia delante. No sabes aún lo que va a pasar pero sabes que va a ser malo. Alquilé con Gloria la versión japonesa de esa película una noche de verano. Ella tenía diecisiete años y yo dieciséis. Solíamos acudir al videoclub más cercano, que tenía cajero. Bajábamos a alquilar películas a cualquier hora en pijama y chanclas y nos sabíamos el catálogo de memoria. Aquella noche de pura indecisión acabamos escogiéndola porque las de terror suelen ser divertidas. Cuando terminó nos miramos sin decir nada. A veces las generaciones se quedan perturbadas por algún personaje legendario. Para mi madre no hay nada peor que la tele de *Poltergeist* y a mí me parece una película bonita sin más. Yo me siento acechada por una tele más seria que probablemente dentro de veinte años no impresione a nadie. Desde aquella noche hemos visto todas las películas de terror asiático que hemos podido, fascinadas por la presencia de los fantasmas orientales,

lentos y retorcidos. Al fondo de este largo pasillo podría haber una niña pálida y mojada observándonos. He investigado en internet y resulta que a Santa Justa, que me ha recibido esculpida en el colegio hace unos minutos, la tiraron a un pozo. Era la pequeña, tenía diecisiete años. Rufina, que aguantó un poco más, tenía diecinueve. Estoy segura de que en este edificio han sufrido montones de criaturas a lo largo de las décadas en nombre de ella y su hermana, niñas rebeldes, fans de Jesucristo como Santa Eulalia, dispuestas a soportar los tormentos más repugnantes antes que a renunciar a su ídolo. Las dos pasaron por el potro, por los garfios y por la hambruna como otras chiquillas lo podrían haber hecho por George Michael, Mark Owen, Nick Carter o David Bustamante. ¿Por quién están dispuestas a morir hoy las jovencitas, sigue siendo Justin Timberlake o su reinado está también acabado y ha pasado a ser de Zac Efron? ¿Habrá algún pozo por aquí? Una monja de piel olivácea sale del aula que nos queda a la derecha y nos sonríe. Se acerca.

—Buenos días, soy sor Elena, vosotras las de prácticas, ¿no?

Las chicas dicen que sí. Yo asiento con la cabeza mostrándome blanda y dócil. Nos pide que esperemos un momento. La Superiora llevaba un hábito muy sobrio y clásico pero este uniforme es menos formal, con camisa blanca, falda azul marino por la pantorrilla, rebeca y velo también azules. Me gustan sus zapatos, gruesos y negros con un aire ortopédico. Seguro que son muy cómodos. Sor Elena da unos toquitos suaves en la puerta que tenemos delante. Sale otra monja más anaranjada con los ojos azules y una bata blanca encima del uniforme. No se dicen nada, es como si se comunicaran a través de pestaños y sonrisas sutiles. La olivácea acude a llamar a la clase de la izquierda, la más cercana al patio. Aparece otra, pálida, ojos marrones y gruesas gafas, que se da la vuelta y se dirige a los niños momentáneamente antes de salir. Las tres se acercan a nosotras. Todas llevan el mismo atuendo a diferencia de la bata y los zapatos de estilo similar. Cada curso hay matriculadas dos o tres monjas en la Facultad de Ciencias de la Educación que pululan con sus hábitos por los pasillos y las escaleras. No he coincidido con ninguna en clase pero me han despertado siempre mucha curiosidad. Estas son, aquí están trabajando.

—Bueno, ¿sabéis a qué clase queréis ir? —pregunta la primera que nos habló. No tenemos ni idea, no sabíamos que pudiésemos elegir. Yo pensaba que eso estaría ya asignado. El año pasado estaba asignado.

—¿Alguna quiere venir con los niños más pequeños? —pregunta la de las gafas. Una de las chicas levanta la mano.

—Cuanto más pequeñitos mejor —comenta en actitud dulce y maternal.

—Pues corre, vente conmigo.

Las dos desaparecen con premura y visible ilusión. Estas monjas no son como la Superiora. De algún modo se comportan con un aire pueril, amistoso, amable.

—Menos mal porque a mí los muy chicos me dan un poco de apuro todavía —espeta de golpe la otra chica. Está nerviosa, preocupada. Eso me hace sentir menos rara, al menos hay alguien aquí que también está en vilo. La monja con rostro aceituno le hace un gesto con la cabeza invitándola a acompañarla. Se van. Esta operación que parecía farragosa está resultando muy eficaz. Cuando la puerta de la clase de la que salió la primera monja se cierra miro de nuevo al frente y la segunda monja tiene los ojos azules clavados en mí. Es alta y delgada. Tendrá entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años, es difícil estar segura. Me sonríe.

—¿Y tú qué, cómo te llamas?

—Eulalia —respondo con satisfacción, porque la versión larga de mi nombre, la verdadera, no suele ser oportuna pero aquí sí tiene lugar.

—Un nombre precioso.

—Gracias.

—¿Te llaman Lali?

—Sí.

—No podemos dejar a los niños solos mucho que se revolucionan, ¿te parecen bien los de segundo de Infantil?

—Me parecen perfectos —contesto de corazón, porque no son ni grandes ni pequeños y porque sé que mis dos compañeras han elegido antes, tienen que estar contentas y nadie puede reprocharme nada. Dentro de lo que cabe en este convento que nunca hubiera elegido como destino he tenido suerte.

—¡Pues venga, vamos!

La monja me anima a levantarme y seguirla con un movimiento de la mano. Esto podría ser mucho peor. Entramos. Me indica con los ojos que cierre la puerta. Apenas necesita palabras para ser expresiva.

—Ayúdame a quitarles los abrigos lo primero y después te presentamos.

Obedezco. Hay un buen tumulto formado. Que cada criatura se quite el abrigo, lo cuelgue en su percha y se siente supone una labor complicada. La sigo y me infiltro sin más. Se hacen un lío entre la mochila y la ropa y se olvidan con facilidad de cuál es el cometido. Su prioridad es saludarse, comentar lo que les ha pasado desde la última vez que se vieron, fijarse en las pequeñas cosas que hay en la clase. El aula es amplia, tiene buenos ventanales, calefacción y un baño propio. Hay una zona mullida en el centro, junto a las ventanas, a la que se dirigen todos los niños que terminan con el engorroso proceso de colgar sus pertenencias en el perchero ubicado bajo su foto. La disposición completa del lugar me resulta lujosa. Que los niños me acepten con tanta facilidad, el alivio más cálido que hubiera podido esperar. Me miran desde abajo y reciben mi ayuda con naturalidad. Algunos me preguntan quién soy. Les digo que me llamo Eulalia pero que pueden llamarme Lali. A los curiosos con eso les basta. Un niño corpulento con los mofletes llenos de pecas llega tarde, llorando. La monja trata de brindarle consuelo y ayudar durante el protocolo de desprenderse de abrigo y mochila, pero él se sienta en un pupitre, imagino que el que tiene asignado normalmente, con todo puesto, y no quiere moverse. Lloro a gritos, a mares. Son unos veinticinco y es difícil controlar todos sus movimientos a la vez. El llanto torna en berreo. La monja le pregunta qué le pasa. Él dice que no quiere venir al colegio y la palabra colegio la culmina con un aullido desesperado.

—¡Me quiero ir a mi casa! —exclama entre sollozos. Es lunes y su descontento me prende fuego en el pecho. Me da ganas de echarme a llorar yo también. Por qué estos niños tan pequeños aquí, por qué tan temprano. Por qué tiene que ser esta la forma de aprender, por qué tienen que trabajar sus padres, por qué se hacen así las cosas, con tanta torpeza, arrastrando tanto malestar. El niño vomita sobre el pupitre con un quejido terrible y lo pone todo perdido. La monja me dice al vuelo que trate de sentar al resto en la zona mullida mientras ella sale a buscar a una limpiadora. Obedezco de nuevo. Estoy sola con ellos. Nos conocemos hace cinco minutos y ya estoy a su cargo con el corazón rajado. Cuando colocan el abrigo en el correspondiente

perchero me fijo en sus fotos y en sus nombres escritos debajo y me concentro en memorizarlos. Creo que si ellos sienten que yo ya los conozco un poco, que me esfuerzo por saber quiénes son, me mostrarán antes lo que tienen dentro. Podría decirse que es algo que aprendí el año pasado, pero en realidad lo he sabido siempre. Es lo que anhelamos todos. Que alguien se interese por conocernos, no haber venido a este mundo para vagar en perpetua incertidumbre, sin que a nadie le importe. Me fijo en los personajes que aparecen en sus mochilas, en lo que ello indica, les pregunto si les interesa esa temática de verdad o no es más que un regalo fortuito, les pregunto de buen humor qué colores les gustan y por qué, cuándo son sus cumpleaños, si tienen hermanos mayores o pequeños, cuáles son sus comidas favoritas, me agacho para hablarles a su altura pero con cuidado de no echarles el aliento para que no se agobien, les muestro mi mejor cara, la que solo sé poner para ellos, los recién llegados a este lugar de profunda desgracia, a este putísimo infierno. Ellos sienten mi amor desgarrado y ligero y me hacen caso, benditos sean. Se sientan en corro sobre el trozo de suelo acolchado junto a la ventana antes de que la maestra monja, o monja maestra, regrese junto a una limpiadora con un cubo de serrín. Cuando ella llega nos ve, se muestra satisfecha y levanta un dedito erguido para pedirnos que esperemos solo un momento más. Agarra al niño vomitado por los hombros, le quita la mochila y el abrigo, se lo lleva al baño y oímos el agua del grifo correr. Pronto vuelven los dos, él refrescado y ella con las manos húmedas. Se sientan entre nosotros mientras la limpiadora gestiona el vómito. La calefacción hace que huela más ácido aún.

—Bueno, buenos días, niños y niñas —declara por fin.

—Buenos días, sor Lucía —declaran al unísono. Sor Lucía. Sencillo, tierno, me lo esperaba.

—Buenos días, buenos días —continúa—, ¿estás mejor, Rubén? —le pregunta al niño que acaba de vomitar.

—Sí, ya estoy mejor —contesta resignado.

—Muy bien, vamos a empezar la asamblea. Veréis que hoy tenemos aquí a una señorita muy joven y muy linda.

Se quedan callados y me miran. Algunos asienten con la cabeza y me halagan dando por hecho que sí, que soy joven y linda.

—¡Se llama Lali! —exclama un tal Alejandro, una especie de angelote espigado con el pelo castaño y rizado, los ojos azules, algunas pecas salteadas sobre la nariz. Puedo visualizar su estampa adolescente a la perfección. Hay que tratar de evitar a toda costa que se convierta en el joven apuesto, consentido y ególatra que intuyo, pero yo solo voy a estar aquí unas semanas. Bastaría con quedarme a su lado durante los próximos diez años. Quién sabe si funcionaría, si pasaría algo que lo impidiera de todas formas.

—Pues sí, se llama Eulalia y es otra maestra que se va a quedar con nosotros todos los días hasta marzo.

Circulan suspiros de asombro porque tener dos maestras supone un giro muy inesperado y porque claro, a sus ojos hasta marzo queda muchísimo tiempo. Para entonces el libro de texto estará anunciando la primavera y eso significa haber superado el tedio infinito de completar montones, montones de fichas. Se les llama fichas a las páginas de actividades que hay que ir realizando cada día, la estructura que sustenta las jornadas educativas en la mayoría de los colegios desde hace décadas. Ya funcionaba así cuando yo era pequeña. Saludo con la mano y una sonrisa. No quiero que me tengan miedo.

—Hola, buenos días. Si queréis me podéis llamar Lali.

—¡Lali! —exclama una niña con coletas.

—¡Lali! —se suma otro niño rubio con el pelo muy espeso. Alejandro murmura que él ya lo sabía.

—¡Lali, Laliiiii! —canturrea un niño más desde la esquina, y me echo a reír. Llevan puestos sus babis, esas batitas de cuadros blancos y azules abotonadas en la parte delantera. En los colegios parece pasar poco el tiempo.

—Sí, Lali —continúa paciente sor Lucía—, y ahora primero vamos a rezar el Avemaría y después le vamos a decir nuestros nombres de uno en uno, ¿vale?

La clase asiente y comienza la oración. Yo del Avemaría solo me sé algunos trozos, igual que ellos, así que me apaño moviendo la boca más o menos, como si fuera un playback, y en mi fuero interno rezo de verdad para que no me pillen y se acabe pronto. Algunos me miran tratando de seguir el hilo y disimulo, hago como que les doy ánimos para continuar recitando cuando estoy más perdida que ellos. Por fortuna estoy justo a la derecha de sor Lucía y no tiene muy a tiro mi cara, pero me preocupa que gracias a la cercanía le llegue mi voz dudosa e intermitente. Tenía que haber venido más preparada, me coge por sorpresa que con cuatro años estén memorizando ya oraciones y recitándolas a las nueve y media de la mañana. Pese a que me siento extremadamente insegura, con las manos mohosas de Santa Justa a punto de agarrarme por los tobillos con las uñas rotas de haber estado intentando salir del pozo, desde el primer momento la monja se ha mostrado tan sencilla y tan cercana que el horror se ve muy atenuado. Me repito que podría ser mucho peor, podría ser tal como es pero como una monja tiesa y cruel mirándome desde arriba. Esta parece dar por supuestas mi bondad y mi dulzura, cosa que agradezco porque de verdad siento que son reales, como si no tuviera nada que demostrar. No se dirige a los niños en un tono amenazante pero tampoco los trata como si fueran peluches. Es chispeante y respetuosa. Eso me genera una enorme curiosidad hacia su historia e incluso consigo que su cara me parezca cada vez más bonita. Está llena de luz. Su único novio es Jesús. En principio no me parece una mala vida. La de mierda que se está ahorrando no es un asunto que se pueda tratar a la ligera. Ella no espera taxis en minifalda y zapatos incómodos al amanecer, nadie le pone cara de asco cuando dice que tiene la regla y luego ese mismo alguien se le corre en la cara una lefa espesa y deshidratada como si la sangre fuese caca y el semen agua bendita, no despacha pizzas hasta las tantas por cuatro duros, vive aquí refugiada de toda esa porquería. Igual la Madre Superiora le tiene la vida amargada, pero en tal caso ella parece saber cómo trazar su propio camino, cómo encontrarse a sí misma en paz y alegría con los medios a su alcance. No sé nada de esto en realidad, es solo que las monjas, aunque me dan mucho miedo, también me han dado siempre algo de envidia. De todas las salidas que hemos tenido a mano las mujeres, el convento es uno de los más seguros y dignos. Tal vez en otro tiempo, si me hubieran dado a elegir entre casarme con un cazurro y afanarme en parir y criar su montón de hijos, ser una solterona de la que todo el pueblo se ríe, coger la sífilis en un callejón por una moneda de cobre o sentir la llamada de Dios, habría ardido en mi pecho el fervor religioso y me habría quitado de en medio. A orar, a bordar, a hacer magdalenas y chupar el crucifijo por las noches.

Después de rezar el Avemaría los niños me dicen sus nombres, unos con enorme timidez y otros con tremendo desparpajo. Asiento, doy las gracias y saludo de nuevo. Sor Lucía abre una breve ronda de aportaciones para completar su participación en la asamblea. Cayetana levanta la

mano para contar que el sábado fue al cumpleaños de un primo y le regalaron un barco pirata y hubo una tarta rosa por fuera y marrón por dentro. Un niño que creo que se llama Jesús pero aún no estoy segura dice que ayer estuvo en el parque y vio patos y palomas, para añadir después que a lo mejor fue antes de ayer. Alba tiene un peluche en forma de estrella naranja en los brazos y sor Lucía les invita a explicarme lo que significa. Alba es bastante callada y aprieta un poco el peluche sin decir nada pero otras diez o doce voces a la vez se afanan en exclamar datos sueltos que se pueden resumir en que el peluche se llama Estrella, que es la mascota de la clase y que cada fin de semana se lo lleva uno a su casa. Yo me río y asiento pero como la información no deja de repetirse sor Lucía corta en seco el griterío para pasar a preguntarle a Alba cómo le ha ido. Tímida y sencilla, ella contesta que ha dormido con Estrella las tres noches, que la ha cuidado mucho y que se la llevó también a casa de sus abuelos una tarde. Dice que le ha gustado mucho tenerla. Le da un último abrazo de despedida y se la entrega a sor Lucía, que se levanta y la coloca en una estantería dando por disuelta la reunión e invitando a que todo el mundo se siente en su sitio. Los niños se acomodan en sus pupitres, esta vez con cierta prisa, nosotras nos ponemos junto a la pizarra y sor Lucía se dispone a explicar lo que vamos a hacer durante la primera mitad del día. Solo hay dos libros de texto. En el principal, el personaje llamado Estrella en el que está basado el peluche va presentando diferentes asuntos relacionados con los aspectos más básicos de la Lengua, las Matemáticas y el Conocimiento del Medio. El otro libro no hay que usarlo aún pero lo veo sobre la mesa de la maestra. Es el libro de Religión. Su presencia me contrae el esófago, pero ya lidiaré con ese asunto cuando llegue el momento. Suficiente tengo ahora. Sor Lucía me señala su silla para invitarme a ocupar su escritorio mientras ella explica la lección. Todo un detalle que mi tutora del año pasado jamás hubiera considerado. Me siento y observo la clase. El mobiliario completo está fabricado a la medida de estos pequeños seres humanos, desde las mesas y las sillas hasta las estanterías del fondo, donde vislumbro una cantidad generosa de material escolar y una sección de cuentos que ojalá podamos usar alguna vez. Atienden a la maestra intentando enterarse del asunto, unos con la boca abierta, otros frotándose los ojos. Algunos se distraen.

Cuando yo era pequeña me parecía que los profesores que llegaban el primer día diciendo que eran muy malos con los nombres eran por sistema malos profesores, así que ahora me ocupo de esforzarme por no causar esa impresión y la mitad ya me los he aprendido. Tal vez no fuese más que una manía y no significase nada, tal vez haya miles de buenos profesores incapaces de recordar una lista en meses. Lo cierto es que mi mayor jueza sigue siendo la pequeña Eulalia que me observa desde lejos y sé que en algunas cuestiones estaba equivocada pero respecto a esto albergo muchas dudas y por si acaso obedezco su mandato. Miro sus caras y trato de relacionar sus nombres con las fotos pegadas a las perchas de la pared del fondo. Iván, Cayetana, Rubén, Sandra, Diego, Paulina, Blanca, Alejandro, Sara, Pedro, Andrés, Antonio Jesús, Ana María, Paloma, Julia, Francisco José, Rocío, Ana, Alberto, Daniela, Gabriel, Elisabeth, otro Alejandro, Alba, Sebastián. Lo repaso sin parar, fotos, caras, recordando cómo se presentó cada uno, la forma en que ha intervenido o no en la asamblea, lo que eso puede significar. Es la primera vez que veo una lista sin ningún nombre que se salga de la tradición castellana, sin una Jessica o un Jonathan, un Mohamed o una Saray. Elisabeth es el único un poco arriesgado. Elisabeth es rubita y sonrosada, tiene los ojos redondos y parece enterarse de todo. Los observo uno a uno. Estudio cada psicomotricidad, cada rostro, cada cabello, cada babi bordado con su nombre.

No paro de repasar la información durante los veinte minutos que sor Lucía se mantiene hablando desde la pizarra. Empiezo a sentirlos como propios. Estos son mis niños. Vendré todos los días a tratar de averiguar cómo son y ayudarlos en el camino tan raro que nos ha tocado. Siempre serán mis niños. Todavía no conozco más que sus nombres, sus gestos y sus estampas pero soy consciente de que pase lo que pase los recordaré hasta que a la Eulalia del futuro se le funda la conciencia con un negro opaco en una cama de hospital, en un coche accidentado, en un callejón salpicado de sangre, en un ataque de Alzheimer. Ellos tal vez solo conserven de mí algún retazo suelto, una imagen difusa como la de un amable fantasma que te ronda la cuna, pero yo nunca podré olvidar a estos niños vestidos de azul y blanco sobre granate y gris. Recordaré sus voces, sus pestañas, sus aficiones, sus alientos y sus mocos. Soy joven hoy pero lo más probable es que un día sea vieja y aún sepa cómo eran. Abro el cuaderno que va a ser mi diario de prácticas, apunto la fecha con mi letra redonda de cuadernillo Rubio y empiezo a tomar notas. Cómo es el colegio, cómo es sor Lucía, cómo son los niños a primera vista, cómo ha vomitado Rubén sobre su mesa llorando a grito pelado, cómo hemos recitado el Avemaría, qué actividades hay que realizar de entrada. Son dos fichas, una va de números y estrellas y la otra de vocales y nubes. Sor Lucía da una palmada y los anima a comenzar. Aprovecho el sonido para levantar mi culo de su asiento y cedérselo. Ella retoma su lugar con una sonrisa.

—Yo me quedo aquí porque siempre vienen a enseñar lo que han hecho con dudas, pero tú date una vuelta por las mesas, así hablas con ellos y te vas haciendo a la clase.

—Vale, gracias.

—Hay de todo aquí, ya verás —me pone una cara sorprendente, como de pillina, y se queda sentada mirándome con las cejas levantadas y la cara apoyada sobre la mano izquierda. Es muy simpática esta monja, válgame Cristo. Se me escapa una risa nerviosa y le hago caso. Cuando empiezo a andar hacia los pequeños pupitres levanta la voz detrás de mi espalda.

—¡A partir de hoy tenéis mucha suerte! ¡Vais a tener a la señorita Eulalia un montón de días ayudando con las tareas! —les recuerda. Los niños levantan las caras hacia mí un poco embobados. Muchos de ellos sonríen. La monja quiere que estén de mi parte, que me reciban sin extrañeza—. ¿A que tenéis suerte? La podéis llamar señorita o Lali.

Asienten y empiezan a levantar las manos para solicitar mi asistencia. Mi nombre suena desde diferentes lugares. Es buena la hija de puta. Me va a dejar hablar con ellos. Me está ofreciendo la posición más digna que he recibido en la vida. Es la primera vez que me otorgan un lugar respetable más allá de mi casa. Pensaba que ocurriría el año pasado en el colegio público pero no fue así, allí fui tratada como una maleante a reprimir. Ha tenido que ser esta monja, probablemente en nombre de Dios. Se me encoge la cara con una emoción contrariada y me acerco a una niña un poco más pequeñita que los demás con el pelo muy liso y suave cayéndole hasta debajo de los hombros. Ha sido la primera en levantar la mano pero lo ha hecho con enorme timidez, sin pasarla por encima de la cabeza. Parece muy asustada ante el mundo, muy retraída. Me pongo en cuclillas a su lado. Se llama Blanca.

—Hola, Blanca —le digo.

—Hola, señorita —contesta muy despacio, y tener la oportunidad de hablar con ella me esponja el espíritu como un kilo de garbanzos en remojo desde ayer.

—¿Qué te pasa, con qué estás?

—Que no he entendido bien lo que hay que hacer.

—¿Nada de lo que hay que hacer o una parte?

Se queda pensando desconcertada. Le doy tiempo para que encuentre la respuesta.

—Lo de la primera.

—¿La primera ficha?

—Sí.

Habla en un hilo de voz. Le explico que tiene escribir cada número debajo de cada grupo de estrellas. Según mis cálculos ya tienen que haber aprendido a contar hasta diez, seguramente hasta veinte, con soltura, aunque aquí no hay ningún montón de más de nueve estrellas. A algunos les costará, otros llegarán ya hasta cien. La ficha es, como casi todas, mecánica, sosa y estéril. Asiente con la cabeza y los ojos muy grandes.

—Pues ya está, ya sabes cómo es.

Vuelve a mover la cabeza de arriba abajo.

—La segunda sí la has entendido, ¿no?

—Creo que sí pero no me acuerdo.

—A ver, vamos a ver cómo es.

Pasamos la página y se la queda mirando hasta que le prende un chispazo de comprensión.

—¿Te acuerdas ya?

—Sí, sí. —De repente habla un poco más deprisa, con algo más de volumen.

—Bueno, si después tienes dudas me puedes llamar otra vez o ir a la mesa de sor Lucía.

—Vale.

Se pone al lío concentrada, apretando el lápiz muy tieso. Me levanto y la dejo. Hay varios sujetándose la mano por encima de la cabeza, esperando su turno con impaciencia. Me arrodillo junto al más próximo, que creo que es el segundo Alejandro, y antes de que podamos decir nada suenan tres golpes secos contra la puerta de la clase. Todos miramos y la Madre Superiora abre sin esperar a que le den permiso. Entra muy seria, buscando algo concreto con la mirada.

—Rubén Ordóñez Tablada —pronuncia cuando encuentra su objetivo. Rubén se muerde los labios y se queda mirando al infinito—. ¿Qué pasa, no dices nada?

—Buenos días, madre Pilar —murmura aterrorizado. Escuchar sus voces articulando palabras como sor Lucía y madre Pilar me resulta chocante.

—¿Qué te ha pasado esta mañana?

—Nada.

—No, nada no, me han dicho que no querías venir al colegio.

Rubén calla y pestañea varias veces seguidas, se le ha activado una especie de tic.

—¿Te parece bonito? —El niño agacha la cabeza—. Ahora no dices nada, ¿no?

Tiene cuatro años. Por la Virgen, un poco de piedad.

—Me avergüenzo de ti, Rubén, qué mal te has portado. Que sepas que ya he hablado con tus padres y no están contentos precisamente. La próxima vez que llegues con esa actitud vienes directo a mi despacho a ver si allí montas tanto escándalo.

Se avergüenza de él, como si pudiera exigirle el mismo decoro que ella ha ido labrando a lo largo de los siglos. Parece que tenga seiscientos años, que lleve viva desde el Medievo. El niño ya está derrumbado, que era lo que ella pretendía, así que pasa a ignorarlo y se dirige a sor Lucía:

—Disculpe, sor Lucía, es que después de lo que ha pasado tenía que hablar con él personalmente.

—Es comprensible, madre Pilar —contesta con humildad sor Lucía. La Superiora se marcha sin decir nada más, igual de seca y cortante que cuando llegó. Sor Lucía oculta su dolor con la cabeza gacha, pensativa. Ella también sabe que no hace falta ponerse así, que ese camino solo conduce a parajes oscuros. Le han jodido la energía de la clase. Ahora los niños están tensos. Retomamos la actividad en murmullos atemorizados hasta que nos salva la hora del desayuno a las diez y media. Los niños hacen fila frente al cuarto de baño para lavarse las manos. Un cuarto de baño propio, jabón en el colegio, toallas, espejo, azulejos de colores, es la primera vez que veo un despliegue así. Los que ya están limpios van sacando sus zumos, sus bocadillos y sus frutas. Nosotras les asistimos a lo largo del proceso, que parece sencillo pero a esta edad resulta tremendamente complejo. Los padres están obligados a traerlos con un desayuno saludable y nosotras tenemos que procurar que lo ingieran antes de la hora del recreo, que empieza a las once. Trato de reponerme al trato hostil que nos ha ofrecido la Madre Superiora pero no lo consigo y tras cada pequeña acción llevada a cabo con el piloto automático escondo una profunda melancolía. Me empiezo a equivocar con los nombres y cuando termine el recreo toca sacar el libro de Religión. Sor Lucía parece una buena persona pero esta mañana me dejé llevar por el primer entusiasmo y me confié. Camino errante y distraída por el patio con mi barrita de cereales y mi zumo. Por momentos me siento como una niña más pero sé que no lo soy porque yo llevo gafas de sol.

Rubén corretea como si nada y me inspira una compasión terrible. Se ha despertado y ha venido a disgusto, nada más lógico. La contrariedad hoy le ha llevado al llanto, al vómito. Lo raro me parece que no nos despertemos llorando todos los días. A mí no me faltan ganas, y el estómago también se me revuelve mientras me visto y acudo a estos sitios extraños. Rubén parece tener un temperamento fuerte, inquieto, algo rabioso. De pequeña tenía mucho miedo de la mayor parte de los niños pero incluso entonces me preguntaba de quién era la culpa. No llevo ni tres horas en un colegio de monjas y ya estoy pensando en los términos incorrectos. Hablemos de causas. De dónde vienen ciertos comportamientos. Hace diez años tenía menos fe en el ser humano. Ahora no es que me haya vuelto más optimista porque identifico la abundancia de malos caminos con la misma facilidad, pero estoy convencida de que casi todos los comportamientos conflictivos podrían evitarse con una educación diferente en un sistema diferente. Si los padres estuvieran más preparados, si no fueran ellos víctimas del mismo monstruo, si la gente no se dedicara a repetir ciertos patrones generación tras generación tal vez podría invertirse este flujo. Hay niños complicados cuya rebeldía viene de un profundo descontento o de un cúmulo de ejemplos espantosos. También están los que vienen tan mimados que se vuelven déspotas. Y luego está esa raza discreta a la que pertenecí, la de los que se portan bien y no se llevan grandes reprimendas pero no por ello lo están pasando mejor. En cualquier caso soy consciente de que jugué con una ventaja que a nadie le debería faltar. Yo me sentía escuchada y respetada por mi madre. Muchos padres piensan que lo están haciendo y no se dan cuenta de que no es así. No prestan verdadera atención a los niños, no tienen en cuenta su parecer, están convencidos de que lo que tengan que decir es irrelevante. En el otro extremo tenemos a los consentidores, que dan a sus hijos un poder desorbitado, colocando a sus pies cualquier cosa que deseen. ¿Cómo son los padres de Rubén? Tal vez lo comprendan pero cuando

la Superiora llama quejándose les hace sentir irresponsables. Puede que se enfaden porque les ha hecho quedar mal. Tal vez le dicen que están descontentos y sea mentira. Tal vez le peguen un rapapolvo hoy al llegar a casa.

No paro de imaginarme cómo hubiéramos sido todos si nos hubieran criado en el ambiente idóneo. Cómo es ese ambiente exactamente. Supongo que no es el mismo para todo el mundo, pero si a cada ser humano venido aquí le hubieran proporcionado el entorno más sano posible, el más adaptado a sus necesidades concretas. Una parte de mí está segura de que funcionaría, de que cuando se atiende correctamente a los recién llegados todos florecen, pero hay otra parte que me dice que soy una ingenua, que la naturaleza es pura violencia y que no hay forma de erradicar las tensiones que le son propias. Si al menos las cosas fuesen de otra manera. Me arde la curiosidad de saber cómo sería el mundo si se censurara la guerra y se mostrara el sexo como si nada y no al revés. Comprobar qué efectos tendría sobre la población algo tan sencillo como eso. Igual brotaba una fiebre de sadomasoquismo extremo. Me seguiría pareciendo mejor que esto. Me obsesiona salvar a la especie yo sola y no sé cómo se hace. Me paso la vida vendiendo pizzas para pagarme los bonobuses y suspendiendo asignaturas fáciles. Miro al cielo desde el centro del patio del convento y cuando respiro los botones del abrigo se elevan sobre mi pecho.

—Señorita.

Una voz infantil se dirige a mí desde abajo. Soy yo, me he vuelto a convertir en la señorita. Tengo que acostumbrarme. Es Paulina, una de las más altas y despiertas de la clase, el pelo rubio recogido en una larga coleta coronada por un pompón rosa y los ojos vivos. Me llega casi hasta el ombligo.

—Eh, hola, Paulina —contesto quitándome las gafas de sol. Su presencia me hace olvidar las angustias y me vuelve una persona jovial. Me agacho para ver lo que pasa. Ella se ríe ante la mera idea de que estemos hablando.

—Hola, seño.

—¿Qué pasa, cómo te va el recreo?

—Bien. Oye, seño.

—Qué.

Sara y Cayetana se acercan a toda prisa y llegan justo a tiempo para escuchar la pregunta que ha venido a hacerme.

—¿Tú tienes novio? —Las tres se tronchan. Ya estamos. Me pongo en cuclillas para afrontar este tema que tanto les interesa.

—No, no tengo —¿Tengo novio, es Fernando un novio, podría considerarlo alguien así? Yo no. Era mil veces más novia mía Diana y en parte juntándome más de la cuenta con él fue cómo la perdí a ella, se me fue la novia buena y me quedé con él que no es ni novio ni es nada. Pero la auténtica desgracia aquí es que estas niñas ya estén con el tema de los novios. No me extraña, la mayoría de los padres fantasea con el emparejamiento de sus hijos desde que están en la cuna. Dos bebés se cruzan en sus respectivos carritos por la calle y basta con que se miren para que surjan las bromas sobre si se emparejarán o no. Esto solo si se trata de un niño y una niña, por supuesto. Lo peor es que no es solo cosa de la familia y el vecindario. Por mucho que intentes mantener este veneno lejos de sus cabezas la sociedad se encarga de inocularlo a través de

películas, cuentos, programas de la tele, revistas, habladurías. Todo empuja en la misma dirección. Aquí está el resultado. Niñas de menos de cinco años obsesionadas con el concepto de noviazgo. Ante mi respuesta se muestran un poco chafadas.

—Ah, ¿entonces estás casada?

—No, tampoco estoy casada.

—¿Y por qué? —interviene Cayetana.

—Porque no he querido, y no hay que tener novio siempre, se puede no tener novio nunca.

—Pero si eres muy guapa. —Entre Cayetana y Paulina hay un equipo fuerte aquí. Las dos comparten un tono de voz agudo, cantarín, incisivo, y manejan ya grandes dotes comunicativas, fluidas y directas. Sara se mantiene un poco al margen pero mostrando el mismo interés.

—A ver, lo de ser guapo o feo no tiene nada que ver con casarse ni con tener novios, además todo el mundo es guapo a su manera —trato de salir del entuerto, no se me ha olvidado lo que aprendí el año pasado pero me falta práctica. Ellas me miran con decepción y algo de pereza.

—¿Y tienes hijos? —Paulina sigue apostando fuerte por el interrogatorio.

—No, no tengo hijos.

—¿Cómo va a tener hijos si no está casada? —espeta Cayetana muy resabiada.

—Ah, es verdad —contesta Paulina. El terreno es pantanoso pero no puedo dejarlo así, no puedo, de verdad que no puedo. Demasiado que no les estoy preguntando por qué presuponen que tengo novio y no novia. A lo mejor si hiciera eso brotaba del suelo del patio una hoguera encendida justo debajo de mis pies.

—Bueno, eso tampoco tiene que ver —explico mientras se me acelera el corazón, rezándole al cielo para que esto no me pase factura—, se pueden tener hijos sin casarse.

—¿Ah, sí? —pregunta Paulina.

—¡Sí, sí que se puede, mis tíos no están casados y han tenido dos primos! —exclama Sara interviniendo por primera vez. Me río porque tiene una forma de hablar muy simpática, atropellada y gritona, y porque me ha salvado. Cayetana y Paulina también se ríen porque la forma en que ha dicho que sus tíos han tenido dos hijos y que son sus primos no concuerda aunque se haya entendido. Ha salido bien. Sara tiene el pelo negro y espeso recogido en dos coletas despeluchadas. Está satisfecha de haber aportado información decisiva. Paulina y Cayetana se alejan sin decir nada más con aire cómplice. Yo sigo agachada y Sara se queda escudriñándome.

—¿Tú cuántos años tienes? —pregunta.

—Veinte.

—¿Veinte? —se muestra incrédula. Esto ya me lo sé, no manejan nada bien las edades pero son capaces de cultivar apreciaciones muy refinadas en ámbitos menos exactos.

—¿Cuántos pensabas que tenía?

—Mmmmm, cuarenta o más.

Me río y ella no entiende muy bien por qué.

—¿Sabes cuántos tengo yo? —pregunta.

—¿Tú? ¿Quieres que lo adivine?

Dice que sí meneando la cabeza y doblando un poco el cuerpo hacia izquierda y derecha, divertida. La observo como echando cuentas.

—Yo creo que tú tienes que tener cuatro o cinco años.

Se troncha.

—¿Qué? ¿He acertado?

—¡Sí, cuatro!

—¡Bien!

Me mira un momento más y se aleja de buen humor con sus andares característicos, balanceándose hacia los lados. Pensar que por encima de estas pobres criaturas hay una jefa que aparece de vez en cuando para hablarles mal me atormenta, y que a las doce de la mañana les estén explicando cuáles son los tonos correctos para colorear la imagen de la Inmaculada Concepción no ayuda. Durante la hora de Religión repartimos bandejas con montones de ceras y nos aseguramos de que en todas abunde el azul. A la una y veinte queda un poco de espacio para alguna actividad recreativa, así que los animamos a coger cuentos, plastilina o muñecos de trapo a los que vestir y desvestir. Se hace muy corto porque pronto hay que inaugurar el proceso inverso de recogida de materiales, cambio de babis por abrigo y colocación de mochilas. El día empezó mejor de lo esperado pero ha acabado resultando muy denso. Sacamos a los niños en fila a la puerta y los entregamos uno a uno a sus padres y niñeras, la mayoría con ropa muy relamida y coches caros que pitan arremolinados alrededor de la fachada. Son las dos y cuarto y la labor ha concluido. Volvemos a la clase, que parece muy distinta vacía. Sor Lucía recoge sus enseres. Yo me lavo las manos y me pongo el abrigo.

—Bueno, ¿cómo estás? —me pregunta mientras agarro la cartera.

—Muy bien, contenta —contesto con blando entusiasmo.

—No te preocupes, los primeros días siempre son un poco raros pero en poco te harás a los niños y al colegio.

La monja me cala a la primera y temo que me pregunte por alguna cuestión religiosa pero tira por otro lado.

—Es muy fácil, mira, te he hecho una fotocopia del horario y menos cuando hay que ir al gimnasio para hacer Educación Física es todo más o menos lo mismo.

—Anda, muchas gracias.

—Habrás visto que en Infantil es mejor explicarlo todo de golpe al llegar porque en cuanto se distraen una vez y se ponen con la tarea es muy difícil que vuelvan a atender.

Asiento. Tiene sentido.

—Así que como has visto después de rezar y hacer un poco de asamblea damos la lección entera y se explican las dos fichas seguidas. Normalmente antes del desayuno hacen dos fichas, después del recreo volvemos a la zona de reunión, hablamos de cómo ha ido, a veces hacemos un poco de relajación para que se pasen los sofocos del recreo y se explican las demás fichas del día.

—Y ya está, siempre así menos cuando hay gimnasio.

—Sí, hay veces que da tiempo de hacer un ratito de cosas creativas a última hora como hoy que se ha podido pero muy poquito.

—Ya.

—Te da pena, ¿no?

—¿Pena?

—Sí, se te nota en la cara que te da pena.

Se fija en mi cara, en lo que refleja bajo la máscara de eficiencia tras la que me intento esconder.

—No, no, qué va, me parece todo bien, es que hoy por ser el primer día he estado un poco nerviosa.

—Es normal que estés nerviosa y también que te dé pena. Las de prácticas siempre queréis ser creativas y os da pena que sea todo tan cuadriculado. Ojalá pudiéramos tener una rutina más interesante pero esto es lo que hay. Podemos hablar de eso, no te preocupes, no tienes que venir aquí a decir que está todo bien y ya está, hay cosas que podrían estar mejor.

La miro sin saber qué hacer y se me esboza una leve sonrisa porque me alegran su consciencia, su comprensión de la situación, pero también tengo miedo de que sea una trampa.

—Dilo, no pasa nada.

—Bueno, sí que me da un poco de pena —confieso.

—Los niños necesitan más juego, más motivación, pero es que lo de las fichas es una condena.

—¿Y por qué tiene que ser todo con fichas?

—Porque es lo que más importa a los padres que han comprado los libros y quieren que cuando termine el curso estén todas las actividades completas. Si no, les da rabia haberse gastado el dinero y se quejan, es así. Pero no te desanimes que se pueden hacer muchas cosas con las fichas por medio y con todo. Y los niños son angelitos.

—Ya, eso siempre.

—Se nota que te gustan mucho.

—Sí.

—Eso es muy bueno.

—Ay, gracias.

—¡Bueno, mañana nos vemos!

Me da una palmadita en el hombro y me acompaña hasta la puerta.

—Hasta mañana, sor Lucía, muchas gracias por el horario.

—Faltaría más.

Salgo al pasillo, ahora desierto. Recorro el colegio vacío, atravieso el patio hacia la puerta y rodeo la escultura de las santas. Las miro de reojo, con desconfianza. Diecisiete y diecinueve años. Están sobre un pedestal formando un conjunto uniforme y pálido, supongo que de estuco. Adolescentes torturadas. Ellas eran fans de Jesús cuando esta tierra pertenecía al Imperio Romano. Un día se celebraba una fiesta en honor a Venus y llamaron a su casa pidiendo ofrendas para la diosa. Les dio tanta rabia que rompieron el busto. Lo he leído en internet. Por un lado me parecen unas exageradas, como si las niñas que correteaban por el aeropuerto de Madrid buscando a los miembros de Take That en los noventa le hubieran escupido a un póster de Madonna porque a ellas Madonna les sudaba el coño, ellas solo rendían culto a Mark Owen y a Gary Barlow y a los otros dos que quedaban tras la partida de Robbie Williams. ¿Pero en serio había que ponerse así por el arrebató de dos muchachas tan jóvenes? Estuvo feo partir el busto, vale, pero son cosas de la edad. Santa Eulalia hizo algo parecido con trece años y le rajaron las tetas. Estas cosas pasaban con relativa normalidad alrededor del año 300. Un poco más tarde se talló en Roma la escultura de la diosa Diana que tanto he mirado. Me gustan las representaciones

de Diana con el arco y las flechas y el ciervo porque todas tienen algo que ver con mi Diana. Me doy la vuelta, dejo a las santas atrás, me pongo las gafas de sol para que no me deje ciega el baño de luz que me espera en la calle y atravieso la puerta del colegio. Camino sin prisa, hoy no trabajo. El autobús va a tardar mucho de todas formas. Me subo en la primera parada del recorrido y me bajo en una de las últimas.

En la parada hay mucha gente y toca esperar de pie. Me apoyo en la marquesina y no le quito ojo a la calle por la que tiene que venir el autobús. La gente mayor le suele decir coche al autobús. Ya está aquí el coche, hace rato que estoy esperando el coche y ahora va y llegan dos seguidos, nos tuvimos que bajar del coche en la avenida de Andalucía con la calor más mala del mundo porque se había averiado y el siguiente tardó media hora en venir. Siempre me ha extrañado, pero supongo que hubo un tiempo en el que todo el mundo empleaba ese término. Deduzco que en algún momento a los jóvenes les pasará lo mismo con mi forma de hablar y no habrá nada tan anticuado en el mundo como los Clásicos Pakeros. El coche que aparezca ahora podría ser naranja o carmesí. Los rojos forman parte de la flota renovada que poco a poco va supliendo la antigua. Aunque los carmesíes son más cómodos me hace ilusión que vengan naranjas, sobre todo en invierno, cuando no hay que preocuparse de si el aire acondicionado funciona. Los naranjas son los viejos, los mismos vehículos que circulaban en mi infancia, y cuando los veo venir y me monto es como si el tiempo no hubiera pasado y sentase el culo en el sitio de siempre. Como es una de las paradas más importantes de la ciudad hay una pantalla que te dice cuánto va a tardar en venir cada autobús y eso mejora mucho el ambiente. En las de mi barrio te mueres de incertidumbre sin saber lo que va a pasar, si vas a llegar tarde o no, y cuando es importante llegar a tiempo a algún sitio me empieza a doler el estómago, por no hablar del calor tan espantoso que se pasa con esos nervios, que en verano me multiplican los sudores. La marquesina ardiendo, el asiento que si te confías te quema el culo, el look en el que habías trabajado derritiéndose segundo a segundo.

El autobús aparecerá en ocho minutos. A veces esa pantalla indica veintiuno o incluso cuarenta y dos y se te desgracia el día entero. El gran drama viene cuando tarda cuarenta y ninguna pantalla te lo dice. En esas ocasiones me muerdo las uñas hasta casi arrancármelas de cuajo. Podría mandar un SMS y que Tussam me devolviera un mensaje con el horario estimado pero cuesta dinero y suelo tener el móvil pelado de saldo. Estoy tan cansada de la situación como hecha a ella. He pasado cientos de horas muertas inmersa en las miserias del transporte público, muchas de ellas acompañada de Gloria pero la mayoría en soledad. Y no puedo leer porque me mareo y llego al destino con ganas de vomitar. Eso ha llegado a propiciar que de algún modo ese tiempo muerto haya alcanzado, a base de cientos, miles de repeticiones, cierta trascendencia. Si echo la cuenta en los últimos tres años he cogido una media de veinte autobuses semanales. A veces han sido más y a veces menos pero creo que es un cálculo correcto. Entre esperas y recorridos diría que cada trayecto me ha ocupado unos cuarenta y cinco minutos. A veces han sido veinte y a veces han sido casi dos horas, doy la estimación por válida. Saco el móvil y abro la calculadora. Veinte autobuses a la semana, a cuarenta y cinco minutos cada autobús, son novecientos minutos a la semana. Quince horas. El año tiene cincuenta y dos semanas. Quince por cincuenta y dos son setecientas ochenta horas al año. Llevo dos años y medio así, lo que supone que desde que entré en la facultad, además de echar veinte horas a la semana gestionando el mundo de la pizza, tratando de soportar siete horas de clase al día de lunes a viernes y de

aprobar el máximo de asignaturas posible, he pasado mil novecientas cincuenta horas entre marquesinas atestadas, asientos de plástico húmedos de muslos ajenos, aglomeraciones de sobacos y atascos. Mil novecientas cincuenta horas. Un 27 aparece por la calle del fondo en la pantalla frontal de un vehículo rojo mientras asimilo los datos detrás de las gafas de sol. Es mi única línea ahora que tengo que venir al colegio, la que me trae y me lleva directa del barrio.

Me gusta pensar en Diana mientras voy de un lado a otro. Si pulverizaran el mármol de la diosa de la caza de gotitas marrones sería igual que su piel, blanco moteado de castaño, y también se parece en el pelo espeso y rizado. Se hacía aquellos moños que eran el sueño de cualquier pija. En el *Vogue* te enseñan a recogerte el pelo de formas elaboradas persiguiendo resultados casuales, como si te acabaras de despertar así pero en realidad te has tirado media hora colocando mechones estratégicamente. En su gruesa cabellera el milagro se obraba solo. Tenía rizos en bucles que no estaban ni muy sueltos ni muy apretados, como los de algunas esculturas romanas, y el color resultaba también inverosímil pero era una vez más natural. La vi por primera vez de espaldas y guiándome por el pelo suelto di por hecho que tendría los ojos azules o verdes. Pero se dio la vuelta y eran marrones, a juego con las pecas. La parte más fascinante de aquellas pecas es que no configuraban un estampado uniforme. Tenía zonas del cuerpo pálidas y otras salpicadas. Una franja coloreada en los lumbares, otra en la barriga, los dos hombros, la cara entera, una pierna sí y otra no a excepción de una cenefa en la rodilla. En verano se multiplicaban las pecas y en la oscuridad brillaban más unos trozos que otros. Sus mucosas eran de un rosa ácido muy saturado, casi fosforescente. Nunca había visto una persona así. Estar a su lado te hacía sentir en el lugar correcto, en el más interesante y singular del mundo. Cuando describo a Diana en mi cabeza todo suena horterado. Ojalá no le enseñe a nadie mis cartas. Me consuela que ella también llenara de tópicos rimbombantes las suyas, pero las mías eran más largas. Qué bochorno aquellas cartas. Sacudo la cabeza para quitarme de encima la vergüenza. Diana está en Bruselas y tiene un novio belga que está buenísimo y no pasa nada. Como un día los niños que he conocido hoy, sigue su propio camino ajena a mi percepción. Cuando yo miro a cierta gente la archivo para siempre, y sé que por mucho que sea claramente un pensamiento enfermizo, por mucho que me espante la idea de que alguien me haga lo mismo a mí dentro de su cabeza, las cabezas son privadas y tengo derecho a encarcelar aquí las imágenes que yo quiera igual que los demás tienen derecho a secuestrar mis imágenes con mansedumbre. Es inevitable. No trato de comunicarme con ella, no la molesto, la dejo vivir como prefiera. Pero no puedo evitar seguir llevándola dentro.

Diana o Macarena, chicas del centro, nunca tuvieron mucha idea de lo que significa vivir lejos, de lo difícil que se hace improvisar desde la periferia, de cómo afecta a tu planificación mental contar con todas esas antelaciones a la hora de organizar una agenda. Si yo quiero estar en el centro a una hora determinada, me suelo empezar a preparar dos horas antes porque además me gusta llegar siempre recién duchada. Si salgo de la facultad a las tres, con suerte llego a mi casa a las cuatro menos cinco y sin suerte a las cuatro y media. Si hay que estar allí a las ocho de la mañana, tengo que levantarme a las seis. Ahora que estoy de prácticas lo suyo es llegar al colegio a las nueve menos cuarto pero el trayecto es más largo, es hora punta y como te toque un cambio de conductor la has cagado. Hay que ir con margen, no se puede quedar mal en el colegio. El autobús aparca frente al tumulto. Se baja un montón de gente. Es la última parada, la

primera para quienes esperamos. Tengo unas quince personas por delante, me voy a poder sentar. Me apropio del asiento solitario detrás del conductor, que está mirando a una pared pero aun así me da buena vida por lo íntimo. Compruebo que el suelo no está pringoso antes de soltar la cartera sobre los pies, apoyo la espalda y suspiro. Son las tres menos diez. Mi madre habrá llegado a casa hace unos minutos, le habrá dicho adiós y gracias a la cuidadora de Manolo y estará dándole una vuelta al perro. Mientras yo llego pondrá a calentar despacito las lentejas que sacó del congelador anoche y esperará acostada con Goro en el sofá o dándole algo de cháchara a Manolo. No sé de dónde saca la compasión para ser amable con un ser tan antipático. Pego un buche de agua. Creo que tengo un problema con lo de la higiene personal y lo de los recursos de viaje pero también creo que hay una parte importante de sentimiento de excursión cada vez que salgo de casa. A las excursiones hay que ir preparada, se está lejos del cuartel general y nunca se sabe lo que puede pasar. También me gusta ir recién duchada para tener herramientas frescas con las que combatir la forma en que la contingencia me marchita. Si un domingo voy a dar una vuelta con Gloria no necesito llevar casi nada ni estar tan lavada, el cordón umbilical está sin romper. No será igual para todo el mundo pero a nosotras dos vivir en la periferia nos sumerge en un estado mental muy concreto. En mi caso no sé qué fue primero, si la tendencia natural o la necesidad de planificación. Supongo que una mezcla. Le doy montones de vueltas a estos asuntos. Es muy redundante pensar tanto en distancias y trayectos mientras se recorren esas distancias, en pleno trayecto un día tras otro. Si en los últimos años he pasado casi dos mil horas de autobús, ¿cuántas de esas horas he echado pensando precisamente en las distancias que estoy recorriendo y sus implicaciones?

La situación me sigue resultando agotadora pero en algún momento del año pasado ese cansancio dio una vuelta de tuerca y pasé de fase. Fue entonces cuando la experiencia empezó a volverse trascendental. La sensación de ligera desgracia seguía ahí pero ahora me daba para reflexiones más elaboradas sobre mi propia identidad y su relación con el resto de las cosas. Desde que entré en primero de Magisterio Infantil, todavía con diecisiete años, he estado muy ocupada, y una gran porción del tiempo que he tenido para pensar se ha desarrollado yendo de un sitio a otro. No es la situación óptima para reflexionar, si es que eso existe, porque mientras te desplazas ya estás haciendo algo, llevando a cabo un plan, pero de alguna forma se da un vacío que resulta tan valioso como arduo. No puedes dejar de sentir que estás desperdiciando la vida pero por otro lado eso le da intensidad, fustiga el pensamiento, funciona. Observar miles de veces las mismas esquinas de la ciudad, coincidir con unas personas que se repiten y otras que no, agarrarte a las barras con el antebrazo porque te da asco colocar la palma sobre un sitio tan manoseado, esquivar las conversaciones con conocidos ocasionales que hacen que los minutos pasen más despacio, repasar mentalmente el correcto funcionamiento de la agenda, decidir qué te vas a poner al día siguiente para estar presentable, acordarte de que tienes que lavar a mano un polo rojo y meterlo en la secadora, notar cómo te va penetrando cada pequeña cosa, afectándote, corroyéndote, dejando rebaba como una gota insistente que acaba formando una estalactita, como un Avemaría recitado cada mañana desde antes siquiera de que te quepa la oración entera en la memoria hasta la mayoría de edad.

Martes

16 de enero de 2007

Cuando hay que ir de prácticas nunca me quedo dormida. No puedo llegar a segunda o a tercera y que me suspendan y ya está. El cole de verdad es muy serio, no importa cuántas asignaturas arrastres, hay que implicarse a fondo. Me he duchado, me he lavado el pelo y he elegido otra falda con otro jersey pero el espíritu del personaje es el mismo, el de la señorita pulcra, joven, suave y lo menos desapareja posible. En la cartera llevo una botella de agua, un zumo de piña y un Mañanito para el recreo. Hay que cuidarse entre tanto ajetreo, beber mucho o si no al mediodía ataca la cistitis, el acecho de la cistitis no da tregua. Esta tarde tengo que coordinar un cumpleaños en el Telepizza. Ayer estuve con Fernando hasta las nueve y media y volví a casa a sacar al perro y a cenar patatas hervidas con mi madre. Fernando es compañero de Macarena en Historia del Arte, me lo presentó ella hace dos años en la plaza de San Pedro. En aquella época estaba recién llegado de Jerez y tenía curiosidad por ver la nueva ciudad y sus costumbres. Aquella curiosidad quedó saciada pronto y no quiso repetir el plan nunca más, pero un par de semanas después le pidió mi teléfono a Macarena y me mandó un sms ocurrente. Ella me había contado que era listo y sigiloso. Nos estuvimos escribiendo de vez en cuando hasta que pasamos a quedar por algunos céspedes. Los dos éramos mucho más diestros por mensajería que en persona, que hablábamos evitándonos la cara, sin mirarnos. Luego él me decía por sms que eso le gustaba. A mí me parecía interesante pero echaba de menos un contacto más directo, cosa que no le decía a través de ningún medio. Tras unos cuantos encuentros amistosos quedamos en su piso compartido. A él le quedaban apenas un par de semanas antes de volverse a Jerez a pasar el verano. Cuando se marchó solo habíamos follado una vez. Fue bastante raro pero no me sorprendió porque follar suele ser muy raro. El piso estaba sucísimo y había un compañero en la habitación de al lado, un vecino de Jerez que había venido a estudiar Psicología. Entonces no sabía nada del compañero pero ahora sé bastantes cosas y no se me ocurre una persona menos indicada para el desempeño de la Psicología. Lo he apodado El Podre por el característico aroma apurgado que lo impregna todo a su alrededor.

Fernando no es ni guapo ni feo. Tampoco es alto ni bajo. Es delgado, tiene el pelo negro un poco ratonil, los ojos verdes con las pestañas largas y se peina el flequillo hacia el lado derecho. A veces me recuerda un poco a Bill Murray de joven pero sin la gracia. Bill Murray era desenvuelto a su manera mientras que Fernando es tan rígido y callado que a veces parece de madera sentado en el borde de la cama. Han pasado casi dos años y le miro los brazos, los hombros y el cuello con barba de dos semanas mientras me la está metiendo de frente, la nuca cuando duerme, las manos esbeltas con las uñas pálidas, pero la cara sigo sin mirársela. Desde que la evolución de aquel torpe cortejo culminó las citas casi siempre son iguales. Lo mejor para mí sin duda no es quedar con él, lo mejor es hablar por sms. A los dos se nos da mucho mejor la comunicación escrita pero creo que él no la disfruta tanto porque claro, cuando estamos juntos él

se corre y yo no. Yo no me corro casi nunca y si lo consigo es en unas condiciones muy específicas. Tumbada en la cama de lado, con su polla mediana y un poco morena en la boca mientras me masturbo. Si coincide que él empuja de una determinada forma y me atraviesa el umbral de la garganta con que llevo el dedo avanzado, igual ocurre. Pero es difícil. A veces me empieza a doler mucho el cuerpo de estar retorcida y desisto pero finjo que me corro de todas formas. Me habré corrido de verdad un uno por ciento de las veces. Decidí empezar a fingir aquella primera noche con él. Como con todos los tíos con los que había estado me había sentido culpable y este me gustaba más que los demás no quise causarle mala impresión. Ahora me siento culpable por haberme arrojado a semejante trampa. En mi defensa debo decir que no era una situación fácil. Los tíos te dicen que eres rara por no correrte de cualquier manera pero no hacen nada por averiguar cómo te gusta y si tratas de hacer alguna indicación te miran peor todavía porque se supone que así no es. Te deberías estar corriendo por que te incrusten los dedos durante un minuto y medio y si no es que estás mal hecha. También causa buena impresión correrse mientras te la meten de cualquier manera, fuerte, suave, rápido, lento, siempre cae bien y cuanto antes mejor. Sobre esto tengo un estudio bastante completo.

Las cosas que me mantienen cerca de Fernando son que no me parece tonto, que nos gustan libros y discos parecidos, que se muestra abierto a la hora de experimentar sexualmente, que tiene las manos bonitas, que no paso miedo con él y que se le da bien chatear. Todas son igual de importantes, pero ninguna implica que desde aquella noche que follamos por primera vez yo no haya follado con unos cuantos tíos más. Nuestra relación no está definida y nunca se habla de eso. No creo que él folle con nadie más en cualquier caso. Es demasiado retraído. Eso me inspira confianza y a ratos dejo que me la meta sin condón. La cuestión es que desde el día que fingí que me corría por primera vez he tenido la oportunidad de investigar el terreno a fondo. Es un campo muy triste pero interesante de todas formas. Con cada persona con la que me he liado he decidido qué representación de mi placer físico ofrecer sobre la marcha. No significa que nunca me lo haya pasado bien. Me han gustado las situaciones, el contacto, adoptar las posturas, soportar la presión, ejercerla. Todo eso tiene gracia. Lo que no he hecho casi nunca ha sido correrme de verdad. Pero me he corrido mil veces de mentira y aunque a largo plazo sea una ruina también ha tenido su chiste probar qué efecto causaba cada función. Ahora me arrepiento. No solo estoy tirando piedras sobre mi tejado, las estoy arrojando sobre los tejados de todas las chicas que vengan detrás de mí. Sé que suena a excusa pero resulta odioso intentar enseñar a alguien que no tiene ganas de aprender bajo ningún concepto, que si no le brindas justo lo que espera te muestra la decepción de quien se ha topado con una persona defectuosa. Esto, en mi infinita ingenuidad adolescente, fue una enorme y terrible sorpresa. Yo pensaba que no estaba mal. Era una chica sana, del montón, con un apetito por lo erótico obsesivo y voraz, no tenía problemas para masturbarme sola, me gustaba el porno, tenía la mente abierta para montones de prácticas, era limpia, amable, pensaba que iba a ser bienvenida al mundo de la actividad sexual. Desde el principio me resultó casi inverosímil que los chicos con los que me mezclé, que en principio no parecían malos chicos, fuesen tan críticos, tan ingratos, sobre todo teniendo en cuenta lo poco que estaban ofreciendo a cambio. Aquella falta de delicadeza me impactó de tal forma que en un principio me sentí inmune. Cuando alguien tiene un comportamiento tan estúpido su opinión no cuenta. Pero, uno tras otro, fui encontrándome con lo mismo, y entonces aquel complejo empezó a calar en mí como una quemadura química. Mis tetas no eran lo bastante grandes y firmes, mi

cintura no lo bastante estrecha, mi vientre no lo bastante plano, mi culo y mis muslos anchos de más, mi depilación insuficiente como para provocar arcadas, y mi coño, el epicentro del conjunto, se llevó la peor parte, la más dura, la más cruel. Mi coño tuvo que lidiar con un recibimiento tan traumático que todavía no he sido capaz de hablar de ello con nadie. Lo que esperaban todos los hombres jóvenes que conocí de un coño es algo muy concreto y al parecer no tiene nada que ver con lo que hay dentro de mis bragas. Ante semejante desprecio solo me ha quedado apañarme para que se mantenga más o menos oculto a lo largo de los apareamientos y fingir que me gusta cómo lo manejan incluso cuando me están haciendo daño. Me fijo en otras cosas. Son experiencias casi antropológicas para mí.

Sé que Fernando me preferiría alta, esbelta y con los ojos claros, pero al menos tiene la suficiente elegancia como para no machacarme con ello. Me dice que le gusta mi carne, cómo fumo, cómo meo en botes de cristal cuando El Podre se atranca en el baño, cómo me manejo con los fluidos. Si lo pienso es un chico seco y distante pero comparado con los demás parece hasta generoso. Lo único que de verdad echo en falta es que nos demos besos. Como no nos miramos, no nos besamos. Besarse me parece mucho más importante que correrse. Qué decepción tan grande el sexo. Desde mi primer contacto carnal a los dieciséis años solo dos personas han conseguido que me corra. La primera vez fue con un tío de veinticinco. Ocurrió por casualidad, él ni se dio cuenta y cuando se lo dije llena de alegría y esperanza no le importó en absoluto y no tuvo ningún interés en repetirlo ni cuando se lo pedí. La segunda fue con un holandés muy alto de veinticuatro que solía ser brutísimo. Nos vimos tres veces y me divertía que fuese tan bestia, era como subirse en la montaña rusa. La tercera noche el holandés me dijo que quería comerme el coño y como su actitud parecía amistosa me dejé. Me di cuenta de que se arrepentía en cuanto abría las piernas con la luz encendida pero ya no podía echarse atrás. Nunca me había visto el agujero de forma tan explícita. Traté de convencerme de que estaba paranoica. Supongo que había insistido en hacerlo para impresionarme porque se le daba bien, pero en cuanto me corrí apartó la cara con evidente disgusto y huyó hacia el cuarto de baño. Yo pasé de estar alegre y sorprendida ante el inesperado éxito de la operación a morirme de culpabilidad y vergüenza. Cuando volvió le dije que lo sentía y le pregunté si se había agobiado esperando que disipara mi preocupación, que restaurara mi herida, que no la dejara más abierta aún. Contestó que un poco con su acento guiri. Que se había agobiado un poco. Le pregunté, queriendo enfrentarme a la verdad más desnuda, si le había dado asco.

—Solo un poco —contestó. Solo un poco de asco. Me dolía particularmente porque el holandés había sido un auténtico animal conmigo en bastantes ocasiones y yo le había mostrado mis mejores caras incluso cuando estaba pasando dolor y miedo y ahogo y a menudo las tres cosas, pero luego un poco de carne y flujo le habían incomodado. Ahora no tenía que sentirme culpable solo por no correrme sino que por correrme también. Cometí el error de quedarme a dormir con él porque volver a mi casa era muy complicado a aquella hora. Durante la noche fue frío y distante y era evidente que fingía dormir deseando que me fuese, así que a las seis de la mañana salí a esperar el primer autobús en la plaza de la Encarnación. Estar sola me reconfortó. Durante el camino salió el sol y cuando llegué al barrio pasé por la pastelería a ver a mi madre, que acababa de entrar a trabajar y me llamó tunanta mientras me regalaba una palmera de chocolate que me supo a gloria.

Si al principio alguien se hubiera mostrado dispuesto a aprender y aceptarme como soy hubiera estado encantada, pero me fui volviendo cada vez más desconfiada y lo que le llegó a Diana fue un amasijo intratable, un Tetsuo incapaz de controlar su comportamiento en plena transmutación. Hasta un médico se mostró extrañado al ver mi coño una vez que tuve miedo de haber pillado un herpes genital. Mi propia madre me dijo hace un par de años mientras me vestía que lo que me colgaba de ahí era muy raro. Recuerdo sus palabras exactas. Oye, niña, lo que te cuelga de ahí tiene una pinta muy rara, ¿tú estás segura de que lo tienes normal? Mi madre es como muchas otras madres, bienintencionada y torpe. No me ha vuelto a ver desnuda desde entonces. Mi coño es una herida que supura, mal cicatrizada y mil veces reinfectada. Hubiera sido más práctico que me clavarán un palo cubierto de astillas. Sé que está sano, que no le pasa nada, pero si quiero estar tranquila, que no le hagan más daño, tengo que esconderlo. Esta tontería supuso un enorme inconveniente entre Diana y yo. Ella no se sentía insegura respecto a ningún rincón de su cuerpo, es una de esas pocas elegidas que por una mágica mezcla de motivos solo reciben de sus parejas una adoración llena de asombro y entrega. No sé si supondría que para las demás el camino había sido el mismo. Si lo pienso con perspectiva creo que puedo empezar a entender el momento en que nuestra historia pegó el primer tropiezo. No estaban ni la madre francesa de la que había heredado esa genética y ese estilo, todo texturas suaves y elegancia, ni el padre arquitecto, el clásico señorito sevillano progre ni la hermana pequeña mimada y chispeante ni la criada que trabajaba allí de lunes a sábado. Estábamos en su habitación con la pared cubierta de pósteres de Catherine Deneuve y de Ann-Margret en los sesenta. También le gustaban Kim Novak y Rita Hayworth y muchísimas más, su único requisito era que hubiesen lucido una cabellera voluminosa y cobriza a mediados del siglo xx. Nos tumbábamos en su cama, me hablaba de todas ellas, sacaba un DVD detrás de otro de una estantería y me ponía escenas de películas. Algunas yo las había visto muchas veces y otras ninguna y todas me interesaban de corazón. Me contó que Kim Novak era de origen checo y que aunque su apellido era real se llamaba Marilyn, por lo que cuando quisieron lanzarla al estrellato prefirieron cambiarle el nombre artístico a Kim para evitar comparaciones con Marilyn Monroe, que entonces era ya muy famosa y se llamaba en realidad Norma Jean. Aquella información me parecía de primera calidad y trato de mantenerla fresca en la memoria para ser capaz de recordar nuestras conversaciones con nitidez. Le atraía mucho esa clase de glamour clásico y fresco y yo a su lado me sentía una plebeya sin gracia. Cuando la conocí todavía ni me habían dado la beca ni trabajaba y en cuanto tuve dinero intenté comprarme cosas más dignas para impresionarla pero nunca llegué a sentirme a la altura. Era imposible. Algunos de sus abrigos costaban más que mi sueldo de un mes. El caso es que ella no se fijaba en eso. A sus ojos no había nada que demostrar. Todo era parte de un complejo personal estúpido, algo salido solo de mí.

Aquel día que no había nadie en su casa yo llevaba un par de trenzas sujetas con gomas marrones y Diana me acababa de decir que cuando estábamos solas en su cuarto, en ningún otro momento y lugar, me parecía a Leslie Van Houten, la más sonriente de la familia Manson. Lo primero que me asaltó al escucharlo fue la satisfacción de saber de quién hablaba porque a menudo ella mencionaba cosas que a mí ni me sonaban y me acrecentaba el complejo de tonta. Lo siguiente fue sentirme halagada. Más allá de cualquier historia macabra Leslie Van Houten era guapa. Al recordar sus extrañas expresiones pletóricas entrando y saliendo de los juzgados, risueña y todavía hechizada, me inundó la enorme felicidad de notar que a ella le llegaban mi

entusiasmo, mi entrega, de pensar que mi sonrisa a su lado alcanzada una brillantez digna de secta. Le cogí la mano pequeña, pecosa y suave y sonreí mostrando muchos dientes mientras los párpados me caían pesados en un gesto equino que hacía juego con el semblante juvenil de Leslie y con mi coño de yegua. Ella tiró de mi brazo y me condujo al cuarto de baño, donde hizo pipí mientras hablábamos de otra cosa manteniendo una actitud cariñosa, y con el chorrito en marcha empezó a quitarse la ropa y a dejarla en el suelo. Se estiró para ponerle el tapón a la bañera y abrió el grifo a una altura templada. Aquello que podía haber desembocado en una situación idónea me puso nerviosísima. Estaba claro lo que iba a pasar. Se iba a meter en la bañera aprovechando la tranquilidad de la casa y me iba a pedir que entrara con ella en el agua. La bañera era grande y la loza verde agua de todo el mobiliario sanitario me llevaba fascinando desde la primera vez que la había visto. Podía haber sido perfecto pero incluso antes de que el agua alcanzara la altura correcta, antes de que ella dijese nada al respecto, a mí ya me ahogaba la certeza de que no iba a salir bien.

—¡Señorita! —todavía no he llegado al colegio pero por la calle suena el primer señorita. Busco a mi alrededor el origen de esa voz que no termino de identificar. Me sorprende que esté tan despierta para la hora que es—. Señoritaaaaaa —insiste. Ya la tengo, es Elisabeth. Va un poco por delante de mí, caminando por la acera y mirando hacia atrás.

—¡Hola, buenos días! —respondo agitando la mano, y ella me devuelve el saludo risueña. Su atención me reconforta, se dirige a mí con cierta ilusión, como si se alegrara de verme, y más aún fuera del entorno oficial. A mí también me interesa ver a los niños fuera del colegio. Entiendo más cosas sobre ellos. A Elisabeth no la trae al colegio su madre. La lleva de la mano una chica con aspecto de ser mucho más joven y humilde, sencilla, limpia, un poco como yo. La madre trabajará en un banco o en un bufete de abogados y tal vez lleve en su puesto un rato, reunida o hablando por teléfono. Seguimos caminando hacia nuestro destino común pero no nos juntamos hasta que estamos dentro del centro escolar. Para celebrar que nos mezclamos me pone una mano sobre el abrigo nada más atravesar el umbral de la puerta y me mira con la cara tersísima. Los mofletes rosados, las pestañas bien arriba, el pelo recogido en un coletero con un gato que me gusta para mí.

—Hola, seño —repite.

—Hola, Elisabeth, ¿vamos para clase?

—Sí.

—¿Cómo estás hoy?

—Bien.

—Me gusta tu coletero.

Intenta girar la cabeza hacia detrás para vérselo pero no lo consigue. Me arranca la risa más sana en meses.

—No te acuerdas de cómo es, ¿no?

—¡No me acuerdo!

—Es uno con un gato.

—¡Ah!

—¿Ya sabes cuál es?

—Sí.

—¿Cuál?

—Un gato azul.

—Sí, ¿te gusta a ti?

—Mi preferido.

—¿Es tu preferido?

—Sí.

—Normal, es muy bonito, si yo tuviera un coletero como ese también sería mi preferido.

—Sí —contesta con seguridad. No da las gracias, no necesita imaginarse ese hipotético caso. Sabe que es muy bonito y que a cualquiera le encantaría. Nos cruzamos con unos cuantos compañeros de clase más. Ella se pavonea de venir conmigo. No ha dicho nada pero se nota que está presumiendo, lo que provoca que varios de ellos se arrimen a mí para disfrutar del mismo lujo y sigo caminando con cuatro rémoras alrededor. Me impiden el paso pero trato de ser hábil y desplazarme sin llegar a tropezarme ni hacerles daño. Además de Elisabeth vienen pegados a mi falda Ana María, Diego y Rocío. Ana María lleva dos coletas castañas un poco flojas, muy cómodas, y parece moverse con algo más de torpeza que los demás. Es lenta e inocente y despierta la misma simpatía que un perezoso cruzando la selva de un árbol a otro a cien metros por hora. Rocío gira la cabeza hacia arriba todo el tiempo para mirarme en actitud honesta y cariñosa. Lleva la melena cobriza suelta coronada por una palmerita de pelo que la hace parecer una marioneta de Jim Henson. Les pregunto algunas cosas de camino al aula y Elisabeth y Rocío las contestan a la vez. Ana María también se expresa solo que un poco más tarde. El que no dice nada es Diego, que es muy menudo y lleva unas gafas redondas de pasta azul. Es tímido y asustadizo. Le pongo una mano en la cabeza intentando que no se sienta mal por no ser capaz de responder. Yo también llevaba a su edad unas gafas de pasta azules y se me sigue dando fatal hablar cuando hay mucha gente alrededor. Entramos. Me desprendo de las rémoras parlanchinas animándolas a soltar sus pertenencias y me quedo agachada ayudando a Diego.

—¿Qué pasa, Diego, cómo estás hoy?

—Bien —contesta con un hilo de voz tan sutil que si no fuese una respuesta tan predecible habría sido imposible reconocerla.

—¿Te ha costado levantarte? —mira al suelo desconcertado mientras tiro de la manga derecha de su abrigo. Qué difícil les resulta entenderse con la ropa, en sus cuerpitos parece muy aparatosa. Por lo menos los martes vienen en chándal. Diego es aprensivo, como si tuviera miedo de ser reprendido en todo momento. Tal vez en su casa sean muy estrictos—. A mí me ha costado un montón —añado—, tengo mucho sueño.

Levanta la cabeza con un esbozo de sonrisa y la sacude ligeramente de arriba abajo, asintiendo con tanta sutileza que si a continuación quisiera negar que ha dicho que sí resultaría verosímil. Ya tiene la mochila de *Chicken Little* colocada en el respaldo de su asiento, muy ordenado y eficiente, y se dirige a la zona acolchada de asamblea sin que haga falta decírselo. En el Telepizza llevamos desde el año pasado liados con un montón de merchandising de la película. Esta misma tarde repartiré pollitos de plástico con el uniforme rojo intentando que los niños me muestren algo de respeto. No la he visto y hasta este momento le tenía mucha manía, pero ahora me doy cuenta de que el protagonista tiene un aire a Diego. Eso me conmueve. Se queda esperando inmóvil casi diez minutos, lo que para él tiene que resultar bastante largo, mientras los demás terminan con el protocolo. Semejantes disciplina y quietud en un cuerpo que no pasará los quince kilos resultan admirables y aterradoras. Le gusta cumplir las normas, aprende rápido y se

está empapando de todo a gran velocidad. Ojalá tuviera un mundo mejor que ofrecerle. Está triste ya este niño. Quince kilos de pura melancolía. Le termino de arrancar el abrigo a Sara, que trae dos coletas negras ya medio deshechas, y sus graciosísimos andares me llenan de consuelo. Sara hace preguntas todo el tiempo y cuando has contestado te regala su propia información, dirigiendo una especie de entrevista simultánea. Te pregunta cuál es tu color favorito y cuando dices que te gusta el amarillo añade que su preferido es el rosa y pasa a lanzar otra pregunta como cuál es tu número favorito, dices que te gusta el seis y ella replica que es más del cuatro.

—¿Y por qué? —interrumpo antes de que continúe con una pregunta más, y la invito a colgar el abrigo en el perchero mientras echo una mano por donde Rubén se había enredado.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué crees que te gusta el cuatro?

Se queda pensando, tocándose los dedos.

—No sé.

—Yo creo que a mí me gusta el seis porque siempre me ha gustado colorearlo de verde.

—Pero tu color favorito es el amarillo.

—Es verdad, pero el número que yo colorearía de amarillo es el uno y no me hace gracia cómo queda, la mezcla del verde con el seis me convence muchísimo más.

—Ya sé, señorita.

—A ver, el qué.

—Por qué me gusta el cuatro.

—¿Ah, sí?

—Sí, es porque me gusta que el cuatro sean dos y dos.

—Ah, claro, es un motivo muy bonito, muy importante.

—¿Sí?

—Sin duda.

—Dos más dos cuatro.

Me muestra cuatro dedos que coloca en la mano con cierta dificultad, yo asiento comprensiva, le digo que en la asamblea nos vemos y ayudo a sor Lucía para que el asunto de los abrigos y las mochilas acabe cuanto antes. Ese es el tipo de conversación que a mí me gustaría tener todo el rato con todo el mundo. Qué frescos son, qué complejos dentro de esa pureza intuitiva. La mayoría de los seres humanos en estado de madurez me dan ganas de morirme. Se supone que la distante soy yo, la rarita, pero no es verdad. Yo soy simpática, dicharachera, es que con los adultos casi no se puede hablar de nada. No hay podredumbre en este mundo como la de charlar de los asuntos medianos, los oficiales. A Macarena y Gloria eso no se les da mal. Tienen otras pandillas. Conservan colegas del instituto, del vecindario, han hecho nuevos amigos en Historia del Arte y en Enfermería. Yo aparte de ellas solo tengo a Fernando, a mi perro y a esos pocos fantasmas que me rondan. He atravesado etapas tan solitarias en el pasado que esta me parece afortunada en cuanto a éxito social.

El playback de las oraciones se me da hoy algo mejor aunque las tripas me rugen aún más. Durante la asamblea sale a relucir que Cayetana ayer fue a los columpios y que Francisco José, un capillitas en miniatura con los ojos oscuros y espesísimas pestañas, merendó con sus titos y no se comió ningún pastel de los que habían comprado pero había chocolate en la alacena de otro día y chocolate sí que comió. Iván vio *Cars* y le gustó. A Rubén le impacta que no la hubiera

visto todavía cuando él la ha visto más de cien veces y salen tres o cuatro defensores a decir que ellos tampoco la han visto. Al parecer es la favorita de Gabriel, que es rubio y va pelado a cacerola y, aunque parece ausente la mayor parte del tiempo, ante la mención de la película se implica en la conversación con toda su alma. El entusiasmo de Gabriel es contagioso y provoca un levantamiento masivo de manos con la intención de aportar datos sobre el mejor cine infantil. Se repiten *Lilo & Stich*, *Buscando a Nemo*, *Madagascar*, Alberto se desmarca chillando *Charlie y la fábrica de chocolate*. Ana María y Alba reclaman las virtudes de Pocoyó y algunos desprecian la propuesta por no ser una película o por considerarlo contenido para niños chicos. Sor Lucía no tiene nada en contra de esta encendida puesta en común pero la disuelve porque es hora de ponerse con las fichas. Yo sé que Diego podía haber participado pero no ha querido decir nada de *Chicken Little*, ni siquiera cuando Blanca, que también es calladita, la ha sacado a relucir. Sandra tampoco ha dicho nada. Me fijo en ella. Parece estar en otra dimensión, una más allá de la exigente timidez de Diego y de la transitoria ausencia de Gabriel. Aún no he escuchado su voz. Es de las más bajitas de la clase, tiene el pelo rubio y alborotado en rizos suaves y sus ojos azules se clavan en el vacío con la concentración de un Súper Guerrero. Tarda en seguir las órdenes de sor Lucía, que se preocupa por ella personalmente. La levanta del suelo con un ligero tirón del brazo y la acompaña hasta su pupitre en la primera fila poniéndole una mano en la espalda. Ella se deja llevar como un robot. Me siento en la silla de la maestra mientras ella explica las fichas del día. Algunas mesas rectangulares están colocadas de dos en dos. Otras son triangulares y se unen de cinco en cinco formando grandes polígonos. Sandra e Iván están juntos en la posición más cercana a la pizarra. Iván también parece un poco distinto al resto de los niños. No solo por su inquietud, eso es fácil encontrarlo en más esquinas. Su psicomotricidad y su lenguaje resultan menos pijos. Pero Sandra me despierta otro tipo de pregunta. Por qué no ha hablado todavía, por qué siempre inerte, por qué esos ojos gélidos, sin brillo, con las pupilas diminutas como si ni siquiera estuviese aquí.

Cuando voy brindando apoyo por los pupitres sor Lucía se lleva a Sandra a la mesa grande y trata de que rellene la ficha por sí misma. Me fijo desde la distancia en que gracias a la atención personalizada consigue resultados durante momentos contados en los que la niña agarra el lápiz y lo usa con tedio siguiendo las instrucciones, pero hasta su tedio es una pócima reconcentrada. Palpita una emoción intensa y contenida que sigue escapando a mi comprensión. Qué tiene. ¿Es ira, es tristeza, es miedo, algo que ver con el espectro autista? Lo que está claro es que ante ella son necesarios los conocimientos de Educación Especial. A Diego, que acaba los deberes antes que ninguno y se queda esperando órdenes, tampoco le sobran. Ni a Ana María, que acaba la última si es que acaba, ni a Iván, que no se está quieto y antes se levantó, gritó la palabra culo, se marcó un baile y se volvió a sentar partiéndose de risa sin venir a cuento. Pedro parece muy apagado, Daniela confusa como si no hubiera ni empezado a entender el primer detalle del mundo al que ha venido a parar, Alberto es despierto y rápido pero se distrae y abandona la tarea a cada segundo. Todos tienen sus historias, todos necesitan ser observados y atendidos. Ojalá el profesor de Educación Especial hubiera predicado un poco con el ejemplo de la materia que estaba impartiendo.

El proceso del lavado de manos y el desayuno es tremendamente entretenido. Hay que supervisar cada rincón. Yo me quedo en el baño con los azulejos de colores y sor Lucía se va ocupando de que todos saquen su comida y la ingieran. Es mi segundo día y lo siento como si

fuera mi segunda semana. Sigo algo perdida y angustiada pero hambrienta de presenciar el desarrollo de los acontecimientos, de que llegue el momento de empezar a dirigir yo las clases con vértigo, de conocerlos mejor, de que confíen en mí, porque el año pasado comprobé que cuando un niño confía en ti y tu intención es pura por un rato te embriaga la ilusión de que has venido a este sitio por algo, de que existir tiene algún sentido. Ese sentimiento es adictivo y lo añoro, pero hoy me doy cuenta de que está a punto de volver, de que es cuestión de unas cuantas jornadas y podré empacharme, me acostaré con sensación de enamoramiento y me levantaré deseando verles las caras y serán estas las caras que me estén esperando, redondas, tersas, pecosas, morenas, limpias y sucias. Me dejarán que les suene los mocos, me pringarán la ropa y a mí me dará asco pero podrá más la ilusión que me hace porque significará no solo que me aceptan sino que se me entregan, pobres cachorros castigados por la furia de Dios, por un par de meses se me entregarán y trataré de inocularles cierto antídoto. Sé que mi esperanza es demasiado grande pero qué pierdo por intentarlo.

Durante el recreo Sandra corretea sola y su única ocupación suele ser ensimismarse hasta que sale corriendo a incordiar a diferentes grupos con violencia. Irrumpe y les tira del pelo o les pega con la mano abierta. La primera vez otra maestra disuelve el altercado pero la segunda tiene lugar cerca de donde estoy y corro a tratar de impedirlo con el zumo de piña salpicando en la mano. Cuando los niños ven que se acerca huyen con miedo. La agarro del babi por detrás para retenerla y ella patalea contrariada.

—Sandra, Sandra, tranquila, ¿qué te pasa?

Entiende que la están sujetando y se da la vuelta con una mueca de asco. Nos miramos a la cara por primera vez. Su expresión de total desentendimiento me sobrecoge. No contesta y sigue andando a lo suyo. Me mantengo a su alrededor por si tiene otro arrebato mientras camina errante y sola de un lado a otro y siento que es ella la que me vigila a mí por el rabillo del ojo. De repente, al pasar junto a la portería, un dolor punzante en el brazo derecho me para en seco. Miro hacia ese lado sobresaltada y me encuentro que la portera, sor Petra, me está pegando un pellizco. Sé que se llama así porque he escuchado hablar de ella a los niños como si fuese el hombre del saco. Es muy bajita, vieja y arrugada.

—Niña, tú mételes miedo —me dice encorvada hacia delante.

—¿Cómo?

—Mételes miedo, es la única manera de que aprendan —la miro horrorizada y no contesto—. Hazme caso, tú mételes miedo, mételes miedo —insiste como en un delirio. Me alejo frunciendo el ceño. ¡Será posible lo que me ha dicho esta monja del demonio! ¡Y encima me ha pegado un pellizco! El pellizco de monja del que tantas veces he oído hablar y resulta que existe, que sor Lucía no los da pero las de antes se ve que sí que los daban, retorcidos y dolorosos, cómo se atreve. Me froto el brazo ofuscada y vuelvo a encontrar a Sandra con la mirada. Pero qué miedo le voy a meter yo a esta pobre criatura. La Madre Superiora atraviesa el patio por el flanco derecho con paso militar, alta y tiesa, y dos alumnos de tercero de Infantil tienen la mala suerte de cruzarse con ella mientras juegan distraídos. Se dan cuenta de que se han topado con alguien de mayor tamaño, miran hacia arriba y cuando la reconocen sus rostros adquieren la inexpresividad de quien de repente teme hasta mostrar su propio temor y solo quisiera que se lo tragara la tierra. Ella se mantiene un momento en el sitio esperando que se esfumen y de tan erguida parece más alta todavía. Como los niños están clavados sin saber qué hacer les indica

que despejen el camino con un gesto de la mano, silenciosa e implacable. Ellos obedecen al instante y salen despavoridos como si se hubieran encontrado con el espectro más temible de todos, el más solemne y poderoso. Madre Pilar desaparece en el interior del edificio sin mirar atrás, suena el timbre y sigo a Sandra hasta la clase con el pellizco de sor Petra todavía latiendo. Lo que ocurre en la asamblea me interesa pero no puedo evitar seguir enfocada en ella. Otros compañeros hablan del mal recreo que les ha dado y no se inmuta al estar siendo mencionada. Sor Lucía le quita importancia, trata de que reine la paz, dispone a todo el mundo en su asiento y explica lo que hay que hacer en la ficha del libro de Religión, que es particularmente anodina. La labor consiste en colorear una vela encendida con una cruz de Cristo en medio del cirio. Repartimos bandejas llenas de ceras de colores. Los colegios que yo conocí no eran así. Allí cada uno traía su propio material cada día y eso generaba muchas intrigas. Robos, envidias, investigaciones y lutos por la desaparición de una cera dorada, inestabilidades de todo tipo. Me paseo por las mesas mientras colorean y me pilla en la fila trasera cuando Iván y Sandra empiezan a pelearse. Se levantan y se lanzan manotazos. Sor Lucía llega primero y los separa.

—¿Qué ha pasado, quién ha empezado? —pregunta sujetándolos a los dos para que no vuelvan a acercarse. Yo me aproximo sigilosa.

—¡Ella! —grita Iván.

—¿Has sido tú otra vez, Sandra? —Sandra lanza un gruñido animal hacia la cara de Iván—. Se acabó, coge tus cosas, Sandra, que te voy a cambiar de sitio.

La niña se queda rígida y no obedece. Sor Lucía recoge su mochila y su libro.

—A partir de ahora te vas a sentar con Diego —a Antonio Jesús y a Diego, que se sentaban juntos y son buenos amigos, se les quiebra el gesto. Antonio Jesús se levanta resignado y se pone al lado de Iván. Diego, que estaba coloreando su vela en amarillo casi sin salirse de la raya, presencia el cambio paralizado por el terror. Sandra se arroja sin ganas en su nuevo sitio y mira la ficha con el mismo desinterés. Había empezado a colorear la cruz de negro.

—Lo estabas haciendo muy bien, Sandra, ¿quieres seguir coloreando? —le digo. No contesta y vuelve a agarrar el color negro. Respiro hondo y miro a sor Lucía, que me devuelve una expresión de circunstancias similar. Me indica moviendo un dedo que más tarde, cuando estemos tranquilas, me proporcionará información crucial. Con ella es fácil comunicarse. Me acerco a la gran mesa de cinco en la que se sienta Alberto, que ni siquiera ha empezado, y le invito a elegir un color y ponerse al lío mientras me cuenta su vida. No solo le encanta *Charlie y la fábrica de chocolate*, también ha visto *Beetlejuice*, que pronunciada por él suena Bítelyuz porque cecea muchísimo. Se le nota esta clase de influencia oscura e imaginativa. Es una ventaja que puede volverse en su contra y afectar a su rendimiento. Los niños creativos suelen tenerlo complicado en un sistema educativo así de tieso y más en colegios donde se valora tanto la disciplina. Tal vez en este entorno yo no hubiese sido considerada nunca una niña buena. Alberto tiene un flequillo marrón reluciente y una nariz respingona y una conversación intrépida que me dan ganas de quedarme a su lado oyendo zetas hasta que me muera, pero no debo desatender a los demás.

Me acerco a Diego y a Sandra, peligrosa combinación, para ver cómo les va desde detrás de sus mesas, y cuando distingo la ficha de Sandra por encima de su espalda me detengo incrédula. El color de la cruz se ha ido extendiendo en rayajos furiosos hasta que la página ha quedado negra entera y un poco rajada en algunos puntos por la fuerza con la que ha deslizado la cera.

Diego intenta acabar su ficha con la más pulcra de las virtudes cuando Sandra se abalanza sobre su trabajo y lo pintarraja de negro también. Él rompe a llorar de inmediato y la boca se me abre. Sandra suelta una carcajada. Es la primera señal de alegría que veo en ella. Sor Lucía acude a consolar a Diego, que solloza lamentándose por su ficha arruinada. Teme que le riñan por culpa de Sandra, que piensen que ha sido él quien se ha cargado la ficha como si eso pudiese echarle a perder la vida entera.

Con los niños entregados a sus padres o sus niñeras, sor Lucía y yo volvemos a la clase vacía con pesadez. Ella me lo pone fácil una vez más y rompe el hielo del tema que tenemos pendiente:

—Bueno, Lali, estarás viendo que como te dije en esta clase hay de todo, ¿no?

—Sí, sí, y tanto.

—Mira, te lo explico todo rápido para que estés al día y no te coja por sorpresa.

—Vale.

—Son temas duros, ¿eh?

—Ya me imagino, lo puedo encajar, no pasa nada.

—Mejor. Bueno, te habrás dado cuenta de que tenemos dos casos especialmente conflictivos. Empezamos por Iván por ejemplo.

—Vale.

—Resumiendo, el pobrecito no lleva buena vida familiar. Su padre está en la cárcel, su madre es drogadicta y unas temporadas está y otras no y él vive con sus abuelos en Los Pajaritos pero tienen la dirección trucada para que pueda venir a este colegio.

Asiento y me arranco un trozo de labio intentando que resulte limpio y rápido y no se me deforme mucho la cara. Sor Lucía prosigue.

—Sus abuelos tienen buena intención y les cuesta pagar lo que cuesta este colegio pero le ponen mucha fe, aquí podemos ayudar pero tampoco está en nuestra mano hacer milagros.

—Ya.

—Al niño se le ve que sufre, que tiene rabia, que ha vivido malas experiencias, que se siente diferente y está frustrado. Le dan a veces arrebatos violentos y se pelea pero tiene muy buen corazón el pobre, ya verás, es muy cariñoso y siempre pone de su parte para reconciliarse.

—Vaya, pobre.

—Ah, y tiene mucho talento musical, eso es importante. Hay que resaltarle los aspectos positivos al máximo, que se sienta valioso, que no se dé por perdido.

—Claro.

—En eso tú me puedes ayudar también.

—Sí, sí.

—Y bueno, Sandra. Lo de Sandra es un poquito más complicado. Con ella hay varias cosas a tener en cuenta. Lo primero es que ella es rumana de nacimiento, es adoptada.

—¿Por eso no habla?

—Eso, ya te has dado cuenta. No maneja el idioma y es un obstáculo muy difícil.

—¿Pero cuánto tiempo lleva adoptada?

—A ella y a un hermano pequeño que tiene en primero de Infantil los adoptaron hace un año pero a ver cómo lo digo, en su casa no le están prestando la atención que merece a la situación y eso hace que avancen muy poco.

—Vaya.

—Vamos, que los pobres ya vienen con desventaja y encima casi no pasan por su casa. Al salir de aquí los recogen las de la guardería de al lado y los padres no los van a buscar hasta la noche. He hablado con ellas y me han contado que a veces se los llevan ya dormidos a las nueve de la noche, que cierran a las ocho y media y los tienen que esperar.

Sor Lucía parece molesta por el asunto. Le duele esta irresponsabilidad y ser testigo de las consecuencias tan oscuras que conlleva.

—Sandra lo tiene difícil y le está costando adaptarse. Yo he pensado aprovechar el tiempo que estés aquí para darle todo el apoyo personalizado que pueda mientras tú te encargas del resto de la clase, a ver si responde.

—Ya, claro, es buena idea.

—Me quedo más tranquila de que lo sepas, así nos podemos organizar mejor.

—Claro.

—Vete ya, hija, que es tarde y a lo tonto vaya diíta.

Le sonrío y le deseo que descanse. Al salir a la calle me fijo en la guardería de al lado y me asomo a la ventana. Sandra está sentada con la cabeza apoyada en el pupitre y los ojos abiertos. Pestañeo con un estallido de dolor en el pecho.

Meto la llave en la cerradura y entro en mi casa. Saludo a Goro mecánicamente. No tengo mucha hambre pero sí que traigo la boca seca. Mi madre calienta algo en la hornilla y Manolo está sentado en la mesita de la cocina con un pijama de cuadros blancos y azules. Me cruzo con él para ir a beber agua.

—¡A ver cuándo te comes ya un puchero y te terminan de salir las carnes, niña!

—Puto viejo, si no te quedaran dos telediarios te contestaba.

—Las tetas no pero el carácter sí lo está echando —le apunta a mi madre mientras salgo de la cocina y los dejo atrás con cara de asco.

—Y tú muy mala uva también has echado en la vida, Manolo, coño, ¿hará falta que le digas esas cosas?

—Hombre, falta no sé si hace pero yo lo digo por su bien, que la muchacha está desnutrida.

—Qué va a estar desnutrida, tocapelotas, la muchacha está estupenda y a ti parece que te hace gracia que te tenga asco. No te olvides de que estás viviendo en su casa y que es la que te compra el puto tabaco.

—Eso es porque quiere que me muera antes —se ríe. Sus voces se pierden cuando entro en mi habitación. Goro me ha seguido. Le doy unas palmaditas sobre la cabeza, cierro la puerta y me aílo hasta que Manolo desaparezca del territorio común. Mi madre no dejará que tarde. Abro el primer cajón de la mesita de noche y repaso el contenido abundante y desorganizado. Aquí conservo un montón de tesoros desperdigados desde hace siglos. Saco el coiletero que Diana me prestó y que nunca le llegué a devolver. Me contó que de niña había sido su preferido. Tiene un conejito blanco y algunos adornos de colores alrededor. Es de tan buena calidad que ha seguido

funcionando hasta hoy, aunque ya no lo quiero usar para que se conserve mejor. La primera vez que se lo vi apenas nos conocíamos, yo estaba con Macarena a las siete de la tarde y ella venía de echar el día con un tío que le sacaba quince años. En aquel momento sentí una envidia venenosa de saber que él le había quitado las medias negras caladitas a través de las que se transparentaba su piel blanca en unos puntos y pecosa en otros y había podido ver y tocar lo que había debajo, pero sobre todo me pudrí al saber que él le había hecho la coleta llena de bollos que traía en lo alto de la cabeza. Venía con retraso porque él se había empeñado en peinarla. También tuve envidia de que alguien quisiera manejarle el pelo porque a mí me hubiera encantado que algún hombre quisiera cuidarme a ese nivel tierno y paternal. Nunca me habría imaginado escenas nabokovianas alrededor del bar Marbella. Además de la coleta maltrecha traía los labios enrojecidos por la irritación del roce y una película gelatinosa sobre la piel de la cara y los brazos. No podía soportar que no me fuese más cercana, que no se diera cuenta de que yo podía configurarle mejores coletas, mejores residuos de babas, me quemaba estar con ella un rato viendo cómo hablaba con Macarena y luego despedirnos como si nada. Pronto me había ganado un lugar privilegiado en su panorama y me relamía de satisfacción cuando me contaba que el tío sabía lo nuestro y me había cogido celos. Lo había conseguido haciendo trampa, igual que con Fernando. Escribiendo. Mi persona física no es capaz de decir nada, de moverse a tiempo, de transmitir emociones verdaderas en términos que traspasen la amistad. Pero escribir se me da bien. En un papel soy capaz de plasmar cosas que jamás me atrevería a decir. Si me lo propongo puedo hacer que a la gente le guste yo, que se sientan atraídos por mí, que sus corazones palpiten rápido, que refrieguen las rodillas, que lloren, que piensen que soy mejor de lo que soy, que crean que conmigo las cosas van a ser más divertidas de lo que acaban siendo, que voy a ser capaz de abrir las piernas con la luz encendida y de correrme de manera incontrolable. El problema es que sin un papel por medio se encuentran con una pared seca. Aquellos primeros momentos, me cago en mis muertos, aquellos primeros momentos que recordaré siempre como las caras de los niños y que jamás volverán. Me clavo las uñas cortísimas en las palmas de las manos y empujo la hilera de dientes de arriba contra la de abajo, ambas llenas de irregularidades, y aprieto los párpados hasta que lo veo todo lleno de manchas granates como los jerséis y los leotardos del colegio. Mi madre me dice que baje ya, que tendré hambre. En menos de tres horas tengo que salir para gestionar el cumpleaños infantil. Quince o veinte pizzas de jamón y queso, pollitos con gafas, el disco de María Figueroa sonando en repeat. Con suerte me cruzaré al salir con Gloria, que entra a las nueve y media para comerse el Martes Loco, y escucharé su voz durante unos veinte minutos. Respiro hondo, abro los ojos y miro a Goro sin energía. No quería abrir las piernas delante de Diana por si le dejaba de gustar y dejé de gustarle por no abrirlas. Guardo el coletero en una bolsita de Myrurgia de cuando mi madre era joven que me pareció un recipiente adecuado. La bolsa es verde y tiene una caracola de mar impresa, algo desdibujada ya. Venía en una caja con jabones que le regalaron. Al principio usé el coletero pero me empezó a preocupar su deterioro y me lamenté de no haberlo protegido antes. Esa cinta elástica tenía el olor de su pelo, de su habitación, de su vida entera. Se podía haber conservado y lo perdí. Por fortuna también guardo un palo de Chupachups mordisqueado que me sirve como molde para recordar la suave cordillera de sus dientes. Ojalá tuviera más dinero o conociera a alguien de

Bellas Artes para ir con el palo a que los reprodujeran en escayola y clavarme el molde en los muslos hasta que brotara el tono exacto de morado que a ella le gustaba, pero lo cierto es que si la tuviera de rodillas aquí delante seguiría sin ser capaz de enseñarle el coño.

Viernes

19 de enero de 2007

Son las diez menos cinco y estoy coloreando un niño Jesús del tamaño de mi culo. Llevo los mechones de atrás sueltos y el resto recogido en una coleta que hoy ha quedado suave. Seguramente todavía esté un poco húmeda en la parte central de la goma. Me preocupa que se me pudra la cabeza de tanto lavármela pero mucho más me preocupa verme envuelta en esta actividad. El cuerpecito del niño Jesús, el trapito que le cubre las vergüenzas, la incomprensible corona de divinidad como si su cabeza lanzara rayos de luz. Las sectas más espeluznantes de la Historia han empleado estas técnicas de control mental con la misma amabilidad. Hoy no hay gimnasio ni fichas. Todo queda aparcado porque tenemos que prepararnos para el Día de la Paz, no nos vaya a pillar la fecha con el niño sin colorear. Frente a la pizarra hay extendido un enorme mural con una Virgen María, un San José, un Jesusito, una paloma con una rama en el pico, unas grandes letras que rezan «DE LA MANO DE MARÍA UNIDOS POR LA PAZ» y una cadeneta de niños y niñas que rodea el conjunto entero. Sor Lucía no colorea, ella supervisa y ayuda por todas las esquinas, y yo estaba haciendo lo mismo hasta que varios niños liderados por Sara han insistido en reservarme este honor. Sor Lucía me ha invitado a aceptar su reclamo con un rostro tan risueño que parecía un dibujo manga. Es sin duda un gran regalo, una bonita señal de respeto y aceptación, el niño Jesús es la gran estrella del mural, pero ahora estoy aquí agachada intentando hacer como si nada, peor aún, fingiendo que la actividad me complace mientras las ceras me queman en los dedos atrapada en esta red maléfica. No soy ningún espía infiltrado que tarde o temprano vaya a dismantelar la farsa, el catolicismo no lo arreglo yo por contarle luego a mis amigas lo raro que se me ha hecho pasar por este sitio. Esta trama es descomunal, internacional, inmensamente poderosa, y lo que estoy haciendo no se verá jamás compensado. Intento convencerme de que no todo es malo, sor Lucía es una buena persona, pero eso no significa que a los niños no les estén llenando el cerebro de basura de una forma brutal y que yo lo esté presenciando. Cuando llegué pensé que podría escabullirme de las labores religiosas pero no va a poder ser y no tengo el valor de confesar lo que siento, no encuentro el enfoque correcto, sigo asustada y tengo miedo de que me pillen, de que piensen mal de mí, así que continúo con el plan de disimular.

No creo que el catolicismo en sí sea malo entero. Todas las religiones se sostienen en algunos aspectos positivos, mensajes de bondad, de generosidad, pero qué hacemos con el terror que lleva esta organización esparciendo por el mundo durante siglos, qué pasa con la intolerancia, con los castigos, con el concepto de culpa, con las amenazas y las promesas vanas, la codicia, las torturas, las persecuciones, los mensajes de humildad bordados en hilo de oro, son tantos horrores y contradicciones tan obvios que no sé cómo pueden llevarlo con esa naturalidad. Supongo que el descaro forma parte de la estrategia, o eso o que les pegaron un lavado tan eficiente a la edad de estas mismas criaturas que ya no hay quien restaure el daño. Los niños qué

saben los pobres, llegan aquí y les cuentan estas historias y se las creen durante un número determinado de años, quince, cuarenta, sesenta, algunos se mueren manteniendo la fe y las costumbres de estos días. Es una senda cómoda y bonita de la que da miedo salirse. ¿Cuántas noches he pasado yo en vela pensando en el vacío que me espera después de morir? No puedo estar del todo segura de que haya otra cosa, pero en principio por mucho que me esfuerzo no soy capaz de creer que vaya a haber algo más que una nada mansa y absoluta. La certeza de la desaparición de la propia conciencia es inasumible, te deja sin respiración, te explota el cerebro en un millón de trozos secos como astillas. Es engorroso vivir así, sin un plan trazado lleno de esperanza. Tal vez haya detalles sueltos reconocibles en varias religiones que provengan de intuiciones humanas conectadas con la naturaleza. Tal vez nos reencarnemos o nuestro espíritu se traslade con otra forma a otra dimensión. Podría pasar algo. Por qué no algo en vez de la nada. Por qué mi intuición se inclina tanto hacia el negro. Es como si lo recordara. Ya estuve muerta una vez. Casi siempre he estado muerta en realidad. Millones de siglos, toda la eternidad desde que el tiempo echó a andar si es que alguna vez tuvo un principio. Mis veinte años son solo una mota de arena flotando en la grieta más honda del océano, un fenómeno insignificante. Ninguna teoría puede batir mi recuerdo de ese negro largo y opaco. Si cierro los ojos entre las tres y las cinco de la mañana y me dejo arrastrar por la certeza vertiginosa de la inexistencia implacable que está por venir casi puedo tocar ese negro como si fuera una gruesa cortina de terciopelo detrás de la que hay un precipicio.

Las rodillas me duelen y cambio de postura. Hoy he venido en vaqueros y no tengo que preocuparme de si se me rompen las medias o si se me levanta la falda. Llevo un jersey de lana grande y rosa que era de mi madre y me cubre convenientemente la hucha. En parte me siento protegida por este atuendo clásico y casto, como si gracias a él fuese más fácil esconder los sentimientos que me laten por dentro. Durante algunos segundos me entrego a la ilusión de ser una niña más, me atormenta pensar la forma en que me están engañando y tengo ganas de rebelarme por mí y por todos mis compañeros, pero luego pienso en el blando placer de colorear con ceras y me aplaco.

—Te está quedando muy bien, señorita —me dice Sara.

—Gracias, a ti también.

Sara se está ocupando de una parte del gran manto de la Virgen y es verdad que por su esquina están haciendo un buen trabajo.

—¿Qué pensáis, le meto un poco de color oro por los bordes? —pregunto apartando la cera amarilla con la que estaba rellenando la corona del bebé divino. Varios me miran a la vez y deliberan—. Para darle como brillo, ¿sabéis? Un toque de lujo, de magia.

—¡Ah, sí, sí, sí, oro, oro! —exclama Sara de repente. Ha entendido la idea y le ha entusiasmado. Detrás de ella corean unos cuantos más, también convencidos.

—Es vuestro mural, no quiero hacer nada que no esté a vuestro gusto.

Casi todos dicen que sí que les gusta, otros callan y otorgan y Diego apunta muy bajito que el mural en realidad es de todos. Miro a sor Lucía y tiene la sonrisa estirada en la cara, sin enseñar los dientes, con los mofletes alzados. Todo iría bien si no fuera porque a estos niños les están atrofiando el cerebro y yo lo estoy consintiendo, implicándome, bromeando sobre ello con la toalla tirada, metiéndole oro al mural. A la maestra del año pasado la corregía, lo de que el

algodón no sale de las ovejas, me parecía aberrante que transmitiera información errónea. Y ahora qué, dónde está ahora la contestona, la indignada. En el suelo pintando destellos de santidad.

Hablo con ellos y me abstraigo tratando de encontrar un agujero por el que huir hasta la hora del desayuno. El carácter de supervivencia básica del protocolo de alimentación nunca me había parecido tan saludable. Higienizar las manos, ingerir nutrientes. Sus manos limpias y sus mandarinas y sus pequeños bocadillos se ven luminosos, impolutos. El brillo sobre los zumos y las frutas dura hasta que sor Lucía me da un codacito inesperado y murmura algo sin mover apenas los labios. La consigna es fíjate en Paulina. La busco y me fijo. Añade un gesto con la cabeza que indica paciencia, que no lo percibiré a la primera. Paulina está hablando y distrayéndose, como todos, y no encuentro nada alarmante hasta que pasan un par de minutos y me doy cuenta de que ha desenvuelto y envuelto su sándwich dos veces seguidas. Me pregunto si se estará haciendo un lío pero cuando veo que tiene quitado el papel celofán y empieza a envolver de nuevo la comida mientras mantiene una agitada cháchara con las compañeras más cercanas. Un relámpago de desconcierto me atraviesa el esternón, parecido a lo que sentí cuando descubrí a Sandra pintando la página entera de un negro rabioso. Tal vez sea la manifestación de cierta patología. Sor Lucía me busca la mirada, frunce los labios, inclina la cabeza hacia un lado y se dispone a intervenir.

—Bueno, ¿cómo va la cosa por aquí, qué traéis hoy de desayuno? —pregunta alegremente. A mí me parece que no se le nota nada que está preocupada pero tal vez ellas perciban una capa de verdad más profunda con sus ojos afilados. Cuando yo era pequeña los mayores trataban de disimular sin parar frente a mí y su fracaso solía ser tan abismal que acababa siendo yo la que fingía creerme el cuento porque me daban pena. Ana María y Elisabeth contestan despacio, con un poco de pereza, mientras dan pellizcos al pan y a la fruta y pegan sorbos de las pajitas de sus zumos. A esta edad a muchos de ellos les resulta aún muy tedioso manejar la comida. Paulina disimula bebiendo un poco de agua y contesta la última. Sor Lucía se agacha y habla con ellas, pendiente de si come o no. Algo intuye Paulina porque coge un trozo diminuto de corteza y se lo mete en la boca. Sor Lucía observa un momento más y vuelve. Nos alejamos y ayudamos por otros sectores sin quitarle del todo el ojo. Cuando anunciamos el momento de recoger los desperdicios porque está a punto de sonar la sirena, Paulina hace un gurrño a una velocidad considerable con el plástico y el sándwich y lo arroja dentro de su mochila. La sirena suena y yo vigilo que salgan en orden. Cuando Paulina está fuera sor Lucía se asoma a diferentes compartimentos de su mochila y pone cara de póker. Andrés sale el último y en cuanto me da la espalda sor Lucía saca varias bolas de comida abandonada para enseñármelas. Las lleva hasta la basura y se encuentra conmigo junto a la puerta.

—Venga, vamos para fuera —me indica. Nos asomamos al patio. Ella suspira.

—¿Qué le pasa, no quiere comer?

—Me lo estaba oliendo que a Paulina le pasaba algo raro con la comida.

—¿No le gustará lo que le traen?

—Yo creo que tiene que ver con otra cosa más delicada.

—Vaya.

—A ver cómo te lo digo.

—Si es privado no hace falta.

—No, no, hay que aprovechar, estas cosas pasan, son todas normales y es mejor estar preparada, así se aprende a observar mejor, a reaccionar.

—Bueno.

—Mira, lo que me parece que pasa es que su madre es una persona muy preocupada por su aspecto. —De repente lo entiendo y levanto las cejas. He visto a la madre de Paulina. Le entregué a su hija el miércoles. Es una mujer rubia, muy menuda, muy peinada, muy maquillada. Llevaba un traje de chaqueta que podía ser la talla 32 y le quedaba holgado. No parecía una persona delgada sin más. Parecía muerta de hambre—. Le da mucha importancia al físico, a la moda. —Hace una pausa tratando de buscar las palabras correctas y sigue hablando despacio, con cautela—. No es que eso tenga nada de malo, no me vayas a interpretar mal. Pero me da a mí que en su caso puede haber un poco de obsesión con estar delgada. Igual me equivoco, ¿eh? Igual es por otra cosa, pero me da que la madre come poquito y la hija toma el ejemplo y le coge manía a la comida. Estas criaturitas lo imitan todo.

No quisiera ponerme a hacer diagnósticos de entrada pero si ella lleva semanas fijándose en el asunto y ha llegado a las mismas sospechas que yo a lo mejor es por algo. El criterio de sor Lucía no parece ligero. Eso da igual de todas formas. Lo que hay que hacer es buscar cómo solucionarlo.

—¿Y qué se hace en estos casos?

—Llamaré a los padres y les diré lo que hemos observado, que la niña lleva días sin desayunar, que le da vueltas a la comida para que parezca que está haciendo algo pero que solo coge miguitas y luego esconde el bulto a conciencia para que no lo encontremos en la basura entero y nos demos cuenta.

—Ya.

—Otra cosa no se puede hacer, en sus casas no nos podemos meter. Avisamos para que ellos estén pendientes y nos coordinamos para tratar de corregir la conducta. El diálogo con los padres no siempre es fácil. En este caso yo creo que serán receptivos y cooperarán, en eso no habrá problema.

—¿Y entonces?

—Pues que por mucho que le digas a una criatura lo que tiene que hacer, si le estás dando el ejemplo contrario no siempre es efectivo.

Asiento sin saber dónde apuntar con la mirada. Paulina es muy pequeña, Sandra es muy pequeña, todos estos cachorros están lidiando desde hace tiempo con chucherías y canciones y oraciones matutinas y problemas muy serios. A su edad me recuerdo de mierda hasta el culo, pero visto desde arriba me parece aún más dramático. Son tan tiernos, tan frágiles. Recuerdo la distorsión magnificada de su perspectiva, la sensación de pérdida. Se acuerden luego ellos o no cuando sean mayores, todo lo que les pasa estos días resulta crucial. Se manifestará en el futuro de diferentes formas. Unas les brindarán alegría, otras una profunda amargura.

—No te muerdas las uñas, Lali, es bueno que seas sensible pero hay que llevarlo con tranquilidad.

Me aparto la mano derecha de la boca. No me había dado cuenta de que me estaba arrancando trocitos de las esquinas de las uñas.

—La cabeza funciona mejor con calma. Cuando acabe el horario lectivo llamaré a casa de Paulina e intentaremos solucionarlo —añade. Podría ser una reprimenda pero no me lo tomo como tal. Siento que hay alguien que me observa y quiere conducirme por el camino más conveniente. Seguramente los niños se sientan igual bajo su responsabilidad. En el fondo yo no soy más que otra alumna suya, parte del rebaño. Tengo suerte porque es una buena pastora y además a mí no me pide que le entregue el cerebro al Espíritu Santo a cambio de los cuidados, supongo que dando por hecho que esa cuenta la tengo saldada hace mucho tiempo. Hoy sor Lucía sale al patio y me acompaña hacia la zona soleada con las dos manos sobre la falda. Cada día me gusta más su uniforme.

—Mira qué contentos están hoy.

—Sí, es verdad. Será que es viernes, ¿no?

—No te creas, algunos viernes están muy apagados, a esta edad todavía no les suele hacer tanta ilusión el fin de semana como cuando son un poco más mayores.

—¿Y entonces por qué es?

—Por el mural.

—¡Ah, es verdad! Les ha encantado el mural.

—Es que en cuanto hay una actividad diferente lo disfrutan mucho. Son los mejores días para ellos. Ya verás que otros viernes que hagamos fichas están más tranquilos y cuando llegue el día de Andalucía que preparamos muchas actividades pasa lo de hoy.

—Qué bien.

—Además para entonces llevarás tú las clases —me da un pequeño codazo.

—Me pone un poco nerviosa, ¿eh?

—Tranquila, para entonces estarás muy integrada con ellos y ya ves que la mayoría de los días hay poca complicación, seguir la rutina y que vayan sacando sus fichas adelante.

—Ya.

—Pero verás que encuentras tiempo para juegos, para cuentos. El día de Andalucía te puedes inventar lo que tú quieras.

—Qué nervios.

—Son los nervios de la ilusión. Estar con ellos es muy bonito pero hay partes de la rutina que no ponen nerviosa porque no hacen ilusión, ¿verdad?

Ya está otra vez sacando temas conflictivos. Su sentido de la moral me confunde. La incógnita de las fichas es corrosiva y me faltan datos para comprender la dinámica de ese círculo vicioso. Los padres las compran y si no se completan se enfadan porque significa que ha sido un gasto en vano, lo que implica que la rutina escolar tiene que basarse en ellas si no queremos que haya bronca a final de curso. ¿Pero por qué se obliga a los padres a comprarlas en primer lugar? ¿Y por qué nos enseñan en la facultad a inventar tantas actividades cuando luego en la práctica casi todo se basa en completar esas láminas? Hay cosas que quiero saber y no me gusta hablar siempre después de las dos de la tarde. Hoy quiero llegar a casa lo antes posible, me espera un fin de semana duro en el Telepizza y necesito descansar. Es el momento perfecto para armarme de valor e indagar.

—Pero sor Lucía, ¿y lo de las fichas entonces cómo va? Es que no lo termino de entender, ¿por qué se trabaja con ellas si limitan tanto?

—Pues hija mía, a ver —cierra un momento los ojos, se detiene, su pecho se hincha, me agarra el antebrazo con la mano suavemente y me atrae hacia ella. Reanuda el paso y la acompaño—, porque cuando accedes a trabajar con los libros de fichas las editoriales le ponen materiales al colegio —contesta directa, sin rodeos.

—Ah. —Trato de mostrarme seria y respetuosa y de seguir su paso mientras me tiene agarrada. Creo que va a continuar y me aterra la idea de fastidiar el momento con una interrupción torpe o una pérdida de ritmo al caminar—. Y porque muchas de las editoriales con las que trabajamos pertenecen a órdenes religiosas con las que tenemos que ver.

Para lo de antes solté un ah pero esto sobrepasa mi entendimiento, no es que no la quiera interrumpir, es que no puedo decir nada. No creo que haga falta.

—Ya entiendes cómo va, ¿no?

Asiento con gravedad. Sí, claro que lo entiendo. Es un negocio, qué digo negocio, es una especie de mafia lo que da lugar al círculo vicioso. La editorial te soborna para que eduques a los niños a través de sus libros rancios y luego son los padres los que te exigen que los libros se usen al máximo porque quieren que el dinero haya cundido.

—Pero no te creas que esto es exclusivo de los centros religiosos, ¿eh?

Las comisuras de los ojos se me resecan de tenerlas tan estiradas bajo las gafas de sol, mis mayores aliadas. Si no las llevara igual se me caían las córneas al suelo. Aprieto los puños junto a las caderas con su mano todavía rodeando mi antebrazo y trato de mantener la boca en posición de reposo pero lo que quisiera es empezar a arrancarme pellejos de los labios hasta que se quedaran pelados. Mitigo el impulso clavándome las uñas en las palmas de las manos.

—¿En los colegios públicos también pasa?

—Sí, hija mía, las editoriales con las que trabajan los colegios públicos son casi siempre las mismas.

—¿Ah, sí? No tenía ni idea.

—Son casi todas. Mira, dime una.

—Yo tuve muchos libros de Anaya.

—Anaya es de La Salle.

—¿De La Salle? ¿Anaya?

—Sí, y Bruño también, son lo mismo.

—¿Y Santillana?

—De Santillana no estoy al día, ésa la montó Polanco y no trabajamos con ellos, van por otro lado.

—¿Polanco?

—Sí, pero aunque no colaboremos con Santillana no te creas que juegan diferente, ¿eh?

—¿Y SM?

—Ah, pues SM significa Santa María, ¿a que no lo sabías?

—¡No!

—Ea, pues ya lo sabes. Venga, dime otra, vas a ver.

—Edebé.

—Ediciones Don Bosco.

—Anda, ¿en serio?

—Sí, es de los Salesianos.

—¿Y Edelvives?

—De los Maristas.

—Ah, vaya.

—Verás, esas editoriales principales llegan a todas partes, lo que pasa es que aquí se llegan a acuerdos más significativos y hay un beneficio mutuo, queda todo en casa.

—¿Significativos qué significa, económicos?

—Claro —me sostiene la mirada a través de los cristales oscuros con los ojos francos, bien abiertos, consciente de lo que está diciendo. No me engaña, no me vende la moto, no me adorna la información. Jamás pensé que fuese a enterarme de estos asuntos por una monja. ¿Qué hace por las noches? ¿Reza antes de dormir? ¿Cómo es su habitación? ¿Piensa en lo que hacer al día siguiente, igual que yo? Suena la sirena y me la imagino con un camisón blanco, largo y tupido, atado al cuello con un cordoncito, precioso.

—Choca, ¿verdad?

—Sí, sí que choca.

—Es normal pero qué le vamos a hacer, hay que trabajar lo mejor que se pueda con lo que nos viene dado, ¿no?

—Sí, claro, claro.

—¡Venga, a clase! —exclama dando unas alegres palmadas. Cambia de registro cantarina poniendo en práctica lo que acaba de decir, me suelta y me invita con un gesto de la barbilla a ponerme al lío. Comprende el conflicto y lo supera cada día. Está de acuerdo conmigo en que el sistema es un hervidero de corrupción pero tiene energía suficiente para reponerse a ello y tratar de combatirlo desde dentro incansablemente. Ojalá encontrara esa fuerza en mi interior. Yo tengo más miedo que ella, menos fe, aparte de que a mí me parece terrible que la iglesia se lleve semejante beneficio mientras que a ella le parece estupendo, y esa diferencia es crucial. Sé que se podría enfocar con valor también desde mi punto de vista, que todo es encontrar el ángulo correcto, pero ahora mismo la información me quema las orejas. Soy débil. Estoy cansada.

Después del recreo sor Lucía pide a los niños que se tumben y cierren los ojos y propone ejercicios de relajación. Quisiera acostarme yo también, soltar la tensión de las piernas y escuchar su cuento con moraleja cristiana, pero me mantengo sentada en el suelo con la espalda erguida y los ojos abiertos. Ser testigo de la escena tiene su gracia. Todos tumbaditos con los babis de cuadros azules. Los párpados y las pestañas vibrando, son asombrosas las pestañas de los niños, tal vez sean tan espesas para proteger sus ojos que tampoco volverán a ser nunca tan desproporcionadamente grandes, como dos heridas recién abiertas a las que cada uno se asoma. Con el tiempo los ojos de la gente se van hundiendo, sepultados en arrugas e hinchazones, y el pelo alrededor pierde fuerza. Los miro y me los imagino durmiendo con mi edad, con cuarenta años y con sesenta. A veces se acordarán de estos momentos pero a través de cierta niebla impenetrable, igual que yo recuerdo algunas cosas sueltas que me pasaron a los cuatro años. Los adultos que tratamos con niños somos espías de algo íntimo, presenciamos cosas que los espías no retendrán. Eso tiene un extraño valor que linda por un lado con la obscenidad y por el otro con el privilegio. Infiltrada en el colegio estoy presenciando una realidad secreta. Lo hablo a menudo con Gloria. A ella le pasa algo parecido haciendo las prácticas de enfermería. El

año pasado estuvo en un centro de salud cerca de la estación de Santa Justa, que se llama así en honor a la misma de aquí, la que tiraron al pozo, y el mes que viene empieza en alguna planta del hospital Virgen del Rocío. La enfermedad y sus entresijos también son algo oculto.

Los niños son llamados de nuevo a este mundo. Trato de predecir sus comportamientos futuros mientras regresan desperezándose. Cualquier intento de adivinación resulta barato porque siempre hay giros inesperados. En Alejandro me pareció distinguir la figura de un adolescente caprichoso el primer día pero puede que a los once años se quede paralizado por algún complejo. Diego apunta a ser tímido y ordenado pero tal vez tenga contacto con algún estímulo imprevisto que desemboque en un levantamiento contra sus padres, contra la religión, contra el sistema entero, y se ponga a escuchar punk y a fumar porros. Comprendo la fascinación que mi madre siente conmigo. No hay entretenimiento comparable al que le brinda el visionado de mi canal. Desde dentro no tiene apenas gracia pero desde fuera es fácil que se convierta en tu programa favorito. No gusta que se le dé excesiva importancia a tu vida. Es incómodo. La mirada de mi madre, siempre buscando interpretaciones extraordinarias en mi comportamiento, me irrita. Diego se apoya con una manita en el suelo blando de la zona de asamblea y consigue sentarse, torpe y adormilado. Se recoloca las gafas azules mientras me imagino el progreso de su estructura ósea de aquí a quince años, me imagino su cuerpo joven con una chaqueta de cuero en la plaza de San Pedro habiendo renegado de todas estas enseñanzas, levanta la mano derecha para frotarse la boca y Sandra aparece corriendo por su espalda levantando unas tijeras en la mano. Sor Lucía que no está lejos da un salto, se abalanza sobre ella, se estira como una superheroína de chicle, le sujeta el brazo a Sandra en el aire y le arrebató las tijeras. Sandra deja caer su peso como si los huesos se le hubieran diluido de repente y se queda colgando de la mano de sor Lucía con las piernas blandas y una expresión de profundo desconsuelo. Diego se gira confuso. Los demás estamos congelados. Algunos no han visto lo que ha pasado y preguntan pero no sabemos cómo explicarlo y la falta de información les inquieta. Recuerdo arrebatos inesperados en mi clase pero no tan violentos. ¿Qué pensaba hacer, clavarle las tijeras? Por fortuna tienen la punta roma pero es como si Sandra hubiera pensado que eran más peligrosas de lo que son y hubiera decidido hacer daño de verdad. Llevan varios días sentándose juntos y Diego ya le tenía miedo antes de esto. Sor Lucía le devuelve la rigidez al cuerpo de Sandra y se agacha.

—Sandra, esto no, ¿eh? Las tijeras así no, ¿entiendes? Está mal usar las tijeras así, las tijeras son para recortar papeles, no para asustar a la gente.

Sandra se echa a llorar.

—Bueno, bueno, ya pasó.

Sor Lucía nos observa y disuelve la tensión mandando que cada uno se siente en su sitio. Mira a Diego, que no se ha llegado a enterar de verdad de lo que ha pasado, no ha visto la imagen de la niña con esa expresión de ira desatada arrojándose sobre su estampa con las tijeras en alto y aun así se le nota la congoja.

—Y a ti te vamos a cambiar de sitio, ¿eh, Sandra? Vente conmigo, vamos a ver. No llores que mira, ya pasó, ¿ves cómo ya pasó?

La monja piensa rápido, estudia la situación acariciándole la cabeza a Sandra mientras los demás se sientan y en cuestión de segundos dispone que Iván se va a poner con Diego y ella se va a quedar sola en primera fila. Cuando todo parece resuelto y los niños ofrecen una imagen

tranquila sor Lucía me lanza una mirada llena de tensión porque no hay nada resuelto en realidad, es solo una pantomima, hay que seguir adelante montando el escenario para que estos niños sigan interpretando sus papeles de niños sin más problemas, que no perciban la gravedad del asunto. Se pelean muy a menudo e incluso se hacen daño con mala hostia pero este suceso está a otro nivel y la mirada que acabo de recibir me confirma que estoy en lo cierto. Pero lo mejor es que ellos no noten que ha pasado algo fuera de lo común. La clase continúa y me parece que estamos todos encerrados en este espacio colorido disimulando, pero pronto me convence la idea de que soy más impresionable que los demás por estar aún recién llegada. Las dudas me crecen en el pecho y ayudo y me comunico con ellos tan acucillada y dulce como siempre con tres o cuatro capas de pensamiento simultáneas que me agotan hasta el momento en que le señalo a Paulina a su madre en la puerta del colegio. La invito a correr hacia ella con el reloj de oro, las mechas rubias alisadas sin un milímetro de raíz oscura y las gafas grandes con apliques dorados y un D & G bien gordo en cada patilla. Calculo que esas gafas cuestan unas ochenta horas de mi sudor mientras les muestro mi mejor sonrisa y les digo adiós con la manita. Sandra se va con una chica de la guardería de al lado, Alejandro se mete junto a otros dos niños en un Mercedes negro y curvilíneo con los asientos en beige, Sara en un BMW muy achatado con el azul reluciente, a Cayetana se la lleva una niñera asiática que saluda a sor Lucía con una amabilidad servil que me escuece como una úlcera, a por Iván viene una señora mayor sin perifollos que identifico como su abuela, el padre de Alberto es muy guapo, con un largo flequillo castaño hacia el lado derecho de la cara, y se van andando. Me he ido fijando en estas cosas a lo largo de la semana. Empiezo a acostumbrarme a ellos y ellos a mí. Algunos niños se van explicando quién soy yo y me conmueve ver que hablan con orgullo de mi figura. Tiene que ser raro para los padres dejar a los niños aquí durante tantos años sin saber exactamente lo que pasa. El colegio es un pequeño universo aparte. Verlo desde dentro siendo mayor es un sueño hecho realidad. Esto era lo que yo quería cuando elegí la carrera. Alejarme de algún modo del mundo oficial en el que viven los que vienen a recoger a los niños. No ha salido como esperaba, eso casi nunca ocurre. Me considero bastante pesimista e incluso así acabo siendo ingenua. Sor Petra cierra la puerta que nos corresponde a los de Infantil. Sor Lucía se me acerca, me pone una mano en el hombro y lo agita.

—Te ha tocado un año de los buenos, ¿eh?

—Sí, ¿no?

—Sí, hija mía, siempre surgen cosas pero este es uno de los buenos-buenos.

—Vale, no sabía si siempre es así.

—Te digo yo que te ha tocado el gordo, pero oye, más vas a aprender.

—Bueno, sí.

—De eso se trata, ¿no? Todo esto son cosas que te pueden pasar, así te vas más preparada.

Me río con acidez porque el argumento funciona y en algún sentido me parece que soy afortunada.

—No le des más vueltas y vámonos ya que tengo un hambre menuda hoy después de tanto lío.

—Vale.

—Lo que me recuerda que tengo que llamar a los padres de Paulina esta tarde.

Su oscuro ingenio me coge por sorpresa y asiento aguantándome la risa, tratando de no resultar inapropiada por si acaso. No sabía que las monjas pudieran ser tan macarras.

Sábado

20 de enero de 2007

Anoche salí del Telepizza a la una y he dormido fatal. El proceso de adaptación a los niños se está consolidando. Después de la primera semana, cuando empiezo a conocerlos, me adentro en cierta clase de obsesión cuya manifestación inicial es el delirio nocturno. No consigo dormirme del todo y me paso las horas alucinando. Veo sus caras, oigo sus voces, mantengo conversaciones coherentes con ellos en un limbo entre la conciencia y el sueño y acabo con la sensación de que la noche ha durado un mes en el que no he descansado nada. El año pasado ocurrió lo mismo. Al principio me asusté porque duró muchos días y temí que se extendiera hasta consumirme, pero después de tres semanas los delirios remitieron para transformarse en un purísimo amor hacia los niños. Nunca había sentido un amor así por un ser humano, ni siquiera por Diana, solo los animales habían sido capaces de despertar en mí semejante adoración abnegada. Me falta conocerlos un poco más, terminar de acostumbrarme al colegio, y esta fase de tránsito habrá pasado.

Ahora son las cinco menos cuarto de la tarde y los ojos me duelen de tanto haber fruncido el ceño durante la noche. Por la mañana saqué a Goro y las gafas de sol no me parecían lo bastante oscuras. Mi madre se ha dormido en el sofá y Manolo está escondido en su habitación ahumada. Tengo un polo rojo doblado en el escritorio encima de una montaña de libros, papeles y objetos variados. Esas pilas me acaban comiendo viva. En una esquina de la habitación está el sillón de escay que venía con la casa cubierto de ropa sucia. Debajo sé que está todavía lo que me puse para la cena de empresa y para Fin de Año. Siempre llega un día en que lo resuelvo y lo dejo bonito pero hoy no es ni tiene pinta de que vaya a ser pronto. Dentro de una hora tendré que empezar a prepararme para ir a organizar un cumpleaños de tarde de sábado, algo que no suele salir bien porque los fines de semana se monta demasiado jaleo. Cojo el ordenador portátil, me siento en la cama y voy directa a buscar el Fotolog de Diana. No hay nada nuevo, cada vez publica menos. El mío está abandonado. La última imagen que subí fue una captura de *Showgirls*, una broma interna que solo ella podía entender. Diana se parecía a Elisabeth Berkley más que a ninguna estrella de cine clásico por mucho que ella prefiriese el encanto de lo añejo. La ondulación del pelo, la figura, la sonrisa. Cuando la mayoría de la gente sonrío los labios se estiran y eso hace que adelgacen un poco. Pero en ellas dos tiene lugar el extraño fenómeno de que parecen más gruesos. El superior en concreto baja un poco a cierta altura cubriendo la encía y a veces hasta la mitad de las paletas. No sé si lo hacen queriendo o no. Tal vez empezaron así, tratando de resultar irresistibles frente al espejo, hasta que salió de forma involuntaria. Tal vez les sale solo. En la película Elisabeth Berkley aparece un montón de veces con peinado de escultura romana, hasta le ponen una corona de laurel dorada en una escena. Esos recogidos de apariencia sencilla y secretos intrincados que a Diana le podían salir apenas retorciendo la melena en la coronilla y clavando un lápiz en medio. Los rizos hacían que pareciese una media

melenita pero cuando le pegaban un alisado en la peluquería los mechones más largos le llegaban a rozar las costillas de abajo. En realidad no tenía ni idea de cómo peinarse, siempre recurría a profesionales y a la gracia divina que le había sido concedida. Peluquería una vez al mes como mínimo, depilación con cera cada dos semanas, jamás un grano ni un mechón encrespado. Sobre ella imperaban dos bendiciones cruciales en la vida, la genética y el dinero.

Repasando este archivo de fotos me doy cuenta de que es ella quien tenía la mirada de Leslie Van Houten escoltada por la policía, risueña y completamente embrujada. Mi fantasía y la de muchos otros era ser el motivo de ese oscuro encantamiento. Al final resulté ser una buena hechicera, mucho mejor que la mayoría. Quise que fuese mía y funcionó. No hice nada sucio. Fui sincera. Le di lo mejor de mí y ella lo apreció. Lo malo es que lo mejor de mí no tiene nada que ver con el plano físico, con el real. Busco en septiembre, donde está la foto con el bikini amarillo que en realidad se sacó en mayo, y me la quedo mirando. Siempre hago lo mismo. Tengo otras cuantas parecidas en un CD en las que lleva un bañador rojo y una pámela blanca, pero me gusta más la del bikini amarillo que subió en septiembre. Se la ve tumbada en una toalla de rayas, incorporándose un poco sobre el codo para mirar a la cámara, y un trocito del lazo amarillo que le sujeta la coleta asoma por detrás del cogote. El pelo tenía mucho volumen aquel día, la combinación de colores cítricos y el ambiente de piscina de la Costa del Sol a la que se la llevó uno de esos chicos con más polla y más billetes que yo me traen la estampa de Ann-Margret en «Viva Las Vegas» con ropa de baño amarilla y tacones blancos. Tiene que ser una cuestión de cierta actitud que otorga la sangre nórdica cuando la centrifugas a ciertas revoluciones. Yo no soy lo bastante pálida ni lo bastante morena como para tener interés, mi pelo es del color castaño más vulgar, ni liso ni rizado, y mis ojos traen ese ámbar que solo se sale de lo común por resultar un poco enfermizo. Ella era capaz de mirarme de otra manera pero nunca me lo creí.

Nunca había visto una pámela más allá de la ficción de las películas, las revistas, los anuncios. Pensaba que ese mundo no era real antes de conocerla. Me queda un rato hasta la hora de agarrar el polo y emprender el camino. Podría echar una pequeña siesta pero, como los demás miles de veces que me he enfrentado a este dilema en la vida, voy a volver a decidir dedicarle mi tiempo libre a la masturbación. ¿Es casualidad que mi actriz porno favorita sea Alisha Klass y se parezca un poco a Ann-Margret? No es un parecido obvio pero si te fijas unos segundos lo ves. Soy adicta a comparar sus rostros en ciertas poses. También a masturbarme, pero supongo que no más que cualquier chico de mi edad. Habrá chicas que lo hagan como yo, las tiene que haber, es solo que aún no me han llegado noticias. Mis amigas se masturban pero no así de compulsivamente. Estoy convencida de que esta compulsión tiene que ver con mi talento para las cartas de amor y mi incapacidad para el plano de lo real. ¿Por qué tiene que considerarse más auténtico lo que pasa al margen de mis cuadernos y mis folios, por qué no puede ser al revés? ¿De verdad es más real la persona posando frente al cuadro que el cuadro en sí? Esos debates no importan ahora. Alisha Klass será una vez más mi hada madrina. Podría investigar un rato en Pornotube pero cuando no hay mucho tiempo por delante lo mejor es volver a los imprescindibles. Tengo un montón de vídeos suyos guardados en un archivo especial. Que no me falten por si estoy sin conexión, por si Pornotube deja de funcionar, para no tenerlos que buscar si hay prisa. La secuencia del sofá. El trío con Bonita Saint. Aquel día que estaba tan guapa con

el conjunto negro y los labios oscuros. El recopilatorio de tres minutos de escenas anaranjadas que me sé de memoria. Me meto un pañuelo de papel en las bragas para protegerlas, pongo el recopilatorio anaranjado en repeat y le dedico nueve o diez visionados seguidos.

Aparto el portátil, salgo al baño y me lavo minuciosamente el flujo de cinco corridas de las manos y la entrepierna con una práctica milenaria. Cuando empecé a masturbarme hace diez años el protocolo completo resultaba interesante. El hentai de madrugada grabado en cintas VHS, el Spice Platinum, las descargas de varios días en Kazaa, el Canal 47 salpicado de anuncios de contactos y videoclips de Benny Benassi, intensas exploraciones físicas que duraban horas. Ahora el porno está tan a mano y tengo tanta práctica que me impresiona más vaciarme un poro de la cara o cortarme un trozo de uña. Hay poros y uñas que te dejan satisfecha de verdad, toda la tarde pensando en la forma en que los has trabajado, en el éxito de la operación, regocijándote en la pulcritud del vacío que han dejado. El porno es para mí lo que el inhalador para el asmático. Ha cobrado tanta importancia que ya no tiene ninguna, no es más que un básico sin el que no puedes respirar en caso de crisis. Vuelvo a mi habitación con las bragas secas y me siento en el borde de la cama. No tengo ganas de ir a gestionar el cumpleaños. Cuando se acabe tendré media hora libre y entraré de nuevo a trabajar hasta las once junto a Gloria. Quiero que todo el mundo tenga el mismo dinero y que si alguien trabaja en una pizzería sea porque le apetece ganar más y que ese sueldo en la pizzería no solo sea digno sino que le dé para pagarse una casa magnífica con un jardín y un pozo del que no salgan pelos mojados sino agua limpia y fresca para dar de beber a un montón de niños, perros, gatos, zorros y conejos. No quiero tener miedo de ser pobre. No da tanto miedo ser pobre como la forma en que la gente trata a los pobres. Había un señor de barba blanca que solía pedir en la calle Tetuán con un perro como el mío al que estuve dando dinero dos años. De repente desaparecieron y no los volví a ver. Un día los identifiqué en las noticias de la tele en unas imágenes que mostraban las calles durante las rebajas y corrí a meterme en el autobús para comprobar que se encontraban bien pero cuando llegué no estaban. Supuse que las imágenes serían de archivo. Cómo les irá. En su sitio se pone ahora un joven extranjero que pide sonriente con un cartel que dice «Para un Ferrari» y también le doy cada vez que paso. Lleva poco más de un año pidiendo ahí y ser testigo de su deterioro es sobrecogedor. A veces la gente como él está tratando de dormir en algún rincón tranquilo y llega una pandilla con botas gordas a sembrar el pánico. En este mundo no se puede ni dormir en un cajero en paz.

No creo que Diana le diera importancia a que yo perteneciera a una clase inferior. Supongo que cuando siempre has estado en ese lugar no le das ningún valor, no te fijas en que en tu casa todo es caro, te peleas con tu madre y tienes problemas y sufres como todo el mundo. Yo tampoco me paso la vida pensando en la gente que vive en casas de refugiados, por ejemplo. Me centro en compararme con quien está por encima de mí. Se me aparece la imagen de Kim Novak con esa expresión tan altiva, la de Catherine Deneuve elegante y refinada, y caigo en la cuenta de que tal vez Diana sí percibiera diferencias entre nosotras. Estaba claro que se sentía inspirada y un poco identificada con aquellas divas pelirrojas mientras que a mí me relacionó con Leslie Van Houten. Lo que me llama la atención de repente no es que Leslie Van Houten sea un personaje peligroso o trastornado, sino que en su historia todo gira en torno a un extravío que desemboca en el abandono del sistema, en la pobreza. Una chica guapa de aspecto humilde con la vida arruinada por los siglos de los siglos. Acostumbrada a dormir en colchones sucios tirados en el

suelo, a comer de la basura. Menos el somier, el colchón y el sillón de escay, que también son viejos y de segunda o tercera mano, en esta habitación todos los muebles los hemos ido cogiendo mi madre y yo de la basura. Diana nunca llegó a estar en mi territorio. No soy capaz de imaginar cuál era en realidad su concepto de mí. Me veía llegar siempre sola como única representante de mí misma, recién lavada y maqueada, oliendo a buenos cosméticos, tratando de ofrecer mi mejor versión. Me pregunto qué habría pensado si hubiera visto mi casa destartada, mi habitación con estos muebles que parece el cuarto de Pumky Brewster si hubieran tenido dos mil pesetas de presupuesto para decorarlo. La riqueza del entorno de Diana es la única que yo he atisbado, no ha habido ninguna otra pamea blanca, y aquello despertaba en mí miradas de fascinación pero también un profundo sentimiento de malestar. De tristeza, de enfado. Eso no lo echo de menos. Intento destensar la espalda sobre la cama.

—¡Bo! —llamo a Goro sin levantar la voz porque es muy sensible a su propio nombre. Escucho cómo se deslizan sus patas traseras por el suelo y salta para acudir a mi llamada. Levanto la cabeza y veo su cara cuando se planta para mirarme desde el umbral de la puerta. Trae en la boca un Gusiluz roto que cayó en nuestro patio desde la guardería ilegal de la casa de al lado hace unos meses y que le encanta. A mí también me hubiera gustado mucho tener un Gusiluz de pequeña, uno que funcionase para acostarme con él. A estas alturas sigo durmiendo con peluches. Podría abrazarme a un almohadón pero los peluches te ofrecen ventajas que los almohadones no aportan. Si te despiertas inquieta les miras la cara y su ternura te consuela un poco. Ahora mismo estoy enganchada a un conejo blando y suave con las orejas largas que cuando se hace de día me esconden como un antifaz. Doy dos palmaditas en el colchón. Goro se sube a mi lado, aparatoso y pesado. Se tumba con la cabeza mirando hacia la mía. Me gustaría poder estar siempre con él aunque a veces me alegro de pasar tan poco tiempo en casa. La guardería da mala vida. Los niños se pasan la mañana gritando, arrojados al salvajismo. La única labor que llevan a cabo las dos adultas que trabajan ahí es la de cerrar la puerta y procurar que no se escape ninguno. El resto es libre albedrío. Golpes, llantos, carreras, roturas, broncas, pelotazos y mucho, muchísimo griterío. Me pregunto si alguna vez vuelan las tijeras. Mi madre tampoco suele estar aquí por la mañana, que es el peor momento, pero el descanso de los lunes se lo joden bien. Alguna vez ha llamado a la policía desesperada pero no ha pasado nada. La policía escoltando a Leslie Van Houten de un pasillo a otro durante décadas. ¿Y quién es el otro Van Houten que conozco? El puto Milhouse.

—¿Tú te crees, Bobito? —le digo al perro y extendiendo el antebrazo para acariciarle una oreja —, Brigitte Bardot pegándose el lote con Milhouse. El puto Milhouse —cierro los ojos y me inclino hacia él para hundir la cara en los pelos de su cabeza—. Qué desgracia —murmuro desde debajo de la cortina que es su oreja izquierda. El calor de mi propio aliento nos relaja y resoplamos a la vez para acomodarnos con el pecho vacío durante el cuarto de hora que me queda antes de salir a prostituirme. Trabajo en una pizzería pero podría haber sido perfectamente actriz porno o puta. No habría una gran diferencia. Me pagarían muchísimo mejor y sería más divertido aunque a veces diese miedo. Mi trabajo también da miedo a su manera. Todos los trabajos son prostitución, de eso no me cabe duda. Ojalá las putas y las actrices porno tuviesen garantizada una vida más segura. Alisha Klass desapareció del panorama hace unos años y por más que lo intento no consigo saber qué ha sido de ella desde entonces. Tal vez sea justo lo que quiere, que yo no la encuentre. Me aprieto contra Goro y aprovecho que esta semana he

memorizado una oración para rezar por su bienestar y por el del mendigo que desapareció de la calle Tetuán con su perro como el mío. Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Los cumpleaños duran dos horas comprendidas al gusto del cliente entre las cinco y las ocho y media de la tarde. Los sábados y los domingos se suelen ubicar entre las once y media y las dos pero hoy ha tocado de seis y media a ocho y media. Los cumpleaños del sábado por la tarde resultan terribles porque el restaurante está más lleno que nunca y se monta una buena entre los niños y el resto de los clientes, pero mejor eso que levantarse para venir directamente hacia aquí. Dedicarle las mañanas al Telepizza es muy deprimente. Una vez me pusieron a buzonear el Parque Alcosa al mediodía y le dije al dueño de la franquicia que si me lo volvía a hacer dejaba el trabajo. Se le escapó una buena risotada de proxeneta y me dijo que vale. Se toma nuestros descontentos un poco a broma. No tiene ni idea de lo que significa estar contratada por él.

El protocolo de los cumpleaños siempre es el mismo. Saludo, averiguo quién cumple años, pongo a toda pastilla el disco de María Figueroa o el de María Isabel, propongo un juego que suele salir mal, los siento a la mesa y apunto qué quieren merendar. El que cumple años se viene conmigo a la cocina y le hago de guía en la preparación de su propio menú. A todos les hace mucha ilusión entrar en la zona reservada para trabajadores y me doy cuenta de que una vez dentro les resulta decepcionante pero al salir lo narran como una gran aventura, como cuando yo empecé a follar con niños en la adolescencia. El encargado de turno prepara el resto del papeo de mala gana y cuando se lo han comido busco el mechero que siempre está en un sitio diferente porque todo el mundo se lo lleva a fumar. Saco una tarta de chocolate barata, cantamos y soplamos las velas. Lo que sobra de tarta me lo puedo comer yo si quiero pero da unos ardores terribles. Aun así a veces la comparto con Gloria y las demás compañeras y nos reímos de lo cutre que es y lo mal que sienta por puro aburrimiento, porque es gratis. Después reparto bolsas de chuches para todos y al que cumple años le doy un regalo que ahora mismo es el pollo de plástico de *Chicken Little*. Entonces monto una fila y les pinto la cara de lo que me pidan de uno en uno. Esto es lo que se me da mejor. Cuando corren a mirarse a los espejos del baño vuelven contentos. Embriagados por esa fantasía es como se adentran en el castillo. Luego les saco a los padres un cuestionario sobre satisfacción para que lo rellenen. Lo que puntúan ahí es mi trabajo. Suelen ponerme buena nota pero una vez me suspendieron los padres de los niños más maleducados que he conocido y estuve un rato maldiciendo en la puerta de atrás. Si Verónica trabajara en este turno sería ella la que estaría reptando cuesta arriba por el parque de juegos porque su cuerpo es el más pequeño del equipo, pero la siguiente más menuda soy yo y como ella no entra hasta las nueve me ha tocado a mí el marrón. Al parque de juegos nos referimos también como el castillo o la piscina, que aunque no parezca tener mucho sentido se nos ha pegado del montón de niños que vienen esperando una piscina de bolas y como ya se habían hecho a la idea no son capaces de cambiar de concepto. En cierto modo es un castillo, sí, y también una piscina, una especie de pecera o terrario, un espacio transparente y cerrado hasta el techo con una puertecita en el suelo por la que entran niños diversos y salen con la ropa y los

pelos pegados al cuerpo de tanto sudar. Les compensa porque este mundito de colores es íntimo, sorprendente y está hecho a su medida que es lo más importante, pero ahora que se me está humedeciendo el flequillo entiendo por qué salen tan sofocados. Limpiamos la cocina, los baños, las mesas, los suelos, pero aquí nunca entramos. Este territorio aselvajado les pertenece solo a ellos. Hoy un niño muy honesto de seis años al que pinté la cara de Spiderman ha salido proclamando que se ha hecho pipí en una de las plantas más altas del castillo y me pregunto cuántas veces se habrán meado aquí dentro sin decir nada. El ambiente está muy cargado, húmedo y caliente. Para que algún miembro del personal de tienda se encargase del estropicio el castillo ha sido desalojado y ahora mismo estoy aquí dentro sola, restregando el polo rojo contra diferentes colchonetas y sorteando redes de colores. Algunos niños y padres me miran desde fuera esperando que resuelva el entuerto. El disco de María Figueroa sigue con su ritmo implacable. A María Figueroa le gusta su novio. ¿Que por qué? Pues por muchas cosas. Porque es celoso, por su cara morena, por el salero que tiene al hablar.

En la parte de atrás del pantalón me he metido varios pliegos de papel de cocina para secar el pipí y llevármelo fuera. Escalo con cuidado de no meter los codos en ningún charco amarillo porque el niño no ha indicado exactamente dónde se lo ha hecho y porque sigo sin fiarme de que haya otras sorpresas. La perspectiva que se despliega ante mis ojos aquí dentro me llena de contrariedad. Se me ha asignado una tarea que a nadie le apetece desempeñar. Mi puesto de cajera y organizadora de cumpleaños me suele mantener lejos de los baños, cosa que agradezco, y hacía muchos meses que el trabajo no me degradaba de esta manera, desde que aquella energúmena me montó un pollo absurdo por teléfono y a cambio se llevó un gapo bien cocinado en la pizza. En cierto fuero interno mío, ese fuero que le escupe al sistema y que podría llevarme a la mendicidad con una actitud de observación impasible, lo de hoy se considera una expedición interesante. Siempre quise entrar en este parque, en este castillo, y saber cómo era desde dentro. Soy una exploradora del mundo infantil a tiempo completo. Del mundo infantil, de dar cambio a la velocidad de la luz y de los bocados de peperoni a escondidas.

Escalo apoyándome en los codos a lo largo de una rampa azul cuando un intenso olor a meado me pone alerta. Me estiro hacia arriba y me asomo al próximo nivel cubierto de colchoneta verde. En todo el centro se distingue el charco y me asalta una clase de euforia por haberlo descubierto limpiamente. Eso significa que no me voy a empapar los pantalones ni los antebrazos en un chorreón inesperado. Todo está bajo control.

—¡Ya lo estoy viendo! —exclamo hacia fuera, saco el papel de cocina y sigo reptando con cuidado. Del exterior me llega el rumor de la noticia expandiéndose.

—¡Vamos, su prima! —responde la voz de Gloria. Giro la cabeza y la veo recién llegada, todavía con la ropa de calle, regocijándose en la escena junto al encargado, los dos rodeados de niños y padres y gente joven que viene con resaca a almorzar a las ocho de la tarde. Se me escapa la risa como si fuera un muñeco de los que pitan mordido por mi perro y accedo con cuidado a la plataforma meada apoyando todo el papel a la vez encima del líquido para que se empape. Sobre el verde no se notaba tanto pero al ser absorbido por el blanco me doy cuenta de lo amarillo que viene este orín reconcentrado. Me lo quedo mirando pensando qué hacer.

—¡Traedme más papel, porfa! —grito. El encargado no se da por aludido y Gloria le da un codazo.

—Que le traigas más papel, cabezón —le indica mi amiga. Lo hace en voz baja pero conozco tan bien sus expresiones que no me cuesta leerle los labios. Cuando llegamos no se hubiera atrevido a hablarle así a ningún encargado. Fue un terreno duro de conquistar este sitio. Hace bien pidiéndole a él que lo haga, no sería justo que tuviera que resolverlo ella si su turno no ha empezado. Él se aleja sin mucha prisa y me quedo sentada esperando junto al papel.

—¡Y que se traiga producto! —añado en un graznido. Gloria comprende y transmite inmediatamente el mensaje.

—¡Raúl, producto! —grita asomándose a la cocina—. ¡Que te traigas el producto!

Se gira hacia mí y me indica con la mano que la cosa está en marcha. El producto es un limpiador desinfectante en spray que usamos para todo y lo llamamos así, producto, cosa que siempre me ha gustado. Gritar producto desde el interior de una de las plantas superiores del castillo ha resultado satisfactorio. Raúl vuelve con una cantidad ridícula de papel y el bote. Gloria le dice que hace falta más papel sin necesidad de que yo intervenga y me mira con los ojos vueltos hacia el cielo. El papel lo trae Manoli y se echa a reír cuando me ve. Si supiera cómo huele aquí dentro se reiría más todavía. Se acerca a la puerta del castillo y entra a cuatro patas. Deja el papel y el producto y me deslizo hacia abajo de una plataforma a otra tratando de no apoyarme sobre una red que me inspira desconfianza. Me aproximo agachada hasta el lugar donde me han dejado los avíos y vuelvo a emprender la subida. Sobre la plataforma meada envuelvo el papel de antes sobre una capa del de ahora asegurándome de que mis manos no tengan contacto con ningún tipo de humedad, esparzo producto por la zona y le pego un repaso con el resto del papel.

—¡Ya está!

Cuando salgo unos padres me piden perdón y les sonrío. A veces los padres te tratan fatal así que tengo el listón bastante bajo en este sentido. No han sido niños ni adultos maleducados, solo ha sido una meada confesa. Ojalá esa fuese la única porquería que hubiera que aguantar. Tiro el papel empapado a la basura y corro a lavarme las manos. Cuando me veo en el espejo tengo el mismo aspecto que los niños después de un rato en el parque de juegos, húmeda y sofocada, con una capa de gelatina entre el cuero cabelludo y la gorra. Nadie puede decir que no me esté ganando bien los ocho euros con cuarenta que me pagan por este rato. Alguien me ha hecho el favor de tirar los desperdicios de los niños y hasta le han dado a sus mesas una capita de producto. Cojo el cuestionario y acudo a despedirme de los padres. Vuelven a disculparse y me ponen un grado de satisfacción máxima en todos los puntos rápidamente, para que yo lo vea, como si eso fuera parte de la disculpa, y la acepto. Propina no me dan, eso no. Son las ocho menos cinco. Le digo al encargado que cobre porque es su cometido y le entrego el papel.

—Anda, ¿eh? Estarás contenta —me dice al chequear el cuestionario.

—Sí, contentísima.

El encargado sale a cobrar. Cojo mi trenca vieja, robo un paquete de chucherías del almacén y salgo a la puerta de atrás.

Son las once y varias pizzeras se preparan en el vestuario para irse de fiesta. Yo estoy sentada en el banquito esperando a Gloria y ya me he cambiado pero sigo teniendo pinta de pordiosera. Hace dos años estaríamos las dos maquillándonos en mi habitación. Siento que ha pasado mucho

tiempo. No he crecido desde entonces, he envejecido. Entonces solo tenía diez canas y ya voy por más de cuarenta. Cómo puede parecerme tan lejana la primera noche que a Gloria y a mí nos dejaron entrar en una discoteca. Ella tenía dieciocho años, yo diecisiete. Iba con un carnet prestado por una amiga a la que no me parecía pero no me lo pidieron. Estábamos en segundo de bachillerato y nos sentíamos en lo alto de cierta etapa, pasándonos la adolescencia como una pantalla del Super Mario. Pero al llegar a la universidad vuelves a la fase cero. El bucle no se acaba nunca. No es solo una cuestión de ciclos tediosos. Aquel día creíamos que se inauguraba una etapa en la que se cumplirían las fantasías que habíamos forjado a lo largo de una vida entera abrasada por la ficción, que nos iba a estar sonando alrededor la banda sonora de *Blade* durante quince años seguidos. Estábamos tan contentas porque lo interpretábamos como una rotura de aguas hacia la aventura, y la aventura que nos esperaba con la mayoría de edad iba a ser dulce y trepidante. No nos habíamos dado cuenta todavía de que este camino era una trampa. Ahora sé que en aquellos tiempos mucha gente pensaba que éramos tontas y añoro la inocencia de no darme cuenta, o al menos la de haberme dado cuenta y que me diera igual. Les digo a mis compañeras lo guapas que están y no me quiero levantar del banquito para no pasar por delante del espejo y verme. Ya sé la cara que tengo. Es mi peor versión, la que curiosamente mi madre considera la mejor por verdadera. Gloria y Manoli entran en el vestuario, ya son las once y media. Manoli se une al plan de fiesta y Gloria resopla antes de darse cuenta de que sus compañeras parecen una pandilla de gogós. Su cara se ilumina pero le noto también el cansancio en el tono acartonado de la piel, sobre todo debajo de los ojos. Está estudiando para los exámenes que se le vienen encima. Nuestras fechas son distintas ahora y echo de menos compartir con ella esos preparativos. Se me hacía más fácil a su lado.

—Cabezona.

Gloria se ha cambiado muy rápido.

—Qué.

—¿Tú quieres algo?

—Algo de qué.

—De comer o de beber, de pateo, de algo.

—Pero por aquí.

Gloria hace una pedorreta.

—Hombre, y tan por aquí —contesta.

—¡Niñas, venirse! —grita Manoli. Gloria le hace otra pedorreta—. No seas así, carajo, si no sabes ni adónde vamos.

—¿Adónde? —pregunta Gloria.

—Al Emporio.

Se me escapa un graznido y Gloria se echa a reír.

—¿Al puto Emporio? ¿Pero tú me estás viendo? —Manoli se queda mirando a Gloria y le da la risa también porque va hecha unos zorros.

—Tía, yo qué sé, pues vais en un momentito a la casa y cogéis unos tacones, os hacéis una coleta así toda tirante que es lo más rápido y mientras hacemos botellona y os pinto.

—Manoli, yo sé que tienes buena intención pero no cuela.

—Pillamos dos taxis y los pagamos entre todas.

—No puede ser. La rata esta y yo estamos hechas mierda.

Con la rata se refiere a mí y me parece justo.

—¿Tú sabes cuál va a ser la fiesta de esta y yo de sábado noche? —añade Gloria, y me inclino intrigada porque no teníamos plan y de repente parece que sí que hay.

—¿Cuál?

—Eso, cuál —pregunto también.

—Pues mira, primeramente nos vamos a pedir dos Spiro Dogs por uno setenta y cinco cada uno ahí en la barra y la Sofique cierra hoy nos los va a preparar rellenos de salsa barbacoa por lo bajini que está prohibido pero por mi coño, y luego nos vamos a ir a uno de los locales pestosos de la rotonda y nos vamos a pedir un menta poleo con un chorrito de anís y luego nos vamos a acostar.

Manoli y Laura nos miran con comprensión. La descripción de estas intenciones ha transmitido nuestro estado por fin. Gloria se pone la chaqueta con movimientos llenos de dignidad y me tiende la mía.

—¡Ea, niñas, a pasarlo bien! —exclama, y las dejamos en el vestuario terminando de prepararse. Salimos por la puerta de atrás y damos la vuelta para entrar por la oficial como paisanas porque a la tienda no se puede salir desde la cocina con ropa de calle. En una mesa hay tres repartidores comiendo pizzas y me consta que las han pagado porque las únicas que nos podemos quedar gratis son las que han sobrado por algún fallo y les corresponden a los que se quedan de cierre hasta las dos de la mañana. Me pone enferma que se gasten el dinero en cenar aquí tan a menudo. Nos dejan la comida a mitad de precio pero sale caro de todas formas. Nosotras solemos tirar muy de vez en cuando del extraño perrito caliente envuelto en masa de pizza llamado Spiro Dog porque cuesta tres cincuenta y con el descuento es calderilla. Esos repartidores han trabajado hoy cuatro horas, lo que significa que van a cobrar por la jornada unos diecisiete euros, y de esos diecisiete se están gastado diez entre la pizza y el refresco. Llevo ya aquí mucho tiempo y no me acostumbro a presenciar este despropósito, aunque he avanzado bastante en lo de apartarlo pronto de mi cabeza.

Nos sentamos en un poyete del hotel de al lado. Hace frío pero nos compensa darle la cara un momento al cielo nocturno sobre el Palacio de Congresos, todo rancio y marrón, y en cuanto pegamos el primer mordisco una voz masculina nos llama desde arriba. Nos damos la vuelta intrigadas. Hay un chico sin camiseta asomado al balconcito de una de las habitaciones. Tras él se aprecia jaleo.

—¡Oye, oye! ¡Chica, chica!

—¿Qué? —contestamos más o menos a la vez.

—¿Qué hacéis? —Nos miramos con pereza. Cuando los colegas se dan cuenta de que nos está hablando se arremolinan a su alrededor. Ahora son cuatro o cinco y hay más por detrás. Lo de no llevar camiseta se estila bastante al parecer.

—Nada —contesto. Gloria se escoge de hombros.

—No, nada no, ¿qué hacéis? ¿Salís esta noche?

—Hemos salido de trabajar y si nos vais a proponer algún plan os va a dar el sol, os lo digo —responde Gloria, tajante. Le pegamos un bocado al Spiro Dog y nos aguantamos la risa.

—¿Por qué no os subís aquí para arriba?

—No, gracias —contesta Gloria.

—Tenemos un lote de Legendario y otro de Ballantine's —añade uno diferente, también sin camiseta. Tendrán todos más o menos nuestra edad.

—Que no, primo, que te acuestes. —Gloria ya no los mira y mastica levantando un dedo índice que niega.

—Niñas, por favor, que nos tienen aquí encerrados que no nos dejan salir.

—¿Ah, no, y por qué? —pregunto yo, y me siento tonta por haber picado el anzuelo.

—Porque mañana jugamos un partido de fútbol y no nos dejan, podemos hacer lo que sea pero sin salir de aquí, si salimos la liamos.

Mi curiosidad ya ha sido saciada pero él aprovecha e insiste, insiste muchísimo. Son de un equipo pequeño, no nos quieren decir cuál, y el plan tiene una pinta pésima.

—Venga, chiquillas, que os lo vais a pasar bien.

—Mira, colega, me has amargado el perrito y no vamos a subir ni locas, ¿tú te crees que somos tontas, tú no te das cuenta de la pinta que tenéis todos ahí asomados haciendo ruido sin camiseta con el frío que hace a ver si nos parece que estáis buenos y nos subimos y nos arrepentimos nada más entrar? —Gloria da el último bocado, bebe agua del vaso de plástico y se sacude las manos.

—Pero no te pongas así, guapa, subíos que no os vamos a hacer nada, que os lo vais a pasar bien. ¿No os gusta el fútbol?

—Nos importa un mojón el fútbol —replica levantándose—, vámonos ya al carajo, María Eugenia.

—¿Qué te llamas, María Eugenia? —pregunta suplicante el primero que nos habló cuando nos levantamos.

—¡No! —grito dándole la espalda.

—¡Pues que os den mucho por culo! —exclama, e inaugura un chaparrón de putas, guarras y feas que nos veíamos venir desde el principio y que se pierde mientras nos alejamos.

—Estaban buenos los hijos de puta —comenta Gloria.

—Bah, no valían un duro pero entiendo lo que me dices.

—Estaban buenos, quilla, las cosas como son.

—Demasiado tontos.

—Una cosa no quita la otra.

—Un poco sí.

—¿Sabes lo que a mí me da miedo?

—¿El qué?

—Que hace dos años nos hubiéramos subido.

—Por la cara.

—Y vete tú a saber el disgusto.

—Ruina.

—Ruina garantizada pero entonces estábamos atontadas y nos creíamos que una cosa así podía salir bien.

—Yo me subo fijo creyéndome que el nota es mi amigo.

—Y yo, y en parte te digo una cosa, que hoy no me he subido porque estoy más fea que un demonio y así no me ambiente.

—Te entiendo eso también.

—Salir fea como medida de protección, pero no para no gustar sino para que no te apetezca a ti implicarte. A mí me extraña de todas formas que les hayamos gustado.

—No sé si es porque tiene razón mi madre cuando dice que estamos más guapas sin arreglar o porque éramos la única opción que tenían.

—Seguramente porque no tenían más opción, o eso o que estaba oscuro y nos veían de lejos.

Enfilamos hacia el pub Templo fantaseando con un sofá y cuando entramos nos damos cuenta de que incluso en este sitio llamamos la atención por cutres. Hace tres años, de pequeña, el Templo me parecía un tremendo tostón. Estar sentada pidiendo en un bar no tenía ningún sentido, lo único que nos interesaba era emputecernos y salir a bailar para tener agujetas y ampollas en los pies y un montón de cosas que contar al día siguiente. Ahora me parece que no está mal, de hecho me parece que está bastante bien porque hemos divisado un sofalito junto a la cristalera que a mis ojos gastados es un auténtico lujo. Me siento afortunada. Cómoda y segura como en un anuncio de compresas con alas. Los del equipo de fútbol no volverán a saber de nosotras. Podríamos haber subido y nos habrían querido emborrachar, ante nuestra angustia nos habrían prometido condones bien colocados y no habrían parado de cargarnos los cubatas hasta tenernos lo bastante atontadas como para no darnos cuenta de que se los quitaban justo antes de meterla. Ya he pasado por ahí. Una vez nos fuimos Gloria y yo con dos tíos que tenían mejor pinta que estos y uno de ellos se tiró una hora intentando jugársela así. Se ponía el condón, se lo quitaba por lo bajini, yo me daba cuenta y le gritaba, Gloria se enfadaba y le decía si estaba tonto, él se quejaba pero accedía, prometía portarse bien, se ponía otro y vuelta a empezar. Aprieto los ojos y aparto la sensación de intenso desastre que me trae el recuerdo sentándome en un sofá viejo y sucio que se me antoja digno de Versalles. Un camarero se nos acerca y cuando le pedimos nos quedamos contentas de que tenga todos los ingredientes. En el móvil de Gloria suena un mensaje entrante desde la chaqueta que se acaba de quitar.

—Mira, sea quien sea si quiere algo de mí se va a comer un mojón. —Pone cara de pereza y lo coge—. Es David.

David es el tío con el que lleva liada casi un año. No es una relación formal pero sí de alta frecuencia, hablan y se ven muy a menudo. Él tiene veinticuatro años y es un bruto de cuidado.

—¿Y qué dice?

—Dice que hoy se pensaba quedar en casa porque estaba de resaca pero que está aburrido, que dónde estoy, que si me recoge con el coche.

A mí David me cae fatal y ellos dos lo saben pero intentamos tener la fiesta en paz porque siguen enganchados el uno al otro y no hay nada que yo pueda hacer para remediarlo. La he visto disgustada demasiadas veces por su culpa. Es caprichoso, celoso, egoísta, enfadón y lo peor es que por la noche se emborracha y se acaba peleando con cualquiera. Tengo que reconocer que David también me ha dado cosas bonitas, como cuando se le corrió en la boca a Gloria y luego Gloria me lo echó a mí y él abrió mucho la mandíbula para que se lo escupiese y se lo tragó. Eso estuvo precioso y cada vez que me acuerdo me corre un escalofrío por el espinazo pero las escenas feas han superado ya con creces a las bonitas y le he cogido manía. Gloria lleva un rato tecleando.

—¿Qué le estás diciendo?

—Este está aburrido y se ha puesto cachondo pero no la mete hoy en culo ninguno.

Gloria tiene esta forma de hablar elocuente y veloz que te deja el tupé planchado como después de correr por la autopista en una moto sin casco. No es solo la velocidad sino la potencia del contenido. Lo mismo que a mí me gusta que me atraviesen la garganta, ella está obsesionada con follar por el culo. En realidad a las dos nos interesan bastante ambas cosas y en parte pertenecen al mismo conducto, solo que a mí se me da mejor abrir la entrada del esófago y a ella la del intestino. Empezamos a follar más o menos a la vez y pronto nos dejó de impresionar el coito convencional aunque siga teniendo su gracia. El agujero del coño es lo básico, se nos queda soso. Queremos más experimentación, más fantasía, más intensidad, nuevos retos que cumplir. Me pregunto si nos aburriremos de meternos cosas por el culo y por la boca, a qué recurriremos entonces. Gloria no para de teclear, así que cojo yo también mi móvil para entretenerme mientras nos traen las infusiones. El suyo es un Motorola rosa fucsia. El mío un Nokia con la carcasa transparente a través de la que se ven los mecanismos, tal como me gustaría ser a mí. Me llegó un mensaje de Macarena hace una hora. Que iba para la Alfalfa, que si nos apuntábamos. Se lo digo a Gloria y suelta una risotada.

—Me parto con lo fácil que es improvisar cuando tienes el Telepi que te caes del balcón de tu casa y llegas al centro en cinco minutos —comenta sin dejar de pulsar botones con un vicio similar al de la velocidad que coge hablando.

—Le voy a decir que se peine.

—Eso, y besitos de mi parte.

—Vale.

—Ea, a cascarla —concluye Gloria y vuelve a guardar el móvil. Yo trato de resolver mi mensaje imitando su destreza pero no se me da tan bien. Quiero poner demasiadas cosas y no caben tantos caracteres y luego me pongo a retocar, no aprendo. Ya está, correcto, amable, lleno de cariño y buenos deseos. Lo guardo en el bolsillo de mi abrigo y continúo con la conversación:

—Además de verdad.

—¿El qué? —Gloria ya no se acuerda de lo que estábamos hablando.

—Lo de cascarla el David.

—Ah, sí, verdad, verdad. Me gustaría ver por un agujero cómo se hace las pajas en su cuarto.

—A mí me gustaría ver el porno que se pone.

—Pues el mismo que tú más o menos.

—Ya, por eso.

El camarero se acerca con una bandeja. Trae dos tazas blancas con la infusión humeando dentro y una botella de anís La Castellana.

—Bueno, pues a ver cómo lo queréis.

—Échale ahí un chorrito a cada uno.

El camarero obedece y arroja una cantidad tan sustanciosa de anís que casi rebosan las tazas. Acto seguido nos comunica que tenemos que abonar la consumición y que es uno veinte cada una. Eso es lo que cuesta la infusión sin anís.

—¿No nos vas a cobrar el anís?

—No, chiquillas, no hace falta.

Lo celebramos con la satisfacción de los viejos cascados de ochenta años y pagamos con la vuelta de los Spiros. Nos conformamos con poco.

—Cabecita, cuando te diga lo que estoy viendo desde aquí.

—¿El qué, el qué? ¿En la calle o en la barra?

—En la barra detrás del camarero que se acaba de ir.

Intento distinguirlo pero tengo las lentillas demasiado secas de que haya tanta gente fumando alrededor y me rindo.

—No sé, no sé, dímelo.

—Una barajita de cartas.

—No me jodas, hemos triunfado.

—Una barajita de naipes para tu coño —canturrea, y se levanta para pedírsela al camarero, que se ríe de nuestro plan. Vamos a echar un chinchón y eso levanta cualquier situación. Hemos atravesado grandes crisis jugando al chinchón. Cuando hemos repartido y empezado la primera ronda mi móvil vuelve a pitar. Imagino que será Macarena mandando un mensaje comprensivo pero es un número desconocido.

—Vaya tela, móvil raro.

—Uf, a estas horas vaya pastel, ¿qué dice?

—¿Lo miro mejor mañana?

—No que yo quiero saber lo que es.

—Bueno —murmuro desbloqueando el móvil. El mensaje es directo e intenso. El corazón me da un salto en el pecho y es como si hubiera dejado de latir.

—No le tengas tanto miedo a los números desconocidos, coño, ¿y esa cara qué es, qué pasa, qué es?

—Quilla, mira.

Le paso el móvil, ella lo agarra con pasión y empieza a leer en voz alta con la ligereza que la caracteriza:

—«Hola, Lali, soy Gonzalo, compañero de Macarena, estoy aquí con ella y me ha pasado tu teléfono. Nos conocimos el año pasado en la Alameda y te quiero follar, ¿qué te parece? Espero que vaya todo bien, un saludo.» Hostia, Eulalia, esto es muy fuerte.

—Demasiado fuerte, me queda grande.

—Grande no, lo que a lo mejor no tienes ganas pero grande no te viene porque si hace dos años no te venía grande no te va a venir grande ahora.

—Eso tampoco es porque hace dos años a lo mejor me hubiera subido a la habitación de los tontos sin camiseta y ya no me subo.

—Pero esto es diferente.

—Bueno, para el caso es lo mismo.

—Está bien escrito, ¿eh? Lo mismo no es.

—Sí, hijo de puta, no sé si le habrá aconsejado Macarena que me escriba muy correcto porque así tendría más posibilidades.

—Hijo de la gran puta, ¿y este pavo cómo es?

—Es así alto y como un poco skater.

—Más información.

—No sé, pinta de skater, el pelo negro así corto, camiseta y pantalones anchos, creo que blanquito con pecas en la nariz. Estuvimos hablando de *Showgirls*.

—¿Y los ojos?

—No me acuerdo.

—Siempre te fijas en las pecas pero en los ojos nada. ¿Y el culo?

—Ni idea, además te he dicho que va de skater, lleva los pantalones cagados.

—Con los pantalones cagados también se nota, de hecho se puede notar más todavía porque van asomando los gayumbos.

—Es verdad que le vi los gayumbos una vez que se agachó.

—¿Y no te fijaste en el culo?

—Quilla, que no, qué quieres que le haga, cada una tiene sus prioridades, me fijé en los huesos de aquí atrás de la espalda en todo caso.

—¿Y cómo los tenía?

—Los tenía flama.

—Bueno, bueno, pues teniendo en cuenta la imagen que me acabo de hacer en la cabeza y el mensaje que te ha mandado tengo clarísimo lo que le diría.

—Ya, que sí.

—Del tirón.

—No sé, me pone muy nerviosa un asunto así en estos momentos.

—¿Y qué le vas a decir?

—No sé, supongo que tendré que darle la oportunidad.

—Claro, cabeza, pero ahora no vayas a tardar cuarenta minutos en contestarle.

—Ya, ¿y qué hago? ¿Lo dejo para mañana?

—Contéstale ya algo directo, no uno de esos mensajes tuyos de dar rodeos que dan pereza.

—Bueno, ¿pues qué le digo entonces? ¿Que me parece bien?

Gloria agita los dedos de la mano de manera que las falanges chocan entre sí provocando un sonido crujiente y opaco.

—¿Le digo eso, que me parece bien y ya está?

—No has contestado mejor un mensaje en tu vida.

—¿En serio? ¿Pero no es muy seco?

—No es seco, prima, es potente.

—Bueno.

Tecleo «Me parece bien.» y me quedo mirando el mensaje sin mandar. Gloria mete la mano por delante de mi cara y aprieta el botón de enviar a traición. Los nervios se me disparan.

—¡Gloria, cojones!

—¿Qué?

—¿Para qué lo has enviado así? Me cago en tus muertos.

—¿Y qué quieres, quedarte mirándolo y dándole vueltas mientras se enfrían las infusiones con la partida esperando, total para mandarlo igual pero dentro de media hora?

—Bueno, al carajo, yo qué sé.

—Venga, eso, al carajo, no es tan importante. Te toca.

Gloria gana la ronda y Gonzalo contesta. Nos abalanzamos sobre el móvil y leemos. Su mensaje dice «Perfecto, pues si te viene bien el lunes hablamos y vemos cuándo podemos quedar. ¡Buenas noches!»

En media hora estamos en la calle y me alegro de no haber empleado todo este tiempo repasando mensajes en la pantalla del móvil. Gloria se enciende un cigarro y yo me muero de envidia pero me aguanto. Es la una. Mañana ella tiene turno partido y se está muriendo de extenuación solo de pensarlo así que no nos entretenemos. Antes, cuando no estábamos hasta el culo, solíamos pasear por las zonas más íntimas y seguras del barrio o sencillamente prologábamos la despedida sin darnos cuenta, dos o tres horas hablando de pie en el punto intermedio que configura el Centro Comercial Neptuno, también conocido como el barco. Goro me recibe con la manta en la boca y mi madre se ha vuelto a dormir en el sofá viendo la tele. Cuando le toco el brazo hace como que estaba despierta y pone interés en ver un programa del corazón de esos que terminan a las tantas, así que la dejo. Goro me sigue y se sienta en el baño a observarme mientras me froto con jabón debajo de las uñas que van necesitando un repaso.

—Ya se ha pasado la semana, Bobo. Lo de mañana es poco. Ya está, ya se ha pasado.

Me pongo un pijama que compramos en el Carrefour cuando tenía dieciséis años y tiene el elástico de la cintura un poco vencido pero sigue siendo cómodo. Me meto en la cama con los calcetines puestos y él se sube a los pies. Agarro el portátil que dejé tirado en el suelo y voy directa a mirar el Fotolog de Diana otra vez. Lo hago sin pensar, como respondiendo a un tic enfermizo. No hay actualización. Me compré el portátil con el dinero de la beca que perdí y ha facilitado mucho mi vida pero de algún modo también me la está degradando. Eso me disgusta y entro en el blog de La Petite Claudine a modo de huida. Solo sé cómo es ella por una foto muy pequeña que vi el mismo día que me enteré de que se llama Marta Peirano. No se parece a mí pero sí a Leslie Van Houten, como un nexo común entre ambas. Le auguro la misma belleza eterna que no vaticino para mí misma. De sus enlaces lo aprendo todo y espero cualquier actualización de la página como una buena súbdita, pero su aparente buenaventura me hace sentir desdichada y echo en falta un regazo de confianza en el que arrojarme a recibir una azotaina que me ayude a digerir el berrinche. Ya que nadie puede pegarme en el culo esta noche veré cómo otras gastan distinta suerte. La actriz porno más parecida a Diana es Madison Young. Cuando le pegan su piel se vuelve fucsia. Desde algunos ángulos el efecto es muy similar al que yo recuerdo. Madison Young parece tener el asunto pensado y controlado, como si le gustaran de verdad todas las burradas que le hacen y no se hubiera metido en ningún lío oscuro que te corte la digestión. En este vídeo la tienen atada a un potro y un tío vestido de negro se la está metiendo en la boca después de haberle puesto el culo granate. El pelo es el mismo que el de Diana. Me la imagino con pecas en algunas zonas del cuerpo. El combinado funciona y estoy tan cansada que con una sola dosis tengo bastante pero me asalta a traición un tipo de frustración que conozco bien. Es el de sentirme desperdiciada. Me levanto y cojo el móvil del bolso que arrojé sobre el sillón de escay. Ya son casi las tres pero es sábado y entre Fernando y yo nunca ha habido mucho lugar para las consideraciones. Le escribo en un mensaje que tengo ganas de verlo para estar de rodillas un rato, cosa que es cierta. Cuánto mejor es decirle que quiero estar de rodillas frente a él que estar de rodillas de verdad.

Lunes

22 de enero de 2007

Sor Lucía acaba de explicar la forma de realizar un par de fichas y las caras de los niños expresan un profundo desinterés, como un monstruo aburridísimo de cincuenta ojos todos igual de perezosos. Hoy traían tanto sueño que Rubén no tiene fuerzas ni para llorar y durante la asamblea matutina conseguimos que se espabilaran un poco pero los hemos vuelto a perder.

—Señorita, ¿qué hay que hacer? —pregunta el monstruo del tedio desde diferentes puntos de la clase. Identifico las voces de Alberto, Alba, Antonio Jesús, Paloma, Sebastián, pero no son las únicas. Esta cantinela es un clásico de las aulas extraviadas, cuando los niños no han conseguido captar las instrucciones porque tú no has sabido mantener su atención. Suele haber un par de pillos que se han aprendido el truco de preguntar en el último momento y dejan de escuchar por sistema durante la explicación. No les culpo, en el fondo es tiempo que emplean para ensimismarse, para explorarse a sí mismos, cosa que a los pobres les hace mucha falta, aunque tampoco está de más que entrenen su capacidad de comprensión. En cualquier caso no hay que enfadarse, no es fácil madrugar y abrigarse para venir aquí a hacer los putos deberes que cierta mafia editorial ha urgido para que te acostumbres cuanto antes a una vida llena de hastío, y me consuela que sor Lucía comparta mi sentimiento de compasión. Mi tutora del colegio del año pasado solía gritarles con terrible mala hostia por estas cosas fuese la hora que fuese y solo tenían siete años, dos más que estos. Me agacho tratando de desplegar una mezcla de paciencia y eficacia y aprendo a base de ensayo y error de qué forma entienden mejor el cometido. Empiezo por las últimas filas, sor Lucía cubre la zona de delante a la izquierda y va barriendo las mesas hacia la derecha. Ando por el centro de la clase y sor Lucía por el flanco izquierdo y la mayoría ha empezado a usar el lápiz sin ganas cuando Sandra se arroja al suelo y se arrastra hasta la parte delantera de su mesita aislada frente a la pizarra, separa las piernas, se clava contra una de las patas redondas y empieza a frotarse con un ímpetu desgarrado. Su decisión y su destreza son abrumadoras. Cierra los ojos y restriega la entrepierna de arriba abajo aumentando la velocidad y la violencia. Sor Lucía la divisa. Yo trato de seguir explicándole las labores pendientes a Antonio Jesús, a quien le pesan las pestañas como si cada pelo fuese de plomo, y el corazón se me desboca segundo a segundo mientras vigilo la tensión entre la monja y Sandra.

—Sandra, ¿qué haces? —pregunta por fin sor Lucía con una ingenuidad absurda pero sincera. No sabe lo que está pasando de verdad. Sandra se frota enajenada con más y más intensidad ante la mirada perpleja de la monja. Los compañeros que la tienen a tiro no le dan especial importancia. No parece peligrosa, solo un poco rara, están acostumbrados. Creo que la única realmente preocupada soy yo, mascando el advenimiento de la tragedia. Sor Lucía es muy comprensiva pero Sandra va a traspasar su límite. Estamos en un colegio religioso. Esto es mucho peor que el terror de las páginas pintorreadas de negro y que las tijeras acechando cabezas por la espalda. Esto es sexo.

—Venga, Sandra, déjate ya de tonterías, por favor. Venga, siéntate que ahora te ayudamos con la tarea.

La monja hace contacto visual conmigo y en su rostro hay piedad. Deseo que sea porque no le da excesiva relevancia al comportamiento de la niña pero creo que es porque le resulta tan remoto que no es capaz de descifrarlo. Sandra cierra los ojos y estalla en temblores durante unos segundos mientras sor Lucía se aproxima a ella. Yo sigo en cuclillas y he pasado a ignorar por completo al pobre Antonio Jesús, que no ha terminado de entender su quehacer. La veo ahí delante tumbada en el suelo boca arriba, donde se ha quedado por fin relajada con las piernas alrededor de la pata de la mesa. Sor Lucía la agarra por los hombros y la incorpora con suavidad ayudándola a levantarse. Me mira con cara de a esta niña no hay quien la entienda pero hay que quererla y a ver si conseguimos que se integre. Sandra se sienta, tranquila y dócil, y atiende a las explicaciones de sor Lucía con una expresión mansa. La monja la acompaña durante el desempeño de la primera ficha y yo me vuelvo a girar hacia las pestañas de Antonio Jesús. Consigo que comprenda su insulto cometido y agarra el lápiz con la muñeca blanda que apenas le responde de tener tanto sueño.

El resto del día se desarrolla con normalidad, de hecho es el más pacífico hasta la fecha. Sandra se concentra, con un poco de ayuda es capaz de llevar a cabo las fichas de la mañana y las del mediodía casi enteras y no pinta nada de negro ni agrede a nadie. Sor Lucía está muy satisfecha. Yo estoy preocupadísima. Si es un hecho aislado no tiene por qué pasar nada pero me temo que no va a ser el caso. No sé cómo de llamativo es que una niña de cinco años se frote contra la pata de una mesa en público hasta correrse. Porque es evidente que se ha corrido. No sabía que se podían tener orgasmos a esa edad. La primera vez que yo me corrí tenía diez y conozco testimonios de personas que ya estaban en ello a los ocho y los nueve. ¿Es habitual a los cinco, indica cosas? ¿Por qué no se estudia en Psicología Infantil el desarrollo de sexualidad en edades tempranas? Se menciona a Freud de pasada pero sus teorías desbarradas no ofrecen ningún apoyo real. Ese aspecto se abandona por completo. No se aborda como cualquier otro tema significativo y necesario, se deja a la intuición y el libre criterio de cada estudiante. Si cuando eres maestra identificas conductas sexuales entre los niños a tu cargo queda a tu gusto el tomártelo con naturalidad o reprimir el ambiente. No digo que haya que condicionar el comportamiento de cada persona, pero sí estaría bien convenir ciertos parámetros en torno a educación y salud, no dejarlo todo en el aire, un aire flotando en la sombra completamente vulnerable a la deformidad y la confusión.

Después del recreo me agacho junto al pupitre solitario de Sandra y la miro a la cara. Tersa y despeinada, es como un animalito. El último año de instituto fui una tarde a hacer la compra y cuando volví me había dejado las llaves y no había nadie en casa. Me senté en el suelo a esperar, contenta de no llevar congelados, y un gatito negro de unos tres meses se acercó y empezó a rondarme. Maullaba y se frotaba contra mis piernas y yo estaba fascinada por su belleza y su cercanía pero no se me ocurrió darle nada de comer. Llevaba lonchas de pavo en una bolsa, cosa que más tarde, por Macarena, supe que gusta mucho a los gatos. Suspiro porque desde entonces he pasado varias rachas en la vida obsesionada con aquel gatito con el que no compartí mi riqueza y distingo a la perfección cuándo se está desencadenando la siguiente. Sandra me recuerda al gato. Su semblante bellísimo y ligeramente siniestro, con los ojos grandes y azules. No habla pero sí escucha. Emite sonidos no del todo humanos, maullidos de incomodidad,

lamentos, suspiros de asombro, gruñidos de ira, a veces una risa privada y efímera difícil de interpretar. Tiene graves problemas a la hora de expresarse en este idioma pero sé que comprendiéndolo va mucho más adelantada. Le explicas un ejercicio y solo te mira en silencio pero si está tranquila y no le pueden la pereza ni el descontento de repente agarra el lápiz y sigue las instrucciones con parsimonia. ¿Dónde está su conciencia atrapada? ¿En mitad de qué historia terrible? Cuánto tiempo pasa solo esta criatura preciosa a la que tanto hubiera temido de haber caído en su clase. Mi perspectiva habría sido muy distinta entonces. Hubiera pensado que es mala, que es peligrosa, la hubiera evitado. El caso es que no me habría faltado razón, tal vez me hubiera hecho daño alguna vez. Pero ahora soy mayor y desde arriba siento que la culpa no es suya, que con las atenciones adecuadas casi todos podrían salvarse. Es posible que a ciertas edades la gente ya no tenga solución y no sé si esa edad son los diez años, los dieciocho, los veinticinco o los setenta, supongo que dependerá de cada persona. Pero estoy convencida de que a los cinco si les tiendes la mano y consigues que te la agarren y conduces a los niños por las sendas correctas las cosas no tienen por qué torcerse, ¿es esto verdad o soy una ingenua? ¿Hay garantía de algo? ¿Se corrompen los niños de todas formas por una infinidad de motivos? Un día presencian una escena escalofriante que no le cuentan a nadie y algo se pudre dentro que acaba contaminando sus tripas limpias hasta dejarlas negras, se les presenta una tentación extraña que no son capaces de rechazar, se someten a una influencia fascinante que les pone la cabeza al revés, se dan en toda la cara contra este mundo y eso los desequilibra para siempre. Es que no hace falta nada más, el mundo tal como es entraña suficiente horror como para torcerle los pies a cualquiera, pero quisiera saber cómo sería esta niña sin llevar un camino tan apaleado a una edad tan corta. Esta niña no habla, te sostiene la mirada como un cachorro perdido y hambriento, con los ojos te dice cosas en un idioma primitivo, salvaje, te transmite su disconformidad, su insatisfacción, su extravío, su ansiedad, una ansiedad compleja y avanzada, y si le hablas no contesta, solo te sigue clavando las pupilas negras que acusan, que suplican, que preguntan una pregunta tan grande como la galaxia entera, y alrededor hay otros veintitantos niños pidiendo ayuda para completar la ficha de turno. Le acaricio la cara tratando de contestarle con mis pupilas que se abren tanto como las tuyas que a mí también me viene enorme todo pero que la entiendo, y cuando me levanto para continuar con mis labores de maestra en prácticas ella clava la vista en la pizarra oscura asumiendo mi abandono como cualquier otro, con disgusto y algo de rabia pero también gran naturalidad. Formo parte de la abismal decepción que supone para ella la existencia.

A las dos y diez hemos dejado a Sandra y su hermano pequeño en manos de las chicas de la guardería de al lado y nuestra sensación es amarga. Mientras volvemos hasta el aula a recoger nuestras cosas sor Lucía suspira:

—Esto no puede ser. Esa niña está dejada de la mano de Dios. Hay que llamar a sus padres, que vengan a tutoría lo antes posible.

Eso me alivia un poco. Sin duda hace falta algo más que lo que estamos haciendo. De algún modo hay que intervenir. Me la imagino toda tirada de un pupitre a otro, desamparada y hastiada, y el pecho se me raja como cuando te agachas con un pantalón estrecho pasado por lejía.

—Sor Lucía —le digo de sopetón, y el corazón me palpita con el pulso que reconozco de estar metiéndome en sitios complicados.

—Dime, Eulalia.

—Yo le quería preguntar si está permitido que yo asista a la reunión con los padres de Sandra.

—¿A la tutoría?

—Sí, cuando usted los llame pues estar yo también. Aunque sea como observadora.

—Bueno, no es lo habitual pero entiendo que te interese el caso.

—Sí, me gustaría ver cómo tratar situaciones delicadas con los padres.

—Claro, claro, si lo entiendo, es una parte importante y salís sin tener ni idea, es la verdad.

—¿Usted cree que podrá ser?

—Hay que consultarlo con madre Pilar.

Asiento con la cabeza, me pongo el abrigo, me cuelgo la cartera verde y salgo al pasillo. Madre Pilar. Semejante hija del demonio. Ni siquiera el demonio me parece lo bastante malo como para haberla engendrado. El demonio es simpático a menudo, da cancha, le gusta pasarlo bien. A ese monstruo le corre una sangre peor por las venas. No sé si es la estela del franquismo o de la Inquisición. Supongo que lleva una mezcla de las dos. Me pregunto si sor Lucía va a plantarse frente a madre Pilar a dar la cara por mí, lo que me inspiraría una gran admiración, o si me está tangando directamente dejando que albergue esperanzas para luego aplastarlas sin más y quedar de buena de todas formas. La escultura de las santas, las adolescentes torturadas que empiezo a saberme de memoria, me acompaña al salir. Goya las representó con el león que no quiso comerse a Rufina a los pies pero aquí no aparece. Aquí solo llevan vasijas en las manos porque eran alfareras trianeras. Rufina levanta la vista al cielo, iluminada. Justa, cuyo cuerpo fue arrojado al pozo, me sostiene la mirada con los ojos pétreos. Se dice que bajo el suelo que piso de camino a la calle hay estancias que fueron mazmorras con diferentes usos. Lo dicen los niños más grandes en los pasillos, los de diez o doce años intentando meter miedo a los pequeños cuando nos cruzamos de camino a la sala de vídeo a ver capítulos de los Teletubbies o la de informática a jugar con el Paint. Fue donde sufrieron las santas y a costa de sus martirios ahora estamos sufriendo nosotras en el piso de arriba. A medida que me acerco a la calle imagino que a la escultura se le rompe la capa superior como si fuera un cascarón y debajo están las hermanas viscosas y medio podridas echando a andar detrás de mi espalda con decisión. Estiran los brazos y casi me atrapan, casi me atrapan mientras camino como si nada dejando a la izquierda la portería oscura con sor Petra dentro inmóvil pero a mi pie derecho le da la luz del sol al cruzar la puerta y más allá de este edificio maldito ellas no tienen ningún poder.

El viernes pasado pedí en el trabajo que no me cargaran los días entre semana que bastante tengo ya con el colegio, por lo que he empezado a tener la agenda un poco más despejada de lunes a jueves. Hoy libro por la tarde y no he quedado con nadie, todo un acontecimiento para mi tormentoso devenir. Hay mucha gente que considera positivo llevar un ritmo vital frenético pero no lo entiendo. Cuando mi madre y yo acabemos de comer me acostaré y trataré de permanecer muerta en la cama todo el tiempo que pueda. Quisiera acostarme una semana entera. Son las tres y media y mi madre tiene buena cara porque ha podido despertarse tarde hoy. El asunto del sueño nos condiciona enormemente a las dos. Ella tampoco lo lleva bien pero le queda el trabajo cerca, lo de hacer pasteles lo tiene dominado y le agrada. De comer hay potaje de chícharos. Cuando era pequeña temía mucho este plato porque me molestaban los pellejos que se soltaban

de las legumbres pero mi boca se ha hecho mucho más grande y resistente. Resulta perfecto además para un día como hoy porque da muchos gases y no me esperan en ninguna parte. Aguantarte el gas en público es una de las mayores maldiciones de tener una agenda agitada, sobre todo si has planeado una cita de varias horas en los silenciosos dominios de Fernando. Esta tarde mi intestino se pegará el lujo de discurrir con libertad y para dormir me voy a desvestir, cosa que rara vez hago, y me voy a poner el pijama y me voy a meter debajo de las sábanas y las mantas. Normalmente tengo manías estrictas y retorcidas sobre este asunto. No me permito volver a ponerme una prenda de calle si me la he quitado. La considero ya intoxicada. En esos casos la única respuesta es volver a ducharse y coger ropa limpia. Los pijamas son otro cantar, hay más permisividad y me concedo usar el mismo un máximo de tres días consecutivos. Lo que no vale es ponerse un pijama fresco sin duchar o sin sábanas frescas. No tiene sentido, se arruina el efecto. A mi madre estos protocolos le parecen ridículos pero no puedo desprenderme de ellos por nada del mundo. Es por eso que suelo echarme las siestas con la ropa puesta y al final resobo las prendas y me arrepiento. Gloria tal como llega a su casa se pone algo cómodo y luego si se tiene que volver a vestir se echa desodorante y se viste. Envidio su soltura, el desenfado de su fluidez.

—Ahora cuando comamos me voy a acostar y me voy a poner el pijama y todo —le digo a mi madre tratando de resultar espontánea, lo que arruina la espontaneidad.

—Qué bien, hija, a tomar por culo todo, yo de ti apagaba hasta el móvil.

—Pues mira, no lo descarto.

—Llévate al Bobo y te abrazas a él.

—Del tirón.

—¡Ole mi niña!

—Pero oye, ma, una cosa.

—¿El qué?

—Un tema que he estado pensando hoy en el colegio

—¿Cuál?

—A ver si tú sabes algo. Dicen que hay mazmorras debajo del colegio, ¿tú sabes si eso es verdad?

—¿Quién lo dice?

—Algunos niños pero no sé si es una leyenda, suena a invento.

—Pues a mí me suena que es verdad.

—¿El qué, lo de las mazmorras?

—Sí, que torturaron allí a las santas.

—¿En serio?

—Que sí.

—¿Pero y tú eso cómo lo sabes?

—Eso es culturilla de Sevilla, mujer, no te sé decir mucho pero yo creo que es verdad.

—¿No será que todo el mundo lo dice pero luego nanai?

—No sé, hija, invéstigalo.

—¿Cómo? He mirado en internet pero no encuentro nada fiable.

—Pues pregúntale a tu monja.

—¿A mi monja?

—Sí, a tu tutora mismo que la tienes más a mano.

—No sé, es que no quiero meter la pata.

—Mira, yo creo que existen las mazmorras esas y que hasta se pueden visitar, no tiene nada de malo que preguntes, tú ahí quedas bien, como que te interesa la historia y tal, pero cuidado Eulalia por Dios con decir mazmorra.

—¿Por qué?

—Porque eso es muy tremebundo.

—¿Entonces qué digo?

—Tú di cárcel o algo así, no les vaya a sentar mal y ya por eso te echen un rapapolvo por irrespetuosa o te digan que no las ves ni te lo cuentan ni nada.

—Bueno, vale.

—Acuérdate, Eulalia, por Dios te lo pido, que como te coja una monja entre ceja y ceja te amarga las prácticas y estos temas son delicados.

—Vale, vale, yo modosita, ¿cárcel está bien?

—Me parece que sí.

—Pues vale, yo diré cárcel.

—O prisión a lo mejor.

—¿Prisión, tú crees?

—No, mejor cárcel, cárcel, o en todo caso puedes decir donde estuvieron presas las santas.

—Hostia, mamá, no me lées.

—Cárcel, cárcel es lo mejor. O prisión.

—Bueno, vale.

—Donde estuvieron presas las santas.

Goro aprovecha para colocar la cabeza entera encima de la mesa con una expresión avispada. Le doy un trozo de pan mojado en potaje y seguimos comiendo con la tele puesta. Por debajo de la puerta de la habitación de Manolo asoman brisas de humo. Se le escucha carraspear, hacer crujir la mecedora y entonar una canción con la que suele abrasar a la asistenta que viene a cuidarlo por las mañanas. La canción diría que es lo único gracioso que tiene Manolo que aportarle al mundo y sus versos entonan sencillamente El alacrán, el alacrán, el alacrán te va a picar, solo que él mejora la rima cantando te va a picán. Siempre me resultó simpática pero ese atisbo de amenaza, de acecho del alacrán con malas intenciones, me pone hoy en alerta, y cuando me meto el pijama por la cabeza con la cocina recogida y el perro ya esperándome en la cama aún no he conseguido desprenderme de la tensión. Antes de que me dé tiempo de apagar el móvil llega un mensaje de Gonzalo queriendo quedar y aparco la cuestión de encontrar la respuesta perfecta hasta que se hace de noche. Después de cenar saco fuerzas para afrontar el asunto concentrándome en el hipotético tacto de sus manos y quedamos para el fin de semana que viene no, el otro. En cuanto la cita está cerrada pienso en toda la mierda que implica, la depilación, los nervios consumiéndome dos o tres kilos de energía pura durante los días previos, la timidez, la descoordinación, mi coño raro de por medio, y me arrepiento pero lo acabo de organizar y ya no me voy a echar atrás, ya quiero saber qué cara pone cuando me meta los dedos en la boca y vea que llegan hasta los nudillos sin que me den arcadas. Tenía huesudos los nudillos y seguro que están ricos pero va a ser un desastre, siempre es un desastre. Me sube un ataque de precipitación

desde el ombligo a la cabeza, pego un salto de la cama antes de que me engulla y salgo en busca de Goro, que viene a mi encuentro en la puerta de la cocina. Me agacho con un pellizco retorcido en el esternón y me agarro a sus barbas canosas con las dos manos.

—Booo, me cago en mis muertos, Booooo.

Miércoles

25 de enero de 2007

Sandra no se ha vuelto a frotar contra nada pero la Madre Superiora me ha denegado el acceso a la reunión que tiene lugar mañana por considerarlo un asunto privado, una situación que a los padres no les iba a gustar debatir con una alumna de prácticas en la misma habitación tomando notas. Lo entiendo pero me da rabia de todas formas y vuelvo a preguntarme si sor Lucía ha llegado siquiera a consultarlo. Me lo ha espetado en susurros alegando que no ha habido suerte en cuanto he entrado en la clase, antes de rezar el Avemaría, antes incluso de sacar el primer abrigo, ¿lo ha hecho porque sabía que yo estaba en vilo con el tema, para despejar mis dudas cuanto antes, para quitárselo de encima en un momento de alboroto y no tener que profundizar mucho? La observo mientras explica la primera ficha de la mañana y me siento una niña desconfiada como cuando tenía ocho años y escudriñaba a mis profesores con la mirada penetrante, siguiendo las instrucciones que me daban dócilmente pero tratando de no tragarme del todo el filete que me arrojaban, de dejármelo escondido en la garganta para vomitarlo en la primera esquina solitaria como si estuviera contaminado por un ansiolítico potente que no quieres que te llegue a la sangre. Tal vez fue así como empecé a labrar mi habilidad para el deep throat.

Es simpática sor Lucía, una persona de buen corazón, respeto su rutina de labor, rezo y recato, pero no sé si me está tanguando, a los niños desde luego los tanga de alguna manera, es dulce y les enseña cosas de utilidad como qué es el invierno y cómo identificarlo pero luego vienen las culpas, los pídele a la Virgen María que aparezca la cera perdida y los alentamientos de manías persecutorias porque Dios está en todas partes y nos está mirando. A los padres les suele gustar matricular a sus hijos en estos colegios porque tienen más disciplina y medios, eso lo primero, y también porque se supone que la omnipresencia de la religión les inculcará bonitos valores. Bondad, compasión, generosidad, decoro, la dulce esperanza de la vida después de la muerte como recompensa al seguimiento de cierta doctrina de sólidos cimientos morales. Pero me parece que la mayoría no lo hace por eso. Es una inversión económica. Aquí está la gente que tiene los billetes, la gente que maneja. El ambiente es opulento, competitivo y rico en contactos, características que vienen bien a la hora de encontrar éxito profesional en la vida, y los padres buscan para sus hijos la mayor prosperidad financiera posible sin prestar atención a la letra pequeña. A la religión apenas le dan importancia. Hay pocos beatos verdaderos, casi todos asumen el catolicismo como la tostada con aceite por la mañana, que podrías desayunar otra cosa pero te acostumbraron a eso y no se te ha ocurrido darle vueltas al tema. No reparan en lo relevante que es, en cómo te corrompe rezar todas las mañanas y colorear al niño Jesús hasta los seis años, ir a misa cada día a partir de la primaria. Los padres de Diego sí se lo toman en serio. Estudian a fondo la tostada, se regocijan en ella, en sus virtudes, le atribuyen propiedades mágicas y creen en ellas de corazón, se compadecen de quienes desayunan magdalenas o batidos

de plátano porque los pobres arderán en el infierno a costa de su elección, y lo peor es que le tapan los oídos al pobre Diego si en su presencia se habla de desayunar plátanos. Diego ahí sentadito, tan atento y dócil, el más pequeño de la clase en cuanto a tamaño, lo achucharía y me lo llevaría a vivir a una cabaña rodeada de flores, de conejos y ardillas, aprendería a cuidar un huerto para enseñárselo a él y dejaría que el aire puro y el rumor del arroyo le corrieran de oreja a oreja hasta dejarle la cabeza limpia. Diego no está entendiendo hoy la lección. Su rostro parece ansioso detrás de las gafitas azules iguales que las que yo tenía. No te tragues esta mierda, Diego, no te la tomes tan en serio. Eres el más aplicado de la clase, un chico excelente pase lo que pase, no te angusties, no dejes que esta escenografía absurda que te tienen montada alrededor quiebre tu espíritu.

Sor Lucía pregunta si alguien tiene dudas y nadie contesta aunque está claro que nos van a venir con dudas cuando estemos paseando entre los pupitres, así que da su palmada de rigor animando a empezar con la tarea. Diego la mira a ella y mira el libro de la mafia editorial que le hacen tragarse día tras día como si fuera lo más importante del mundo y coge el lápiz pero no sabe qué hacer con él. Me levanto y le pongo una mano sobre la cabeza a Sandra antes de empezar a caminar hacia él. Alba me agarra la falda y me detengo. Me fijo otra vez en él antes de agacharme. Iván ha pillado el ejercicio y Diego no pero no se atreve a pedirle ayuda.

—Señorita —reclama Alba, y parece que tarde muchos segundos en pronunciar la palabra entera.

—¿Qué pasa, Alba?

—Señorita —repite perdiendo la voz por la vergüenza.

—¿Qué, Alba, qué te pasa, te ayudo?

Me mira perdida. Necesita ayuda pero no sabe exactamente con qué. Acabo con su agonía y se lo explico desde el principio, para qué hacerla sufrir, cuántas veces en la vida sabemos que tenemos un problema pero no somos capaces de determinar cuál es en concreto, por dónde empezar a resolverlo. De una nube que tenía cinco gotas de lluvia dentro ha caído una gota, ¿cuántas gotas quedan dentro de la nube? La mascota de la clase, Estrella, sonríe desde el margen superior de la página. Alba bosteza porque es aburridísimo y no es que no sepa lo que hay que hacer, es que le cuesta horrores encontrar en su interior el más mínimo interés que depositar en la actividad. Un llanto rompe a mi espalda desgarrando el ligero barullo de la clase. Me doy la vuelta, sor Lucía que estaba sentada junto a Sandra también se la da y detectamos el foco de dolor en la cara de Diego. Tenía que haber ido primero con él, no dejar que se descompusiera así. Sor Lucía me mira confiada y me empuja con las cejas a hacerme cargo de la situación, cosa que me hace sentir integrada pero también un poco nerviosa. Acudo a su lado rauda y me agacho. Le caen por las mejillas unos lagrimones enormes que le mojan los cristales de las gafas y se estrellan contra el pupitre. Ya no tengo delirios nocturnos, ya estoy casi acostumbrada a su compañía y pienso en ellos a todas horas como si fueran una canción de la que nunca te cansas como el «Crazy in love» o el «Blue Monday». Conozco a Diego, sé cuáles son sus aptitudes y sus angustias y estoy casi segura de lo que tiene. Él solloza y se sorbe los mocos antes de que lleguen siquiera a asomar, lo más limpio y ágil que se le puede pedir a una persona que aún no ha cumplido cinco años.

—Diego, Diego, qué te pasa.

Sigue gimiendo con un inmenso desconsuelo. Me acerco más, le acaricio el pelo y me saco un pañuelo de papel del bolsillo de la falda. Conviene tener siempre a mano pañuelos a la hora de tratar con personas de esta edad, eso me lo grabé a fuego el año pasado. Cuando les limpio a ellos las legañas y los mocos siento que es algo bonito, de lo que enorgullecerse. Ojalá pudiese ser igual con los adultos, que en general me resultan repugnantes. Me pongo de pie para aumentar la destreza y le sigo acariciando la cabeza mientras le coloco el pañuelo frente a la nariz. La operación se me da bien. Él responde automáticamente a este estímulo ya conocido haciendo fuerza para sacar los mocos sin necesidad de que se lo indiquen. Salen bastantes, pesados y transparentes. Le repaso los orificios para que esté cómodo y ahora sí me mira suplicante.

—Ya se pasa, Diego.

Él sigue con el pecho agitado sin decir nada. Iván lo mira desde el lado con ese gesto tan característico del gamberro capaz de mostrar compasión por un colega.

—¿Qué te ha pasado, te has agobiado con la ficha?

Aún no es capaz de hablar pero me mira y asiente con la cabeza. Le quito las gafas, le seco los cristales y se las vuelvo a poner.

—Eso le pasa a todo el mundo de vez en cuando, no te preocupes, ¿a que sí, Iván, a que eso le pasa a todo el mundo?

Iván confirma que sí, que no pasa nada, y le pone una mano torpe y fraternal en el hombro.

—Es que yo no sé cómo se hace —murmura Diego, rompiendo a llorar de nuevo a la altura del no sé y sollozando con fuerza en el cómo se hace. Me saco otro pañuelo del bolsillo y repetimos la operación anterior, que esta vez se resuelve con más eficacia. Después de la segunda ronda de sonado de mocos y secado de gafas está más tranquilo. Sor Lucía me lanza una sonrisa tierna.

—¿Quieres un poquito de agua y te explico cómo se hace? —le pregunto. Él respira hondo antes de responder:

—¿Me van a castigar?

—No, claro que no, nadie te va a castigar.

—Mi mamá.

Lo sabía, se notaba que sus padres eran de los duros. Supongo que se me ha torcido la cara porque Sor Lucía se aproxima y me echa una mano con esta recomposición que de repente se me estaba quedando grande. Es una vida entera cuesta arriba lo que hay que consolar aquí. Ella lo afronta con alegría, le hace un par de bromas, le recuerda lo bien que suele hacerlo todo y consigue recuperar su ánimo. Me da una palmadita en el hombro con buenos ojos y vuelve a supervisar la labor de Sandra, que mientras tanto ha estado ensimismada sin moverse de la silla. No han pasado cinco minutos cuando Diego vuelve a llorar, al parecer porque de haberse quedado nervioso no le ha salido la caligrafía tan bien como de costumbre y esta vez sí que le van a reñir, está seguro de que le van a reñir, y encima Sandra el otro día ya le pintó una ficha de negro. Sor Lucía le aprieta la cabeza contra el hábito mientras el niño murmura nuevos terrores relacionados esta vez no solo con sus padres sino con estar defraudando a Jesús de alguna manera, y tardo unos segundos en comprender que Jesús no es ningún tío suyo sino el mismísimo Jesucristo. Las lentillas me crujen al pestañear y se me espesa la saliva. Este giro era predecible pero me supera de todas formas. Sor Lucía se encarga de recalcarle la visión más

bondadosa de Jesús, que comprende y perdona, y consigue calmarlo. Yo me pierdo por el flanco izquierdo tratando de prestar ayuda o de fundirme en otras conversaciones, busco a Alberto para que me hable de sus últimos dibujos que son siempre fabulosos pero me llega el murmullo bienintencionado de la monja sobre Diego y quisiera tener ese oído tapiado. El niño está herido por la dureza y la superstición y para arreglarlo le ponen un parche que le va a estar haciendo aguas pasado mañana. Reniega de todo, Diego. Sé el buen chico que eres pero hazte una cresta verde en lo alto de la cabeza o lo que a ti te dé la gana, tus padres se van a asustar al principio pero con suerte te seguirán queriendo y si no es que son basura y no valen la pena, búscate otra familia en ese caso y que se pudra tu mamá echándote de menos, acuérdate de este tiempo desde lejos como si fuese algo remoto y superado cuando yo en vez de tener cincuenta canas tenga diez mil y estemos todos salvados cada uno de una cosa diferente. De momento no hay forma de que el niño asuma con tranquilidad que la ficha no ha quedado perfecta y por mucho que sor Lucía le invite a pasar página y entregarse a la siguiente de vez en cuando se acuerda y se angustia. A la hora del desayuno come despacio pero hablando con Iván se le empieza a soltar el pellizco del estómago y acaba saliendo al patio con paso calmado. Este es el patio de Infantil pero hay otros. Debería encontrar alguna excusa para explorar, el centro es un lugar grande y sorprendente y me inspira una inmensa curiosidad. Hemos ido a la sala de vídeo y a la de informática y cada nueva estancia me resulta más fascinante que la anterior.

—Ayer vinieron los padres de Paulina. —Sor Lucía se me pone al lado y me ofrece la información sin paños calientes.

—Ah, ¿y cómo fue?

—Pues no sé. Pasó una cosa que pasa mucho con los padres.

—¿El qué?

—Que se muestran comprensivos y dicen que sí a todo pero tú te hueles que no reconocen el problema y no van a tomar ninguna medida.

—Ya.

—Por lo menos ahora tenemos autorización para estar más pendientes de su comida y asegurarnos dentro de lo posible de que desayune en condiciones. Que es nuestra labor de todas formas pero hay que estar más encima, obligarla un poco si se resiste.

—Hoy la he visto comer.

—He estado encima y se ha comido medio sándwich a regañadientes y se ha bebido el zumo.

—No está mal.

—No, no está mal, soy optimista con el tema. Esta tarde vienen los de Sandra. Lo normal no es tener tutorías tantos días sueltos pero solo podían hoy y me parece que urge.

Me quedo callada, todavía molesta por tener el acceso denegado a la reunión. Es lo más normal del mundo pero aun así me irrita. El año pasado era parecido, fantaseaba con sentarme con los padres a decirles lo que pensaba de sus hijos y contrastar la información que les llegaba por parte de la maestra. Había dos niños en concreto, Daniel y Pablo, que me atormentan todavía. Estaban llenos de energía creativa pero no se les daba bien terminar los deberes a tiempo. Eran observadores, detallistas cada uno a su manera, ingeniosos, tiernos como Alberto, y me los estaban castigando a diario con el tipo de castigo que tanto teme el pobre Diego. El castigo de hacerte sentir insuficiente, decepcionante, el de la humillación verbal, el de ir asimilando que tus

virtudes no son valiosas y en las que sí valen tienes un cero. Mis niños, mis pobres niños que no vienen así de fábrica pero son mutilados para encajar en esta horma aberrante y desde muy pequeños están siguiendo ejemplos terribles o marchitándose o resistiendo la presión a contrarreloj para construirse una coraza en la que esconderse de por vida antes de que se les seque el corazón. No son míos pero un poco sí son míos, los niños son de todos, como los árboles y los ríos, ¿quién se cree con derecho para decretar que en una avenida se van a cortar cincuenta naranjos, cómo es que se venden las parcelas? Se le dice a un niño que las pestañas que le ha pintado a un tiburón rosa no valen nada mientras no complete una ficha tediosa y mal diseñada que no es más que un negocio a favor de intereses privados. ¿Por qué tantos hombres fumando puros tomando decisiones contra la Naturaleza? ¿Son parte de la Naturaleza esos monstruos? ¿Por qué no puedo aceptarlo? Me quiero meter en todos los despachos a señalar las cosas retorcidas que se están haciendo mal y ordenar otras mucho más sanas y sencillas, dejar de ser tan modosita por un lado y tan desastre por otro, que no sigan tomándose por una niña recién llegada al mundo porque siento que llevo aquí milenios de sufrimiento dentro de la coraza que yo también tuve que empezar a construir a los dos años para esconderme de la ruindad que me rodeaba y que a día de hoy tiene tantas capas de blindaje que apenas me entra la luz por un par de rendijas. Diego y el sentimiento de culpa, Paloma y Francisco José que apenas hablan, Julia cotilleando todo el día, Andrés con el pelo rubio y suave y la voz en un hilo, Alba pudriéndose de aburrimiento, Paulina dejando de comer para adelgazar con cinco años, Daniela contestando que su sueño es casarse con un hombre rico cuando le preguntas qué quiere ser de mayor, Alejandro y Gabriel chuleando a los demás porque son más altos y jugando a pegarse tiros, Iván escuchando marchas de Semana Santa y preguntándose dónde están sus padres sintiendo que lleva sin verlos tres vidas, conteniendo la rabia y la frustración a duras penas, Sandra abandonada y sumergida en su propio abismo sin comunicarse con nadie, Rubén aterrado por la madre Pilar, la criatura del averno de sor Petra saliendo de la portería para pellizcarme el brazo y aconsejarme que les meta miedo.

Los delirios nocturnos menguan y las raíces de mi amor por estos niños crecen cada día pero también lo hacen las de la preocupación. Es como el año pasado pero más intenso. Son muy pequeños y son adorables y están bien jodidos. Los quiero mucho y les sonrío, intento que se sientan valorados como individuos perfectos y singulares y sé reconocer que cuando me agacho y les hablo suelen tener ataques de cosquillas detrás del cuello porque recuerdo cómo lo hicieron las hadas que conocí en mi infancia y soy increíblemente buena imitando sus encantamientos pero suena la sirena para volver a entrar en clase y me duele como un martirio. Pronto estaré yo a cargo de la jornada escolar, me va a tocar dirigir las oraciones, darles Religión, seguir la rutina de las fichas, no hay escapatoria y me dan ganas de vomitar como a Rubén los lunes por la mañana.

Sor Lucía y yo entramos en el aula rodeadas de babis azules y antes de que nos dé tiempo a sentarnos en la zona de asamblea Sandra se arroja al suelo frente a su pupitre y vuelve a clavarse la pata de la mesa entre las piernas para frotarse con más convicción aún. Jadea y se agita hasta que en pocos segundos empiezan a temblarle las piernas y se queda tirada en el suelo con los ojos cerrados. Para la mayoría de los compañeros que estaban a lo suyo reincorporándose a la rutina el arrebato pasa desapercibido pero no para nosotras. Sor Lucía está superada por la situación, echa a correr hacia la niña, la agarra del brazo y la levanta con mala hostia.

—¡Pero bueno, Sandra, qué es lo que te pasa!

La niña está aturdida, desorientada, como si volviera de un trance y no recordara bien quiénes somos, y me sorprende que sea capaz de alejarse tan profundamente de la realidad en tan poco tiempo. No han pasado ni dos minutos.

—¡Corre a sentarte para la asamblea, anda! —la achucha un poco más calmada, como arrepintiéndose de haber perdido los nervios, y Sandra obedece de mala gana. Sor Lucía se vuelve hacia mí interrogante.

—¿Pero qué es lo que le pasa a esta niña?

—No lo sé —murmuro encogida de hombros. No sé a lo que se refiere con la pregunta.

—¿Pero qué es lo que hace, por qué hace eso? —insiste murmurando desesperada, olvidando por un momento que nos esperan en la asamblea de después del recreo. Me tiraría de los pelos y resoplaría pero mantengo la pose y me conformo con mordirme un poco los labios. ¿De verdad no lo sabe, de verdad le suena tan remota la estampa?

—Cuatro ojos ven más que dos, ¿tú qué crees?

—¿Yo?

—Sí, tú eres aquí otra maestra más.

El barullo de los niños sin vigilancia oculta nuestras voces. No sé si me voy a equivocar o voy a decir una obviedad pero la monja me está mostrando respeto e interés verdaderos y me anima a intervenir.

—Bueno, yo no sé bien lo que le pasa porque su caso parece muy complicado pero creo que sí sé lo que hace cuando se tira al suelo.

Sor Lucía sacude la cabeza impaciente, deseando la información, y mueve la mano derecha hacia sí como indicando que le dé más.

—A ver, sor Lucía, yo creo que se masturba.

—¿Que qué?

—Que cuando se tira al suelo contra la mesa se está masturbando.

Me mira petrificada.

—Y cuando le dan temblores yo creo que es porque le gusta y se queda tranquila de descargar la tensión —añado. La cara de la monja muestra una expresión nueva. Como si el diablo la hubiera estado acechando a través de una cortina que yo acabo de descorrer y por fin ha distinguido su figura roja y ardiente. Mierda, no tenía que habérselo dicho. No sé si seguir haciéndome la tonta hubiese sido de ayuda pero me parecía que la incógnita no llevaba a ninguna parte y tarde o temprano alguien lo iba a acabar señalando de todas formas. Quería que nos responsabilizásemos del asunto pero por la cara que ha puesto sor Lucía está claro que esta gente no va a ser capaz y ahora no puedo evitar sentirme como una traidora, como una chivata. Miro a Sandra sentadita en la zona de asamblea con los rizos suaves y despeinados. Sor Lucía está rígida y sus pupilas se mueven en varias direcciones mientras cavila.

—Niños, os quedáis con la señorita Lali a hacer la asamblea mientras salgo un momento, ¿vale? —pronuncia proyectando la voz sin acercarse a ellos. Arrima su cara a la mía y susurra que va a buscar a la psicóloga del centro de inmediato, que esto a ella se le escapa y no lo quiere dejar más. Está sobrepasada y lo entiendo porque no es su tema pero me extraña que no se le hubiera pasado por la cabeza antes. ¿De verdad tiene tan poco presente la existencia de la sexualidad? Por mucho que ella no la practique, decisión que respeto de corazón, su

extrañamiento me resulta sorprendente. No está mal que llame a la psicóloga si no se siente capaz de manejar la cuestión, pero a saber qué clase de psicóloga tienen aquí. Sale con prisa y me siento en el suelo acolchado con los niños. Me cuentan cómo ha ido el recreo, que no ha sido malo del todo. Nadie se ha peleado, nadie se ha caído. Elisabeth le ha pisado el bati a Antonio Jesús mientras estaba sentado y le ha molestado no poderse levantar pero ella se ha dado cuenta y ha quitado el pie y como ha sido sin querer no hay problema. Escucho el pequeño conflicto con atención e intervengo tranquila y blanda pero tengo miedo de lo que vaya a pasar con Sandra a partir de ahora, así que les propongo contar un cuento como ejercicio de relajación que en realidad es para mí.

Se recuestan y cierran los ojos. Mientras les digo que dejen flojos los tobillos y las rodillas, los brazos y las manos, atisbo un ligero arrepentimiento porque ahora no sé qué cuento contarles y si les pregunto cuál quieren se romperá el embrujo con un agitado debate. Se me ocurre hablarles de Elmer, el elefante de colores, pero no recuerdo bien todas las cosas que a Elmer le pasaban y temo perder el hilo. La idea me lleva al cuento de los ciegos que fueron a tocar a un elefante que de pequeña me interesaba tanto, y me parece que contarlos mientras tienen los ojos cerrados resulta idóneo aunque su mensaje me genere algunas dudas. Empiezo a narrar siguiendo la fórmula clásica de érase una vez. Lo hago bien desde el principio porque sor Lucía no está aquí mirando. A su lado sería menos diestra y sonaría impostada. Sus glóbulos oculares se mueven inquietos bajo los párpados y las manos a los lados del cuerpo que aún estaban rígidas se destensan en unos casos sí y en otros no. Qué se imaginan, cómo perciben mi voz. Me resulta fácil ser buena para ellos y a los niños les resulta fácil quererme. Siempre acabo pensando lo mismo. En principio estoy aquí para brindarles consuelo pero al final son ellos quienes me consuelan a mí. Su compañía me resulta cómoda y puedo ser sincera para variar pero me duele tanto que sufran. Recuerdo mi propio sufrimiento, el desconcierto, el proceso de aprendizaje lento y pesado, la vulnerabilidad llena de belleza y peligro, la fascinación por las pequeñas cosas, la toxicidad del sistema penetrando con toda su fuerza, y el estómago se me revuelve ácido hacia arriba como queriendo expulsar el veneno mientras los ciegos palpan al elefante. Si pudiera yo vomitar por mí y por todos estos niños, si pudiéramos levantarnos y salir huyendo de aquí, si hubiera algún lugar al que huir. Supongo que el camino más fiable es el que se abre hacia dentro si cierras los ojos.

La hora de volver a ponerse a trabajar se acerca y no quiero que la monja me pille teniéndolos acostados demasiado tiempo por mucho que me guste la idea. Cuando los niños se están desperezando bajo mis órdenes la puerta se abre. Sor Lucía entra junto a una pija de unos cuarenta años recubierta de joyas feas y caras que me da ganas de llevarme las manos a la cabeza. Peco de prejuiciosa pero llevo lo bastante en el mundo como para haber aprendido a echar ciertas cuentas y esta tía no va a saber tratar el tema. Es una católica estirada que no pinta nada en su despacho, la típica orientadora que habla con los padres de disciplina y les recomienda que sus hijos repitan y Sandra no va a confiar en ella. Yo tampoco confiaría si fuera el caso.

—¿Qué tal por aquí, Eulalia? —me pregunta la monja con forzado sosiego.

—Bien, todo bien —respondo con la misma tensión disfrazada de calma. No creo que los niños se lo estén tragando. Observan el panorama con los labios entreabiertos, pestañeando, y no es solo porque tengan un poco de sueño. Les empapa el ambiente, saben que algo anda tirante.

—¿Acompañas a Sandra con la señorita Isabel?

Estoy un poco perdida y tardo en reaccionar hasta que por inercia respondo que sí, que claro. La preocupación me tiene verdes las paredes del esófago pero sigo la corriente. Me levanto, me acerco a Sandra y le tiendo la mano.

—Vente conmigo, Sandra, que te voy a presentar a la señorita Isabel —le digo, toda dócil y artificial, detestando el sonido de mi voz mientras pronuncio las palabras. La niña mira los pies de la señorita Isabel, me mira a mí y se lo piensa unos momentos. Tal vez sea porque tiene la intuición de un animalito y huele en mí que no quiero que lo haga, que yo tampoco me fío, pero no me queda otra que insistir. Acaba dándome la mano y me acompaña hasta la puerta.

—Mira, Sandra, esta es la señorita Isabel, que vas a ir con ella a su despacho un ratito, ¿vale? —dice sor Lucía, y ella tampoco suena verdadera. Sandra nos mira desde abajo con los ojos desencajados y la boca apretada, tratando de juzgar la situación. La psicóloga Isabel se le presenta y le dice que no tenga miedo, que no ha hecho nada malo, que solo quiere hablar con ella un rato. Sor Lucía añade que no pasa nada, que yo la voy a acompañar, y me hace un gesto que indica que nos vayamos moviendo. Le agarro otra vez la manita y ella envuelve la mía con sus dedos húmedos y pequeños.

—Para que no se asuste por el camino, que a ti te conoce, que confíe, que es muy desconfiada —susurra sor Lucía en mi oreja mientras atravesamos la puerta, y yo asiento. Isabel no dice nada a lo largo de los pasillos y la seguimos en silencio. Me siento como si estuviera acompañando a un cochinito al matadero. No puedo hacer nada. No tengo ninguna potestad aquí. Estoy en este lugar de casualidad, por un descuido burocrático. Mi única opción es observar, tomar nota y aprender. La educación católica está regulada legalmente, lo que ocurre en este colegio está tan aceptado como lo que pasaba en el que estuve el año pasado, como los propios mataderos. Quién sabe cómo hubieran llevado en la escuela pública un asunto así. Hay muy pocos adultos preparados. Estamos pisando el terreno de lo obsceno, de lo no oficial. Es tremendamente pantanoso.

El largo pasillo desemboca en un patio enorme con pista de baloncesto, de fútbol, de tenis y un edificio amplio de dos plantas que sobre la puerta tiene inscrita la palabra PISCINA junto a unas olitas azules. Las instalaciones son de buena calidad y están en perfectas condiciones. En el colegio público al que yo iba un niño se mató al colgarse de una canasta de baloncesto vieja que cedió bajo su peso. De aquella desgracia se habló durante años. Aquí todo es amplio y colorido, recién pintado. El cielo está nublado y la luz blanca me deslumbra. Echo de menos mis gafas de sol. Sandra me mira enigmática, supongo que le parecerá que nos estamos yendo muy lejos, y la forma en que me clava las uñas finas en la palma de la mano me resulta familiar. Entramos en otro edificio de dos plantas y recorreremos un pasillo más que desemboca en un patio pequeño, bonito y clásico, acogedor, rodeado de columnas y macetas con cintas, gitanillas y pilistras. Las paredes están cubiertas de azulejos verdes, azules y blancos con formas geométricas. Hay una fuente en medio con esculturas de ranas y peces brillantes con la boca abierta. Tiene agua dentro. De algún modo la belleza del lugar me distrae y se me olvida a lo que hemos venido, pero cuando me acuerdo me aplasta el pecho una losa el doble de grande que la que llevaba por la pista de tenis. La señorita Isabel se planta frente a una puerta de las muchas que comunican con el patio, se saca una llave del bolsillo y se da la vuelta.

—Bueno, pues ya hemos llegado.

—Muy bien —contesto, y añado que el patio es muy bonito por decir algo.

—Precioso, es un privilegio trabajar aquí. Bueno, Sandra, vente conmigo.

Tenía la ligera esperanza de que a esta extraña reunión sí pudiera asistir ya que me habían enviado para darle confianza a la niña pero no tardo en aceptar la realidad. Sandra no me suelta la mano, así que se la suelto yo. Isabel se la agarra con una delicadeza forzada. Tal vez esté siendo injusta con ella. Ojalá la trate bien. Ojalá no le haga más daño. Esta niña es una postilla a la que no dejan de arrancar la costra. Por favor, que alguien le ponga Betadine y una venda y la dejen descansar.

—Después la devuelvo yo a clase que ya nos habremos hecho amigas, ¿verdad, Sandra?

Le va a dar el sol si piensa que con este tono de programa de sobremesa de Canal Sur va a ser capaz de comunicarse con ella. La niña ni siquiera la mira, seria y aburrida. Me da las gracias y la empuja hacia dentro. Atisbo un despacho opulento y feo que acompaña a la perfección el resto de su estética. Me quedo sola en el patio. Intento oír algo a través de la puerta antes de marcharme pero no me llega nada. Qué le estás diciendo, qué libros has leído tú, cuál es tu sensibilidad, tu capacidad de comprensión. Nunca hubiera esperado encontrar este patio mágico, el sueño andalusí que llegan persiguiendo todos los guiris, dentro del colegio, y mucho menos que la situación me hiciera percibirlo como un lugar siniestro. Doy un par de vueltas para asimilar las circunstancias antes de regresar y de repente ahí está, una puerta rejada que da a una escalera hacia abajo. Sobre la puerta, unos azulejos anuncian las palabras SANTAS PRISIONES. La escalera es blanca y muy empinada y da la sensación de desembocar en una catacumba. Del interior emerge un aire mojado y frío. La he encontrado. La mazmorra.

Isabel trajo a Sandra a la una y cuarto y sor Lucía salió cinco minutos de clase para hablar con ella en el pasillo. Sandra se dejó caer en su silla sin emoción alguna y yo mantuve el control de los niños mientras las adultas hablaban fuera. Desde entonces he tenido que soportar la incertidumbre una hora entera. Terminar la última ficha de la jornada, ayudarlos con los abrigos y las mochilas, entregarlos a sus responsables en la puerta entre el tumulto de coches caros y niñeras extranjeras. Como sor Lucía sabe que estoy preocupada me cuenta las novedades sin que tenga que preguntar en cuanto estamos solas rodeando la escultura de las patronas de la ciudad. Me dice que la psicóloga no ha conseguido sacarle a Sandra ni una palabra, ni un gesto. Eso las ha hecho pensar que la situación es más grave y urgente todavía. Hay demasiadas cosas con Sandra que no están funcionando. Isabel asistirá a la reunión con sus padres de esta tarde. Yo no pero ella sí, ella que la ha conocido hace dos horas y no ha conseguido ni que la mire a la cara.

El año pasado oí a una compañera de facultad decir que a ella le gustaban todos los colores menos el verde agua, el salmón y el beige. Mi vida ya llevaba un tiempo torciéndose y el proceso que se estaba manifestando estéticamente a través de esos colores mustios quedó consolidado. El comentario de aquella compañera le terminó de dar sentido, mi nuevo estilo era oficial. La pinta que te pones te afecta de manera drástica, de eso no hay duda. Cuando tu aspecto es limpio y cuidado y se adapta a las leyes de cada contexto te sientes y eres percibida desde la calidez. Si tu aspecto es desaliñado la cosa cambia, das pena, asco. Y si vas limpia y cuidada pero tu pinta no se ajusta a las normas generas un desconcierto que se suele traducir en un sutil rechazo. Hay distintos niveles de todas formas. El día de la cena de empresa estábamos fuera de lugar pero

fuimos percibidas como modernas, extravagantes, enérgicas, y en poco rato fuimos más o menos aceptadas. Ahora bien, cuando sales a la calle cubierta de tonos mustios y el aparato en los dientes no solo estás fuera de lugar sino que despiertas repugnancia. A mí me gusta por varios motivos. El primero es que adornarme con mis propios colores me emparenta con mi propia desaparición y eso me alivia. Base de maquillaje blanquecina, máscara de pestañas color pestaña, sombra de ojos color fiebre amarilla o rosácea, lápiz de ojos color párpado, barra de labios apagada, tal vez con el toque violáceo de la agonía, las uñas del color de la carne debajo de la uña, lo mismo con la ropa y debajo de la ropa todo tipo de vendajes, elásticos y de gasa, consolándome por estar viva, ayudándome a seguir existiendo. El segundo motivo es que me gusta de verdad el efecto, me parece bonito, y si no te pasas resulta discreto. Me apeteció mucho ser percibida en el pasado, cuando no me había enterado del todo de cómo es el mundo, pero eso se acabó. No quiero que nadie repare en mí, quiero ser una especie de aparición fantasmal imposible de distinguir, como mucho que las radios crujan cuando me acerco. Lo que me lleva al tercer motivo: que me da miedo. Y el tercero tiene relación con el cuarto, que es que me pone cachonda. Este cóctel tan completo se ha revelado como una inmensa fuente de apoyo a la hora de aguantar el tirón. Me reconforta, aniquila la opresiva sensación de estar atrapada en la vida, me esconde de las temidas miradas ajenas, me favorece de un modo inesperado y me da ganas de follar. Siempre me ha funcionado follar estando triste. Además hacerlo con esa pinta supone un gran desahogo. Cualquier sonido se vuelve un profundo quejido y permite descargar inmensas cantidades de tensión.

Espero que haber quedado hoy a las seis con Fernando me calme un poco la ansiedad. Le he mandado varios mensajes en los que he intentado quitarle hierro a la cosa haciendo los típicos chistes sobre jugar a los médicos. Estoy fatal, doctor, necesito un tratamiento, doctor, me va a tener que poner usted una inyección, y los ha contestado con gracia. No sabe que me encuentro enferma de verdad. Para tratar de expresarlo sin tener que decir nada estoy empleando la media hora que me queda antes de salir a coger el autobús vendándome el cuerpo. Gloria me suministra todo el material que puedo soñar y le saco buen partido. Igual que el envoltorio de los regalos, se me dan bien las curaciones y los vendajes. Creo que tiene que ver con haber visto a mi madre empaquetando pasteles durante tantos años. Soy una tarta de nata y yema tostada, sabrosa y frágil, en mitad de un trayecto sufrido. Me miro en el espejo. Me he cubierto el pecho, el brazo izquierdo, la muñeca derecha, las dos manos, las dos rodillas, los dos tobillos, los dos pies y he pintado heridas debajo para darle realismo. Hace seis meses que no me pega una brizna de sol en el cuerpo. El maquillaje paliducho, las uñas descoloridas, ropa interior visón, una trenza de raíz como un pequeño intestino siguiendo la estela del bulbo raquídeo. Me pongo el aparato dental y el conjunto está completo. Estoy segura de que a Fernando le va a gustar pero no suele ser muy efusivo. Contemplo el resultado y respiro frente a la imagen que he confeccionado. No creo que haya hoy un momento mejor que este por mucho que desee lo contrario. Mi experiencia hasta la fecha me indica que la anticipación es la mejor etapa de cualquier cita. Cuando estás preparada, fresca y llena de ilusión. No espero felicidad ni placer de esta tarde. Solo espero el consuelo del desahogo estético. Después de comer me di una ducha rápida por lo que tengo permitido ponerme ropa limpia. Escojo prendas amplias que respeten los vendajes y meto el bajo de los pantalones por dentro de las botas que le gustaban a Diana. Tapo las manos cubiertas de estigmas falsos con guantes de tejido acrílico, agarro la cartera verde y la trenca vieja. En mi pared pintada

de amarillo huevo cuelgan unas Supernenas que coloqué de adolescente, cuando todavía me gustaban los colores vivos, y al cruzarme con ellas hacia el exterior de la habitación me asalta la certeza de haberme muerto un par de veces desde los dieciséis.

La casa de Fernando me ofrece una privacidad tétrica. Es un margen, una madriguera, y eso me reconforta aunque tenga sus defectos. Los márgenes son flexibles, arriesgados, y estoy quemada del estrés de los asuntos oficiales, del mundo normal. Seguro que hay opciones pero yo no las conozco. La cita de los padres de Sandra es también a las seis. Está a punto de tener lugar. Llamo al porterillo y subo dos plantas a pie. No hay ascensor. El edificio está diseñado por un alma sin presupuesto y se diría que sin compasión. No importa cuánto puedas gastarte en fabricar un bloque de viviendas, por fuerza tiene que haber formas de construir algo barato con más ingenio y menos crueldad. Los pisos son pequeños y tienen poca ventilación. La habitación de Fernando es diminuta y la única ventanita da a un patio interior asfixiante que huele a aceite de freír reutilizado. Abre la puerta y me asalta esa bofetada olfativa que indica que llevan sin tocar una ventana desde mi última visita. Me recibe mirando al suelo, como siempre. Lleva la sudadera de nylon verde oscuro y los vaqueros claritos. El tacto de la sudadera no es agradable pero el conjunto le queda bien. El flequillo le cae por encima de los ojos y eso me entenece. Intento acostumbrarme cuanto antes al olor a rancio que desprende la casa, doy un paso hacia él y apoyo la cara en su pecho. Otros días entraría hecha una furia quejándome de que no sea capaz de seguir los consejos de habitabilidad más básicos, me pondría a abrir ventanas con mala leche y él se quejaría de que entra frío sin entender que lo hago porque huele mal aunque él no lo perciba de llevar tanto tiempo dentro de la misma burbuja. Falta bastante a clase y a veces se tira varios días sin salir. Hoy no tengo fuerzas. Noto que se ha duchado y procuro centrarme en eso. Sus manos suavizadas por la humedad reciente todavía huelen a jabón. Nunca me besa y se le olvida ventilar pero está recién duchado y me toca la cabeza con las manos limpias apretándome ligeramente contra sí.

—Hola, niño.

—Hola.

—Vamos para tu cuarto que vengo malita.

Suelta una risa nerviosa porque piensa que es uno de mis juegos. A veces le pido que sea mi hermano o mi padre o mi secuestrador y sale fatal, pero hoy vengo sintiéndome enferma de verdad y quisiera que me cuidaran de verdad. Lo sigo por el pasillito oscurísimo y entramos en la primera habitación a la derecha. El año pasado tenía un cuarto mucho mejor pero él también acabó perdiendo la beca que le concedieron y sus padres no pueden permitirse tantos gastos. La elección de este piso se basó únicamente en el precio. Ni siquiera le pilló cerca de su facultad, para llegar tiene que caminar media hora de avenidas peladas. Cierra la puerta y me quedo de pie a unos centímetros. Le llego por el cuello.

—Quítame la ropa —le digo.

Él obedece sin fijarse en lo que está haciendo. Cuando me ve toda vendada pestañea. No es la primera vez que se encuentra este plan. En la habitación hace un frío del demonio y no me ha sacado todavía los pantalones cuando empiezo a tiritar.

—Cuidado con las vendas de las piernas.

Su manera de ejecutar las órdenes me irrita. Para empezar me irrita tener que dar indicaciones tan obvias, pero mucho peor es su falta de destreza derivada de su falta de interés. La tiritera da paso a cierto temblor y encuentro consuelo en ello porque me permite expresar físicamente el sufrimiento de manera involuntaria. Los padres de Sandra estarán con sor Lucía y con la psicóloga en un despacho mientras ella languidece en la guardería de al lado. Él me agarra un pie que parece roto por los efectos especiales y mi necesidad de expresar dolor es tan grande que casi estoy segura de que me duele de verdad.

—¿Te duele?

—Un poco.

—¿Pero te ha pasado algo?

—Sí.

Me suelta el pie.

—Pero no me lo sueltes.

—¿Y qué hago?

—Cúrame.

—¿Pero qué te ha pasado?

—Nada.

—Ah.

No tiene ni idea de lo que hacer. Está perdido. Él hace lo que puede por comprender aunque le he repetido estas cosas mil veces y me sujeta extendiendo las manos con algo más de seguridad. Aprieto el aparato dental contra el cielo de la boca con la lengua y me concentro en la forma en que encaja en mis dientes y en el extraño hueco que queda entre el plástico central y la carne dura que recubre mi cráneo en esa zona. Me acuerdo del día en que me sacaron el molde. Me gustó tener la boca abierta tanto rato rellena de silicona.

—Ahora crújeme la espalda.

—¿Cómo?

—Me rodeas con los brazos y me aprietas hasta que cruja.

—¿No te voy a hacer daño?

—Qué va, lo he hecho muchas veces, además da igual que me hagas daño o que me quites daño, para mí es lo mismo.

—Bueno.

Tiene que intentarlo varias veces pero a la tercera llega el crujido sanador. Me gustaría pedirle mil cosas más y en realidad lo que me gustaría es no tener que pedírselas y que ocurrieran de todas formas pero sé que necesita un respiro. Si me pongo muy exigente acabaré frustrada y será peor. Ha pasado otros días. A veces, para que vea que a cambio puede pedir también lo que sea, le he preguntado por sus ilusiones y asegura que a él le sobra con que levante el culo y aplaste la cabeza contra el colchón. Como padre o hermano siempre le da la risa y es incapaz de seguir. En el papel de secuestrador se limita a hacer como que me viola sin decir nada, el camino fácil.

—Ahora fóllame la boca.

Me agarra de las caderas antes de ponerse de pie para desabrocharse los vaqueros y aprecio el gesto. Cualquier pequeña cosa que salga de él me conmueve. Con la ortodoncia tengo mucho menos espacio en la boca que de costumbre. Resulta incómodo y satisfactorio. Ya que soy

incapaz de relacionarme con el placer, al menos mantengo una próspera relación con el disgusto. Me brotan unos cuantos lagrimones que no vienen solo de haberme atragantado porque yo aguanto más que esto sin llorar, vienen de doscientos sitios a la vez. Tengo las bragas muy mojadas pero no me apetece tocarme y mucho menos me apetece fingir que me corro. No es a eso a lo que he venido hoy. Me la saco un momento y le digo que quiero que me lo eche en los dientes, justo encima del hierro, que lo tenga en cuenta. Él asiente y se la agarra. Le suele gustar sacárselo él mismo y a mí me parece bien. Le miro el pubis y la piel pulida que lo une con el ombligo mientras agita la mano a la velocidad de la luz porque es uno de esos pajilleros que necesitan reventarse, un poco como yo pero él no lo sabe y yo sí. Aunque apunta bien creo que la dirección es mejorable y pongo una mano encima de la suya para corregir el rumbo de las gotas que me caen encima desprendiendo un intenso olor a lejía templada. Ya estoy muy acostumbrada pero antes de experimentarlo por primera vez no esperaba en absoluto que el semen tuviera este aroma entre amargo y desinfectante ni que me irritara tanto la piel. La ortodoncia viscosa me hace feliz por unos segundos y me regocijo en ello de forma privada. Me gustaría compartir también esta actividad estética con él pero es un caso perdido. En cuanto se corre es incapaz de fijarse en nada durante un buen rato. Eso me pone un poco triste, por lo que las sensaciones mezcladas dan lugar a cierta neutralidad. Me estoy pasando aún la lengua sobre la hilera metálica cuando me pregunta por el colegio y me desplomo. Absorbo la sustancia hacia el interior de la boca a través de los diminutos huecos entre los incisivos laterales. Me la trago de una sentada sin ilusión, solo por deshacerme cuanto antes de ella, y la garganta se me queda con un regusto ácido. Le pido agua y me la da.

—Pues mira, tengo una niña que se corre contra la mesa en la clase.

—Hostia.

—Ya.

Estoy de rodillas sobre la cama con los vendajes aún colgando y la ropa interior puesta. Me meto los dedos en la boca, agarro la ortodoncia por la parte de las muelas superiores y la extraigo seguida de varios hilos de babas. La dejo en la mesita de noche junto a su móvil y pulso cualquier botón para ver la hora. Las siete menos diez. Llevará un rato la reunión. Igual ha terminado. ¿Habrán recogido a Sandra más temprano de la guardería ya que estaban allí o la habrán dejado igual de tirada que el resto de los días?

Cuando llego a casa vuelvo a tener la sensación de haber sido desperdiciada aunque no haya estado del todo mal y agarro la correa de Goro para sacarlo de paseo arrastrando los pies. No me basta con esto, no es suficiente, no sé si alguna vez será suficiente pero desde luego estos tíos torpes que no se fijan en nada, que ni siquiera se dejan hostiar ni atragantar ni patear los huevos y que no se te quedan mirando cuando haces burbujas con su semen porque se han corrido y ya les da igual todo no pueden ser el destino final. Tiene que haber más paradas, más escalones hacia arriba. La calidad de este sexo es muy mediocre. A Diana no era capaz de enseñarle el coño e incluso así me parecía una experiencia superior. Ceno callada, me encierro en la habitación, abro el portátil y busco un vídeo peculiar al que suelo acabar recurriendo. Una chica que no sé quién es porque le han vendado la cabeza y no dicen su nombre tiene escayolados los brazos y las piernas y está atada a una camilla. Una enfermera le abre la boca con unos fórceps, la desata, la

hace caminar por el suelo de un pasillo oscuro a cuatro patas con una correa apoyándose en las escayolas, la vuelve a amarrar y le pone un vibrador en el coño hasta que en teoría se corre. No me masturbo pero suspiro a lo largo de los dieciséis minutos que dura la escena con mis propias vendas medio descolgadas y la estufa encendida en el suelo. Las corto con una tijera escolar y las guardo en el estercolero del cajón de la mesita de noche. Mañana otra vez a madrugar para ir al colegio con la pinta decente y la cara de lo que está pasando aquí no me da miedo ninguno. No he pasado más miedo en mi vida.

—Bo.

Goro me mira. Está acostado sobre mis pies.

—Bo, ven, súbete aquí para mi cabeza.

Aparto el peluche para hacerle hueco, doy un par de palmadas al lado de mi cara y se apresura a cambiar de sitio. Aterrizo sobre la almohada y me mira.

—Bo, sé mi novio, ¿por qué no puedes ser tú el novio mío?

Me sigue mirando y me parece que sus ojos atentos son de enamorado.

—Pero eres mi novio en verdad, ¿no? ¿Eres mi novio, eres mi doctor?

Abre la boca y le asoma la lengua rosa. Está sonriendo. Le sonrío yo también, embelesada por su tosca simpatía de marioneta, y me abrazo a su cuello.

—Te quiero, Bo, tú me curas.

Él me pasa la pata izquierda por encima del hombro.

—El mejor novio del mundo, mi conejo gigante.

Me empieza a entrar sueño mirándole la nariz negra, grande y brillante, y por un momento deja de darme miedo tener que asistir al infierno mañana y lo raro que pueda ser el encuentro con Gonzalo y el puto alacrán que me acecha porque Cancerbero tiene tres fauces y cola de serpiente, no puede estar más de mi parte y además es mi médico.

Martes

30 de enero de 2007

Después de rezar no nos sentamos para hacer fichas ni vamos en fila cogidos de la mano hasta el gimnasio, que suelen ser las dos únicas opciones a esta hora, sino que agarramos el mural enrollado en la esquina junto a la pizarra y salimos alegremente al patio. Por si eso no supusiera suficiente excitación no me estoy refiriendo a nuestro patio sino al principal, el de los mayores, el que tiene un gran espacio central, una piscina cubierta y canchas de tenis, de baloncesto y de fútbol alrededor. Está nublado y hace bastante frío pero como a mí me gusta llevar el abrigo me siento cómoda. Noto que a los niños les atrae también, como cualquier otra novedad. Es un abrigo marrón que me hace juego con las botas. A Diana le gustaba cómo me quedaba el conjunto. Dar el pego frente a ella me llenaba de regocijo. Quisiera que pudiese verme ahora. No sé si echo más de menos verla yo o que ella me vea a mí. Nadie me ha mirado igual. Se fijaba, lo apreciaba todo. Lo mejor de la intimidad con ella no eran la proximidad ni los tocamientos. Era el intercambio de apreciación constante, la sensación de estar siendo intensamente percibidas la una por la otra. Pronto me vendrá la regla y una tristeza añadida me aflora pero aún no me han brotado los granos de rigor. Tengo buen aspecto en el patio, me doy cuenta. Sabía que era el Día de la Paz y me levanté un cuarto de hora antes que de costumbre para poderme esmerar. Me sequé bien el pelo y me lo dejé suelto, me encendí el colorete, me pinté los labios de rosita. Debajo del abrigo llevo un pichi de lana gris y un jersey rosa palo. Quería parecer suave y poco problemática y creo que lo he conseguido. Enmarco el término señorita en todo su esplendor.

Los padres de Sandra no vinieron. Nada de lo que yo me imaginé vendada en casa de Fernando estaba pasando. La madre llamó cargada de excusas y estuvo hablando un rato con sor Lucía. Al menos en esa conversación brindó por primera vez datos que hubiera sido conveniente conocer desde el principio. Resulta que la madre biológica de Sandra es una prostituta a la que retiraron la custodia en Rumanía y tanto ella como su hermano llegaron al nuevo hogar con síntomas de trauma. El niño, más pequeño, repetía un tic compulsivo que al parecer sigue brotando de vez en cuando. Esté donde esté, levanta los brazos y se tambalea hacia delante y hacia atrás. En el momento de la adopción les advirtieron que esto parecía deberse a que había pasado temporadas amarrado en esa posición. Sobre Sandra poco se sabe pero la teoría ahora es que vio algo que no debería haber visto. Sor Lucía emplea la palabra algo pero se refiere a escenas de sexo explícito mientras vivía con su madre en Rumanía. Me pregunto qué aspecto tendrán esa madre adoptiva al teléfono poniendo excusas con los niños tirados en la guardería y el padre no llamando siquiera, si se les notará la insensatez. Sor Lucía me lo contó durante un recreo y yo me tapé los ojos con las manos tratando de no revolverme las lentillas ni emborronarme la máscara de pestañas con una desazón evidente que no había por qué camuflar. La monja también hablaba en tono alarmado. Firmaron los papeles de la adopción de manera irresponsable pero como tienen estabilidad económica y están casados y lo más probable es que

tengan una buena casa y buena pinta se los entregaron. No entiendo por qué esta gente con tan poca capacidad de atención solicitó una adopción. Sospecho que se empeñaron porque se supone que formar una familia es lo que hay que hacer y como reúnen los requisitos les tocaron estos niños y los aceptaron sin darse cuenta de lo que firmaban. Pensaron que sería pan comido. Ahora se pasan el día trabajando con los niños por ahí muertos de asco y se creen que por proporcionarles una cama y algo de alimentación básica ya están cubiertos.

El mural que coloreamos entre todos con el Jesusito en medio irradiando una divinidad diseñada por mí luce ahora sobre una gran pared junto a los murales que han preparado en las otras clases de Infantil. La Madre Superiora dice unas palabras frente a un micrófono queriendo transmitir un mensaje de paz mundial pero sigue resultando recta y seca. La totalidad de los alumnos corea una serie de canciones que siempre imaginé en esos campamentos cristianos que los niños de mi barrio solían llamar convivencias. Solo me falta una monja con una guitarra. A sor Lucía por ejemplo le encajaría perfecta. Hoy los niños pueden desayunar en el patio y nos paseamos al aire libre. Observo por primera vez al resto del alumnado. Hay niñas pijas que me suenan de los anuncios de champú de 1989. Una de unos catorce años se parece a Brooke Shields y está obsesionada con su propio pelo. Es lógico porque tiene un ondulado, un color y una densidad increíbles. Intento dejar de mirarlo pero me siento hipnotizada por su espesura y su movimiento y me cuesta trabajo. Sor Lucía se acerca en actitud jovial y me salva del embrujo.

—Vaya día, ¿eh? —yo le sonrío complacida—. Este día sirve muy bien como entrenamiento para el de Andalucía, que se monta mucha más historia.

—¿Ah, sí, mucho más que esto?

—Y tanto, esto no es nada, ese día es todo un espectáculo, cada clase tiene que montar su show particular.

—Qué divertido.

—Sí, y además te va a tocar organizarlo a ti.

—Anda, es verdad.

—Que la semana que viene ya es todo tuyo esto y yo me quedo a observar.

—Ay, qué vértigo.

—Tranquila que tú estás ya integrada, te irá bien, es fácil y para cualquier cosa estaré yo al lado.

—Ya, gracias.

—Lo del Día de la Paz son solo unas canciones y un mural que se colorea rápido y luego echar un rato distendido, pero lo de Andalucía se tarda más en organizarlo. Falta un mes pero hay que ir pensándolo ya.

—Vale.

—Habrá que hacer varias actividades.

—¿Y de qué tienen que ir, de Andalucía en general o de algo concreto?

—De Andalucía en general pero cada año hay que preparar también algo en torno a algún artista andaluz.

—Ah, muy bien, ¿cómo cuáles?

—El año pasado fue Rafael Alberti y este es Federico García Lorca.

Trago saliva. ¿Es una noticia buena o mala? La miro directa a la cara con las gafas de sol por encima del flequillo y la escudriño. A partir del lunes me toca dirigir el rezo del Avemaría cada mañana.

—Y bueno, ¿sabes lo que hay este mes que entra aparte del Día de Andalucía? —De repente me ha puesto la cara de pilla que tanto me gusta y su expresión me aplaca.

—No, no sé.

—Pues qué va a ser, el carnaval.

A mí también se me enciende la cara pero me contengo porque no sé lo que implica y porque no se me ha pasado todavía la contrariedad.

—¿Y eso qué significa?

—Pues tú qué crees que significa el carnaval.

—¿Que habrá disfraces?

—Los niños claro, y tú si quieres también, ¿te quieres disfrazar tú también?

—Pues claro que quiero —me río con una mezcla de esperanza y canguelo.

—Bueno, un día es un día, si quieres mañana les puedes ir contando la idea para que la vayan asimilando y les dé tiempo de preparar los disfraces.

—Vale.

—¿Tú sabes ya de qué te vas a disfrazar o lo tienes que pensar?

—¡De Blancanieves! —exclamo. Tengo ese disfraz desde los catorce años y me sigue quedando bien. Todas las excusas para ponérmelo son pocas.

—Anda, qué bien, serás Blancanieves con veinticinco enanitos.

—Qué ilusión.

—Cómo os gusta a las de prácticas el carnaval, hay que ver, y la verdad es que es una oportunidad muy buena para terminar de afianzar lazos con los niños, después de ese día siempre os cogen más cariño todavía.

Me siento como una enamorada a la que han propuesto por fin la cita soñada después de tremendas incertidumbres. Ensayaremos lo que yo haya preparado sobre Lorca disfrazados y será como debería ser el cole, como debería ser la vida de todo el mundo al menos una vez a la semana. Será un día bonito y divertido, nos querremos más que el anterior. Se me escapa un suspiro y sor Lucía me da una palmadita en el hombro. Desde un rincón del patio nos observa sor Petra con mala cara. Me dan ganas de conducirla bajo algún pretexto suave hasta el patio encantado, encerrarla en las prisiones de pesadilla que solicité visitar hace dos días y sacarle el dedo desde el exterior de la reja. Si yo voy a ser Blancanieves, ella sin duda es la bruja con el cesto de manzanas.

Sandra, que estaba quieta y sola tomando el sol de pie, echa a correr y nos pone alerta. Su camino es incierto, lleno de giros. No sabemos hacia dónde se dirige, si es un simple jugueteo. Un par de veces parece que se va a abalanzar sobre dos grupitos diferentes pero los esquivo y continúa con su recorrido errante. Sor Lucía y yo nos hemos callado y no le quitamos ojo. Se aproxima a una pandilla formada por Diego, Iván y Antonio Jesús. Cuando estoy segura de que los va a esquivar con otro quiebro levanta el puño en el aire y su expresión cambia del hieratismo a la ira. Abre la boca y se le ven los colmillos. Echamos a correr y llegamos justo cuando le está pegando un enorme coscorrón a Iván en la cabeza. Iván grita y llora y quiere ir a por ella para devolvérsela pero lo sujetamos. Sandra se aleja tan campante. Sor Lucía emite un gruñido

molesto, consuela a Iván, comprueba que está bien y lo deja conmigo para ir detrás de ella. La agarra y le pregunta qué le pasa, le dice que eso no se puede hacer, que no está bien y menos en el Día de la Paz. Sandra la mira con desprecio y sigue su curso ignorándola. Iván se me abraza al cuello, me cubre el abrigo de mocos y tiene el impulso de treparme el cuerpo para que lo coja. Lo aúpo y lo mezo unos segundos.

—¿Te ha dolido, Iván?

—¡Sí! —exclama en húmedos sollozos.

—¿Pero mucho?

—¡No!

—Señorita, ¿por qué le ha pegado? —pregunta Diego desde el suelo.

—No lo sé —contesto.

—Señorita, a mí Sandra me da miedo —añade Diego, e Iván llora un poco más fuerte adhiriéndose al drama. Ya no le tiene que doler mucho pero seguirá disgustado. A este niño no le vienen mal las excusas para desahogarse un rato de todas formas.

—Ceñorita, ceñorita —me llama Alberto poniendo una mano sobre mi abrigo.

—¿Qué, Alberto?

—Que a mí, a mí Zandra también me da miedo.

—Vaya. Lo entiendo porque a mí a lo mejor también me daría miedo si fuera su compañera como vosotros pero es que la pobre lo tiene muy difícil, ¿no veis que no habla nunca con nadie?

—Sí —contestan. No sé si he sido demasiado sincera, si les estoy pidiendo mucho, pero parecen comprender. Iván deja de sollozar, lo deposito en el suelo y le sueno los mocos. Me mira y sé que él y yo tampoco nos hubiéramos llevado bien si hubiéramos sido compañeros en la misma clase con la misma edad pero la situación es otra. Siendo mayor me resulta fácil tenerlo de mi lado. Se empieza a desplegar la etapa de las prácticas en la que nos hacemos adictos los unos a los otros. Si deseas recibirlo de vuelta solo tienes que adorarlos y se activa solo. Una adoración llena de interés verdadero, de una intensidad suave y fluida como una brocha impregnada en colorete. Me pregunto si me importan demasiado. Si me acabo dedicando a esto supongo que me acostumbraré y dejará de ser tan espeso. No sé si tengo más miedo de que siga ocurriendo o de que deje de ocurrir. Iván está recuperado y pasan a hablarme de los mejores dibujos animados, un tema que los embrutece y que a mí me apasiona. Blanca se acerca e interviene en susurros que para lo tímida que suele ser también supone un gran avance. Sor Lucía me pone una mano en la espalda.

—Perdona, Eulalia.

—Sí, dígame, sor Lucía —empecé llamándola de usted y no me ha corregido pero su trato es muy coloquial. Nunca había tenido una relación donde se diese una combinación igual. Me sigue sorprendiendo pero si no me pierdo pensando en otras cosas que no tienen del todo que ver me doy cuenta de que es agradable. Lo que quiere decirme es que le acaban de confirmar que se me concede la visita a las Santas Prisiones. Sor Petra será la encargada de acompañarme. Cuando le venga bien me avisará. Sor Lucía me la señala. Sigue a un extremo del patio, tiesa y seca como siempre, sin interés en participar de las festividades, y yo la miro desde mi posición de inferioridad.

—Ya la conoces, ¿verdad?

—Sí, sí, claro.

Mi respuesta ha debido de llevar alguna connotación evidente porque ella pone cara de susto y le da la risa. A Iván se le contagia y pronto se están riendo los cinco.

—Ya sé que sor Petra tiene unas maneras un poco antiguas pero para visitar las prisiones no hay nadie mejor, es una experta.

—Qué bien, muchas gracias, me hace mucha ilusión —contesto intentando centrarme en las buenas noticias del carnaval y la visita a las prisiones, en el capricho concedido pese a la funesta guía que me han adjudicado. Experta en mazmorras, no me extraña. Sor Lucía me da la segunda tanda de palmaditas del día y echo a caminar. Me fijo en varias pandillas. Un grupo mixto mantiene un intenso debate sobre si el Betis le ha copiado el himno del centenario al Sevilla y sus mofletes se colorean a medida que la discusión se enciende. En otra zona del patio unos niños ruidosos de entre diez y once años llaman mi atención. Su diversión consiste en corretear, empujarse y ver cuánto son capaces de molestarse sin que desemboque en una pelea explícita. Uno de ellos grita arriba España alzando recto el brazo derecho, otro lo secunda con un arriba Franco y un tercero se para en seco frente al segundo y exclama:

—Oh, sí, Franco, fóllame —le frota el culo como haciéndole un lapdance y los demás se burlan de él.

—¿Qué haces, maricón? —lo aparta a empujones.

—¡Maricón, maricón! —le cantan varios entre risas y siguen a lo suyo como si nada. El estupor me deja los ojos en blanco tras las gafas de sol. ¿Qué van a aprender esos niños sobre García Lorca el mes que viene? ¿Qué se supone que estoy autorizada a contar yo? ¿Qué contaron el año pasado sobre Alberti? ¿Se centran en la obra, en los rasgos más tradicionalistas y conservadores y hacen como que la parte combativa y transgresora no existe?

Me acerco a mis niños que aún tienen varios años de margen antes de ponerse así y me paseo deseando que me reclamen ellos mismos para no parecer pesada. Por fin escucho que un señorita sale de sus bocas. A Sara se le ha caído la goma que le sujetaba la coleta izquierda y me pide que le recomponga el peinado. En el corrito están Elisabeth, Sara, Ana María, Paulina y Cayetana. La fortuna me sonríe. Manejo el pelo suave y flexible con las manos y mucho cuidado de no pegarle ningún tirón y cuando termino henchida de alivio Sara se da la vuelta, me mira y se me arroja encima. Es una sorpresa que achaco a la fiebre del Día de la Paz, a la categoría de lo extraordinario afectando su comportamiento. Romper con la rutina la ha llenado de euforia. El resto de las niñas se ríen y Elisabeth dice que ella también quiere.

—¿Que tú también quieres el qué? —pregunto, y me salta encima sin contestar. La veda queda abierta del todo y se proponen todas sepultarme proporcionándome la terapia más reconfortante jamás. Se acercan otros compañeros de clase y se apuntan a la fiesta. Iván y Gabriel me hacen un poco de daño y me veo obligada a poner orden pero ya tengo permiso para quedarme integrada en el corro. Las pijas de pelo espeso andan cerca ensayando coreografías con sus zapatos náuticos y los niños franquistas igual están levantando el brazo pero yo no los miro y procuro no pensar en ello para no entrar en cólera de pura frustración. No puedo hacer nada de nada si a todo el mundo le parece bien menos a mí. Yo aquí no soy más que un topo, un topito infiltrado cuya opinión no cuenta. Protestando solo conseguiría delatarme y ganas no me faltan pero creo que no arreglaría nada. En el mejor de los casos me dirían que solo es un juego. Tal

vez solo sea eso, un juego, pero esos niños dentro de unos años van a poder votar y si están jugando a mis ojos lo están haciendo con puro fuego. Me pregunto cómo termina ese juego, si nos acabará quemando el culo.

Lunes

5 de febrero de 2007

No hace ni un mes que se me curó del todo la cicatriz del último herpes cuando me ha aflorado otro. El viernes por la mañana, un día de fichas cualquiera que en efecto no mantuvo a los niños nada contentos, apenas era una hinchazón rosada. En el colegio nadie lo percibió pero el hormigueo resultaba inconfundible y para la hora a la que había quedado en casa de Gonzalo estaba empezando a arder. No tengo una mala relación con los herpes que me salen en la boca, llevo desde los once años con ellos y ya nos conocemos, les tengo cariño y, dejando aparte que queman como sus muertos, cuando me miro al espejo con uno me veo mejor que nunca. Estoy convencida de que ciertas alteraciones sacan mi versión más brillante. Mi voz favorita es la del resfriado y mi cara favorita la del herpes. Los granos sin embargo no los quiero ni ver. De los herpes solo me molesta que después de ducharme se reblandecen y la costra se rompe dolorosamente y que me impiden tocar cualquier cosa que no sea mi propio cubierto con la boca. Para esos días gasto algún bálsamo labial que luego tiro a la basura y mantengo aislada la zona. No me gusta saludar a la gente con dos besos y eso está bien ahorrárselo pero echo de menos chupar carne y compartir tarrinas de helado con Gloria. Ni siquiera me toco con mis propios dedos si no puedo lavarme después con violencia. El caso es que llevo meses sin que nadie me dé un beso de los buenos, no de los de saludar, y me dio rabia pensar que no me iba a poder sacar la espina.

El viernes amanecí con el bicho desperezándose en el centro izquierda de mi labio superior y los granos que me habían empezado a brotar del todo el miércoles estaban en su punto álgido. Mi aspecto se había ido poniendo desnutrido e infecto a lo largo de la semana y las tetas me dolían. A partir del jueves apenas fui capaz de comer por los nervios y antes de acudir a la cita había cagado cinco veces. No tenía que haber encajado un encuentro de esas características en un fin de semana de trabajo tan cargado pero quise abarcarlo todo, me cegó el recuerdo de sus nudillos huesudos y al final ni siquiera se los pude chupar. No pude chuparle nada y él resultó ser bruto e inexperto, lo que me brindó momentos de intensa satisfacción como cuando me cogió en brazos para cambiarme de sitio pero también de profunda molestia como cuando no era capaz de metérmela derecha dos veces seguidas, resulta muy difícil escoger así el momento idóneo para fingir que te corres. Empujaba con demasiada fuerza, se le salía la polla y hacía que me entrara aire en el agujero sin parar. Al volver a meterla el aire era expulsado a presión acompañado de una pedorreta, me ha pasado un millón de veces, a cualquiera le puede pasar. Su desconcierto ante el fenómeno rozaba la indignación y acabó acusándome de cerda incapaz de aguantarse los pedos. Cuanto más le explicaba que era normal más loca pensaba que estaba. Traté de pasar página pero se sumó al empeño por metérmela en el culo. Había visto mucho porno del que a mí también me gusta y algunos culos en el mundo real se comportan como esos pero otros no. El de Diana es flexible por ejemplo, mientras que el mío es estrecho, duro y asustadizo. Me encantaría

que fuese más fácil, incluso entreno por mi cuenta metiéndome cosas, pero con un semidesconocido me parece impensable tirar por ahí la primera vez. Si estoy nerviosa el aparato digestivo se me resiente. El estómago se cierra y el intestino se retuerce y yo venía de echar la tarde en el Telepizza y luego me había maqueado metiendo los sobacos y el coño en el lavabo del vestuario y me había asegurado de oler entera lo mejor posible pero mis tripas seguían revueltas. Durante el rato que Gonzalo siguió insistiendo yo estaba a cuatro patas y él no lo sabía pero tenía los ojos vueltos. Me parecía inverosímil lo plasta que se había puesto.

—¿Pero y si lo abrimos con los deditos primero? —me decía incansable, incapaz de resignarse y aceptar la negativa.

—Que no, que no va así.

—Le metemos unos deditos y lo abrimos despacito.

Eché la mano derecha hacia atrás por encima de la espalda y me metí la punta del dedo corazón en el culo. Me la llevé hasta la cara y la observé. La uña estaba recubierta de jugo amarillo.

—Te estoy diciendo que no, que hoy no puede ser —repetí limpiándome el dedo en sus sábanas con rabia, y bajé el culo para cambiar de postura y retirarle definitivamente el acceso. No tengo nada contra jugar a los culos pero hay que saber aceptar cuándo es oportuno y cuándo no. Aprieto la mandíbula y me arrepiento de haber sido tan paciente con él. Ahora me siento culpable, no tenía que haber dejado que se quedara pensando que iba por buen camino con la autoestima alta. Es verdad que en ocasiones me manejó con gracia, que no me dio guerra con el condón, que no hizo ningún comentario hiriente sobre mi coño y que por esa clase de tío bestia pierdo las bragas pero no estuvo bien dejar tantos hilos sueltos en cuanto a los aspectos negativos.

Yo había llegado a las doce menos cuarto en taxi y él me había recibido con cerveza, patatas y una habitación forrada de fotos de Adriana Lima y Karolína Kurková. Eso en principio no tiene nada de malo pero al ver que me las quedaba mirando le pareció oportuno contarme lo increíble que había sido conocer a una modelo de verdad una vez en una fiesta. Era como yo de alta pero con tu cintura, me dijo. ¿Qué significaba aquello? ¿Que la constitución de una modelo resulta más admirable que las demás, incluía eso la mía en el saco de lo corriente, de lo vulgar? ¿Significaba que mi cintura era ancha para ser tan bajita? De repente me preguntó si me parecía bien follar y entré en una especie de pánico silencioso y pético. Supongo que mi comportamiento resultó confuso porque me dijo que si no me apetecía no hacía falta. Contesté que no había problema, pero que me costaban un poco esas situaciones, cosa que pareció decepcionarle. Entonces lo entendí. La conversación que recordaba haber tenido con él en la Alameda había sido sobre *Showgirls*. Esperaba de mí cierto desparpajo y me di cuenta de que no era una idea descabellada. ¿Por qué me gustan las actrices porno, las estrípers, las bailarinas de cabaret y los modelos de lencería y luego soy tan asustadiza? Me siento como cualquier hombre obsesionado con la belleza femenina e incapaz de realizar un movimiento sexy. Se esperaba una Nomi Malone de metro y medio y le llegó un tío con bragas blancas de mercería en liquidación. Eché de menos a Fernando porque él a una chica con ganas de follar pero incapaz de mirarte a la cara le ve la gracia. Después de repetirle por décima vez que por el culo no podía ser me puse de rodillas en la cama, él me colocó la cabeza debajo de la polla y me roció la cara con un caño de semen tan abundante que me hizo chillar de la risa. Nunca había visto nada igual, ni en el porno

ni en ningún sitio. Esperaba evitar el contacto directo de aquella sustancia con mis lentillas y mis lesiones pero de repente se estaba corriendo chorros y chorros que me inundaban la cabeza entera abrasándome el blanco de los ojos, los poros sucios y el labio superior. Debería encontrar la manera de establecer un pequeño debate previo, al menos cuando los que vamos a follar nos conocemos tan poco. Un saludo fúnebre de gladiador. Ave César, los que vamos a follar nos conocemos muy poco.

Me quedé con los ojos abiertos hasta las seis y me acordé de que Fernando estaba pasando el fin de semana en la ciudad. Gonzalo no estaba siendo como el guiri al que le había dado asco mi coño pero decidí mudarme. Cuando llegué le dije a Fernando que venía de salir con Gloria y no me preocupé de inventar muchos más detalles. Me sentí sucia en mil aspectos a la vez. Quiso meterme mano y le dije que estaba demasiado cansada. Lo respetó pero noté su preocupación. Tuvo que resultar chocante, era la primera vez que le decía que no. Fernando y yo no tenemos ningún pacto explícito y soy consciente de que no le debo nada, pero me doy cuenta de que en alguna parte le escuece saber que follo con otros tíos, y una cosa es no contarle lo que hago y otra distinta dejar que se trague la saliva ajena que aún no me he lavado. La situación no está bien llevada en cualquier caso. Deberíamos pararnos a hablar pero tenemos gravísimos problemas de comunicación. Me duché en su baño, que siempre da un poco de asco, y ya fresca le hice una paja y empalmé con un turno de mediodía en el Telepizza. Cuando iba en el autobús llamé a Gloria, que estaba a punto de entrar a la misma hora que yo, y le supliqué que de camino pasara por la pastelería de mi madre y le pidiera para mí una palmera de chocolate. Hizo mi sueño realidad y la palmera acabó siendo con diferencia lo mejor del fin de semana entero como tantas, tantas otras veces.

Hoy sor Lucía y yo intercambiamos por fin papeles, ella se sienta a observar mientras empiezo a dirigir las clases. El herpes me ha crecido y no hay forma de disimularlo pero al menos esta mañana no se me ha rajado. Entro en el colegio con el labio untado de blanco y el pulso atronándome. Lo primero que voy a tener que hacer en mi papel de maestra regidora es rezar el Avemaría. Sor Lucía sigue sin preguntar por mi pasado religioso no sé si por respeto y discreción o dando por hecho que es el correcto y yo tampoco digo nada. Mi experiencia en este terreno es ínfima. Yo solo quise dar Religión en un curso de primaria por sentirme integrada, porque los demás niños lo hacían. Se lo pedí a mi madre y le dio bastante igual. Ninguna de las dos nos dimos cuenta de lo que se me venía encima. Los deberes tenían todos el trasfondo sectario que ahora me parece tan fácil de identificar. A cierta altura del año llegó el momento del Domund y nos incomodó mucho. Nos repartieron unas huchas de cartón pluma con varias fotos impresas de niños hambrientos y un eslogan que rezaba «Tu indiferencia te hace cómplice». Me costó años entender lo que quería decir. No es que me parezca mal reclamo, pero que soltaran a varios cientos de niños de primaria a recaudar fondos por las calles del barrio con esta estrategia nos inquietó. Yo tenía ocho años. El curso siguiente dije que no me apetecía seguir por aquella senda y mi madre se alegró porque le había resultado una asignatura sospechosa. No he sabido mucho más del tema hasta que la cagué con los papeles y me destinaron al Santas Justa y Rufina. A los catorce años me gustó un niño de costumbres católicas y me pasé por misa varios domingos para verle las pecas, siempre la debilidad por las pecas. No conseguí que se fijara en mí pero las misas me impactaron mucho. La gente rezaba por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa y se golpeaba el pecho con el puño.

Entro en clase y me consuela que lo primero sea quitar mochilas y poner abrigos. Este protocolo siempre me relaja, es muy desenfadado. Sor Lucía hace un comentario casual sobre la calentura que me ha salido y le quita hierro. Al sentarnos sobre la zona acolchada de asamblea, por ser lunes toca hablar con el niño que se ha llevado este fin de semana al peluche de Estrella. Antonio Jesús cuenta con sus pesadas pestañas y actitud risueña, como si le brillara purpurina en los párpados, que ha dormido con el peluche los tres días y se lo ha llevado a todas partes. A casa de sus abuelos, al supermercado, al cine, a la cocina, al salón y al baño.

—La he cuidado —añade aún sin soltarlo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo la has cuidado? —le pregunto prolongando su momento de gloria para que disfrute un poco más y para que la oración llegue lo más tarde posible. Él se queda pensando un momento.

—No se ha puesto sucia.

—Muy bien.

—No se la he prestado a mi hermano.

—¿Porque no te fiabas?

—No, porque es chico y vomita mucho. Y también la he tapado por las noches.

—Jo, qué bien.

—Y una vez se me cayó al suelo pero la cogí súper rápido.

El súper rápido lo pronuncia con un aire de película de superhéroes. Antonio Jesús le da un último abrazo al peluche antes de colocarlo en su lugar en la estantería. Qué más. Paulina fue a casa de sus tíos y se puso unas alas de mariposa en la espalda que le prestó su prima. Gabriel fue al cine y se comió una pizza. A Ana no le gusta nada la pizza. A Sara sí pero solo si es de jamón y queso. A Alberto le gusta de peperoni. Alejandro y Elisabeth se vieron por la calle y se saludaron. Ya está. El tiempo se ha agotado y no hay por qué extenderlo si nadie quiere seguir aportando.

—Bueno, pues ahora vamos a rezar —lo digo como si nada y sé que sueno tranquila y jovial. Varios niños me miran desconcertados ante la novedad pero sor Lucía me indica con un gesto que no le dé importancia. Ya les dijo el viernes que a partir de hoy yo me encargaría de conducir las clases. A mí me aseguró que no tenía sentido temer, que los niños suelen aceptar este tipo de alteración con una naturalidad pasmosa. Empiezo yo y ellos me siguen. Intento visualizar las imágenes sugeridas por la oración como si fuese un canto inofensivo. María jovencísima con un manto sobre la cabeza y los hombros, lozana, avispada. Lo más probable es que haya follado con alguien bajo extrañas circunstancias de engaño o forcejeo y por el motivo que sea no le compensa decir la verdad, por lo que alude a algún tipo de magia, consigue quedar por encima de todas las mujeres, que su embarazo se considere bendito, que su hijo crezca condicionado por un delirio de grandeza hippie que se le va de las manos y los romanos lo acaban torturando hasta morir. La Piedad de María me conmueve de corazón. Sosteniendo a su querido hijo que nació inteligente y se vio avocado a la iluminación a costa de aquella chispa inicial de disimulo para ocultar una aventura o una violación. Con los datos que tengo es la versión que mejor me encaja. Es una gran historia. Decimos amén. Mando a los niños a sus pupitres con alegría. Si no le doy muchas vueltas siento que no ha sido para tanto. Ahora mismo tengo asuntos que atender y no hay hueco para reflexionar sobre lo que acabo de hacer, pero la tarea pendiente se me queda dando vueltas alrededor de la cabeza como una mosca que no se

separa de tu oreja. Cuando tengas un rato, tal vez en el autobús que es tu sitio de pensar, vas a tener que abordar este asunto en profundidad. Sus caras, sus bocas moviéndose al ritmo que tú marcabas, tu voz irreconocible, amable y mecánica, el significado de todo el conjunto. Y al llegar a casa te vas a rematar dos o tres uñitas que no están lo bastante cortas.

Cojo el libro de texto y les indico la página. Leo las instrucciones de Estrella. En la otra mano tengo el ejemplar para el profesorado, que no resulta del todo necesario teniendo en cuenta la sencillez de los ejercicios pero sugiere caminos y cuestiones transversales que pueden no estar mal. El tema me interesa pero no me gusta cómo está planteado. Toca hablar de ropa de invierno. Propongo una lluvia de ideas para que lancen las prendas que se les ocurren. Sale abrigo, gorro, bufanda, botas, Iván quiere incluir gafas pero no lo aceptamos a menos que sean para esquiar como apunta Cayetana, impermeable, jersey, calcetines, por qué no esos calcetines, guantes, chándal, chaleco, ¿qué es un chaleco, un jersey o una chaqueta sin mangas? Un chaleco puede ser un jersey y una chaqueta sin mangas, las dos cosas. Un chaquetón es un abrigo. La jerga andaluza a veces es confusa para las prendas. Lo que me molesta del planteamiento de la ficha es que hay dibujados un niño y una niña y sus atuendos vienen diferenciados por falda y pantalón, igual que los uniformes del colegio. Hoy he intentado venir cubierta de todo el lubricante que Gonzalo no me puso el viernes para que las cosas me resbalen cuanto más mejor. Me queda un mes en este puesto, así que me conviene acostumbrarme a los deslizamientos. Rechaza toda fricción, Eulalia. Acabemos cuanto antes con este despropósito. Después de observar los ejemplos de niños y niñas vestidos de invierno con falda y pantalón a los míos les toca rodear con un círculo las prendas invernales que encuentren entre un montón variado que incluye bañadores de rayas, chanclas y poco más. No es un ejercicio muy logrado. Casi todos dan la sensación de estar confeccionados sin sangre, para salir apenas del paso como si fueran pasatiempos de la revista *Teleindiscreta*. En la siguiente ficha tenemos cinco grupos de guantes, bufandas, gorros, botas y abrigos y toca contar cuántos hay de cada uno. He sido simpática, he sido directa. No hay dudas. No ha ido del todo bien ni mal. Los invito a empezar. Miro a sor Lucía y pese a estar rellena de críticas en cola me sobreviene una emoción incontrolable que me empuja a enviarle una sonrisa traviesa que ella me devuelve como celebrando que por fin he empezado a jugar a las maestras. Se lleva a Sandra a su mesa y yo me encargo de los demás. Un entusiasmo inesperado me sobreviene al sentirme responsable de la clase. Las fichas son odiosas pero estar aquí es bonito y divertido en cualquier caso. De repente la entiendo mejor. Cuando los niños están haciendo cola para lavarse las manos sor Lucía se me arrima con los mofletes relucientes. Tiene una noticia para mí:

—Me ha dicho sor Petra que si quieres te enseña hoy las prisiones en el recreo.

—Anda.

Percibo que me lo está comunicando para animarme, como si fuese una especie de regalo de bienvenida para mi primer día como regidora de las clases. Sé que lo coherente es alegrarme y mostrar interés y gratitud, así que es lo que hago. Acepto de inmediato, no hay ninguna excusa verosímil que pueda alegar. No sé si se me notarán los nervios pero improvisar no es lo mío. Me hubiera gustado tener una cita concertada y poder afrontarla con cierta preparación mental. Lo considero una clase de desgracia, la espontaneidad es algo que admiro en los demás. De todas

formas la visita a las prisiones con esa monja le daría escalofríos a cualquiera. Sor Petra le da miedo incluso a sor Lucía. Hoy que es mi primer día llevando la clase y que tengo el herpes en su apogeo. Bueno, fue idea mía, no puedo quejarme tanto. Tengo que dejarlo ir. Venga, déjalo ir.

Paulina y el resto de los compañeros han desayunado, suena el timbre y abro la puerta de la clase. No me había olvidado de sor Petra pero esperaba tener que ir a buscarla a la portería y contar con unos minutos más para asimilar la situación en vez de encontrarla de pie en el pasillo con las manos entrelazadas por delante de la falda. Me hace un gesto con la cabeza indicando que vamos, que al lío. Salgo y me pongo a su lado sintiendo que me estoy arrojando de cabeza a una piscina de pirañas. Total, qué sentido tiene hacerlo despacio si me tengo que tirar de todas formas.

—¡A disfrutar! —canturrea sor Lucía desde la puerta de la clase y continúa instando a los niños que quedan dentro a salir a jugar. Sor Petra camina deprisa, a pasos cortitos. La sigo sin decir nada hacia el pasillo que desemboca en el patio grande, el principal, que se está empezando a llenar de adolescentes ruidosos. Tan bajita y encorvada no creo que su estatura pase del 1,45. Las monjas suelen parecer más jóvenes y esta aparenta más de ochenta años. Cuántos tendrá. Debe de llevar metida aquí desde 1940 viendo pasar un niño detrás de otro, abriendo y cerrando la puerta, pellizcando brazos y metiendo miedo.

—Bueno, bueno, pues vamos para las prisiones.

—Sí, muchas gracias por llevarme.

—¿Tú cómo te llamabas, Eulalia me han dicho?

—Sí.

—Como Santa Eulalia de Mérida.

—Sí.

—Otra mártir también muy buena.

—Sí —contesto, y el herpes se estira con un latigazo de dolor. Santa Eulalia de Mérida tenía trece años. Le rajaron las tetas, le clavaron garfios hasta que el metal topó con los huesos, le prendieron fuego viva. Una mártir muy buena, buenísima.

—Que querías ver las prisiones, ¿no? —pregunta mientras cruzamos el patio. Al menos tengo que agradecerle que se mueva a gran velocidad y el trance esté pasando rápido.

—Sí, me parece muy interesante.

—Es muy interesante, muy interesante —repito agudizando la voz para darle énfasis al mensaje. Entramos en el siguiente edificio y pronto estamos en el patio prometido, el patio silencioso de belleza sureña con la fuente brillando en medio y el despacho de la psicóloga inservible a un lado. Me asalta el extraño deseo de dejarlo todo y hacerme monja yo también, ahorrarme todo lo relacionado con los Gonzalos del planeta y tener siempre cerca esta clase de patio celestial. Nos acercamos a la puerta rejada con las letras encima y se saca una llave del bolsillo del hábito. El deseo de ser monja se esfuma y me invade una intensa emoción que es mitad euforia y mitad pánico. La escalera blanca, estrecha y empinada se despliega ante nuestros pies. Del interior emana una humedad gélida.

—Esta no era la puerta que había cuando las santas estuvieron presas, esta se abrió después.

—¿Y por dónde se entraba?

—Ahora te enseño, sígueme.

Sor Petra pulsa un interruptor y dentro se encienden unas luces blancas de enfermería. Empieza a bajar la escalera y yo voy detrás. Con las prisas no me he traído el abrigo y aquí dentro hace un frío que pela. La escalera es empinada pero se acaba pronto y desemboca en un túnel con unas lucecitas encendidas a los lados y un pequeño altar al fondo. En cuanto estamos las dos abajo Sor Petra comienza a recitar de memoria, como si fueran los ríos de España, la historia de las santas que ya conozco. Chicas rebeldes, fans de Cristo, desafiaron a los romanos despreciando sus cultos, rompieron un busto de la diosa Venus, las castigaron haciéndolas caminar descalzas hasta Sierra Morena. La cosa cambia cuando levanta un brazo en el aire y me señala un garfio colgando del techo.

—De ahí las colgaron y las azotaron —me dice.

—¿Cómo? ¿De ahí mismo?

—Eso es, muchacha, de ahí mismo las colgaron y las azotaron —repite satisfecha de tener información tan impactante que proporcionar.

—¿Pero lleva ahí todo este tiempo el mismo gancho?

—Exactamente, el mismo es.

—¿Mil setecientos años?

—Más o menos, desde el 287 después de Cristo.

Me mira complacida porque sé algo de la historia y supongo que lo interpreta como cierta veneración a las santas. Veneración no albergo pero el interés es verdadero, eso no lo puedo negar. Da un par de pasos hacia delante y me señala la izquierda.

—Ese era el antiguo acceso que lleva tapiado muchos años, muchos años —asiento con la cabeza—. Por ahí las bajaron cuando las condenaron los romanos —añade, y por la forma en que mira creo que se está imaginando a Justa y a Rufina entrando por la escalera muy cabreadas con sus verdugos, dispuestas a sufrir lo que hiciera falta. Sor Petra se da la vuelta y sigue relatando con la boca llena de gozo por tener la oportunidad de tratar este tema que seguramente sea de sus favoritos. Me cuenta que al volver de Sierra Morena Justa estaba reventada y agonizaba ya suplicando un bichito de agua, y yo empatico con su sentimiento con todo mi ser. Si te tienes que morir te mueres pero no con sed, eso no. Rufina rezó desde el corazón por poder darle de beber a su hermana y tuvo lugar un milagro. Del suelo brotó agua y Justa no se tuvo que ir sedienta que es lo peor que hay. Igual que Santa Eulalia es una buena mártir, este milagro es un buen milagro, un milagro muy a mi gusto.

—Esa misma noche Santa Justa murió poco después y su cuerpo lo tiraron a este pozo.

Extiende el brazo derecho para señalar el otro pasillo antes de llegar al altar y sigo la dirección indicada con la cabeza. Ahí está. El pozo junto al que las encerraron sin un cubito con el que sacar agua para beber. El puto pozo. Dejo atrás a sor Petra y me asomo con dificultad porque al agujero hay conectadas varias tuberías que impiden el paso. Este escenario espeluznante me atrae como una loncha de pavo a un gato. Apoyo las manos en el borde blanco y helado y se agarran queriéndose quedar pegadas más allá de mi voluntad. Lo rudimentario de las tuberías junto a mi cabeza me resulta más seductor aún. Siento la presencia del cuerpo

pequeño y encorvado de sor Petra detrás mientras me permite inspeccionar su lugar sagrado. Cuéntame más, bruja endemoniada, deléitate con esta historia macabra, quiero saberlo todo, pero como me pegues otro pellizco te tiro al pozo y cumplo tu sueño de seguir la estela de las santas.

—Como Santa Rufina había sobrevivido la echaron a que se la comiera un león pero dicen que el león se le acostó a los pies y no quiso hacerle nada, así que decidieron decapitarla.

—Se hartaron ya del tema los romanos.

—¿Cómo?

—Que eran muy malos los romanos.

—Muy malos, malísimos los de esa época, y su cabeza la echaron aquí también.

—¿Aquí al pozo?

—Sí, pero luego se rescataron sus restos y se les dio sepultura cristiana.

—Menos mal.

—Mira, acércate al altar que es lo más importante.

Me cuesta alejarme del pozo y cuando separo las manos me parece que la piel se ha quedado pegada y me cuelgan hilos de carne derretida de las palmas, pero las miro un segundo y compruebo que no ha pasado nada. Me aproximo al altar junto al que está esperando ella muy dispuesta. Hay dos esculturas de las santas, una a cada lado de un trozo de columna adherida a la pared.

—Fíjate, esta es la columna a la que las tuvieron atadas —me dice dándole unos suaves azotes al mármol rugoso por la degradación de los siglos.

—Impresionante.

—¿Y ves esta marca de aquí? —En el centro de la columna hay tallada una cruz de mala manera. Asiento con la cabeza y los ojos llenos de interés—. Pues esta cruz la grabaron las propias santas con las uñas cuando estuvieron aquí cautivas.

Se santigua y mira al cielo. Abro la boca para mostrarle mi estupefacción y me fijo al detalle. Ella empieza a pasar el dedo por encima para demostrar la forma en que debieron haberlo hecho una y otra vez, compulsivamente, y se me ocurre que esa cruz no tiene pinta de haber estado tan definida en un principio pero que mil setecientos años de fervor religioso han terminado por perfeccionarla. La idea me gusta sea como sea. Las dos aquí encerradas a oscuras clavando las uñas en la columna y acabando en el pozo. He visto varias películas japonesas con este argumento y nunca me canso de él. La humedad ultracongelante del lugar empieza a calarme los huesos y me sube una oportuna tiritera que sor Petra interpreta como sobrecogimiento. En el fondo es verdad que aparte de helada también estoy conmovida.

—Ay, ¿qué hora será?

—Ya mismo suena la sirena.

—Me tengo que volver, sor Petra, que hoy empezaba yo a dar las clases.

—Vamos, vamos —me dice aligerando el paso y agitando las manos para que espabile—, corre, muchacha, hay que ser seria, sobre todo hay que ser muy seria para que los niños te respeten.

Subimos la escalera y mientras cierra la reja me achucha para que eche yo a correr y me adelante, no vaya a ser que pierda mi atributo más importante, la seriedad. Le doy unas gracias llenas de extrañeza y me voy al trote. Cuando estoy atravesando el patio principal suena la sirena y cientos de niños se marchitan a la vez a mi alrededor.

Después del recreo he tenido suerte y no había prevista una ficha de Religión sino de Plástica, asignatura a la que dedicamos demasiado poco tiempo. Las fichas de Plástica me parecen las más tristes justo porque podrían ser brillantes. Había que recortar unos dibujos impresos en una de esas páginas infectas para pegarlos en otra. Los diseños editoriales a los que los niños se exponen son peores que un suicidio colectivo pero he tenido que explicar el cometido con mi mejor actitud y durante el reparto de material sor Lucía se ha acercado para sugerir que le censurásemos el uso de las tijeras a Sandra por tiempo indefinido y ya que estamos el del punzón también por si acaso. La actividad alternativa para ella ha sido hacer un dibujo relacionado con la ficha que los demás estaban realizando. Ha pasado de la propuesta y ha dibujado una casa sin ventanas ni puerta con la fachada morada y un sol negro encima. No era un mal dibujo. No se puede decir que la niña no tenga estilo propio, el estilo de las pesadillas de toda la vida. Sor Lucía me ha dicho que muy bien todo, me ha dado ánimos, me ha entregado el ejemplar del libro para el profesorado para que pueda prepararme mejor las clases en casa y nos hemos despedido. Estoy centrifugada en la parada de autobús, apoyada en la marquesina con la cara hacia el sol tratando de reducir las revoluciones de la cabeza. Me subo en un 27 naranja de los antiguos. Hacía tiempo que no me tocaba uno y me parece más destartado que nunca. Recuerdo la pereza que me daba montarme con mi madre cuando era niña porque tardaba mucho y me hacía sentir pobre y lo contraste con la ilusión de empezar a cogerlos por mi cuenta a los once años para ir a los multicines de Los Arcos con amigas los sábados por la mañana. Consigo sentarme junto a una empleada maquilladísima de El Corte Inglés que aún lleva el uniforme antes de que el vehículo se llene. Paso una toallita higiénica sobre la ventana y apoyo la sien en el cristal. Falta una hora para llegar a mi casa. Suelto todo el aire acumulado procurando no echarle el aliento a nadie y afronto el momento temido de la reflexión. El pozo, las uñas, Lorca fusilado de madrugada y arrojado a un hoyo, Sandra usando el color negro, pegando a los compañeros, restregándose contra la mesa, no dibujando puertas ni ventanas en los edificios, su hermano encadenado, el garfio en el techo desde el siglo III, el despacho de la psicóloga Isabel que se quedó esperando sin que los padres vinieran, el herpes empezando a secarse que si sonrío se raja y me obliga a poner boquita de piñón.

En Nervión sube una pandilla de señoras mayores y les cedo mi asiento. Sé que he hecho lo correcto pero ir de pie en el autobús lleno de gente a esta hora con una herida tan sensible en la boca me cripa. Temo que alguien me empuje y me haga un destrozo. Me acomodo en una esquina contra la ventana principal. El móvil vibra en el bolsillo de la trenca que tenía que haberme quitado antes porque aquí hace calor pero ahora está muy apretado y no tengo espacio para moverme. Saco el móvil del bolsillo. Ha llegado un sms de Gloria: «Quilla su puta madre, tengo un pastel en el hospital, me ha tocado médico capullo, he llorado en el baño». Me lo quedo mirando con los dientes de abajo encajados detrás de las paletas. Ella nunca se queja gratis. Empezaba hoy sus prácticas en el hospital Virgen del Rocío. Le ha tocado en Cardiología. No me jodáis a Gloria. Conmigo vale que estoy acostumbrada y siempre encuentro algún motivo para quejarme de todas formas pero a ella no me la jodáis.

En casa comemos arroz y mi madre me cuenta historias de la pastelería que tienen interés pero no consigo enterarme de nada. La conexión con mi casa es muy frágil, la única comunicación intensa la mantengo con el perro. El resto es un bucle infinito de puestas y recogidas de mesa, ingestas, lavados de platos, ropa mojada por tender y seca por doblar, humo alrededor de la puerta de Manolo. A la asistenta que lo cuida por las mañanas la he visto pocas veces. Friego a menudo y tiendo a la velocidad de la luz para cumplir y no discutir con mi madre, nos hemos pasado discutiendo por cuestiones de la vida cotidiana desde mis doce años hasta los dieciocho. Ahora trabajo, friego, estudio. No nos llevamos mal pero es cierto que coincidimos poco y que odio la forma en que pronuncia mi nombre. Cuando ve la tele me llama cada veinte minutos para que presencie junto a ella algo irrepetible y yo me acerco arrastrando el pijama o le grito que no sin más. Una parte de mí echa de menos que veamos la tele juntas, pero a estas alturas ando tan ajetreada que no tiene ningún sentido emplear tiempo en eso. Aunque a veces hablamos estamos lejos. Estoy lejos de todo el mundo en realidad. Soy lenta y no me da tiempo de centrarme lo suficiente en ningún frente. No me apetece decirle nada de las prisiones. Dejo que ella lo cuente todo sobre el obrador, sobre el programa que vio anoche, y yo asiento distante. Si me pregunta qué me pasa alego que estoy cansada, que es verdad. El fijo suena.

—Tiene que ser Gloria —le digo a mi madre.

—Venga, cógelo, ya recojo yo.

Es generosa conmigo y ahora me siento culpable por no serlo yo con ella. Llevo demasiados años viéndola. Estoy aburrida. Un día se morirá y me acordaré de esto, me sentiré idiota y me pegaré un tortazo frente al espejo. El tortazo atraviesa el tiempo lleno de rencor a través del canal de mis pupilas negras cuando me reflejo en la vitrina vieja del salón y me golpea de camino al teléfono dejándome la mejilla picante. Descuelgo el inalámbrico y me lo llevo a mi habitación. Goro me sigue.

—¿Sí?

—Vaya mierda, cabeza, vaya mierdón.

—¿Qué pasa, Glori, cómo es ese nota, qué te ha pasado?

—Tremendo chulopollas, éramos tres de prácticas y nos ha tratado fatal, pero fatal fatal fatal. No nos quería explicar nada y si no sabíamos algo nos echaba la bronca, nos ha levantado la voz, a mí me ha dicho tonta directamente, tía, ¿tú te crees? Me ha dicho «niña, ¿pero tú eres tonta?» cuando le he preguntado una duda y me ha contestado con todo el desdén, y yo como era el primer día no quería dar problemas pero ahora tengo una corajera que reviento.

—Qué lástima, con lo que me gusta a mí un médico bueno.

—Para que veas.

—Qué fuerte.

—El típico médico que se cree muy listo y piensa que las enfermeras son gilipollas.

—¿Y has llorado? Me cago en sus muertos.

—He llorado al final antes de salir por la acumulación de mierda del día entero, es que ha sido un escopetazo de mierda, yo que llegaba tan ilusionada.

—¿Y no se puede hacer nada?

—No sé, tendremos que hablarlo. Las otras de prácticas y yo nos mirábamos con cara de esto qué coño es pero al acabar yo creo que nos hemos ido a llorar cada una a un sitio.

—¿Y las otras enfermeras de allí?

—No sé, es como que están acostumbradas y no le dan importancia, pero también es verdad que a ellas parece que las respeta un poco más.

—Tú libras hoy, ¿no?

—Sí, ¿tú cómo tienes la agenda, vas a Fernando?

—No, yo no tengo nada.

—Estoy sola en mi casa hasta la cena.

—Bueno, voy sin siesta y si me quedo dormida en tu casa pues me dormí, ¿es o no?

—Claro, vente ya, chorli, y tráete un Toblerone por lo que más quieras y una tarrina de helado.

—Del tirón.

Estoy destrozada pero una casa vacía siempre es mejor que una llena y tengo confianza de sobra con Gloria como para dormirme a su lado incluso si me está contando penas.

—Me voy con la Glori, ma, vengo como a las nueve y saco al Bo.

—Bueno.

Mi madre ya ha recogido la mesa y noto la ligera tristeza de sentirse abandonada, de tener un día libre y que yo pase por casa veinte minutos y me vuelva a ir, no poder contar con nadie sólido con quien compartir la vida. A mi padre nunca lo he visto, ni siquiera en fotos, pero sé que era bajito y ocurrente. Se conocieron cuando ella vivía en Ibiza vendiendo trastos en un mercadillo. No sé qué clase de tunante sería pero dicen que traía de Italia una cámara de fotos buena con accesorios que había robado y estaba intentando vender el paquete por cincuenta mil pesetas. Desapareció antes de conseguirlo y se dejó al lado del colchón donde dormía mi madre la cámara con tres objetivos y el flash, mi única herencia suya aparte de los ojos, la nariz, el pelo y la mala piel. Aprendí a usar la cámara de pequeña y me fui obsesionando poco a poco con ella. La obsesión culminó cuando tenía diecisiete y descubrí que podía revelar mis propios carretes en casa. Le pedí a los Reyes Magos una ampliadora de segunda mano y me encerré en el cuarto apestando a químicos con la luz roja y la conciencia del tiempo perdida durante meses, echando fotos de día y revelando sin parar el resto del tiempo. Los periodos de exámenes me mataban porque dejaba de salir con Gloria los fines de semana pero sobre todo porque me quitaban tiempo de revelado. Con mi padre me pasa como con Diana. No me da tanta pena no haberlo visto yo como que él no me haya podido ver a mí. Creo que en parte la relación con la cámara tiene que ver con la fantasía de que él me mire a través del objetivo gracias a cierto conjuro que solo tiene sentido en mi soledad.

Año a hacer fotos y luego ver cómo han quedado a través de ese proceso mágico, escribirle cartas a Gloria y a Diana, dar paseos comiendo pipas, no tener siempre tantas cosas que hacer, no ver a mi madre tan abandonada, sentarme a mirar la tele a su lado con una tableta de chocolate. Cuando mi madre supo que estaba embarazada se volvió a Sevilla y como antes de irse había sido pastelera buscó trabajo de lo mismo y le salió en el obrador de aquí al lado. Desde su última ruptura hace seis años se ha ido distanciando cada vez más del mundo. No llegamos a vivir con ninguno de sus ligues, lo que implicaba que tenía muchas citas. Me gustaba verla entrar y salir tanto. Sé que hubo muchos más pero le conocí tres novios y dos novias. Lo de las novias fue una gran ventaja a la hora de que a mí me gustaran las chicas. Diana lo mantenía en absoluto secreto en su casa y se moría de preocupación ante la posibilidad de que nos pillaran más cerca de la cuenta. Mi madre siempre dio por hecho que a mí me gustaría lo que me gustara en cada

momento. No hubo ninguna conversación espesa sobre el tema, ninguna anunciación, ninguna sospecha despejada, ninguna tensión. Lo mismo que la mayoría de los padres asumen la heterosexualidad de sus hijos, mi madre asumió lo que sea que soy yo desde que nací. En el instituto se tiraban de los pelos intentando que encajara en algún parámetro comprensible y me preguntaban si era lesbiana o bisexual, una flipada del vicio o qué carajo y la incertidumbre les empujaba a insultarme. Había cierta obsesión con que yo acarreaba un lesbianismo encubierto y me pinchaban sin parar en busca de la confesión. Gloria no lo ha hablado con sus padres y estamos seguras de que necesitarían una salida de armario en toda regla y mucha paciencia, pero a mí siempre me entendió con una inmensa naturalidad. Para ella era igual. Le podía gustar cualquier persona y cada persona le gustaba de una manera diferente. Es muy sencillo en realidad. Gloria no se merece que nadie le pregunte si es tonta.

Me amarro con rabia las zapatillas, me pongo el abrigo y salgo solo con la tarjeta, el tubo de Aciclovir y el móvil porque voy a territorio cercano y conocido y no necesito más. Le doy un abrazo cuidadoso a mi pobre madre descarrilada de la vida más allá del breve camino entre el obrador y la casa, le digo adiós con la mano a través de la ventana de la cocina y enfilo hacia el supermercado. Llevo la cara y los dientes lavados con extrema cautela, todos los granos vacíos menos uno y las uñas de las manos cortas. A las de los pies tengo que pegarles un repaso mañana cuando salga de la ducha. En el supermercado cojo un Toblerone de los grandes, una tarrina de helado de vainilla con nueces de Macadamia, otra de chocolate con brownie, un paquete de Cheetos Pandilla y dos botellas de té verde Arizona y le tiendo orgullosísima mi tarjeta a la cajera. Me cobra diecinueve euros con algunos céntimos, cantidad que de no trabajar en el Telepizza desestabilizaría por completo mi economía este mes, y salgo sintiéndome una auténtica mujer de provecho.

Gloria lleva un pijama turquesa de Ágatha Ruiz de la Prada con una luna amarilla en la pechera al que se le notan los años en las pelotillas. Se ha cogido un moño maltrecho y se ha quitado el maquillaje. Parece que se acabe de levantar y se me arroja al pescuezo.

—¡Mari Toñi!

—Ten cuidado que llevo el herpes que me va a echar a andar —le digo—, vamos para el frigo que traigo buena cosa.

—Qué coño frigo, vamos para el sofá con dos cucharas.

—Coge un bol para mí.

—Verdad.

Nos sentamos en la rinconera y coloco el pícnic entre las dos.

—Estilazo la Pandilla, ¿eh? —comenta satisfecha.

—¿Has visto?

Vamos abriendo los envoltorios y al principio Gloria no me cuenta nada, se limita a reseñar lo bueno que está todo hasta que de repente explota y empieza a maldecir repasando una y otra vez las cosas que me dijo antes por teléfono. Tengo mucha práctica escuchándola pero incluso a mí me resulta a veces difícil seguir su ritmo en días como hoy. Si normalmente ya habla muy rápido cuando está alterada no es que deje de pronunciar, es que es imposible asimilar tanta información. Yo intento proponerle soluciones pero eso la irrita cada vez más hasta que clava la cuchara en la tarrina de chocolate y se encara conmigo.

—Mira, Eulalia, yo no sé si puedo hacer ninguna de esas cosas que tú me dices, ni poner quejas ni contestarle al tío ni montar ningún pollo. Me tengo que esperar a ver el percal y hasta que no averigüe un poco cuál es la mejor opción estoy acorralada.

—Bueno, bueno.

—Imagínate que tú llegas al colegio de monjas y te toca una monja hija de puta el primer día, no sabes qué hacer, te lo tienes que pensar.

—Ya.

—Así que deja de intentar solucionarme el pastel en cinco minutos porque no es tan fácil.

—¿Y entonces qué hago, qué quieres que te diga?

—Pues dame apoyo, cabezona, dame comprensión.

—Vale.

—¿Entiendes o no?

—Sí, perdona.

—Que hay veces que hay que explicarte lo más básico.

Este defecto lo he heredado de mi madre y me molesta darme cuenta. Así es como trata mi madre los problemas, te propone las dos primeras soluciones que se le ocurren y si no te convence ninguna te dice que entonces no entiende de qué te quejas, como cuando me llevaba de compras con trece años y si no me gustaban ningunos zapatos me miraba indignada, ¿cómo no podía gustarme ningún modelo en dos zapaterías enteras? Se enfadaba y me hacía sentir rara. A veces hace falta mirar veinte zapaterías para encontrar lo que quieres. Hay días que ni habiendo mirado en esas veinte lo encuentras y tienes que seguir buscando. Siempre me echó en cara que no me conformara con los limitadísimos recursos del barrio. No sé cuánto tiene que ver pero se me ha venido a la cabeza aquello y me ha ayudado a comprender esta situación. No quiero reproducir los errores de mi madre. Quiero ayudarla, que su problema esté solucionado y deje de sufrir cuanto antes, pero ante ciertas disconformidades irresolubles la gente solo espera que permanezcas a su lado, no tener que atravesar los trances difíciles en soledad. Si tienes una enfermedad terminal lo único que puedes esperar es que alguien te coja la mano. Comprensión y apoyo. Ya que se me quedan clavadas en la memoria tantas cosas feas e inútiles que al menos no se me olvide esto tampoco. Le damos tres o cuatro vueltas a lo imbécil que es el señor doctor y Gloria se queda absorta masticando chocolate. Parece por fin desinflada.

—Y lo peor no es eso —espeta después de reflexionar un rato.

—Ya, lo peor yo sé lo que es.

—Yo sé que tú lo sabes, qué asco, qué bochorno.

—Lo peor es que te lo quieres follar seguro.

—De coraje. ¿Qué te has creído, que soy tonta? Pues toma, me siento en tu cara que no me pareces ni guapo pero solo para hacerte pasar penuria debajo de mi culo.

—Me sentaba yo también y le meaba y todo.

—Capaz de que le guste.

—No creo, tiene que ser un soso.

—Me va a dar las prácticas, ya verás.

—¿Cómo es?

—Tendrá cuarenta y cinco o cincuenta años, no sé, algo así, con el pelo engominado y los ojos muy saltones muy agoniosos. Putos cardiólogos, se creen muy importantes.

Gloria arroja un trozo de Toblerone dentro de la tarrina de vainilla, lo machaca un poco, se lleva a la boca la mezcla con la cuchara y la mastica con furia.

No he llegado a dormir en casa de Gloria, todo ha sido comer, maldecir, aplicarnos crema de manos y maravillarnos ante su visible efecto rejuvenecedor. Te untas un poco y por un rato te devuelven las manos de la pubertad. Dentro de seis o siete años las cremas nos devolverán como mucho las manos de hoy en su versión más gastada, el aspecto de los trece se habrá perdido para siempre. Si me resulta llamativo el envejecimiento de los veinte, si ya estoy con anticelulíticos y contornos de ojos incluso aparentando ser más joven de lo que soy, cómo lo voy a llevar cuando mi deterioro sea de verdad tangible. Va a ocurrir, no queda otra. O me muero joven o me degrado poco a poco hasta la senectud y me muero de todas formas. Por mucho que todas estas cremas hagan su efecto y me hagan aparentar cinco años menos el destino es el que es, no hay escapatoria. Cuando tenía la edad de las manos que afloran al ponerme crema me obsesioné con la posibilidad de eternizar la conciencia porque no asumía lo de morir. Echaba cuentas y decía ahora estoy aquí pero mañana estaré en tal lugar, y de repente mañana era hoy y yo estaba efectivamente en ese sitio, y lo mismo iba a pasar con el hoy estoy aquí y mañana no estaré en ningún lugar. Me parecía demasiado dramático. El implacable transcurso del tiempo era algo que me devanaba los sesos. Me aferré a la posibilidad de los avances de la ciencia, que tal vez podrían salvarme, y me imaginé a mí misma como científica iluminada descubriendo la solución a los treinta y cinco años o a los sesenta, me daba igual, pero no teniendo que desvanecerme de esa forma tan cruel. Nadie tendría que volver a morir. Pensaba que era posible. Tal vez lo sea y no llegue a tiempo. Está claro que no voy a ser una científica revolucionaria pero puede que alguien más lo consiga. ¿Y si ocurre justo después de que yo me haya muerto, si formo parte de la última generación que se tuvo que morir? Nuestras conciencias irre recuperables quedarían de mártires. No quiero ser una mártir. A veces me gustaría desaparecer en el acto y otras que la existencia fuese ilimitada para vivir en paz o que al menos tuviese algún sentido, pero no lo encuentro. Se supone que el destino del Universo es extinguirse de todas formas y que morir mañana o dentro de unos cuantos millones de años es lo mismo porque acaba llegando igual, pero no me consuela, quién está tan seguro de que el destino del Universo sea ése. Son todo conjeturas, las teorías de ese tipo se descartan constantemente. Qué significa de verdad todo esto.

Paseo a Goro exhausta después del fin de semana empalmando de un tío a otro, con turnos partidos y del día de hoy que ha tenido mazmorras. Me he empachado merendando y siento el estómago sucio. No quiero ni cenar, solo quiero acostarme. Goro divisa un labrador muy alegre en la acera de enfrente, mueve las orejas y me agarro a una farola por si echa a correr que no me lleve volando. Me encanta sacarlo pero es mucho más fuerte que yo y a lo largo de los años he ido aprendiendo recursos para no ser arrastrada. El labrador se aleja y seguimos nuestro camino hacia el montículo de tierra que sé que le gusta. En cuanto llegamos coloca las patas de atrás encima y caga con el culo en alto. Volvemos meando en todos los árboles hasta que solo quedan unas gotitas simbólicas que esparcir, entramos en casa y le pongo de comer mientras bebe metiendo media cabeza en el cubo de agua. Se acuesta frente al plato y empieza a masticar. Le gusta cagar en alto, beber con la cara sumergida y luego comer tumbado con el plato entre las patas delanteras. Mi programa favorito es este perro, me lo calma todo. Un día tendré que verlo

morir y me quedarán todos estos recuerdos. Miraré sus fotos y se me aparecerá en sueños pero no podré a volver a tocarle los pelos del cuello. Me fijo en sus detalles mientras mastica con entusiasmo, le acaricio la coronilla y decido desconectar el flujo de los pensamientos intensos. A los doce años no podía, me absorbían como un agujero negro a un pánico que podía traerme hasta convulsiones. Solo conseguía pararlos echando a correr, como si huyendo desesperada los dejase atrás. Al menos eso lo he aprendido, les digo que ya, que hasta aquí, me pongo con otra cosa y casi siempre obedecen.

Subo a mi habitación dándole vueltas a la necesidad de dormir mucho, le echo un vistazo al libro para el profesorado y en cuanto entro en la cama me bendice un dulce sueño favorecido por el rumor de la actividad de la cocina. Cuando era pequeña me pasaba lo mismo. Escuchar a mi madre despierta me brindaba paz y era una de esas niñas que necesitan la luz del pasillo para combatir la oscuridad y el silencio de la noche. Funcionaba solo a medias. A veces me mantenía despierta hasta las cinco de la mañana, nerviosa y perturbada. Pensaba que al hacerme mayor se me pasaría. Ser mayor era en mi cabeza equivalente a tener dieciséis años. En cuanto los cumplí supe que no iba a pasar, que no me liberaría de la carga del miedo dejando pasar el tiempo. Siempre fui miedosa y cuando se ridiculizan las ansiedades nocturnas de los niños me enfado. Los miedos irracionales son cosa también de adultos aunque la mayoría no hable de ello. Es un malestar real, que puede desembocar en trastornos jodidos. No es que haya que hacer un mundo de ello pero tampoco tomárselo a broma.

Acostarse tan temprano suele ser traicionero y el sueño me ha durado poco. He dormitado desde las diez y media hasta las tres y tengo los ojos tan abiertos que me resulta impensable pestañear. Ha sido como echar la siesta que tenía pendiente a destiempo. Goro no está en la habitación pero dejé abierto para que pudiera entrar y salir. Estoy tumbada de lado hacia la puerta y no me gusta el panorama. El peluche tiene que haberse caído al suelo. Daría lo que fuera por escuchar la melodía de *Crónicas marcianas* en el salón acompañada de la risa de mi madre. Algunas noches dejo la luz encendida porque el acecho de la oscuridad me desvela, pero ahora no me apetece ni mover la mano hacia el interruptor de la lamparita ni escuchar mi propia voz llamando en susurros al perro. A esta hora se entra en el estadio más profundo de la noche, el que dura hasta las cinco y media. Notar su ambiente me ofusca, me he despertado sofocada. No era una pesadilla ni una parálisis pero casi. Había una chica caminando por el monte de espaldas a mí y yo la seguía. Era de día y el cielo estaba nublado. Al principio era una niña pero a cada paso iba creciendo hasta hacerse muy esbelta. En el momento en que ha alcanzado una altura físicamente imposible he vuelto aquí con un sobresalto. La conozco, la he visto más veces aunque su cara no está nunca lo bastante cerca como para distinguir bien los rasgos. Se parece a mí cuando tenía el pelo largo pero sus huesos son un poco más prominentes. De pequeña le tenía miedo a Freddy Kruegger y me daba pánico dormirme por si venía a por mí pero a partir de la pubertad empecé a construir mi propio imperio. A los doce años me desperté una noche y tuve el impulso de levantarme para ir al baño sin otro propósito que el de verme llegar en el espejo y acercar la cara hasta tocar la superficie fría con la nariz. Me sentía fuerte, arrebatada. Clavé la vista en mis propias pupilas con convicción esperando que algo pasara hasta que algo pasó. Tuve la sensación de salir de mí misma, de verme desde fuera, desde el interior del reflejo, de que mi propia mirada me absorbía y me conectaba por primera vez con el tubo que comunica con mis demás conciencias. Haber escarbado lo suficiente en aquel pozo como para encontrar un

conducto secreto me hizo sonreír. Aquella sonrisa ajena e inesperada al otro lado del espejo me electrificó y me volvió otra vez vulnerable. Me fui a la cama con taquicardia y me prometí no repetirlo pero no fui capaz de cumplir el juramento y terminé desarrollando la paranoia secreta de que todos los reflejos me observaban. Unos días después del primer experimento soñé con la chica que acabo de visualizar caminando por el monte. Estaba erguida y quieta en el umbral de la puerta de mi habitación. Tras unos segundos dio un paso y lo atravesó. Verla entrar en mi habitación con tanto realismo me despertó de inmediato. Así fue cómo accedió a mis dominios, de una forma muy literal. Me pregunto si fue en alguna de mis incursiones en el espejo, afanada en explorar las tuberías de la conciencia, cuando la desperté por error y se me adhirió. Había algo en aquellos enfrentamientos con el espejo que no soy aún capaz de rechazar del todo, algo potente y adictivo. Todavía a veces me asalta la tentación de levantarme en momentos como este y ver lo que pasa pero sería como haberme mantenido limpia durante años para acabar recayendo. De vez en cuando me asomo, compruebo que el alcantarillado funciona y sigo a lo mío. Hoy he visto un pozo subterráneo. Un pozo al que tiraron una adolescente muerta y la cabeza cortada de su hermana que casi tenía mi edad. Más tarde recuperaron sus restos. Alguien los buscó y los sacó allí mismo en la mazmorra que yo he pisado. Mantengo los ojos sin lentillas clavados en la puerta abierta sin enfocar nada. Una presencia amenazante me asoma por el rabillo del ojo. Está más o menos en el centro de la habitación, entre los pies de la cama y el sillón de escay atestado de ropa. Es mi vieja amiga la del sueño en su versión más alta y delgada. Suelto en silencio la enorme cantidad de aire que tenía acumulado de aguantar la respiración y cuando se acaba desvío los ojos hacia la derecha para comprobar que el espectro se disuelve. Si alguna vez la encontrase ahí de verdad me daría la risa. En parte por la alegría de que al fin coincidiéramos en el mismo plano y en parte por el alivio de que haber perdido las riendas después de agarrarlas durante años significaría el desenlace de una tensión insoportable. Enciendo la luz y me clavo las uñas cortísimas en las palmas de las manos empujando las yemas de los dedos hacia atrás. Me acuerdo de las santas arañando la columna de mármol hasta tallar una cruz en la oscuridad de la mazmorra pero en esta habitación no hay ninguna columna, ningún pozo, ninguna uña larga, yo ya no estoy a oscuras y las riendas siguen aquí.

Miércoles

7 de febrero de 2007

Ayer quise arreglar la mala noche cortándome las uñas de los pies nada más levantarme pero estuve torpe y me dejé un piquito en el dedo gordo del pie izquierdo que me estuvo perturbando todo el día. Hoy me he afanado en clavar bien a fondo en la carne el cortaúñas para llevarme cualquier resto. El resultado es un poco extremo pero no dejo de vanagloriarme en la forma en que los calcetines me acarician el hueco que ha dejado el trozo duro y punzante que ya no está, paladeando el recuerdo del momento en que conseguí cortar el piquito y retirarlo. En cambio el herpes, ya en su fase más monstruosa, se me ha rajado después de la ducha y de la brecha me ha brotado una sangre muy roja, muy líquida y muy caliente. Los trozos de costra han adquirido un tono amarillento a juego con mis bragas de mercería antigua pero cubiertos de pomada no se nota. Hemos rezado y he explicado las fichas tediosas y no sé determinar si cada día me molesta más el tema o me molesta menos. Empiezo a cogerle el truco a hacerlo sin pensar pero si luego lo pienso el hervor que siento en el estómago se vuelve más y más agresivo. El Día de Andalucía está cerca, me ha dicho sor Lucía antes de salir al recreo, y ha sugerido que decida ya cómo lo quiero enfocar y empiece con los preparativos. Haré algo clásico y vistoso, no aspiro a más. Me paseo por el patio de Infantil y me acerco a la zona de los columpios. Columpios relucientes en el patio del colegio, sin desconchar. Le doy el último bocado a la barrita de cereales y arándanos del Lidl. Las marcas del Lidl me siguen extrañando con estos nombres y estos diseños pero están bien. Es como si vinieran de otra dimensión. No una mala dimensión, solo inasumible.

—Señorita. —Sara está a mis pies y me mira con una expresión detectivesca.

—Dime, Sara.

—Señorita, ¿en qué año estamos?

—¿En qué año estamos? En el 2007.

—Ah.

—¿Se te había olvidado?

—Sí.

—Claro, es normal, es que llevamos poco en el 2007, yo tampoco me he acostumbrado.

¿Cuál ha sido tu año favorito?

—¿Mi año favorito?

—Sí, el año favorito tuyo, el que más te ha gustado, ¿tienes alguno preferido?

—Este.

—¿Este, el 2007?

Asiente con la cabeza y me pide que mire cómo se sube en el tobogán. Me hace gracia que diga que es su favorito cuando hace unos segundos no se acordaba de cuál era, pero una cosa no tiene que ver con la otra. ¿Hace falta saber que la hierba se llama hierba y que esté muy crecida

para que te guste la hierba? Seguro que hay cosas que le gustan a Sandra aunque no las sepa nombrar en ningún idioma. El calor del sol en la cara cuando deja atrás el pasillo frío a la hora del recreo, el sabor del zumo multifrutas que se acaba cada día muy concentrada, el color negro. Tampoco hace falta saber el nombre de las cosas que no te gustan para saber que no te gustan. El aburrimiento, el abandono, la desolación te impregnan igual por mucho que te falte el vocabulario. Cuando Sara está en lo alto del tobogán me saluda y se tira. Al caer pone cara de susto y se le tuerce la boca pero vuelve a mirarme riéndose. Es verdad que no parece un mal año para ella. A mí también se me olvida en cuál estamos, es como si la cifra no significara nada. Antes estos números tenían sentido y ya no. Esta década no tiene carácter para mí, es como un diseño del Lidl, no la entiendo, y los dos ceros resultan muy inhóspitos, es como vivir dentro de un preámbulo, de un prólogo seco, de un parque recién inaugurado al que aún no le han empezado a crecer los árboles, como cuando fui al Guadalupe de niña y me quemé los pies porque no había sombra. Mi madre tampoco percibió las características de los años de mi infancia con unas características tan marcadas. Ella se dedicaba a vivir, a apañarse, veía las modas y las noticias ir y venir pero no se empapaba al mismo nivel, no se fijaba tanto. Mis niños del Santa Justa y Rufina y todos los de su generación sabrán decir cómo fue este tiempo. Desde sus ojos todo se destila con una pureza superior. Ellos, inmersos como nadie en la civilización actual, serán sus mejores cronistas. Estoy deseando que me cuenten cómo es esto, qué está pasando. Ya han llegado los pantalones de pitillo, cosa que me parecía impensable en el 2001 donde solo se concebía una buena campana, y empiezan a aproximarse los tiros altos que llevo tanto esperando. Al corte a la cadera yo me entregué con todo mi corazón y me compré pantalones tan bajos que me asomaban los pelos del coño por la cinturilla, pero ya estoy harta de llevar los riñones al aire, de que se me salga la raja del culo, de las faldas con leggings, de los pantalones pirata. El día que conocí a Diana yo llevaba un vestido encima de unos vaqueros con pata de elefante. Ella llevaba unas Converse All Stars, unos Levi's y un palestino. Nos cruzamos por casualidad una noche que saludó a Macarena en una de mis primeras expediciones a la Alameda. Las vi hablando, ella de espaldas con el pelo largo y anaranjado hasta la cintura y Macarena fumando con un vestido de rayas. Diana llevaba las manos metidas en los bolsillos, tenía la pierna izquierda flexionada, en cierto momento se doblaron las dos para reírse y su pelo se agitó en el aire. Me quedé mirándola y experimenté un sentimiento que recuerdo también de las semanas que pasé recién llegada al Telepizza. Era el inmenso deseo de dejar atrás como fuese la freidora para acabar en la caja. Me sentía indigna pero llena de una fuente de energía transformadora. La energía que me prendía dentro aquel día se ha esfumado pero me consuelo procurándome zapatos redonditos, poniéndome ropa de cuando mi madre era joven y gracias a eso me luce algo el resto de la morralla. Sara se ha vuelto a montar en el tobogán y cuando cae se levanta y viene a buscarme.

—Señorita, ¿me ayudas a hacer caca?

Bueno, esto es nuevo.

—Claro, vamos.

Me coge de la mano y camina con paso jovial hasta la clase. Ojalá con la gente mayor este tema fuese tan sencillo de abordar. No llevo nada bien su ocultación. Con mi madre y con Gloria no hay problema, sobre todo con Gloria. Mi madre es más pudorosa pero al menos se puede

hablar de ello. Con Gloria he cagado en el mismo cuarto de baño mientras ella se pintaba los ojos y viceversa. Cómo estimo su compañía, es la más pura, la más verdadera. Sara y yo entramos en el baño amplio y cómodo. Ella se sienta en el váter y yo en un banquito junto a la ventana. Está contenta y agita los pies.

—Tú sabes ya bien sola, ¿no? —le pregunto.

—Sí, cuando era chica no pero ya sí, pero para limpiarme me ayudan algunas veces.

—Vale.

Escuchamos caer la caca. Yo me río y me siento estúpida porque ella no. Para ella es algo tan sencillo y natural que no hace ni gracia, no importa nada.

—Ya —me dice.

—Qué rápida, ¿te ha ido bien?

—Sí.

Se queda sentada como esperando, así que me acerco y le voy proporcionando trozos de papel con el tamaño y doblez adecuados. Ella los usa y cuando cree que el trabajo está terminado se pone de pie y me enseña el culo para que compruebe si el resultado es óptimo. Todavía quedan unos restos, así que le doy un trozo más de papel y le indico dónde tiene que usarlo. Como no atina cojo una toallita húmeda del mueble, me cubro la mano con ella, se la paso por toda la raja del culo, la vuelvo a mirar y la tiro a la papelera. Corto otro pedazo de papel y le seco la humedad que se le ha quedado entre los cachetes porque a mí me resulta odiosa cuando limpio mi propio culo y no quiero que a ella le pase lo mismo.

—Ea —le digo. Lo entiende de inmediato y se vuelve a vestir torpemente. Le recuerdo que hay que darle al botón de la cisterna y lo aprieta con ahínco. La ayudo también con los leotardos, recuerdo que manejar las prendas ajustadas era muy difícil y si lo hacías mal las costuras se te clavaban. Qué denso el aprendizaje de todas estas cosas a la vez. Como si no entrañara suficiente complicación el manejo de las vestiduras, del alimento y del propio cuerpo hay que estar lidiando también con el lenguaje hablado y escrito, el pensamiento matemático, las normas sociales y el concepto de Trinidad. Son bonitos los uniformes pero para esta edad me parecen un suplicio. Ojalá pudieran venir todos los días en chándal, ojalá se pudieran quedar en sus casas tan tranquilos y aprender charlando de paseo por el parque. Nos lavamos las manos las dos y volvemos a salir. Ella está eufórica y echa a correr con ese paso ondulante que es mi debilidad. Se cruza con Rubén e Iván, que se están persiguiendo en actitud algo cafre, y los esquiva justo antes de que se caigan al suelo uno encima del otro en una especie de efecto dominó. Los dos lloran pero no se han hecho nada y se les pasa rápido. Durante la asamblea hablamos de eso y consiguen reírse de cómo se han caído. Los demás nos contagiamos de su buen humor. Sandra está a lo suyo pero no molesta. Cuando se sientan, al coger el libro de fichas de Religión para explicar lo que hay que hacer siento que el objeto me quema las manos, que estoy a punto de ejercer el mal, como si Charles Manson me hubiera captado perdida en una calle, me hubiera conducido hasta este cometido extraviada y le estuviera diciendo que sí a todo por no discutir, adoctrinando a sus discípulos recién llegados, transmitiendo su extraña palabra. Hay partes hermosas en el discurso, pero también un trasfondo delirante terriblemente sospechoso. El ejercicio me da miedo nada más verlo. Aparecen dibujados un niño y una niña y ninguno de los dos tiene rasgos faciales. El niño está pensando en la Virgen y la niña en Jesús. Hay que pintar sus expresiones mientras piensan en eso y después colorear todo el conjunto.

—¿Cómo creéis que está el niño cuando piensa en la Virgen? —Sé lo que tengo que hacer pero es dolorosísimo.

—Contento —responde Diego.

—Alegre —añade Antonio Jesús.

—Tranquilo —sugiere Ana María. Un leve murmullo repite las palabras contento, alegre y tranquilo. Sebastián añade feliz y Alba culmina la puesta en común con un bien.

—¿Y sabéis cómo se dibuja una cara contenta, alegre, tranquila, feliz, la cara de un niño que está bien?

—¡Sonriendo! —exclama Alejandro, y todos están de acuerdo.

—Pues ya sabéis lo que tenéis que hacer, y con la niña que piensa en Jesús lo mismo, os voy a repartir materiales y luego lo coloreáis todo como más os guste, ¿vale? —dicen que sí—. ¿Alguna duda? —dicen que no. Les creo, es muy fácil. De todas las palabras que he empleado la que más contrariedad me causa es Jesús. Solo es un nombre pero es el nombre del profeta, del que enredó todo esto, el que miles de veces he visto representado en la cruz, y en el fondo no tengo nada contra Jesús pero todo lo que han hecho después para honrar su figura me espanta. Los niños sin cara de la ficha resultan siniestros. ¿Qué pasa si alguno les pinta caras tristes? ¿Habría que decirles que no está bien, que siempre que pensemos en la Virgen y en Jesús hay que ponerse contento? ¿No se puede pensar en ellos albergando un sentimiento negativo? ¿Ni preocupación ni melancolía? ¿Valdría si alguno nos dice que está triste porque le ha pasado algo que le da pena y está rezando para que se arregle, eso valdría, hay apertura para el diálogo? No tengo ni idea. Identificarme como profesora de Religión para niños de cuatro y cinco años me da ganas de patalear. No pataleo sino que reparto unas bandejas llenas de lápices, gomas y sacapuntas y otras con ceras de colores y me paseo por las mesas supervisando montones de ojos, narices y bocas fuera de lugar. Sor Lucía llama a Sandra para que se siente con ella en la mesa grande a hacer el ejercicio y Sandra se levanta y echa a andar pero cuando ha dado dos pasos se arroja al suelo frente a su pupitre y se vuelve a incrustar la pata entre las piernas. Sor Lucía da un salto y yo me llevo la mano al flequillo. Ahora que la monja tiene claro que es un comportamiento sexual su respuesta es mucho menos comprensiva. Se abalanza sobre ella y la arranca de cuajo de la pata de la mesa. Sandra abre los ojos desconcertada, se resiste con ardor y empieza a llorar a gritos.

—¡Ya está bien con esta niña, hombre! —exclama sor Lucía con los dientes apretados. Trata de ponerla de pie pero a Sandra las rodillas se le doblan y la intensidad de su llanto aumenta. Como la escena sexual está disuelta la monja se ablanda un poco y la trata con algo más de delicadeza—. Venga, pon los piecitos en el suelo, Sandra. —Ante la amabilidad del tono la niña obedece pero su desconsuelo no cesa. Sor Lucía le dice que no llore más, que está todo bien, que se ponga en su mesa que van a hacer una ficha muy bonita. Se saca un paquete de pañuelos del bolsillo de la falda y le suena los mocos con gran eficacia. Sandra se ha quedado colorada y está preciosa pero me parte el alma. Cuando todos han dibujado su par de caras raras y coloreado la ficha entera dejamos un cuarto de hora para jugar a vestir y desvestir los muñecos de trapo del fondo y en seguida hay que ponerse a recoger. Mientras ayudamos con los abrigos, sor Lucía se me acerca y me susurra que va a volver a llamar a sus padres hoy mismo.

—Tienen que venir a la cita y hablar con la psicóloga sin falta, lo de no aparecer y llamar por teléfono no puede ser.

Sor Lucía es bastante experta disimulando frente a los niños pero creo que se le está yendo un poco, que no debería hablar así con ellos alrededor. El tema la saca de quicio y lo entiendo. Pensemos lo que pensemos del comportamiento de la niña lo que está clarísimo es que los padres tienen un cero y eso ofusca a cualquiera. En cuanto entregamos a los niños en la puerta ella me deja sola para ir a intentar contactarlos por teléfono inmediatamente y yo me quedo eligiendo qué materiales llevarme para preparar las manualidades del Día de Andalucía. Al fondo de la clase hay de sobra de todo y apenas se usa. Es como una pequeña papelería, y sor Lucía me ha dicho que si necesito más cosas tienen un almacén al que me puede dar acceso. El colegio al que fui de pequeña y en el que estuve de prácticas el año pasado era como un animal desnutrido, apenas un saco de piel y huesos tiritando de frío, mientras que esto es un gato persa con más comida de la que es capaz de ingerir. Me encantan las papelerías y disfruto del lujo que me ofrece el momento pero me acuerdo del gatito hambriento que me habló en la puerta de casa y deja de hacerme ilusión todo.

Esta tarde tampoco trabajo pero ni me he repuesto todavía del barullo del fin de semana ni voy a poder descansar. Tengo que llevar cuanto antes mi idea con vistas a que vayamos preparando el Día de Andalucía y hemos quedado con Macarena. Es ella la que está hoy sola en casa y quiere celebrar que ha hecho su último examen. Este viernes lo celebrará en condiciones en la Alfalfa con más gente pero nosotras le hemos dicho que no vamos a poder asistir porque estamos hasta el culo, así que seremos las encargadas de inaugurar sus jornadas festivas, cosa que me hace sentir honrada. Su casa está lejos pero es cómoda. Hemos quedado a las seis y media allí, por lo que Gloria y yo vamos a coger el autobús a las cinco y media dando por hecho que seguramente lleguemos tarde. Cuando estás destrozada hay un máximo de antelación con el que puedes hacer las cosas.

Despliego los materiales sobre mi cama y aparto a Goro que los olisquea a base de besos en la cabeza. Me arrodillo en el suelo y él se sienta al lado a ver qué pasa. Entregarme a esta clase de quehacer me quita la ansiedad. Del cole hoy me he venido con un montón de papeles de colores y una enorme cartulina en color arena en la que voy a dibujar un mapa de Andalucía bien hermoso. En los papeles voy a pintar una cosa bonita que tenga Andalucía por cada niño de la clase y luego las van colorear, recortar y pegar en la provincia que corresponda después de un debate que espero muy tórrido. No quiero ni un riesgo, me quiero deslizar sobre esta actividad como una bailarina rusa, muy correcta y precisa, clásica, intachable, para todos los públicos, porque la cosa se está empezando a poner cada vez más oscura y no hacen falta más riesgos. Bastante tengo con que me hayan pedido que hable de Federico García Lorca. Supongo que esto es muy habitual, que a los grandes artistas los reclama todo el mundo, pero a mí me cuesta digerirlo igual. La semana pasada le pregunté a sor Lucía si en el colegio había biblioteca, si tenían su obra consultable para facilitarme las cosas, y me contestó que sí que había biblioteca y que sí había obras de García Lorca, pero que la estancia era un anexo al despacho de madre Pilar y estaban prohibidas la entrada y la consulta. Más le hubiera valido decirme que no había biblioteca. La idea de tener libros en un centro educativo para prohibirlos me da ganas de pegarme con un destornillador en la sien. Esbozo el contorno del mapa mientras busco consuelo imaginando la mañana de carnaval. Le pegaré un lavadito al disfraz para que huela bien y me

haré un maquillaje colorido que deje a los niños embelesados. Aparto los materiales, agarro a Goro del pecho y lo subo a base de tirones hasta que lo tengo acostado a mi lado. Lo abrazo, cierro los ojos contra su lomo negro, susurro al carajo y él resopla.

No he llegado a dormir pero de no quitarme la ropa ahora se ha resobado y huelo un poco mal. Me lavo rápidamente los dientes, el cuerpo, la cara y el flequillo, me echo un montón de desodorante y opto por un estilismo en la senda del Señor Barragán. Se compone de una falda larga de cuadros, jersey gris, botas marrones y la trenca. Me vuelvo a poner cremas antiarrugas para pieles grasas, paso el secador por el flequillo y me rodeo el herpes aplicando con el dedo un poco del Juicy Tube que huele a pastel, un brillo de labios un poco pringoso pero muy hidratante que mi madre me va regalando por Navidad en diferentes tonos desde el 2002. Bajo corriendo las escaleras y me asomo a la cocina donde están mi madre y Manolo fumando sentados en la mesita.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —pregunta mi madre.

—A casa de Macarena.

—¿Tan lejos? ¿A qué hora vas a llegar?

—¿Aquí a la casa?

—Sí.

—Para la cena pero no te preocupes que saco al perro lo primero.

—Esta niña no está a lo que tiene que estar y además no se sabe arreglar —comenta Manolo.

—Cállate y no seas tan hijo de puta, Manolo, yo la veo monísima, y además eso de que no está a lo que tiene que estar qué significa —replica mi madre, y yo me quedo parada al lado del frigorífico con el flujo cortado.

—La carrerita esa chufra de maestra, y lo de las pizzas, eso qué mariconada es, que haga una carrera seria o se busque un trabajo serio, una de dos, pero que se deje de tonterías.

—Me estás empezando a tocar el coño ya.

—¿Y qué le pasa en la boca?

—¿Tú te crees? —pregunto mirando a mi madre con los labios brillantes y pegajosos y el herpes reventando en medio.

—Ya lo sé, hija, ya lo sé.

—Dejadme que diga lo que me dé la gana, coño, si me voy a morir en cuestión de días, qué más os dará —dice Manolo con la voz hueca.

—Eso lo llevas diciendo ya unos meses y a lo tonto aquí sigues dando por culo —le contesto.

—Anda, hija, no le hagas caso y vete tranquila.

—Bueno, aquí os quedáis.

—Adiós, esmirriada —contesta Manolo y se le escapa una risa que desemboca en tos. Mi madre le pega un empujón en el brazo y yo salgo de la casa cerrando la puerta con rabia pero me apresuro a poner la oreja junto a la ventana de la cocina para seguir escuchando su conversación. Mi madre está susurrando:

—Manolo, por Dios, ¿pero qué sacas chinchando así a la niña? Que es mi hija, cojones, y que estás en su casa, que ha aceptado acogerte cuando estabas tirado que no te quería nadie y con tu pensión nada más que te quedaba meterte en una residencia cutre.

—Bah, me hace gracia, son tonterías.

—Tonterías de qué, que la tienes amargada, que no te quiere ni ver, que le tiene que estar cogiendo asco a su propia casa por tu culpa. A ver si te enteras.

—Pues bien que se queda las vueltas cuando va a comprarme tabaco.

—Pero qué dices, viejo chocho, si la vuelta son dos euros y pico, ¿qué te crees que hace ella con esa calderilla? Como sigas así te vas a ir al carajo.

—Bueno, bueno, si yo no digo que sea mala muchacha tampoco.

—Mira, o te quitas esas gracietas o te miramos lo de la residencia.

—Bueeeeno, me tratáis como a un niño chico, copón.

—Es que pareces un niño. Dame otro cigarro, anda, que me has puesto nerviosa.

Escucho el mechero encenderse y a mi madre echando el humo.

—Es que no te entiendo, Manolo, conmigo no eres así pero a ella la tienes entre ceja y ceja, ¿qué es lo que sacas, te sientes un tío duro o qué?

—Es que no sé qué más decirle.

—Pues dile cosas normales, hola, buenos días, cómo va la cosa, o directamente no le digas nada y te quedas callado que estás más guapo.

—Ya, es que en el momento no se me ocurre, y las cosas que hace es que yo no las entiendo.

—Y quién ha dicho que tú lo tengas que entender, déjala.

Mi madre me ha contado muchas veces que cuando están solos él es de otra forma, que habla distinto, que a veces incluso se cuentan cosas de la vida y tienen momentos de conexión sincera. Supongo que es cierto pero a mí me ve tan lejos que le causo inseguridad y rechazo. Me marché con el paso decidido por la prisa y la certeza de haber sido defendida apropiadamente. Lo que ha dicho Manolo de que mi carrera es una chufleta no es la primera vez que me llega. Que la gente te desprecie por ser pizzera me lo esperaba y no me importa pero lo del desprecio por el Magisterio me cogió por sorpresa. A Gloria le pasa igual. Enfermería tampoco es una carrera que se respete. A los ojos de mucha gente son de segunda. Te admiten que entienden la importancia de estas profesiones pero son de segunda igual. En parte porque son diplomaturas en vez de licenciaturas y en parte porque son labores en teoría poco elevadas. Trabajar con niños, trabajar con enfermos. A nosotras nos parecen ocupaciones fundamentales pero lo de la diplomatura pesa mucho y los niños y los enfermos no dejan de ser colectivos marginales. Cuando los tíos te preguntan por la noche qué estudias a veces se ríen de tu carrera porque ellos están en Aeronáutica o Biología y se sienten por encima. Los que más asco dan son los de Empresariales pero esos suelen frecuentar otras zonas y por suerte coincidimos poco. A toda esta morralla le solemos decir que nos llamamos Aurora y Elena, tratamos de despedirnos rápido y si se ponen pesados les damos un par de números falsos. Una vez uno me quiso dar un toque para que se me quedara guardado su móvil y como no me sonaba se dio cuenta de que le habíamos mentado. Le hicimos un gesto de es lo que hay y nos alejamos igualmente dejando su indignación a las espaldas. Cuanto más tontos más se enfadan, son capaces de derrochar toda la ira del mundo

contra el género femenino entero con tal de no pararse a pensar si es que a lo mejor van por la vida de capullos y por eso les damos tanto esquinazo. Me encuentro con Gloria en la parada de autobús.

—Quilla, ¿cómo te pones tú tan guapa y yo parezco un cubo de basura? —le digo al llegar.

—Siempre igual, pero qué dices, si tú estás guapa también que te has aplicado el jugo tuboso o tubo jugoso o como se llame que huele a pasteles y todo.

—Ya pero tú vas de rojo y llevas tacones, prima, y tengo el herpes que como te acerques un poco te arranca la cabeza y se la come.

—Venga ya, cada vez que me pongo yo tacones y tú no te rayas y eso no es, total para decirme otros días que te gusta cuando voy hecha un pepino, si además el herpes te queda bien y tú lo sabes.

—Pero si a mí me gusta que lleves tacones, lo que pasa es que ahora me veo cutre para ir al centro.

—María Eugenia, no te agobies que tú vas muy guapa también y además vamos para meternos en una casa.

—Pero antes de la casa hay que andar por lo menos un cuarto de hora.

—Hostia, qué pesada, ochocientas veces has ido tú más arreglada que yo y me he tenido que joder, ¿qué te crees? Que a mí también me gusta ir a juego pero no pasa nada. —Arrastra mucho el nada mostrando las palmas de las manos y echa hacia delante los dientes de la mandíbula inferior.

—Llevas razón, Glori, es que se me está retrasando la regla, que me vino en Fin de Año y todavía estoy esperando.

—Bueno, pero a ti se te suele retrasar, es que tienes el ciclo largo.

—Pues que venga ya que me duelen las tetas y no me aguanto.

—Nos vamos a tomar en casa de la Maca un chupito de algo, ya verás.

—¿Un chupito hoy miércoles teniendo que ir al cole mañana?

—Sí, funciona casi siempre. Te emborrachas un poco y te viene.

—Pero hoy me viene fatal.

—A mí me viene igual de mal y te digo que te acompaño, ¿qué te parece?

—Bueno, vale, me lo tomo a ver si me lo soluciona pero no hace falta que te jodas tú también si te viene mal.

—Pues ahora tengo ganas.

—¿Y qué habrá en casa de Macarena?

—¿De beber?

—Sí.

—Pues tendrá birra que habrá comprado para echar la tarde que es lo que le gusta a ella.

—¿Y la madre tendrá algo en el mueble-bar?

—A lo mejor pero mira, como no sabemos nos compramos un Granpomier o un Granpecher o un Tía María por el camino y santas pascuas, ¿tú tienes dinero en la tarjeta? Porque estamos a siete y yo en la mía tengo doscientos noventa y cuatro euros que lo miré ayer y desde entonces no he gastado.

—Oni.

—Y unos frutitos secos, ¿cómo lo ves?

—Espléndido.
—¿Es o no?
—Qué entusiasmo me ha entrado, el anuncio de Tía María me encantaba pero creo que la opción que me gusta más es el Ganpomier.
—De sabor dices tú.
—Sí.
—Por la cara, es el más rico el Granpomier.
—Pero no sé si inclinarme hacia el otro con tal de decir Granpeché, tú me entiendes.
—Yo te entiendo, es mucho peché el Granpeché. No sé, igual podemos seguir diciendo Granpeché aunque compremos Granpomié.
—Lo vamos viendo.

Atravesamos las calles del centro desde la Encarnación hacia el río y hacemos una parada en el supermercado de la plaza de la Magdalena, ella hecha una pin up y yo sacada de un orfelinato de los años cuarenta. Terminamos decantándonos por el Granpomier porque nos gusta más y ya nos hemos saciado de decir Granpeché, cogemos también un paquete de pistachos, uno de regalices rojos de los que vienen retorcidos y otro de esos que se llaman espaguetis que son largos y muy ácidos que sabemos que nos van a sentar mal. Cuando llegamos a casa de Macarena nos recibe con los brazos en alto. Se la ve contenta y cansada y su alegría nos coge por sorpresa. Gloria levanta la botella en el aire mientras entra, la abraza y exclama ¡Granpomié! A mí me entra cierta flojera y me alegro de haber venido. Nos sentamos en su salón, servimos tres licores con hielo y Macarena se pone también una cerveza. Nos centramos en brindar por su gran alivio y nos contagiamos de su espíritu hasta que el tema se agota y nos pregunta cómo nos va. A Gloria se le doblan las comisuras de la boca hacia abajo. Se ha acordado de que las prácticas se han convertido en una condena inesperada. Le cuenta a Macarena su drama con el cardiólogo déspota que hoy le ha jodido la atención a una niña de quince años que está la pobre ingresada tan pequeña, apareciendo en la habitación dando instrucciones con malos modos. Macarena es muy empática, se preocupa y enciende un cigarro.

—Déjame que te coja uno, Maca, por favor te lo pido. —A Gloria se le salen los ojos mirando el tabaco y con el eyeliner negro me recuerda a Betty Page con cara de intensa. Diana y yo la mirábamos a menudo y nos encantaban las imágenes en las que llevaba un delantalito blanco y unos tacones perfectos y vestía y peinaba a Tempest Storm. Por la Navidad del año pasado le regalé unos ligueros y unas medias, se los coloqué con la misma disposición de ánimo y me encantó pensar que nos parecíamos en algo durante el proceso. Ella tenía menos tetas que Tempest pero casi el mismísimo pelo y se lo cepillé con mucha más destreza que el tío que le había hecho la coleta y no solo yo era consciente de mi maestría sino que ella me destacó la habilidad de forma explícita. Fue un momento de absoluto triunfo para mí, un triunfo tan sabroso que incluso lo recuerdo como un poco malsano.

—¿Te puedo coger yo también? Si hace falta bajo en un momento y te compro otro paquete.
—Lo digo sin pensar, de forma súbita. La petición no ha pasado por ningún debate interno, por ningún filtro, es pura ansiedad apoderándose de mi voz. Gloria me mira muy seria despanzurrada

en una silla junto a la puerta abierta del balcón. Entra frío pero es necesario para que no se ahúme el ambiente.

—Vaya tela cómo estamos, María Antonia —comenta.

—Así estamos, qué le hago.

—Nada, cabecita, si yo no te juzgo, yo te comprendo.

Macarena me tiende el paquete y el mechero.

—Coge tranquila, cojones, que tengo otro paquete en mi cuarto.

Lo agarro con las manos temblonas y me lo enciendo en la comisura de la boca, lo más lejos posible del herpes.

—¿No se dará cuenta tu madre? —pregunto.

—No, tranquila, no viene hasta la noche, luego ventilo yo y tiro las colillas, no se da cuenta nunca, y si se da cuenta os echo la culpa.

Es mi turno de hablar pero estoy mareada, tengo taquicardias y ganas de cagar, así que lo dejo pasar y escurro el bulto bebiendo Granpomier y hablando de lo bueno que está. Cuando apago el cigarro me levanto y voy al baño. Me lavo las manos antes de sentarme en el váter porque odio la idea de limpiarme con los dedos acigarrados y empujo tres segundos con la cabeza entre las rodillas. El herpes me saluda desde el espejo mientras me vuelvo a lavar las manos, grueso y destartalado, y mis ojos acechan desde unos centímetros más arriba. Los afronto desafiante mientras me seco y me voy dejándolos atrás. No tengo hoy paciencia para las tonterías de la gente del espejo. Sé que hay pavas observándome desde el pasado y el futuro pero no estoy dispuesta a escuchar sus objeciones. Si alguna de ellas cree que podría hacerlo mejor que yo le aseguro que desde aquí no le parecería tan fácil. El cuerpo menudo, los recursos limitados, la Alameda en obras, la higiene compulsiva galopante, el transporte urbano colapsado, los estudios superiores en un punto caótico de adaptación a las nuevas tecnologías con salas de informática llenas de ordenadores de 1998 y conexión del 99, la tensión constante de que las monjas se den cuenta de que soy un topo con un micrófono pegado bajo la camisa. Y tal vez a alguna de las Eulalias del futuro le parezca que lo de mi coño ya no es excusa, que lo supere y lo afronte y que a quien no le guste le escupa en la cara y no le vuelva a hablar, pero le recuerdo que está reciente la conversación con aquel tío que me preguntó a bocajarro si mi coño no sería tal como es porque en ese caso no le gustaría nada, que en internet hay hilos de tetas feas y coños feos y los coños son todos como el mío, que una noche vi un documental de chicas que se operaban los labios menores con los nervios desquiciados y algunos cirujanos estéticos les daban coba confirmando que se trataba de un problema de salud y de higiene. ¿Cómo que de salud y de higiene? El mundo entero puede convenir que mi coño es un monstruo de Lovecraft pero que nadie se atreva a decir que no lo tengo limpio y sano. Vosotras sabéis también que es normal, ¿verdad? Solo quisiera que me confirmaran eso las Eulalias chismosas, lo demás que se lo ahorren pero que un día llegue una mano enorme a mi habitación mientras estoy acostada, me acaricie como a un cachorrito y me diga que a mi coño no le pasa nada, que no solo es normal sino que es perfecto tal como ha sido siempre. En realidad si lo pienso no estaría mal que me miraran desde el futuro haciéndose las listas. Significaría que han conseguido superar esta mierda y que desde ahí les

parece fácil. No quisiera seguir cerrando las piernas aterrorizada a los cincuenta años. Al salir me cruzo con Macarena de camino a su habitación. Tiene pinta de que va a traer algo para enseñarnos.

—Tengo una cosita —anuncia cuando vuelve dando saltos.

—Si es cocaína vas lista, te lo digo —contesta Gloria inmediatamente.

—Pero qué cocaína ni cocaína un miércoles por la tarde sabiendo yo que mañana tenéis lío, por quién me tomas.

—No sé, por si acaso.

—Lo que tengo es marihuana pero de coca me queda un pollito también, si quieres nos podemos hacer un bifásico —dice Macarena para chincharla y Gloria refunfuña. Macarena se saca del bolsillo del pantalón una pequeña bolsita. Tiene buen aspecto.

—Hostia, pues mira. —La actitud de Gloria ha cambiado. Me busca la mirada con cara de aceptación—. ¿Tú qué dices, chorla?

—No sé, ¿igual sí?

—Sí, ¿no?

—Hay chucherías y pistachos que es siempre garantía. Si no hubiera chuches ni frutos no, pero habiendo.

—Lo primero que he pensado.

—Hay de todo, venga, que yo he acabado los exámenes y la Gloria está fatal pero precisamente por eso, más a mi favor.

—Ya.

—Oye, que si no queréis no, ¿eh? No quiero que os sintáis presionadas, si veis que no encarta me lo fumo yo sola y tan a gusto, que para mí la fiesta es que estéis aquí.

Esto lo hace mucho. Te anima a hacer algo que no tenías muy claro y consigue convencerte del todo cuando recalca que no hace falta, que si no quieres no pasa nada. Es cuando te arroja al libre albedrío cuando te das cuenta de cuál era de verdad tu voluntad. Casi siempre funciona.

—Venga, échalo —le digo, y las dos se animan porque suelo ser la más pejuguera y que me estire así sin tenerlo planeado es algo extraordinario. Macarena lía el porro con gran fluidez. A nosotras ya se nos ha pasado bastante la etapa porrera pero mientras duró fuimos incapaces de aprender a liarlos. Lo hacíamos con una de esas maquinillas de las que la gente se ríe pero que funcionan muy bien.

—El que lo lía lo peta —murmura Macarena con el porro en la boca y el mechero delante. Gloria contesta que claro y lo coge cuando se lo tiende después de dos caladas. Me llega el turno y me doy cuenta de que tengo el herpes en pleno apogeo y no lo puedo compartir. Cojo un bonobús gastado de un bolsillo de mi bolso, le arranco una franja y hago con ella una boquilla adicional de quita y pon para no tocar el porro común. La resolución del problema es celebrada sobre todo por Macarena porque nos vemos menos y no está acostumbrada a mis sutilezas. Mi coño necesitando ser operado por un problema de higiene. Gloria se muda al sofá en el que estamos, le hacemos sitio y nos desplomamos las tres. Macarena está en medio. Gloria se recuesta sobre su hombro, levanta las piernas para quitarse los botines, los arroja al suelo, sube los pies al sofá y se acurruca. Macarena la acoge y le acaricia la coleta.

—Ay, Gloria, tú es que no te mereces sufrir nunca, con lo válida que tú eres.

—¿Verdad que soy muy válida?

—Está claro.

—Pues la Eulalia no te creas que está mejor.

—¿Que no?

—Qué va, está de mojones.

Resoplo y hundo el culo un poco más en el asiento.

—¿Pero qué coño os están haciendo?

—No sé, es raro el cole de monjas. Por un lado es lo que es y no me puedo hacer la sorprendida, pero es que tengo una niña adoptada que se masturba en la clase y me la van a destrozar.

—Hostia, tía.

El efecto del porro me resquebraja un poco la barrera tan dura que tengo construida alrededor y donde normalmente digo lo que sea sin sentir casi nada aquí me veo en un entorno seguro y se me saltan cuatro o cinco lagrimones. Macarena me pasa también un brazo por encima y así quedamos bajo sus alas como dos mochuelos.

Cojo un pañuelo de papel de mi bolso y me sueno los mocos con sumo cuidado de que el herpes no se quede pegado y me vuelva a arrancar la costra.

—Y la regla que no me viene, hostia, y antes de que me venga me pongo fatal y lo estoy llevando todo peor todavía.

—Dame a mí otro clínex, cabeza —dice Gloria extendiendo la mano.

—¿Qué te pasa, te has pochado más todavía?

—No, quilla, que me da pena a mí también —se suena los mocos—, y que estoy agobiada con las prácticas, coño, y con David que me da mucha guerra y al final lo que mejor me va es el puto Telepi.

Me identifico con lo que Gloria acaba de decir y el porro magnifica la sensación de clarividencia. Le tiendo la mano por encima de Macarena y al asomarnos para brindarnos miradas de apoyo nos damos cuenta de que ella también se está derrumbando.

—Pues yo os quiero decir una cosa también —espeta de golpe.

—¿El qué?

—Que creo que las voy a aprobar todas pero estoy triste de todas formas.

—¿Que estás triste tú? ¿Por qué? —pregunta Gloria.

—Porque me ha contado mi primo cómo se hace el paté de pato.

—Hostia, no —me tapo los ojos.

—El puto paté de pato que le encanta a mi madre y a él le dio coraje que lo llevara el otro día a su casa, pues le doy la razón.

—Tu primo es muy apañado —comento.

—Sí, para un nota apañado que conozco va y es mi primo.

—¿Tu primo cuál? —pregunta Gloria, que nunca ha coincidido con él.

—Isidoro, el Isi.

—No lo conozco, ¿cómo es, tiene Fotolog?

—Qué va, no tiene. Estudia Biología y es muy mono, es un año más grande que nosotras pero no creo que a ti te guste —contesta Macarena.

—¿Y por qué?

—Es mono así con el pelo larguito ondulado, la pena para mí es que está muy poco lavado —. Macarena me concede el apunte levantando las cejas.

—Qué lástima —comenta Gloria con desencanto, nos quedamos calladas un momento y me acuerdo de cuando era chica y mi madre me decía que no me diera pena comer animales porque era su destino, que si me los comía los hacía felices y si me dejaba comida en el plato se ponían tristes. Tristes ya muertos por no haberlos yo consumido, por haber sufrido en vano, para acabar en la basura.

El tacto de la correa de Goro me llena de regocijo y buenos recuerdos. He hecho esto mil veces, sujetarla en la mano y llevarlo de paseo, y no tengo que esforzarme para que salga bien porque la memoria muscular funciona sola. Me gusta tener la correa apretada porque vivo con la sensación de agarrar algo intangible y percibirlo físicamente supone un descanso. Ahora somos libres. Al día le queda un ratito y es nuestro. Mío y de Goro. Hemos cenado los dos, la comida me ha sabido más rica de lo normal y estamos en mi habitación con la estufa encendida. En casa de Macarena había un par de libros de García Lorca, una antología poética y el *Romancero gitano*. Me los he traído prestados y los he juntado sobre mi cama al lado del tomo de *Poesías y canciones* de la enciclopedia *El mundo de los niños* que tanto miré de pequeña y que conservo en más o menos buenas condiciones. Heredé esta colección de mis primas y cuando me la dieron la estética me parecía muy irregular y desfasada pero fascinante. Se publicó en el 72, lo que explica el colorido psicodélico de finales de los sesenta que se aprecia en plenitud. Tiene también un lado siniestro que encuentro saludable. Los contenidos infantiles impolutos me generan desconfianza. Hacer como que el lado oscuro no existe solo consigue alimentar el lado oscuro. La aflicción que antes me desasosegaba palpita lejana, como si estuviera a dos calles de aquí. Ahora lo único que me importa es repasar este libro página a página como si me acabara de encontrar con un viejo amigo y quisiéramos rememorar todas nuestras anécdotas. Se lo enseño a Bo para que lo vea, él lo huele y se lame la nariz. Es el que más miré con diferencia de la enciclopedia, el más gastado junto al de *Cómo soy yo* porque venía algo sobre la reproducción y eso siempre me pegaba al papel. Vista así, desde ahora, la palabra reproducción no me causa ningún efecto especial, es correcta y aséptica, y me parece mentira que entonces tuviese unas connotaciones tan misteriosas y potentes. Supongo que tiene que ver con lo del lado oscuro. Si cubres algo de sombra y lo escondes se vuelve gigantesco mientras que si le quitas el velo ves que entraña su complejidad pero que tampoco te tiene que explotar la cabeza. El día que dimos la reproducción humana en Conocimiento del Medio me tocó leer a mí. Llevábamos desde principio de curso preguntándonos a quién le tocaría leer en voz alta aquella lección. Supongo que fui elegida porque era una niña seria, y es verdad que leí el párrafo dignamente pero por dentro me estaba muriendo de vergüenza. Tenía nueve años.

Durante un recreo del curso siguiente una amiga se acercó con secretismo para contarme el chiste de los dos espermatozoides que están recorriendo el cuerpo de una mujer. Uno pregunta a qué altura van y el otro contesta que por el esófago. Entonces nos tapamos las dos la boca con las manos por lo fuerte que nos parecía. Entiendo que nos hiciera tanta gracia porque apenas nos empezábamos a enterar de la película basándonos en las páginas tan rácanas que aparecían en los

libros, en lo poco que nos contaban los mayores y en el porno ocasional que nos caía en las manos. Aunque ahora lo desprecie soy capaz de trazar la línea entre el impacto que me causó y mi fijación con meterme cosas muy dentro de la boca. Después del chiste la conversación siguió tratando asuntos reproductivos y ella mencionó algo sobre la regla, que cómo sería tenerla, ¿te imaginas?, dijo. Solo me acuerdo con nitidez del te imaginas. Yo tenía la regla en aquel momento pero era tan pronto y me daba tanta vergüenza que no me había atrevido a decírselo a nadie. Escondía las compresas en lo más profundo de la mochila y me aterraba que alguien las encontrara. Aquel temor no era infundado, había observado cómo se metían con las niñas a las que les venía pronto, una burla absurda, ruidosa y cruel. Mi madre insistía en que era un tema delicado que había que llevar con discreción si quería ser una mujer elegante. Ni siquiera mi madre que se consideraba liberada había sido capaz de desprenderse de ese yugo. En el libro de *Cómo soy yo* tampoco se mencionaba nada sobre menstruación ni aparecían genitales, solo espermatozoides y óvulos de manera muy esquemática. Hablaban de tener una madre y un padre que se querían mucho y querían mucho ya al bebé que estaba por venir incluso antes de que hubiera tenido lugar la fecundación. Luego se hablaba de que el padre ayudaba a la madre a hacer la maleta para ir al hospital. Entiendo que trataban de hacerlo todo más interesante con cierta narrativa común y que no se le puede pedir más a las publicaciones de la dictadura, pero a mí me enfadaba, no me identificaba con el personaje, me hacían sentir que me faltaba algo, que mi trayectoria no era la correcta. Mis padres no se querían, solo se habían liado unas cuantas veces, no buscaban que yo naciera por nada del mundo, a mi madre la ayudó a hacer la maleta una amiga y cuando me vio por primera vez no sonrió como en el relato de la enciclopedia sino que tuvo un ataque de pánico porque le parecí el marrón más grande al que se había enfrentado nunca.

Abro el tomo y me siento cautivada desde el principio. En él tuvo lugar mi primer encuentro con Federico García Lorca, con Juan Ramón Jiménez, Gloria Fuertes y Rafael Alberti. Cada ilustración, cada poema o canción me absorbe de una forma parecida a como lo hacen las pupilas del espejo pero sin peligro. Son las once y veinte. Todavía puedo apurar un poco el morado del porro sin meterme en líos. Nos disfrazaremos, celebraremos el carnaval y lo pasaremos bien, seguro que lo pasaremos bien. Será como si sor Lucía estuviera disfrazada de monja y formará parte de la celebración. Por un día quedarán de lado los uniformes, las fichas, las sectas, las patrias. Unos retortijones me atraviesan el vientre como un pequeño relámpago.

—Pero bueno, Bo, ¿es esto lo que yo creo que significa?

Goro mueve el culo hacia delante meneando el rabito contra el suelo. Se lo cortaron al pobre antes de venirse a vivir con nosotras.

—¿Es esto acaso el primer rugido de la menstruación?

Se relame como si fuese a darle de comer pero no tengo nada, así que le acaricio la cabeza para que se quede con la sensación de haber recibido algo. Contraigo la barriga en busca de señales y otro fogonazo de dolor me atraviesa. Me levanto y acudo al baño. Me esfuerzo por hacer pipi y cuando me limpio el papel higiénico se mancha de un rosa tenue. En pocas horas estaré rabiando de dolor y sangrando espesura así que me pongo una compresa ya para que no me coja el toro. Para mañana estoy bien surtida de tampones de los amarillos. No me gusta salir a la calle con compresas, me dan calor y me traen malos recuerdos de cuando lo llevaba en secreto y pasaba muchísimo asco corriendo al sol con la compresa pegada al culo en Educación Física.

Más tarde probé con los tampones, la primera vez no conseguí meterlo entero y se quedó encasquetado a mitad de camino, gordo y seco adherido a mis paredes. Costó un calvario sacarlo pero después de aquel desastre les cogí el truco. Las connotaciones negativas de la regla hace mucho que quedaron atrás. Ahora siempre es motivo de celebración. Me gusta tenerla incluso aunque resulte dolorosa los primeros días. Deleitarte en la buena noticia de no estar embarazada, ver cómo se desinflan las tetas, cómo sale la sangre tan bonita, esnifar su olor a filete de jamón, tocar los coágulos, meter los dedos o que los meta alguien y que salgan rojos. A Diana también le gustaba. Me llamaba corriendo por teléfono en cuanto le venía y quedábamos lo antes posible.

Bajamos Goro y yo a la cocina, le lanzo una de las galletas perrunas que le gustan, la atrapa en el aire y la mastica contento mientras yo abro un paquete de chocolate y otro de galletas.

—¡Mamá, tengo la regla!

—¡Anda! ¿Estabas preocupada?

—Preocupada no, estaba hasta el coño.

Martes

13 de febrero de 2007

Los padres de Sandra están citados para el lunes que viene, otro día en el que no suele haber tutorías pero como al parecer solo podían esa tarde se les ha vuelto a conceder. Sor Lucía y yo tenemos una fe desmedida en ese encuentro y supongo que es imposible que una simple reunión arregle dos vidas pero igual algo ayuda. Hoy es martes trece y nos reímos con optimismo. La sangre se está esfumando ya, apenas me quedan unas manchitas marrones en el salvaslip, y el viernes por la noche después de trabajar le saqué buen partido a la situación enseñándole el tampón por la webcam a un desconocido muy impresionable. Es llamativo que a casi todos les resulte tan ajena la menstruación. El semen no me es ajeno a mí. Desde mi perspectiva era tan sencillo, su asombro salía tan rentable. No sé cómo era de fingido pero me expresaba estar presenciando algo nuevo y revolucionario. ¿La regla algo nuevo y revolucionario? Es casi tan antigua como la gallina y el huevo. No vio cómo me lo sacaba, eso no sería capaz de enseñarlo, el plano era de mis hombros y mi cabeza. Hoy me encuentro bien. Los granos están todos medio curados, el herpes se ha desinflado bastante y del monstruo amarillento solo me queda una postillita limpia que se habrá caído en pocos días. Los niños también están hoy contentos. Les llevo dando la brasa con las virtudes de Andalucía desde el jueves y hoy he traído el mapa enrollado que he dibujado en casa con todos sus elementos. Será una actividad extraordinaria, cosa que siempre levanta los ánimos, y además yo la estoy presentando con tanta ilusión que noto cómo se les contagia. Aún no es el momento de ejecutarla pero nos viene bien tener el mapa a mano, pegado bien grande al lado de la pizarra, para que se familiaricen. Lo que sí ha llegado es el momento de hablar de García Lorca, van a tener que memorizar unos versos para recitarlos acompañados de cierta mímica delante de todo el colegio dentro de dos semanas y eso hay que ensayarlo muchísimo. Antes de nada les leo el poema del lagarto y la lagarta que me encantaba de pequeña y a ellos les encanta también, el de los caracoles negros, el de la caracola, todos sacados de la enciclopedia de los niños. No les leo el «Romance de la pena negra» ni el de la monja gitana ni el de la Guardia Civil española. Sin embargo sí que les tengo preparado un fanzine con los primeros versos del «Romance Sonámbulo», el gran clásico que les traigo disfrazado de patria andaluza porque hace juego con nuestra bandera pero que si un día les da por leer entero verán que esconde guardias civiles borrachos llamando a la puerta y dando muchísimo miedo. Por su carácter sonámbulo espero que les visite de manera subliminal en sueños provocando algún efecto positivo, no sé exactamente cuál. El fanzine tiene seis páginas sin contar la portada y la contraportada y está diseñado a mano por mí. En el interior, los versos separados acompañados de ilustraciones.

Verde que te quiero verde.

Verde viento.

*Verdes ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.*

Los dibujos son una mancha, una cara etérea soplando aire ensortijado, unas ramas cubiertas de hojas brotando de un tronco, un barco navegando y un caballo corriendo por el monte, todos vacíos para ser coloreados. Mi preferido es, por supuesto, el caballo sin amarras con las crines volando. Lo hemos leído varias veces fijándonos en la sucesión de imágenes que acompaña al texto, lo han coloreado y lo hemos vuelto a leer junto a los movimientos mímicos por primera vez. Los brazos al viento, extendidos en forma de árbol, ondulación marítima y gesto de trote. Extraño mantra para las próximas dos semanas. El martes que viene ensayaremos este numerito con los disfraces relucientes o polvorientos y sea como sea será divertido y bonito, muy bonito, y los niños se arremolinarán alrededor de mi falda amarilla como ocurrió en el Día de la Paz pero mejor. Ellos tal vez conserven algún recuerdo suelto, alguna foto si en el colegio tienen a bien sacarla, y yo me acordaré hasta que mi cara de princesa Disney no se la crea nadie porque la piel se haya descolgado y el traje no me quepa. El barco sobre la mar y el caballo en la montaña.

Lunes

19 de febrero de 2007

Tengo mi disfraz lavado y planchado y sé de lo que se van a vestir casi todos los niños. Desde la semana pasada me estoy esforzando en sobreponerme a base de ilusionarme con los eventos venideros y de rezar como quien descuartiza un pollo pensando lo que se va a poner el viernes. Los niños recitando y hablando del carnaval suponen una esperanza dorada. Llevamos días dándole vueltas al asunto de los disfraces, a los muñecos de trapo con sus ropas colocadas como nunca antes, a los poemas, a las virtudes de Andalucía, y el ambiente es bueno. Hoy estoy animada y me he vestido con ganas. Llevo un pichi colorido que hace juego con sus babis de cuadritos azules. Son las diez y estamos por fin con el mapa que llevan mirando vacío varios días que en sus cabezas equivaldrán a tres semanas. Lo hemos bajado a la altura de sus ojos, hemos hablado largo y tendido sobre las características más representativas de cada provincia una vez más y después han rellenado los elementos con diferentes técnicas de coloreado. Ahora los colocamos en su lugar correspondiente formando un pequeño tumulto lleno de confusión del que sor Lucía se ríe. Cuando está listo lo sacamos de la clase y lo pegamos sobre los azulejos que me quedé mirando desorientada el primer día. Ha quedado clásico y gracioso, lo que yo esperaba. Lo pinté y Alberto se ha encargado de colorearlo con cierta destreza. No le ha tocado al azar, lo he amañado yo porque albergo una fe secreta en él y quiero que siga ampliando su catálogo de buenas referencias a ver si en la adolescencia se construye algún vehículo con ellas. Antes del desayuno, mientras los niños se están lavando las manos para comer, llaman a la puerta. Es sor Petra que trae un mensaje. Sor Lucía sale, deja entreabierto y yo sigo vigilando que la cola hacia el lavado de manos funcione con fluidez. En pocos instantes vuelve con cara de póquer y un rulo de cartulinas bajo el brazo.

—Ahora te cuento —me dice, y seguimos supervisando la higiene e ingesta de los niños hasta que están todos lavados, sentados y comiendo, empezando por Paulina que mira doblado su sándwich pero se lo come. Me muero de curiosidad y me acerco a sor Lucía:

—Bueno, ¿qué pasa, cuál es la noticia?

—Ay, Lali, te va a dar pena pero no te disgustes.

—¿Pena por qué, qué ha pasado?

—Que madre Pilar nos ha suspendido la celebración del carnaval.

—Anda, ¿y eso? ¿A nosotras o a todo el colegio?

—Al colegio entero.

—Pero por qué.

—Porque ha echado cuentas y le parece que lo teníamos que haber preparado antes porque pasado mañana ya es Miércoles de Ceniza y hay que centrarse en los preparativos de la Cuaresma.

—Vaya.

—Si hacemos fiesta de disfraces mañana los niños no llegan serios y preparados para el miércoles, es muy precipitado. —Me quedo callada. Ella aprieta los labios y añade—: Es que lo teníamos que haber visto venir, es verdad que otros años celebramos antes el carnaval, pero pensábamos que este año podíamos ser flexibles y que los niños no se quedaran sin su fiesta. Pero nada, que madre Pilar no lo ha autorizado, y es verdad que es muy precipitado.

—Bueno.

—Es más importante que dediquemos lo que queda de lunes y martes a la preparación de la Cuaresma.

—Vale. —Intento asumirlo con un tono neutral porque estoy en público, estoy medio trabajando y definitivamente estoy siendo examinada en territorio enemigo, pero es verdad que estoy disgustada. Estoy disgustada, cabreada, apenada, asqueada.

—Y nos ha repartido también estas fotocopias, mira, sobre la Cuaresma, para que hagamos una actividad.

Nos colocamos sobre su mesa y las desplegamos. Son varias páginas a tamaño A2. Al parecer hay dos personajes con forma de monigote hablando a lo largo de varias viñetas.

—Esto lo hemos hecho otros años y me viene muy bien que estés tú aquí porque así le echamos un vistazo de aquí al recreo y hacemos luego un teatrillo simpático donde cada una es un personaje.

Me fijo en la primera página intentando adaptarme cuanto antes a esta pesadilla y veo que los personajes que vamos a interpretar se llaman Cuaresma y Metanoia. Cuando Metanoia se presenta Cuaresma le contesta: «Qué paranoia de nombre, ¿no?» pero sin la tilde y sin la coma. No, no, no, esto no puede estar pasando, esto a mí no se me hace, me la están metiendo ochenta Gonzalos por el culo sin avisar, sin lubricante, sin haberlo hablado, me dijeron que me iban a hacer un masaje y me están violando, qué es esto, esto sobrepasa mi capacidad de adaptación, esto es un bochorno.

—No te preocupes, Lali, lo pasaremos bien de todas formas.

—Sí, claro, no pasa nada —contesto triste y falsa, de nuevo desvinculada por completo de una realidad en la que empezaba a integrarme—. Pero sor Lucía, una cosa, que me parece bien leer el cómic pero si hay que dar una lección sobre la Cuaresma no me veo yo preparada.

—Ah, claro, entre que te ha cogido por sorpresa y la ilusión chafada que tienes que tener por lo del carnaval lo que te faltaba.

Aquí está mi límite. He pronunciado la palabra clave, le he levantado la mano al dentista en plena faena, al tío que me azotaba, al entrenador del gimnasio. Es una señal que pactamos antes de empezar la sesión y significa que no puedo más. Es demasiado dolor. Si seguimos me voy a romper o me voy a volver loca o las dos cosas. No puedo tener el disfraz de Blancanieves planchado, saber que todo el colegio tiene también el suyo planchado, y que no solo nos dejen tirada la celebración que nos merecíamos sino que me traigan este cómic infame que voy a tener que interpretar con voz de marioneta como si fuera una catequista ingenua con faltas de ortografía. Aquí no habíamos pactado ninguna señal pero mi justificación creo que se sostiene sola. No sé nada de la Cuaresma, no soy catequista, no quiero aprenderlo en cinco minutos para contárselo, quiero sentarme un momento enfurruñada mientras sor Lucía lo explica y que acabe pronto esta jornada que empezaba espléndida. Días fantaseando. Disfraces, bailes, canciones.

Iban a ser mis enanitos. No iban a dar crédito a lo guapa que estoy de Blancanieves. Nos íbamos a adorar los unos a los otros y después nos íbamos a querer más que antes y a ellos no sé qué bruma mágica les iba a quedar pero yo lo iba a recordar para siempre. No hay nada tan importante en este mundo como las brumas mágicas, convertirme en una era mi máxima aspiración.

Cuando los niños salen al recreo nos quedamos en clase frente a las páginas del cómic y las repasamos aunque son tan pánfilas que no hay mucho que repasar en realidad. Un personaje le explica al otro su significado y viceversa. Alguien ha hecho que de vez en cuando ceceen para que parezca más gracioso. El cómic está hecho con el Word pero es terrible incluso para ser del Word.

—Hay muchas faltas, ¿no? —comento con la boca llena de una cólera burbujeante a la que trato de aplicar todo tipo de antiácidos para que no llegue a rebosar del todo.

—Bueno, lo de las zetas es por darle un poco de gracia.

—No, eso ya lo sé, yo me refiero a que están mal puestos los signos de puntuación, las mayúsculas, las tildes, hasta la sintaxis está regular.

—Anda, pues es verdad, pero bueno, los niños no se van a dar cuenta y esto es una cosa distendida. —No contesto. Estoy frita, achicharrada. Otra vez poniendo pegas en el colegio apenas conteniendo la espuma a punto de chorreamme fuera de la boca—. ¿Tú qué prefieres ser, Cuaresma o Metanoia? —me pregunta risueña.

—¿Yo? Me da igual, lo que usted crea que es mejor.

—Venga, pues yo Cuaresma y tú Metanoia que creo que es más fácil. Lo leemos para que les vaya sonando, que coloreen las fotocopias en grupos y mañana les vuelvo a explicar yo un poco más para reforzar, ¿te parece?

Asiento con la cabeza y esbozo una sonrisa que me pesa una tonelada. Iba a ser Blancanieves y voy a ser Metanoia, un monigote cutre y tonto que soporta la brasa de Cuaresma, el típico pesado empeñado en hablar de sí mismo al que haces una pregunta sencilla y te cuenta la historia de su vida. Por lo menos no me toca decir a mí lo de vaya paranoia y que lo pronuncie sor Lucía va a ser monumental. Salimos al patio y durante el recreo se me hace tangible que muchos niños se han enganchado al poema. Se me pegan queriendo repetirlo una y otra vez. Es un consuelo haber conseguido inocularles al menos esta fiebre pero la sensación no me revive del todo. Trato de no seguir dándole vueltas para que el malestar dure lo menos posible. Me siento en el suelo y ensayo con los niños. Verde viento, verdes ramas. El barco sobre la mar y el caballo en la montaña. Me parece más dramático que nunca. ¿Le gustaría a García Lorca saber que esto está pasando, que los niños recitan sus versos en este patio, que yo le acaricio el retrato de bolitas cuando volvemos por el pasillo? ¿Le parecería todo ridículo, le haría ilusión, le daría igual? No puedo estar segura de nada. Si pasara esto después de que yo me muriese creo que me gustaría pero claro, a mí me gustan las cosas a mi gusto y esto lo estoy haciendo yo, cualquier otra persona tendría todas las papeletas de meter la pata. Tal vez es también el caso, que su gusto fuese otro muy distinto y esté mancillando su nombre. Tal vez de habernos conocido nos habríamos caído fatal.

Nos reunimos en la asamblea y antes de que nadie cuente nada Sara pide el poema del lagarto y la lagarta, idea que cosecha gran éxito. Me parece que el ambiente está propicio para que se entreguen a la relajación que una vez más va a ser para mí y sor Lucía da el visto bueno.

Se tumban, ablandan los cuerpiitos y les leo.

*El lagarto está llorando.
La lagarta está llorando.
El lagarto y la lagarta
con delantalitos blancos.
Han perdido sin querer
su anillo de desposados.
¡Ay, su anillito de plomo,
ay, su anillito plomado!
Un cielo grande y sin gente
monta en su globo a los pájaros.
El sol, capitán redondo,
lleva un chaleco de raso.
¡Miradlos qué viejos son!
¡Qué viejos son los lagartos!
¡Ay, cómo lloran y lloran!
¡Ay, ay, cómo están llorando!*

Hasta Sandra está tranquila con los ojos cerrados y yo me siento satisfecha, refugiada de algún modo del momento que está por venir pero que aún no, aún no ha llegado, y desearía que el tiempo se parase aquí para siempre y no tener que verme arrojada a esa situación nunca, incluso si eso implicara que el planeta colapsa, que se parte en dos y el suelo se convierte en un inmenso cúmulo de lava chorreando directamente a la galaxia, que nos morimos todos de repente, los niños, las monjas, mi madre, mi perro, Gloria, Macarena, tiene que acabar de todas formas, qué más da un momento que otro, que no tenga yo que pasar por eso, que no se vaya mudando mi conciencia de un segundo a otro hasta estar diciendo frente a la pizarra que mi nombre, Metanoia, es en efecto una paranoia. Les invito a incorporarse poco a poco, Sandra se levanta de un salto y se va a dar vueltas entre los pupitres.

—Señorita, Sandra se ha ido —comenta Diego rompiendo la calma.

—No pasa nada, seguimos a lo nuestro —contesta sor Lucía, que me pone la boca en la oreja y susurra: «no queda otra, es ella o los demás, veinticuatro contra uno», me dice, y entiendo el razonamiento pero me parece doloroso hasta rozar el escándalo. ¿Ese va a ser el camino que le quede, el de ser ignorada por el bien común, no hay ningún otro recurso? Necesita apoyo, que sus padres vengan aquí esta tarde y se hagan cargo de verdad de la situación, que le brinden atención, psicología de buena calidad, algo. No es la primera vez que Sandra se levanta a lo suyo pero hacer como que no existe nunca había sido una opción deliberada. Igual sor Lucía está intentando facilitarme las cosas. Igual los demás se han enterado de lo que me ha dicho y están procesando el concepto de marginación a toda mecha, aunque supongo que eso lo tienen mascado ya hace tiempo entre una cosa y otra.

Se sientan y sor Lucía les hace una pequeña introducción en la que trata de fusionar el anuncio de la cancelación del carnaval y de la actividad sobre la Cuaresma enfocándolo como un cambio a mejor, como si no estuvieran perdiendo nada, justo lo que haría cualquier esbirra

ejemplar. Cuando oyen que no va a haber carnaval se abren un montón de bocas y ojos al mismo tiempo. La Cuaresma no despierta grandes pasiones ni entre los estudiosos más mansos. Hasta Diego parece desinteresado. Estoy segura de que en otras circunstancias hubiera prestado la atención abnegada de siempre pero así no hay quien se lo trague. Sor Lucía mantiene el buen humor contra viento y marea y me llama a la palestra. Me acerco con el pichi de cuadros y me da asco haberme puesto tan guapa, tener una imagen amable que les vuelva más receptivos al contenido. Si hubiera sabido que este era el cometido que me esperaba hoy habría venido fea y aceitosa. Todavía no hemos empezado y ya me estoy arrepintiendo de haber accedido a interpretar a Metanoia pero no me veía con otra opción. El momento está a punto de absorberme. La muerte me mira cara a cara y se ríe de que va a atraparme de todas formas, de que su curso sigue implacable empujándome de un lado a otro mientras mi piel se marchita, de que me comerá sin piedad cuando se le antoje pero después de verme pasar por esto, un capricho sádico al que no piensa renunciar por mucho que yo esté dispuesta a entregarle el planeta entero a las llamas a cambio de escaparme. ¿Es acaso un castigo por todas las malas gestiones burocráticas, por las malas notas, la beca perdida, los papeles entregados a destiempo o directamente no presentados, por mi dejadez? No veo por qué tienen que quitarle a una la beca si no aprueba el ochenta por ciento de las asignaturas en las que se ha matriculado. Yo aprobé un setenta y desde que vi que iba a ocurrir llevo la vida torcida. No es justo. Si la gente rica suspende sus padres no dejan de ser ricos. ¿Por qué yo solo merezco la ayuda si a cambio entrego excelencia? Si me la hubieran mantenido tal vez todo habría quedado en un traspies pero quién sabe. Son todo excusas de las que la muerte se carcajea porque mi cabeza se ha quedado percibiendo la realidad a cámara lenta como un caracol negro, como cuando te vas a caer de culo y te parece que desde que estabas de pie hasta que has aterrizado han pasado veinte minutos. Agarro las páginas desde el extremo derecho y el tiempo vuelve a correr normal. Sor Lucía lee el título: «CUARESMA, ¿ezó qué es?» y empezamos:

—¡Hola!, me llamo Cuaresma, que significa «cuarenta».

—¡Hola!, me llamo Metanoia, que significa «conversión».

—Que paranoia de nombre ¿no? —de esto no me voy a olvidar en la vida. Aquí voy:

—Po' zi. Aunque tu también tienes un nombre raro... Cuaresma ¿ezó qué es? ¡Explícamelo!

—Metanoia, la Cuaresma es el tiempo que la Iglesia dedica para preparar la Pascua, 40 días.

—Pero... ¿Qué es la Pascua?

—La Pascua es un tiempo de alegría en el que celebramos que Jesús muere y resucita por nosotros.

—Ah! Entonces, no es lo mismo que «hacer la pascua» a alguien.

—No, Metanoia, hacer la pascua es otra cosa. Además, ¿sabes qué hace la Iglesia durante la Cuaresma?

—Me suena que hay un día en el que te manchan la frente con ceniza o algo así.

—¡Qué bruta eres, Metanoia! Lo que dices se hace el Miércoles de Ceniza. Y en la frente te ponen un poco de ceniza como signo de que tenemos que cambiar para ser mejores

—¿Qué hay que cambiar? Cuaresma

—Pues todo eso que hay en nosotros que no está bien y que no nos hace felices.

—¿Y solo tengo 40 días para cambiar? ¡Me falta tiempo!

—No, Metanoia, el número 40 en la Biblia aparece varias veces...

—¿Ah, sí?

—...y significa tiempo de retiro en el desierto, periodo de prueba y cambio.

—Cuaresma, y qué puedo hacer para cambiar. No sé por donde empezar.

—Metanoia, para vivir este tiempo la Iglesia aconseja hacer algunas cosas.
 —Eso, eso. Dime...
 —Nos propone que hagamos más oración,...
 —Padre Nuestro... Aquí estoy
 —Sí! Eso es hablar con Dios ...que celebremos el Vía Crucis
 —1ª Estación: Jesús...
 —También podemos hacer cosas buenas por los demás, como visitar enfermos...
 —Compartir con los demás y ayudar en casa ¿verdad?
 —¡Veo que vas comprendiendo, Metanoia! Pero aún hay más, y lo más importante: cambiar el corazón
 —Pero si el mío está muy nuevo y funciona muy bien...
 —Metanoia, tal vez el motor de tu corazón esté sano y fuerte, pero ¿tiene siempre buenos sentimientos?
 —Hombre, Cuaresma, a veces tengo envidia, soy egoísta...
 —¿Ves? Eso hay que cambiarlo
 —¡Ah! ¡Cuánto sabe la Iglesia!
 —Y esto no es todo. Para ayudarnos, cambian algunas «cosillas» en las celebraciones
 —¿El qué?
 —Se utiliza el color morado como símbolo de tiempo de cambio y reflexión
 —Ese color me gusta
 —No se ponen flores, como signo de austeridad
 —Bueno, pues ya las traeré en Pascua
 —Hay cantos nuevos que nos ayudan a reflexionar y el gloria y el ¡Aleluya! no se canta
 —¡Uf! ¡Qué triste
 —No es triste, es un tiempo en el que necesitamos estar tranquilos y que nada nos distraiga para pensar en nuestra vida
 —¡Qué bien hablas, Cuaresma!
 —Anda, exagerada. ¿Te va quedando claro lo que significa mi nombre?
 —Sí, la Cuaresma sí, pero lo de la Pascua no me lo has explicado bien.
 —¡Qué quisquillosa eres, Metanoia! Como te dije al principio, la Cuaresma sirve de preparación al triduo Pascual. Pascua significa «paso» y es el tiempo de la alegría, porque ... ¡después de la Cuaresma celebramos que Jesús vive porque nos ama. Metanoia, ha sido un placer contarte lo que significa mi nombre. Espero que te sirva.
 —Cuaresma, me gusta lo que significa tu nombre ¡Hasta la próxima!

Que alguien me traiga una silla de ruedas, un sobre de almagato, que entre por la puerta el auténtico Pozí y nos haga un programa de Ana Rosa. Necesito un lavado de estómago, un bote de codeína, una taladradora en la sien que me ayude a olvidar lo que acaba de pasar. No sé cómo voy a vivir con ello. Sor Lucía reparte las cuatro páginas entre cinco grupos. Yo acudo al fondo de la clase a coger las bandejas con las ceras de colores y las reparto con los pies de corcho dentro de las botas y un hormigueo en las puntas de los dedos. Ha habido que sortear los fallos de puntuación como si fuera una carrera de obstáculos pero a mí lo que más me ha molestado han sido las cursivas aleatorias y las comillas. Estamos en un colegio, por los clavos de Cristo. Si le vais a enseñar esta basura a los pobres niños que por lo menos esté redactado en condiciones, que les estoy hablando por otro lado de García Lorca y me chafáis el trabajo. Qué bien hablas, Cuaresma. Cuánto sabe la Iglesia. Acabo de decir esas cosas con una voz impostada delante de veinticinco almas quebradizas a las que acaban de arrebatar el carnaval. Me arrancaría la lengua con un cúter. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. A medida que terminan de colorear los mandamos a jugar con los muñecos de trapo pero ya no los visten y desvisten con la misma

ilusión que ayer. Están desganados, aburridos, la energía se ha evaporado. Ellos no sabrían explicar hasta qué punto esta actividad propia de catequesis les acaba de arrebatarse el vigor electrificante que no dejaba de crecer, ellos solo saben actuar como si les hubiera entrado mucho sueño, pero desde aquí es evidente lo que ha pasado. Me acerco a la fila del fondo, echo un vistazo a su labor y me pongo de rodillas en el suelo. Alberto, que se suele sentir tan atraído por mí como yo por él, se me acerca con una muñeca en la mano. Aún conserva gran parte de su energía genuina. Con un trozo de tela le ha endiñado un vestido de rayas rojas todo clavado en el sobaco y me lo enseña.

—Mira, ceñorita —dice sosteniéndola tan cerca de mis ojos que me resulta imposible enfocarla. Qué precioso resulta su ceceo, sobre todo comparado con el de Metanoia. Es muy relamido hablando, supongo que por haber visto tantas películas dobladas al castellano oficial de las eses finales y las jotas, y eso hace que la zeta le quede más marcada todavía.

—Anda, Alberto, qué bien, ¿de qué la has vestido?

—¿No lo zabez?

—No, ¿de qué?

—Di, ceñorita.

—¿Lo intento adivinar?

—Cí.

—De cocinera.

—No.

—De camionera.

Me mira raro y se ríe.

—Nooo.

—¿De Willy Wonka, de Umpa Lumpa?

—No, no, no.

—Pues a ver, ¿de pirata?

—¡Que no!

—Jo, Alberto, dame una pista por lo menos.

—De ceñorita —se salta la pista y suelta la información de golpe.

—¿De señorita cómo, de maestra?

—Ezo, cí.

Me doy cuenta de que las rayas del retalito tienen algo que ver con mi pichi y de repente me siento percibida, reconfortada, protegida por una especie de cabaña de caramelo que este niño acaba de construir para que yo me cobije, como si cuando él me mirase me volviese invisible para todo lo malo, como si él pudiese salvarme.

—Qué bonita.

—¿Te guzta?

—Me gusta muchísimo, Alberto.

—¿Puez zabez qué?

—¿Qué?

—Que el carnaval no ce hace.

—Ya, sí que lo sabía, ¿y qué te parece?

—Me da igual.

—¿Ah, sí, y por qué?

—Porque me voy a disfrazar de todaz formaz.

—Anda, no me digas, ¿y cómo lo vas a hacer?

—En mi caza.

—¿Esta tarde?

—Cí.

—¿De gatito como tú pensabas?

—Cí.

—¿Pues sabes que es una idea muy buena?

—Cí.

—Sí, claro que lo sabes tú eso, es una idea que has cogido tú porque sabías que era buena.

—Cí.

—Oye, pues te digo una cosa.

—¿Cuál?

—Que yo también lo voy a hacer.

—¿Cí?

—Sí, esta tarde me voy a vestir yo también de Blancanieves en mi casa.

Se ríe y da un salto con la muñeca levantada por encima de la cabeza.

—¿Te parece bien? —le pregunto.

—Cííííí, ¿y podemos venir mañana disfrazados otra vez?

—No, no, que se ha suspendido el carnaval del colegio.

—¿Y por qué?

—Por la Cuaresma.

—Ah, verdad.

—Pero esta tarde lo podemos hacer en nuestras casas.

—¡Bien!

—¿Tú te vas a vestir de gato?

—Cííííí.

—Pues yo de Blancanieves.

—Bieeeeeen, choca, ceñoritaaaaa. —Le pongo la mano tiesa y empieza a dar vueltas sobre sí mismo de manera que la muñeca golpea mi mano cuatro veces seguidas, un poco como si me chocara yo a mí misma. Mundo maldito, llévame a mí si quieres que ya estoy podrida de todas formas pero no me chafes a Alberto, a Alberto déjamelos tranquilo dando saltos en su casa vestido de gato alrededor de su padre que viene andando a buscarlo, déjamelos que haga dibujos y cómics y no le vengas a decir que es tonto por no terminar los deberes a tiempo, y si lo haces que no se lo crea y tenga fuerza suficiente como para reponerse y escupirte y salir corriendo hacia otro lugar, que vista muñecas, que vea películas y que un día las grabe o saque libros o haga canciones, que tenga un trabajo cualquiera en el que no haga daño a nadie, que plante árboles, que no reviente nunca un animal para impresionar a ningún trozo de estiércol con ojos que lo esté azuzando, que baile y trate bien a todas las personas con las que se cruce, no le des sustos, no le des una pandilla que le ponga retos crueles, sácalo de este sitio infecto mientras su cerebro se mantenga sano, dale herramientas para sobrevivir, que se escape, que no se haga mayor como un cadáver dentro de un cuerpo grande con el que sea imposible volver a comunicarse, que no se

me muera de hambre y de sed este niño y se queden sus huesitos arrojados en el interior de un tonto que monte un negocio vinculado con el diablo al que no le quede ni un solo recuerdo de este día y se pase las jornadas firmando papeles y hablando con despotismo a la secretaria que renueve cada cinco años porque quiera que todas tengan menos de treinta. No me pudras a este niño, mundo asqueroso, solo te pido eso, asústame a mí, enférmame, tortúrame, échame a una zanja y que nunca me encuentren, hazme daño a mí que ya soy grande y a este niño que nada lo vuelva malo. La sirena va a sonar pronto y como lo tengo delante le digo que suelte la muñeca y venga corriendo a ponerse el abrigo. Obedece muy dispuesto y viene con la capucha colgando de la cabeza y la mochila en la mano con paso atolondrado. Cojo su abrigo, le pongo fáciles las mangas para que meta los brazos y se lo encasqueto con toda la destreza de la que soy capaz. Le coloco la mochila y cuando se da la vuelta le acaricio las mejillas con los dorsos de las manos que los tengo limpios igual que hago con los bigotes del perro.

—Ea, ya está —le digo todavía de rodillas en el suelo, y él me devuelve el mismo tipo de caricia en la cara con los dedos suaves, torpes y calientes.

—¡Miau! —exclama, y sigue su camino hacia la puerta con los bracitos encogidos por delante del pecho. Coloco otros trece o catorce pares de abrigos y mochilas y cuando salimos nos cruzamos con sor Petra dentro de la portería con la mirada absorta en una labor de costura. Al final yo no voy a venir de Blancanieves pero ella bien que ha traído un mensaje envenenado a la clase de parte de la bruja por excelencia. Está claro que hay muchas formas de ser monja. A mis ojos sor Lucía es el hada Fauna y madre Pilar es Maléfica. Ya no me da tanto miedo que me descubran como el horror que estoy presenciando. Igual que tengo la intuición de que me espera un precipicio negro después de morir, me asalta a veces cierto sabor metálico en el paladar que descifro como la amenaza de una zanja. El sistema que controla esta clase de gente no me gusta a mí y al sistema no le gusto yo pero él es muchísimo más poderoso. No sé cómo lo haré porque me siento aún muy pequeña y torpe por mucho que haya crecido pero de alguna forma tengo que combatirlo. Es lo que me condujo al magisterio. No sabía entonces que los colegios estaban tan vendidos. Ni siquiera en la carrera te lo explican. Zanjas, fosas y cunetas acechan a la futura Eulalia. Tengo que tratar de sortearlas a toda costa sin desviarme de mi cometido. Me arranco un filito de uña del dedo índice de la mano izquierda como si fuese un conjuro. Durante unos días me he flipado con la promesa del carnaval pero solo era una chuchería barata que me han puesto delante del hocico como la zanahoria que nunca se alcanza y ahora resulta que soy Metanoia, que significa conversión. Mis muertos conversión.

Me he comido los espaguetis a toda leche para que no se enfriaran y para correr al baño a volver a ducharme. La primera ducha del día había tenido lugar a las siete de la mañana, ya eran casi las cuatro y me sentía manida después de tanto sudar en el papel del día. Tengo el pelo reluciente de haber dejado la mascarilla actuando diez minutos, me he puesto los rulos, me he exfoliado la cara, me he pasado la piedra pómez por los pies y la cuchilla por las piernas y las ingles. Mis ingles no conocerán más tirones de pelos. Si los arranco se enquistan y dan lugar a tremendos estropicios. La última vez que fui a que me hicieran la cera la esteticista me arrancó varias capas de epidermis que escocieron durante días y a la semana tenía dos poros infectados a la vez y de alguna forma conectados entre sí desde dentro de la carne. Tardaron más de un mes en curarse y

me dejaron cicatrices en forma de cráter. Desde entonces si quiero quitarme pelos lo hago con la cuchilla y a los pocos días pica muchísimo pero compensa porque no suele infectarse nada. Qué miedo nos metían en la *Súper Pop* con la cuchilla. Mi madre también me contó terribles leyendas. Lo que más me sorprendió de este asunto es que te contaran horrores del afeitado pero nadie te dijese que la depilación podía causar infecciones y que era tan, tan dolorosa. La primera vez que me hicieron la cera grité sin poder creérmelo. La señora me miraba como a una malcriada y me repetía que para presumir hay que sufrir. Me parecía inverosímil que se pasara por semejante tormento de manera tan frecuente y estoica. Me molesta retirar los pelos de todas formas, lo hago solo si tengo una primera cita en la que quiero evitar que me miren con asco, si me apetece notar el tacto puro de la carne pelona o si quiero pulir un poco algún look. Con los tacones fue igual. Me esperaba que doliesen pero no de una forma tan intensa. Los tacones pueden provocarte trastornos mentales. Llega un momento en que te empiezas a sentir tan lesionada que no eres capaz de pensar en otra cosa. Intentas hablar con alguien de pie y sigues la conversación y sonríes y lo único que tienes en la cabeza es un estallido, un grito desgarrado que viene de abajo y que te devora el entendimiento entero.

Hoy lo estoy dando todo por el look en honor a Alberto que me ha brindado el mejor consejo del día. Si mi nombre significa conversión me voy a convertir en una princesa Disney. Un pastel relleno de ácido sulfúrico. El molde idóneo para ser corrompido. También me voy a llevar la cámara de fotos. Con Fernando no suele funcionar pero este trabajo no se puede perder en el olvido. Ya estoy maquillada y el conjunto de base pálida, pestañas postizas, colorete y labios rojos consigue crear una inmensa fantasía en mi cara. Me miro un momento, cojo un lápiz marrón, me pinto un puñado de pequitas sobre las mejillas y la nariz y las difumino un poco para que el resultado sea más realista. Blancanieves nunca ha llevado pecas pero se me han antojado. Ojalá tuviera pecas de verdad. Ojalá mi cara fuese la de Diana para poder verla cuando quisiera. Me suelto los rulos con cuidado, rocío laca sobre los tirabuzones, los cepillo e insisto con la laca. Me parezco un poco a Leslie Van Houten el día en que se vistió de raso para asistir a una de las sesiones del juicio. Cómo me gustaría que se pudiera ir siempre así y que no pasara nada. No es una cuestión de que esto sea poco práctico o muy trabajoso porque hay un montón de abogadas y dependientas del Zara que tardan lo mismo en arreglarse y están igual de incómodas que yo ahora mismo o incluso más. Mientras se me secaba el pelo preparé la mochila y la tengo lista con el pijama y la ropa para mañana porque duermo en casa de Fernando. Me han robado la fiesta pero hoy Blancanieves va a follar y a echarse unas fotos.

Llamo al porterillo de Fernando y subo las escaleras. Cuando me abre la peste a rancio me molesta más que nunca, no sé si porque es de verdad más intensa de lo normal o porque pienso que Blancanieves se la merece menos que yo. Parece contento pero también desconcertado y por supuesto no piensa darme un beso ni yo a él tampoco. Vamos directamente a su cuarto, saco la cámara, le ajusto los parámetros y se la encasqueto.

—Hazme unas cuantas fotos antes de que se eche a perder.

Se queda como un pasmarote con la cámara en las manos, se la pone delante de la cara sin moverse un centímetro y pone el dedo encima del disparador.

—Pero espérate, hombre —le digo.

—¿Cómo? ¿A qué?

—Pues que habrá que buscar el ángulo bueno, la pose buena.

—Ah. Bueno, ¿qué pose quieres?

—Pues una bonita, a ver, ponte más lejos y me subo encima de la mesa.

Obedece. Se coloca junto a la puerta, espera a que me suba y pulsa el disparador.

—¿Pero has enfocado?

—No sé, creo que sí.

—Agáchate un poco, busca el ángulo bueno.

Quisiera que se tirara al suelo, que me diera instrucciones, que se acercara, que se alejara, que estuviera contento de tenerme delante, que me diera un beso.

—Pasa el carrito —le digo. Me hace caso y tira otra foto sin ganas.

—¿Quieres que eche más?

—No, no hace falta.

Ojalá me suplicara otra foto, ojalá se fijara en algún detalle y le interesara inmortalizarlo, ojalá me hubiera escrito alguna carta de amor. No sé de qué me sorprende.

—Vale.

—Y ahora vente aquí, enséñame las manos.

Se acerca y me las pone delante de la cara. Parecen limpias.

—Por la parte de las uñas.

Les da la vuelta. No las tiene muy largas. Se las debió de cortar antes de ayer. Podrían estar mejor pero es pasable. Me concentro en la imagen de sus dedos tratando de olvidar el recibimiento soso, su falta de interés en el mundo del retrato, la ranciedad del ambiente de la casa entera. Sus manos están bien. Tienen un bonito color, un bonito tamaño, una bonita textura.

—Ponme una en el cuello y la otra me la metes en la boca.

Su piel está muy seca y se me queda un poco pegada a la lengua, el paladar y la cara interior de los mofletes. El cuello me lo agarra con cierta soltura, con algo de precipitación, pero agradezco que muestre un poco de sangre. Lo esencial de la escena soy yo misma. Me gustaría poder estar en su pellejo y en el mío a la vez para darme justo lo que quiero porque además justo lo que quiero yo recibir es justo lo que querría ofrecer desde su posición pero como estoy atrapada en mi propio cuerpo intento sacarle partido a la perspectiva. Me levanto la falda y me miro las piernas con los ligeros y los zapatos, mis uñas que sí están lo bastante cortas, los brazos finos, trato de atisbar los tirabuzones a los lados de la cara. Me gustaría intentar correrme para aprovechar más el disfraz pero no tengo suficiente energía. La idea de los padres de Sandra reunidos con sor Lucía y la psicóloga estirada vuelve a acecharme. Es la segunda vez que me veo aquí follando mientras el destino de esa niña se configura. Estoy preocupada y me concentro menos aún que de costumbre. Fernando por su lado parece también más disperso cuando vengo muy preparada. Supongo que se siente presionado, que no sabe bien lo que espero. Me doy la vuelta, apoyo los codos en la mesa con la falda de raso arremolinada encima del culo, le pido que me la meta y que me agarre del pelo y hago como que me corro en unos cinco o seis minutos. Por echar el rato, por alinear una situación en la que me parece que no están pasando suficientes cosas. Es extraño cómo a veces follamos con tanta violencia y en realidad no nos une casi nada. Me pregunto si para él es igual. A él le gusta en el plano de lo físico, de eso hay pruebas, pero es

posible que me perciba como un trozo de carne amable e incomprensible contra el que frotarse. Algunos días he sentido conexiones más estrechas viendo cómo una cajera pasaba mis productos por el escáner que follando con él.

No llevaremos media hora cuando me saco los zapatos y le pido que se me corra en los pies sin quitarme las medias. Diana tenía los pies un poco destrozados por la danza y eran los más bonitos del mundo, pequeños y remendados. Me encantaba apretárselos con las manos, palparle los huesos y ponérmelos en la cara. Fernando se empieza a correr sobre mis plantas y me doy la vuelta a toda prisa para que me caiga algo también sobre los empeines. Contemplo la estampa por un instante y me gustaría levantarlos en el aire y dárselos a chupar pero ya lo he intentado en otras ocasiones y sé que no quiere, que su propio semen le da asco, así que reprimo el impulso, me seco con un par de pañuelos de papel para no manchar los zapatos y acudo al baño con ellos puestos para que mis medias buenas no toquen el suelo inmundo. Mear después de follar y beberme un litro de agua antes de la hora de comer son costumbres sagradas. He pagado el precio demasiadas veces, no quiero volver a pasar por ahí. Cierro la puerta con un empujón del codo, me lavo las manos pringosas y me siento en el váter. Como está el agujero mojado tarda en abrirse paso el pipí pero después de respirar hondo lo consigo. Podría ser un bonito momento de relajación si no fuera por el aroma que me llega desde abajo. Me pregunto si no habrán tirado de la cadena y no me he dado cuenta al llegar. Abro los muslos para asomarme. Está sucio pero no lo bastante como para explicar el misterio. Abro el campo de búsqueda y me fijo en el suelo. A mi izquierda, entre el váter y la pared, hay una pila de papel higiénico usado. El flujo del aire se me corta en seco en medio del pecho.

—¡Niño! —llamo tratando de no levantar mucho la voz para no alarmar al Podre. Fernando se entera a la primera y se acerca al cuarto de baño.

—¿Qué pasa? —pregunta desde el otro lado de la puerta.

—Entra un momento.

Obedece y me mira con las manos en la cintura, interrogante.

—Oye, ¿esto qué coño es?

—¿El qué?

—El guarreo este.

—Ah, buf.

—¿Cómo que ah, buf? Esto son papeles llenos de mierda, no me jodas.

—Sí, es que verás, son de este.

—¿Del Podre?

—Sí.

—¿En serio me estás diciendo que son lo que parecen? ¿Qué tienes aquí una torre de papeles con mierda?

—Sí, a ver, es que en su casa de Jerez se atascó el váter la semana pasada y el fontanero les ha dicho que es por tirar toallitas, así que le ha dicho la madre este fin de semana que mejor tampoco tire papeles por si acaso, y como no tenemos papelera pues los está tirando al suelo.

—¿Y a ti te parece esto normal?

—No sé.

—Y vosotros llegasteis el domingo ya con ese plan.

—Sí.

—Y está echando los papeles enmierdados desde el domingo entonces.

—Sí, cojones, eso es lo que te estoy diciendo.

—Y dime una cosa, ¿tú estás echando los tuyos también? Porque ahí hay muchos papeles para una sola persona dos días.

—Y qué quieres que haga, yo al principio le dije que no pero me dijo que como no lo hiciera y se atascara lo pagaba yo solo.

—Pero a ver, picha, allí han tenido el atasco por tirar toallitas higiénicas, ¿aquí tiráis toallitas alguna vez?

—Yo no lo sé, tú a veces tienes y no sé lo que haces con ellas.

—Pero las que yo tengo son desechables, cabeza, y si no lo fueran las tiraría a la basura.

—Yo qué sé.

—Ya sé que tú no sabes, ¿pero no ves que yo sí, que siempre te estoy hablando de estas cosas básicas, que a mí sí se me dan bien?

—Le llego a decir que no y este es capaz de joder el váter nada más que para que lo tenga que pagar yo.

—¿Pero de qué tramas me estás hablando, colega, cómo podéis alcanzar ese nivel de basureo?

Fernando se encoge de hombros enfurruñado como un niño al que están echando una bronca que no es capaz de comprender del todo y solo quiere que lo dejen en paz.

—O sea que la caca que te has limpiado del culo desde el domingo está ahí también.

—No, toda no porque no me hacía gracia la idea pero he dejado algo para que no sospechara.

—Has dejado algo de caca para que no sospechara que no estabas tú siguiendo las instrucciones de arrojar la caca entera en la esquina.

Resopla y se lleva las manos al cogote, harto de la cuestión.

—Y no lo habéis recogido todavía ninguna vez.

—No, que yo sepa no.

—Y ya por curiosidad, ¿cuándo pensabais comprar la papelera?

—Yo qué sé.

—¿A lo mejor pasado mañana, la semana que viene?

—Ni idea, a mí qué me cuentas.

—No, claro, esto cómo lo íbais vosotros a concretar, y mientras no llegue la papelera pues ahí acumulándose los papeles apestando, ¿no? Dos días, tres días, cuatro, cinco, una semana, lo que surja.

—¿Podemos dejarlo ya? Me estás mareando.

—¿Que te estoy mareando? ¿Tú tienes idea de lo sorprendente que es esto, de lo difícil que es de asumir? Y mira que con vosotros estoy ya curtida.

—¿Pero por qué?

—¡Pues porque huele fatal y es una porquería insalubre! Por la Virgen, que alguien mande aquí un antropólogo que os ayude a integraros que esta labor me queda a mí ya demasiado grande.

—Tampoco me parece para tanto.

—¿Que no te parece para tanto? ¿Pero tú me estás viendo, que estoy para que me enmarquen y vengo a verte y el escenario que me tienes preparado es una puta cochiguera? — Levanto la falda en el aire para que no roce nada y salgo del cuarto de baño.

—Pero si yo pensaba que te gustaban las cochinadas —responde con una sonrisa pillina completamente desafortunada.

—Puto ingrato sin hervir, ¡quítate de mi vista que ni siquiera has sido capaz de darte cuenta de que traigo pestañas postizas!

—Pero no te enfades, y no levantes la voz que te va a escuchar este.

—Mira, ya está, se acabó, yo a esta casa no vuelvo.

—Pero qué dices.

—Que estás empanado, que te han criado en la puta parra y ya estoy harta de enseñarte básicos, de tener que decirte que la basura huele que dan ganas de potar, de explicarte por qué tienes gusanos en el fregadero y llego aquí y me encuentro el suelo lleno de mierda del Podre y tú sabías que yo venía y que eso estaba ahí y te parece normal.

—Pero y qué quieres que haga.

—Que espables, hostia, que pegues ya los tres o cuatro hervores que te faltan y tengas los dos dedos de frente para darte cuenta de que si te viene una piba con ligueros de camino no la puedes esperar con mierda esparcida por el suelo.

—Tampoco es que esté esparcida, está en un rincón.

Cierro los ojos con asco y paso de largo hacia su habitación, exhausta. Él me sigue.

—Bueno, le diré que lo recoja, o lo recojo yo, mira, lo recojo ahora y ya está.

—¿Pero para complacerme a mí o porque has entendido que es una porquería?

—No sé, yo qué sé.

La voz se le ha puesto más grave. Cojo aire para combatir la impotencia. Esto me lo conozco. Ya está, se ha bloqueado. No es capaz de discernir. No está acostumbrado a que le digan cómo se hacen las cosas, está acostumbrado a que las cosas se hagan y punto. Si su madre se encuentra algo así limpia el entuerto y no le dice nada a nadie en la casa porque los miembros de su familia son un padre y dos hijos varones y eso no es asunto de hombres. Suelto el aire. Le dirá al Podre que lo recoja o lo recogerá él mismo pero lo más probable es que en su mente no haya ningún asomo de lucidez y comprensión sino mucha prisa por conseguir que me calle cuanto antes. Pierde el norte con estas cosas, no sabe escuchar, no sabe contestar, solo sabe huir y meterse en su habitación y ponerse a sus cosas. Es lo que ha hecho toda la vida. Sus costumbres siempre me han causado estupefacción. No sabe orientarse en el supermercado más pequeño ni manejar un abrefácil. Él escribe, lee y piensa y estudia, escucha música, se da sus paseos, igual que yo, pero donde yo además pongo la lavadora y la tiendo, donde pongo la mesa y la quito, barro, hago la compra, cocino espaguetis, huevos rellenos y bizcochos, friego los platos y el cuarto de baño, saco al perro y trabajo vendiendo pizzas y empapando meados él mete comida en el microondas y cuando se acaban los tupperes que le ha preparado su madre baja a pedir serranitos en el bar más cercano hasta que el viernes se vuelve a Jerez con los tupperes sin fregar y la ropa sucia de la semana para que ella se ocupe de todo el mantenimiento. Cuando empecé a venir le dije que las sábanas también había que lavarlas de vez en cuando, sobre todo si esperaba que yo me acostara en ellas, que no tiene sentido ducharse si después te vas a poner una camiseta que huele a vinagre, que si no te pasas un poco de jabón por la barba crecida los pelos

acaban rancios. Entonces el Podre y él habían acordado que a ninguno le interesaba limpiar ni ocuparse de la casa y que solo iban a afrontar la cuestión el día que la fuesen a dejar vacía a final de curso, plan que se traducía en acumular nueve meses de basura entre el lavadero y el pasillo de la entrada y en tener hasta la última pieza del menaje de la cocina sucio e ir fregando solo lo que hiciera falta, que solía ser un plato y un tenedor. No soy ninguna obsesa de la limpieza doméstica, mi obsesión se limita a la higiene personal, pero este estilo de vida me pareció bastante alarmante y de algún modo también un ultraje, no solo porque no paraba de afrontar malos recibimientos sino porque significaba que habían sido educados en una dimensión ajena y despreocupada que no tenía nada que ver con la que yo había conocido. Al principio me resultó inverosímil y le hice a Fernando muchas entrevistas sobre las costumbres de su familia. Me contó que venía de una casa muy sencilla y humilde, que su hermano era un cani de pura cepa y que su madre les tenía a su padre y a ellos dos prohibido participar en las labores domésticas. Aquello era su jurisdicción y estaba bien satisfecha de ocuparse sola con tanta eficacia. A Fernando le interesó aprender los misterios de la cocina durante la adolescencia y ella lo echó a empujones indignada, orgullosa de su papel, como si no quisiera que se lo arrebatara nadie, temerosa de que la virilidad de su primogénito se echase a perder.

He tratado de enseñarle a Fernando nociones fundamentales sin parar pero la brecha es demasiado honda. La explosión de granos del año pasado me vino en parte por la terrible ansiedad de haberme asomado al mundo y en parte por esconderme a su lado en una casa tan pringosa. La dermatóloga lo arregló pero como me quede aquí se me van a volver a llenar los poros de sebo. Suspiro y trazo en silencio el plan más cobarde de mis días mientras me quito el atuendo de Blancanieves. El vestido, los zapatos, los ligueros en color crudo a juego con las medias y el sujetador, las pestañas postizas que me había puesto con tanta ilusión. Saco una toallita desmaquillante que no arrojaría por el váter en un millón de años y me borro la cara de dibujo animado que me había pintado encima de la mía apagada, cetrina y sin una sola peca. Lo doblo todo con delicadeza, cojo mi pijama de franela de la mochila y dejo el disfraz en el hueco que deja. Cómo me hubiera celebrado Diana, cómo hubiera apreciado cada detalle, cómo hubiera calculado el tiempo empleado en generar el encantamiento, cómo se hubiera dado un festín con mi estampa perfumada, cómo hubiera yo agradecido su apreciación poniéndole una mano pequeña sobre la mejilla suave. Tengo los tirabuzones todavía crujientes y a estas alturas me resulta hasta molesto que aún me quede algo bonito si Diana no lo puede ver. Alcanzo una goma de pelo y me hago una coleta. Compruebo que el despertador está puesto a las siete y cuarto. Me meto en la cama y me tapo hasta el cuello de cara a la pared. Me voy a quedar a dormir como estaba previsto para no tener que lidiar con más confrontación haciendo como que asumo que lo del papel higiénico usado ha quedado atrás. Mañana me voy a duchar y voy a ir al colegio y no voy a volver nunca más.

Martes

20 de febrero de 2007

Fernando pensaba ir a tercera hora así que se ha quedado acostado mientras yo me duchaba en su baño que me daba más asco que nunca y por primera vez un poco de pena. Nada sólido me retiene realmente a él. Volver a su casa todas las semanas es una decisión que tomo porque me gustan los chicos y de los chicos que conozco él me parecía el más interesante y el menos peligroso y sus manos son bonitas pero que el listón esté bajo no es motivo suficiente para seguir nadando en un agua tan estancada. Ya había tomado la determinación de pasar mi última noche con él cuando escuché que recogía los papeles sucios del suelo y los tiraba a la basura de la cocina. Los únicos guantes de látex de la casa estaban en su mesita de noche en un paquete de diez unidades que había comprado yo para intentar jugar a los médicos sin éxito y no había venido a buscar ninguno. Lo estaba haciendo con las manos desnudas y no se había escuchado ningún grifo después. Había tocado aquella inmundicia y venía a acostarse a mi lado sin haber pasado por jabón. En cuanto entró en la habitación le dije que fuese a lavarse y volvió a salir mortificado como si mis manías no tuvieran ningún sentido. En ese momento me asaltó la certeza de estar ejecutando el movimiento correcto.

Por la mañana, en el portal de su casa, he escrito una nota de despedida en un cuaderno y se la he dejado en el buzón. No ha sido la opción más elegante. Me pregunto ahora si soy una exagerada. El estupor que recuerdo en él me hace dudar, pero su estupor solo tiene que ver con la más absoluta ignorancia. Algunos de mis niños de preescolar tienen más idea sobre supervivencia que él, no es tan difícil asimilar que después de tocar caca hay que lavarse las manos. Sé que no tiene del todo la culpa de ser como es, que el mundo lo ha hecho así y es él el primero en padecer las desventajas derivadas de esa trayectoria llena de consentimiento e incomunicación, pero yo no tengo energía para reparar semejante estropicio y menos si se resiste. A lo mejor le da pena no verme más, a lo mejor me echa de menos. A mí me da pena, le he cogido mucho cariño, me importa cómo esté, me importa su desarrollo, me interesan las mismas canciones y los mismos libros que a él y el mismo tipo de arte mortecino y eso no es tan fácil de encontrar. Es tierno a su manera y siempre ha sido amable. Me regaló unas bragas de la coneja Miffy por mi cumpleaños porque había prestado atención el día que pasamos por delante de un escaparate y se las señalé. Tomó nota y varias semanas después fue a buscarlas para mí y acertó con la talla. Nos hemos contado cosas, hemos hecho cosas. Una vez meé en el suelo de su habitación. Me acuerdo del poema de Panero en el que Blancanieves se despide de los siete enanos y al final se derrumban uno tras otro todos los árboles del bosque. Se me caen un par de lagrimones por debajo de las gafas de sol y los enjugo en la manga del jersey. Hoy he sido sabia y me he aplicado colorete y un rosa muy suave en los labios pero no máscara de pestañas porque sabía que esto podía pasar. Aquel día, el día que meé, me sentí apreciada, sentí que compartíamos algo bonito. Se formó un buen charco que recogí yo, por supuesto, porque él no

tenía ni idea de por dónde empezar, y tener que ocuparme íntegramente del entuerto rompió un poco la magia para mí. Me gustaría entablar relación con una persona menos inadaptada, alguien capaz de cocinar sin que las moscas críen larvas alrededor, de salir a bailar conmigo, de darme un beso, si es que no pido tanto.

La angustia contenida me ha hecho andar muy rápido y entro en el colegio temprano con los gemelos cargados por las prisas. Dejo atrás a sor Petra y voy corriendo a la clase a buscar a sor Lucía. Cuando entro con la mochila gorda a la espalda la encuentro sobre el escritorio, me mira sin decir nada y en cuanto la veo sé que está que trina.

—Buenos días —le digo sin perder las formas pese a la urgencia que me come por saber qué ha pasado, deseando en parte que el drama escolar aleje la sombra de mi drama personal. Este es mucho más grave. Puedo estar descontenta, truncada en múltiples sentidos, pero aquí hay una vida entera tronchándose.

—Buenos días, Lali, hija mía.

—¿Cómo fue lo de Sandra?

—¿Que cómo fue? No fue de ninguna manera. No aparecieron.

—¿Cómo?

—Pues eso.

—¿Que han vuelto a faltar a la reunión?

—Como lo oyes. Habiendo concertado la cita un día extraordinario y con la psicóloga preparada y todo. Pero esta vez no se dignaron ni a llamar.

Abro la boca y los ojos. Qué tragedia, qué desesperanza. Además cada vez que habla de la psicóloga me asalta la certeza de que por mucho que hubieran acudido sería en vano, todo en vano. El Podre está cursando su cuarto año de Psicología ahora mismo y apenas arrastra asignaturas. Estos papeles por los que trabajamos no tienen ningún valor real.

—Y los estuve llamando yo toda la tarde, a los dos, ¿eh? Y no me lo cogió ninguno.

—¿Pero y ahora qué se hace?

—Nos quedamos sin herramientas. Ahora tenemos que ver si lo volvemos a intentar, si dejamos correr el caso, si sigue así la cosa y queremos seguir los protocolos igual tenemos que consultar con servicios sociales, es muy delicado, muy delicado.

Sor Lucía sacude la cabeza gacha con las manos agarradas al borde de la mesa y me recuerda a mí apretando el lavabo por las mañanas. Ella no me mira y yo no la miro. Me quito la trenca y la cuelgo sin decir nada hasta que llegan las primeras niñas y corro a atenderlas mientras sor Lucía está todavía tratando de reponerse. Pronto los niños empiezan a acumularse y entonces acude ella también. Sandra entra por la puerta como si nada y nosotras la miramos intensamente pero la atendemos también como si nada. A veces cruzamos los ojos la monja y yo y nos decimos tantas cosas con ese atisbo que viniendo como vengo apenas me aguanto las ganas de llorar. Los niños perciben la tensión porque suelen percibirlo todo aunque a veces no sepan explicar en concreto qué es. Algunos de estos niños incluso sabrán justo lo que nos pasa, que tiene que ver con Sandra, por cómo nos miramos a su alrededor, por alguna conversación que no hayamos sabido esconder lo bastante, y estén cuchicheando a nuestras espaldas sobre el tema. Por mucho que sean pequeños y manejables ya tienen construido un universo propio, nosotras no sabemos la palabra clave para entrar y nadie nos la va a chivar porque por muy cerca que estés eso no va así. A mí también me pasaba. Había algunos adultos amigos a los que adorar y celebrar

pero eso no significaba que les dejaras entrar en las estancias secretas. Los adultos que creen que tienen pase VIP deben saber que el pase, por muchos privilegios que contraiga, nunca te da acceso a todos los recintos. Nos pueden parecer muñecotes pero tienen mil ojos abiertos y voraces que se nos están tragando vivas y de esa digestión surgirá una persona adulta de una manera o de otra. Sus características innatas no son más determinantes que el resto de las cosas que se encuentran. El mismo bebé criado en diferentes hogares, asistiendo a diferentes colegios y transitando diferentes calles da lugar a diferentes adultos. Paulina en otra circunstancia podría estar zampando magdalenas de dos en dos, Alberto podría ser seco y retraído, Sandra podría ser mansa y habladora. ¿Cómo hubiera sido yo de aparecer en otro lugar? Si me hubiera criado en una casa grande y céntrica con un padre tradicional, con dinero, yendo a misa los domingos. Mi instinto me dice que me habría rebelado contra él y habría sido la oveja negra que nadie comprende pero tal vez hubiera estado orgullosísima de mi familia y ahora llevaría perlas y sacaría buenas notas en tercero de Empresariales convencida de que la gente pobre elige serlo a base de no esforzarse lo suficiente.

Nos sentamos en la asamblea y Alberto me vuelve a animar, siempre generoso, contando que ayer estuvo haciendo fechorías felinas por su casa, y no fue el único. Gabriel se disfrazó de pato, Sara de poni y Alba de flamenca. Sandra calla hierática como una esfinge y quién sabe lo que estará pensando, lo que le pareceremos los demás, las ganas que tendrá de quemar el mundo y mirar cómo arde, las cosas que habrán visto su pobre hermanito encadenado y ella, en qué clase de habitación oscura se han quedado encerrados y no son capaces de salir porque nadie dedica suficiente esfuerzo a descifrar el código que los libera. Rezamos el Avemaría bajo mi dirección y de algún modo hoy siento que no lo hago con el piloto automático, intentando no ser consciente de lo que pasa, sino que le suplico ayuda a alguien indeterminado por encima de mi cabeza. Que ruegue por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte, que nos consuele, que nos salve de alguna manera, ¿para qué estamos aquí si no, de verdad tiene que ser esto un valle de lágrimas? ¿Quién lo dice? Que nos lo hagan suave, que esté bien repartida la riqueza, que los niños tengan las atenciones oportunas y no acaben volviéndose tristes o malos o las dos cosas. Cuando están todos sentados agarro el libro de Estrella y me siento a repasar porque hoy es sor Lucía la encargada de dar la primera brasa de la mañana. Es la brasa de la Cuaresma, el repaso del cuarenta, de la reflexión, del cambio a mejor. Les dice que mañana es Miércoles de Ceniza, les explica lo que significa, asegura que vamos a ir a una misa muy especial. ¿Vamos a ir a misa mañana? ¿Yo también? A Diego parece que le hace ilusión porque le interesa la liturgia, le resulta emocionante, y ya no está chafado por la pérdida del carnaval. Los demás niños abren los ojos con interés o miran hacia otro lado porque no se han enterado del plan o porque les da igual. A lo mejor yo puedo quedarme al margen pero no me voy a atrever a preguntar. Es mi turno. Me pongo de pie. Por algún motivo nos toca hablar sobre Canadá para seguir aprendiendo sobre el asunto del invierno y el frío y después sobre la letra ele. Mi actitud es mecánica y gris. Apenas soy consciente de lo que les digo, mi conciencia está centrada en escudriñar sus expresiones mustias. Mi madre me considera una blandengue y dice que sufriendo tanto estoy haciendo la tonta desde chica, que la única forma sabia de vivir es centrándote en lo bueno y obviando lo malo pero yo no puedo hacer eso y lo que me parece es que mi madre es incapaz de fijarse como yo me fijo.

Mientras me paseo entre las mesas noto comprensión por parte de la monja, hoy hay una excusa oficial para parecer sombría y preocupada. Ella tampoco está pletórica precisamente con Sandra en el regazo completando la ficha a impulsos desganados. Le habla con más calma y dulzura que nunca pero está claro que la niña nota que las cosas no le han ido bien desde que nació y no le han empezado a ir mejor ahora. He recibido hace un rato la noticia de la ausencia de sus padres y las dos estamos disgustadas por lo que no tengo mucha fe en estar emitiendo vibraciones de calidad. Aun así ayudo y sonrío y trato de dar lo mejor de mí pero creo que no lo estoy consiguiendo. En la mochila que traigo hoy tan abultada descansa el disfraz de Blancanieves y cuando me acuerdo de la forma drástica y fría en que he decidido dejar de ver a Fernando una pena inmensa amenaza con licuarme las piernas. No debo pensar en eso ahora. Debo ayudarles a lavarse las manos y a desayunar, a salir al patio ordenadamente, a resolver sus conflictos del recreo. Debo centrarme en escuchar sus historias prestando atención a quién tiene ganas de hablar y quién de escuchar y quién de no participar en ninguna interacción social, aceptando el lugar que me otorga cada uno con gratitud. A la mayoría de los niños les agrada que se interesen por ellos pero también los hay que solo desean estar a lo suyo, que tienen bastante con tu presencia silenciosa para cuando les apetezca acercarse a comentar algo o ni eso.

Alberto me ronda con sus innumerables anécdotas y de nuevo me asalta el deseo de irme a vivir con él a una cabaña, siempre la fantasía de la cabaña, en la que apenas tengamos contacto con otros seres humanos para que crezca sin contaminar pero de sobra sé que eso tampoco funciona, que no hay solución para este problema, que cuando los alejas también sufren porque tú no les bastas y además implicas ya cierta contaminación de la que acaban intoxicados, y para cuando llegue el impacto de lo social el susto vendrá multiplicado, no hay nada que hacer más que brindarles compañía y un regazo incondicional al que acudir cuando algo les duela. Es por eso que me procuro unos muslos mullidos y los cubro tan a menudo de faldas suaves y amplias en las que encuentren cobijo de calidad, y ellos vienen a mí diciendo cosas o sin decirlos solo para asegurarse de que sigo aquí siempre dispuesta a arrodillarme en el suelo, a dejar que me trepen, jamás tomando café alejada, jamás masturbándome en el baño como Gloria sugirió. Ella tampoco lo está haciendo en el hospital sino que está allí entregada a los enfermos que pueden manifestar un carácter asustadizo, cascarrabias, ausente o bienhumorado y lidiando con uno de los millones de tontos con cierto poder deseosos de alardear de su posición, adictos a quedar por encima, esos que cuanto más abajo estás más disfrutan aplastándote y que te llenan de una ira que intuitivamente te empuja a pisotear a tus subordinados en el futuro. El mundo aniquila nuestros amigables instintos y nos vuelve a quitar las ganas de pasarlo bien. Hay demasiado a lo que sobreponerse, demasiado que combatir. A mí no me gusta la idea de sacrificar a Sandra por el bien de los otros veinticuatro y a Gloria no le gusta la idea de guardarse la rabia para tratar mal a la gente de prácticas cuando tenga un puesto fijo dentro de diez años. No somos lo bastante duras como para aceptar esas dinámicas. Nuestra corteza es una postilla húmeda y blanquecina. La suya está un poco mejor balanceada pero con que la rasques un poco más se pone a sangrar también. No somos ricas, la ciudad no termina de aceptarnos, los jerséis pican, los zapatos duelen y estamos hasta arriba de cremas y desodorantes y tiritas pero esto no hay quien lo aplaque. Es como estar en el Telepizza aguantando sin llegar a cogerle nunca el truco y sin poder abandonar el puesto porque las condiciones del contrato indefinido son extremas, o aguantas o nada, nada de nada, echarte a dormir entre cartones en un cajero, meterte en un cajón de pino

para no salir más, tirarte a la hoguera, de un quinto piso, partirte el cráneo de un golpe seco y certero con un martillo con la otra sien apoyada en el suelo y dejar un charco para que otro lo limpie. Ha habido tiempos peores, los tiempos de la dictadura, de la peste, de antes de que se descubrieran la penicilina y el jabón, cuando apenas había trigo ni patatas y vivían siete en una habitación con humedades durmiendo en sillas rotas, pero no me aplaca saber que estamos ahora mejor que entonces, que estamos mejor que en otros sitios, no me conformo con el agua corriente, la estufita y el frigorífico. Es poco, las cosas están mal repartidas, hay unos cuantos tíos con la cabeza ida compitiendo por tener unos más que otros, se lo están quedando todo en su pique privado mientras Gloria se lava las manos gastadas de coger teléfonos pringados de bacon de tercera, el bacon más barato y grasiento del mercado fabricado a partir de los cerdos más desgraciados del planeta. Y luego el jefe de la planta de Cardiología del Virgen del Rocío se pasa hasta las tres de la tarde despreciándola y no le quedan ganas ni para masturbarse. Éramos unas niñas sanas y solo queríamos pasarlo bien sin hacerle daño a nadie pero tenemos veinte años y ya hay partes de nosotras que están muertas, perdidas para siempre, enterradas. Nos pintamos los ojos muy negros por hacer algo divertido en torno a ese funeral pero nos escuece, nos escuece la herida con la postilla mil veces arrancada, y no hay Betadine suficiente sobre esta tierra para curarnos, no hay productos cosméticos capaces de calmar esta sed.

Entramos en clase y vuelve a ser mi turno. Hay que seguir machacando el asunto de Andalucía, Andalucía es así y asá y los colores de Andalucía son estos. Falta poco para el día en que tomemos el desayuno andaluz después de cantar el himno y a todos nos encantan los bollos con aceite y azúcar aunque apenas los probemos el resto del año. Blanquitos y densos, crujientes por fuera y con mucha miga por dentro. Si me pedís que hable de mi patria mi patria son esos bollos y las canciones más tristes de Portishead. Repasamos el mapa con los olivos, la mezquita, la Alhambra, la nieve, el desierto, el retrato de Juan Ramón Jiménez, el de Rafael Alberti y en el de Federico García Lorca nos paramos. ¿De dónde era García Lorca? De un pueblo de Granada que se llama Fuente Vaqueros. Nació hace más de cien años y escribió un montón de cosas preciosas, muchos libros buenos y poemas como los que hemos leído en los últimos días. Leemos el poema de la lagarta y el lagarto, que están llorando como mi corazón hecho harapos, y cuando estamos a la altura de lo viejos que son los lagartos llaman a la puerta. Sor Lucía se levanta de un saltito y acude. Es sor Elena, la maestra de la clase al lado. Por lo poco que me llega identifico que tiene una duda sobre la suspensión del carnaval y los preparativos para la Cuaresma. Sor Lucía sale y cierra la puerta desde fuera. Los niños y yo nos quedamos solos. Sigo leyendo el poema pero la velocidad ahora es un poco distinta. En un arrebato vandálico lo termino rápidamente y les arrojo un cebo barato.

—Federico García Lorca escribió cosas muy bonitas, es una pena que el pobre muriera joven.

No quiero que sea mi responsabilidad, quiero que puedan corroborar que son ellos los que han preguntado si me pillan.

—¿Qué le pazó, ceñorita? —Alberto ha picado. Alberto que ha coloreado su retrato de bolitas, Alberto al que impregno de mi mejor fertilizante cada día rezando para que escape de aquí cuanto antes. Me mantengo seria porque el asunto es muy serio aunque yo esté contenta de que el truco haya funcionado.

—Que lo mataron. —Los niños, y especialmente Alberto, abren los ojos con un espanto sincero en algunos casos e impostado en otros porque no son capaces aún de concebir el horror que entraña un asesinato. No hace falta más, no murió, lo mataron. Se me hunden las losetas bajo los pies viendo a sor Lucía despidiéndose a través de la ventanita. Varias voces simultáneas preguntan quién y por qué mientras la puerta vuelve a abrirse. El ambiente se ha puesto siniestro en apenas un minuto pero hago como que no, la miro con ojos risueños cuando entra y empiezo a leer un poema nuevo. Me pregunto si los niños harán algún comentario al respecto y quedaré en evidencia. Qué haré en ese caso. El anzuelo tampoco es garantía de nada. Habría que asumir que sí que lo he dicho. Me pregunto qué cara pondría sor Lucía. Ni siquiera estoy segura de si a ella le parecería mal, pero en caso de que así fuese qué mejor cuando estoy a punto de irme del convento que cagarme dentro. Me acuerdo del poema de Lorca de la niña ahogada en un pozo con el agua que no desemboca, que no desemboca, y cuando pasamos a ensayar el «Romance Sonámbulo» pienso sin parar en la chica ahogada en el aljibe que aparece unos versos adelante, en la mención a los guardias civiles borrachos, en las fuerzas de seguridad de la ley que debieran protegernos pero son nuestros enemigos, en todos los niños temibles que conocí en el instituto fantaseando con ser policías para poder dar rienda suelta a su violencia amparados por el Estado, en todos los policías casados con mujeres que les acuestan a los hijos mientras ellos rondan el Charco de la Pava en busca de algún tío que les chupe la polla para después pegarle una patada en la cara, en la posibilidad de que todo lo construido con cimientos frágiles se desmorone y vengan a buscarme un día a mi casa y me claven una estaca en la boca que me atravesase hasta el culo y luego me pongan en la plaza para que todo el mundo vea lo que les pasa a las brujas rebeldes como yo. A la bandera de España le estoy cogiendo más miedo que al logotipo de Nike.

Me tiembla la rodilla derecha mientras le pongo a Sandra el abrigo y la mochila y se aleja hacia el pasillo. Nuestros ojos se han cruzado dos segundos y se han separado de raíz. No hay nada que hacer. Los padres no quieren afrontar el problema. Yo desaparezco en diez días. Sor Lucía tiene veinticuatro niños más a los que no piensa sacrificar por un caso difícil. La entrego a la chica de la guardería de al lado, la monja que antes llamó a mi clase entrega al hermano y compartimos un efímero momento de drama antes de seguir con la tarea que nos corresponde. La madre de Paulina pitando desde el cochazo con las perlas alrededor del cuello pellejudo, el padre de Alberto con el que me casaría con tal de pasar con ese niño ceceando alrededor el resto de las tardes de mi juventud, el abuelo sencillo y afable de Iván, las niñeras, todo lo mismo otra vez, cada casa siendo cada casa cada día y los niños atrapados en ellas igual que estuve yo atrapada en la mía, consumida por costumbres particulares que se consideran las mejores y que apenas tienen sentido fuera. Todavía no he salido pero al menos llevo tiempo siendo consciente de que hay un inmenso universo más allá de las estrechas paredes de mi familia monoparental en la que de vez en cuando ingresa un anciano a echar sus últimos días.

Cuando llego a la parada de autobús a las dos y veinte hay mucha gente esperando y resulta que casi todos piensan montarse en el mismo que yo. No consigo sitio y me aprieto en la esquina contra la ventana. Ya me queda poco transitando este camino extenuante. Tengo ganas de que se acabe para no seguir recorriendo distancias tan largas y para dejar de quemarme los pies con la brasa infernal con la que está empedrado ese colegio pero por otro lado me da muchísima pena pensar que esos niños van a seguir con el curso de sus vidas sin más. Sandra, Rubén, Sara, Cayetana, Alberto, Diego. No es que piense que si me quedara podría arreglarles los problemas

para siempre, sé que eso tampoco va así, que ellos seguirían teniendo problemas y que sufriríamos igual por todas las partes. Tiene que haber otra forma de tomarse este trabajo. Más práctica, más alegre. Era de esperar que este destino me resultara difícil de asumir y no me quedaba otra que afrontarlo teniendo en cuenta que se debía a un error propio que me llena de vergüenza, pero el año pasado en el colegio público pasé también miseria. Aquella sala de profesores donde estaban algunas de las personas que yo había conocido diez años atrás. Desde aquí no sé determinar si el ambiente era infumable de verdad o es que a mí me causó ese rechazo visceral que a veces me embarga y me empuja a salir corriendo. Me sentía fuera de lugar viendo por primera vez los bastidores del teatro que había presenciado de niña. Allí se me hizo tangible lo poco que significaban para los adultos diez años. Para mí suponían un millón de cambios drásticos y los maestros que seguían desde mi infancia apenas habían cambiado. Me vibra el móvil dentro de la mochila gorda. Lo saco corriendo del bolsillo lateral. Es mi madre. Cuando lo cojo habla ella antes de que me dé tiempo a decir nada.

—Lali, ¿vienes ya para casa? —Su voz suena torpe.

—Sí, claro.

—¿Vas en el autobús?

—Claro, voy por Luis Montoto, ¿por qué, qué pasa?

—Era por saber cuándo vas a llegar.

—Me queda un ratillo, ¿pero por qué, ma, qué pasa?

—Nada, hija, es para que no te asustes al llegar, que es que se ha muerto el tito Manolo.

—Hostia, ¿qué le ha pasado?

—Que le ha dado otro infarto cerebral esta mañana cuando estaba aquí la muchacha sola con él, la pobre no veas qué disgusto se ha llevado.

Escucharla referirse a él como tito Manolo me causa más contrariedad que el infarto, que el disgusto, que la propia muerte del hombre que se pasaba el día fumando en mi casa advirtiéndome sobre el acecho de un alacrán que ha acabado por picarle a él.

—¿Y cuándo ha sido? —pregunto.

—Sobre las diez de la mañana, que estaba acostado y se quedó mirando para arriba un momento y sanseacabó.

—Vaya.

—Y nada, que están aquí la tía Rosario y las primas y todo.

Claro, ha usado el término tito Manolo porque tiene familiares cerca y eso la vuelve falsa, es algo que siempre ocurre. Mi abuela tenía muchos hermanos de muchas edades. Rosario es la única de esos nueve hermanos que queda viva y sus hijas tienen las dos más de cincuenta años. Viven las tres juntas en un pisito oscuro de la Macarena y no les gusta mucho mezclarse con la gente ni siquiera por Navidad, postura que entiendo y respeto, pero hoy supongo que se han sentido obligadas a venir cuando mi madre las ha llamado. El resto de la familia está lejos y no creo que se acerquen. Manolo no le importaba mucho a nadie pero a mi madre le apetece ahora mismo fingir que sí por darle un poco de calidez a la situación aunque lo único que consiga sea sonar forzada. Seco y distante desde el principio hasta el final, no tuvo amigos más allá de la veintena y que sepamos una sola mujer se le ha acercado en la vida, una compañera de trabajo que conoció gracias al puesto de administrativo que mantuvo desde los veintiún hasta los sesenta y tres años. Aguantó a su lado unas cuantas temporadas hasta que se hartó de sus desaires y sus

malos humos y desapareció incluso de la oficina para no tener que verlo más. Al parecer de estas cosas sí hablaba con mi madre en la mesa de la cocina llegando a manifestar dolor y arrepentimiento en algunos momentos, o eso asegura ella, aunque tal vez fuese una estratagema para conmovérsela y que aguantásemos más.

—Eso, pues bueno, pues ya está —concluye mi madre.

—¿Y qué plan?

—Plan ninguno, cuando llegues tú pues igual comemos con la tita y las primas y a ver si vienen a llevarse a Manolo.

—Ah, que está ahí todavía.

—Sí, hija.

—Vale, ¿llevo algo?

—Nada, no hace falta, he sacado lentejas y me he traído pan.

—¿Y tú cómo estás?

—¿Yo? Bueno, un poco raro todo, ¿no?

—Ya.

—Pero bien, verás tú, era de esperar.

—Ya.

—Venga, vente para la casa y comemos que es lo importante.

—Sí, ma, hasta ahora.

—Venga, hija, hasta luego.

Colgamos. Apoyo la frente contra la ventana y me arrepiento de inmediato porque me da miedo que se me pringue el flequillo y me broten más granos entre una cosa y otra. Manolo me caía muy mal pero es raro pensar que la última vez que escuché cómo cantaba lo del alacrán ayer por la tarde fue la última de verdad, que no habrá más. Tal vez siguió canturreando un rato fumando en su cuarto o fumando en el baño o fumando en la cocina, sus tres únicos destinos en la vida, pero yo no estaba allí para escucharlo. No habrá más excursiones al estanco en busca de cartones ni vueltas rácanas ni improperios desde la mesita frente al armario de las escobas. Otro viejo que se ha muerto en mi casa. Me pregunto si habrá más, ya creo que no, y si eso implicará que nos mudemos a otra. Por mí esta casa está bien, no me importa la energía dejada por el tabaco ni por la muerte. Aunque mi abuela se puso bastante difícil con los años a última hora la lloró mucha gente. Fue mi primer entierro. Yo también lloré un poco. Hoy no creo que lllore a no ser que se me atravesase el asunto de Fernando. Es curioso que le dé tantas vueltas a la idea de la muerte y que Manolo se haya desvanecido para siempre esta mañana me importe tan poco. Tenía algunas camisas y pantalones bonitos que le hubiera gustado ponerse al tío de Tony Soprano para sentarse a fumar en la puerta de la charcutería. Sus pijamas también están bien. Me suelen gustar los pijamas de caballero. Tal vez me agencie alguno si deja de apestar a alquitrán después de pasarlo por tres o cuatro tapones de suavizante. Gloria no trabaja esta tarde. Espero que pueda quedar conmigo. Me va a hacer mucha falta un cigarro.

El camino entre la parada de autobús y mi casa se me hace raro y largo. No me apetece que termine y llegar, preferiría quedarme andando en un bucle infinito como con los fondos de Hanna-Barbera, que de pequeña pensaba que eran dos mujeres, Hanna y Barbera, no abrir nunca la puerta y encontrar el panorama sombrío del muerto en la casa. El sol brilla de una forma intensa y temida que anuncia la proximidad de la misma primavera que dará paso al fuego del

infierno sureño, y este marzo ni siquiera me podré concentrar en ver la piel blanquecina de Diana reluciendo y mutando de menos pecosa a más pecosa a lo largo de los meses. Estaré mirando sus fotos en bikini. Abro la puerta y el ambiente es justo el que esperaba aunque un poco más ajetreado porque han llegado varias personas de la funeraria. No está mal, lo agradezco. La tía Rosario y las primas que se llaman Merchi y Concha están sentadas en el sofá con los brazos cruzados sin decir nada. Tienen unos tipitos muy parecidos las tres, pechugonas y barrigonas, y si las miras de lejos no sabrías decir quién ha parido a quién. Mi madre y los de la funeraria están en la mesa ocupándose de unos papeles. En medio del salón, frente a la tita y las primas, hay un ataúd cerrado. Me acerco a ellas, les doy dos besos, me empacho del olor a productos Myrurgia que desprenden y que tanto me gusta, dejo la mochila en una esquina y como no hay ningún asiento disponible apoyo el culo sobre el ataúd. Goro que está encerrado en el patio para que no monte jaleo me mira desde el otro lado del cristal manchándolo de babas. La tita y las primas no dicen nada y yo tampoco a lo largo de unos cuantos minutos. Ellas miran al suelo y yo al perro. Estoy deseando abrazarlo y la correspondencia de su sentimiento me llega a través de la barrera de cristal pringado. Mi madre y los hombres, que parecen tranquilos y eficientes como requiere su oficio singular, dan por concluida la gestión, se levantan y aunque me resulte cómodo no hablar con la tita y las primas agradezco el ruido que hacen las sillas al arrastrarse. Anuncian que van a proceder a retirar al difunto y se me quedan mirando con gran seriedad.

—¿Pero que está aquí dentro? —pregunto, y por sus gestos entiendo que sí, que el muerto está ya guardado. Como su habitación estaba cerrada pensaba que seguiría en la cama y que el ataúd estaría vacío. Pues nada, Manolo, me diste mucho el coñazo pero mira ahora cómo me he sentado sobre tu cadáver como si nada. Me levanto y la tita y las primas me imitan. Anuncian que piensan marcharse ellas también. No les apetece comer con nadie ni siquiera en un día como este y yo una vez más las entiendo y las respeto. Para qué fingir, no les gusta la gente, les gusta estar en su casa. Nos volveremos a ver pasado mañana, que será cuando lo incineren. No habrá tanatorio ni rituales significativos. Su hermana no llora ni sus sobrinas ni su sobrina nieta que soy yo. Nadie va a llorar por Manolo ni mucho menos a tener una crisis existencial. Los de la funeraria cargan el ataúd sencillo y todo el mundo se va. Mi madre cierra la puerta y suspira mientras yo le abro a Goro y me abrazo a él.

—Pues nada, estas se han ido, hay que ver lo frías que son, yo esperaba que comiéramos — comenta mi madre.

—Para qué, si es mejor así, si no nos conocemos de nada, menudo tostón.

—Ya, pero no sé. ¿Qué hago yo ahora con tantas lentejas descongeladas?

—Pues comemos mañana o pasado otra vez, ya ves tú.

—¿Sí?

—Sí, ya está.

—Pues nada, a cascarla.

—Eso.

—Hemos cumplido, ¿no?

—¿Que si hemos cumplido? Hemos cumplido demasiado.

—Cómo lo sabes.

Después de comer las lentejas son las cuatro y diez y llamo al fijo de casa de Gloria. Yo le cuento que se han llevado el cadáver de Manolo y ella me cuenta que Britney Spears se ha rapado la cabeza.

—Pero quilla, ¿tú estás segura, tú eso dónde lo has visto? —le pregunto incrédula.

—Mira, te comprendo porque a mí al principio también me ha costado cuando me lo han contado las de prácticas.

—¿Cuál de las dos te lo ha contado?

—Las dos lo venían sabiendo.

—Ya, ¿y no será un bulo raro?

—Que no, cabezona, por Dios, que he visto yo las fotos, busca las fotos y cállate ya.

—Bueno, ¿y por qué se ha rapado, se sabe?

—No está muy claro pero parece un arrebató de estar hasta el coño de todo, eso lo entiendo yo fácil.

—Ya, yo qué voy a decir.

—Mira las fotos y ya está, chorli, que además está muy guapa aunque se la vea un poco ida a la pobre y nos vemos a las siete.

Le digo que vale y cuelgo. Me tumbo en la cama y la casa me parece muy silenciosa aunque mi madre tenga la tele puesta con el programa del tomate a toda pastilla. Apoyo la cabeza en la almohada, cierro los ojos y sobre la pantalla oscura de los párpados se me proyectan el baño de Fernando, el aspecto que tenía dormido cuando me fui, mi mano cobarde deslizando la carta en el buzón, la cara de Alberto al conocer el asesinato de Lorca, el ataúd en medio del salón, Britney Spears perdiendo los papeles después de tantos años de vida extraña. Lo suyo me sobrecoge más que lo de Manolo porque él era un viejo cascarrabias sin ganas de vivir y ella es una joven atrapada en una situación de acoso indigerible. Es rica como para comprarse lo que quiera pero no le sale nada barato el negocio. Hay un montón de gente traficando con su cara, con su carne, persiguiéndola a todas horas. Lleva así desde mucho antes de poder pedirse un paquete de Winston en el estanco y tiene que ser un trastorno muy grande.

La primera vez que la vi yo tenía doce años y ella diecisiete y me pareció muy mayor. Ahora miro sus videoclips de entonces y la explotación de un ser con el raciocinio por desarrollar es evidente. Nadie se estaba parando a pensar en las consecuencias que supongo que acaban de culminar con esta pérdida de olla que Gloria me describe. Se ha rapado la cabeza y en las imágenes se la ve enajenada. Las busco y las veo, supongo que como todo el mundo estos días, pasando a ser parte del problema, del monstruo de millones de ojos que no deja de observarla y contra el que tal vez esté intentando rebelarse. Tiene la mirada extraviada pero la encuentro guapa de todas formas, tal como Gloria ha descrito, y me da pena y rabia que en todas partes digan que está horrible. Pobre Britney. Recuerdo la mañana de sábado en que me bajé el videoclip de «Slave 4 u» del Kazaa y el trance en el que me sumió. Los cuerpos anaranjados, los pelos de textura aceitosa, el arreglo desafinado invitándote a meterte en líos, el torso descubierto, largo y sinuoso con el que tanto fantaseé, el escenario incomprensible de aire clandestino en el que todo el mundo estaba cachondo y sudaba, las bragas fucsias por encima de los vaqueros. Yo llevaba poco tiempo follando y estaba deseando salir al club, tal como ella cantaba, a pasar de nivel. Por desgracia no encontré ninguno con el ambiente de videoclip que esperaba pero de eso

ella no tenía la culpa. Qué aburrimiento el bombo que le dieron a lo de si andaba follando o no. Cómo se atrevieron a preguntarle semejante cosa en las entrevistas. Por qué esa obsesión con el concepto de virginidad. Antes de que me viniera la regla ya me estaba molestando. Me resultaba odioso. Gloria y yo éramos vírgenes pero nos andábamos metiendo cosas, ¿dónde se supone que está la abismal diferencia? ¿Si Diana no hubiera conocido nunca un nabo pero le hubiera metido yo el puño hasta el codo se seguiría considerando virgen? La primera vez que follé no sangré. Tampoco sangré con ninguno de los objetos aleatorios que me introduje antes y después de las pollas que fui conociendo. Unas chicas sangran, otras no, a algunas les duele y a otras no. A mí no me dolió, solo me costó un poco de trabajo. No le veo la importancia. El aguante de Britney ante el vapuleo al que ha sido sometida durante años es asombroso. Su sonrisa tensa de los diecisiete años me llena ahora de compasión. Supongo que en aquel momento no le quedaba otra que comportarse como una buena mascota adiestrada que es lo que era. No me extraña que se cansara, que haya terminado petando.

Ojalá pudiera llamar a Diana y tirarme al teléfono con ella tres horas como solíamos hacer. Dejaríamos atrás el alejamiento y la confusión y nos centraríamos en comentar lo que le ha pasado a Britney Spears. Después le confesaría todos mis sentimientos reprimidos, ella me perdonaría y me acogería de nuevo en su risa con el labio superior abultado cubriendo las paletas. A ella le gustaba más Christina Aguilera y a mí en teoría también pero Britney era capaz de conmoverme y fascinarme a otro nivel. Parece poca cosa pero Christina tiene un año más y la fama brutal le llegó un año después. Un margen de dos años durante la adolescencia puede marcar una diferencia abismal. El primer videoclip del disco que sacó Christina Aguilera el año pasado fue el último del que hablamos Diana y yo. Ella alababa sus labios rojos, lo adorable de los estilismos y los escenarios, todo lo que más le gustaba. Ese mismo día en su habitación, un poco más tarde, me habló soñadora del asunto que se había estado guardando. El tío con el que más había follado aquel cuatrimestre, uno de veintisiete que había hecho Bellas Artes y vivía solo restaurando viejas esculturas, le había escrito una carta. Aquel rufián que sigo respetando porque no tiene culpa de nada, callado y virtuoso, le había escrito una carta y ella se quedaba sin respiración cuando se acordaba de ella. Una carta muy larga, muy densa, que más que una carta era un libro corto. Diana no soltaba el tema de la emoción de aquella carta pero cuando le pregunté si podía verla me dijo que no. Cómo le pediría hoy perdón porque fui el típico imbécil que no se compromete del todo contigo pero que si luego nota que te gusta alguien más se pone posesivo y cruel, te presiona contra tu voluntad, se aleja con el paso turbio y te deja sin entender lo que ha pasado, porque yo no quería ser la única para ella pero sí la favorita, me obsesionaba ser la favorita, quería estar por encima de los demás y que ella me contara cómo le iba con el resto dejando siempre clarísima mi posición de superioridad, y esto no sé si está mal del todo por muy feo que suene, el caso es que nunca le hablé de ello.

Yo quería tener derecho a conocer los detalles, que no se guardase nada para sí misma, que me contara sus historias minuciosamente y recrearme luego en ellas durante meses. El día el que la peinaba le regaló un vestido de la talla correcta y ella se lo puso y le hizo un bailecito y él se embruteó muchísimo y la persiguió por la casa y se la folló contra la pared, cuando le pidió al restaurador de esculturas que se la metiera por el culo porque estaba aburrida de tanto usar el mismo agujero y él tardó un rato en pillarlo pero luego se corrió dentro y yo no paraba de hacer preguntas porque no entendía la sencillez del relato, ¿cómo se había abierto el culo tan fácil,

cómo no tenía ella idea de dónde había ido a parar la lefa? Me dijo que no lo sabía, que suponía que habría caído sobre la cama. ¿A qué clase de ángel de chicle me estaba enfrentando que no necesitaba dilataciones progresivas ni chequear la pulcritud de los fluidos expulsados por el culo? Me moriré con estas cuestiones sin resolver pero me encantaban sus relatos de todas formas. Los recuerdo como si hubiera presenciado las escenas a través de un agujero y seguramente lo que me imagino no tiene nada que ver con lo que pasó en realidad. La forma en que los demás la adoraban y le sacaban partido a su belleza no hacía sino aumentar su valor para mí. Me gustaba además que estuviera siempre bien follada ya que yo era tan torpe. Lo que podía entregarle desde mi posición era la atención más esmerada, el romanticismo, la complicidad, una mezcla muy intensa entre noviazgo y amistad que reunía bajo mi criterio algunas de las mejores características de cada cosa, mis propios relatos repletos de detalles escabrosos que siempre la dejaban a ella por encima, las cartas. Era lo que yo le ofrecía pero empecé a pasar más tiempo con Fernando y no le comuniqué a ella mis deseos de forma explícita, di por hecho que los entendía y de repente me vino con que el restaurador le había escrito una carta tan bonita e intensa como para escondérmela y llevarla a cierta pasión irracional propia de los amores púberes, y la irracionalidad se me contagió porque se me estiró la espalda y me callé las cosas y me refugié durante las siguientes semanas en los pegajosos brazos de Fernando, que no me interesaba tanto como persona pero para quien yo sí era la única y me hacía sentir menos torpe, menos pobre, y le dije a ella que me hacía extremadamente feliz cuando no era verdad. Qué estupidez, ni siquiera he sido la favorita de Fernando, he sido la única porque no tenía más opciones. A él le gusta otro tipo de chica pero no se le da bien comunicarse con ellas y solo yo he sido lo bastante rara como para meterme en esa casa roñosa a mear en el suelo y darle lecciones elementales sobre el acomodamiento del hogar. Mientras tanto el romance de Diana con el de la carta se desinfló sin que yo me enterara, a finales de julio emprendió el habitual viaje para visitar a su familia francesa, allí conoció al belga y para el curso siguiente estaba lejos, esfumada, viviendo con él en Bruselas. Al parecer a él no le hacía gracia que hubiera sido promiscua en el pasado y ella enterró los contactos de todos los amantes que había dejado por aquí. Eso me incluía a mí y suponía una concesión injusta pero en el fondo no era más que una consecuencia en cadena de mi movimiento en falso, era el fruto de mi primera semilla envenenada que en pocos meses había germinado y me estaba escupiendo en la cara. Primero el complejo de pobre, luego el de coño y luego el de segundona. Desde entonces me entero de sus cosas por Macarena y por el Fotolog. Al guiri lo he visto en algunas imágenes. Es muy guapo y ágil, tiene el pelo castaño con reflejos cálidos, suave y ensortijado. Una vez Diana subió una foto en la que él la estaba alzando en el aire agarrándola por la cintura con las manos al estilo de *Dirty dancing*. Los dos eran esbeltos y fuertes, bailarines ambos vendiendo la moto de las almas gemelas, y tal vez lo sean, qué puedo saber yo desde mi habitación abuhardillada de Sevilla Este, solo sé que le veo cara de simplón y que Diana a veces se cegaba por los tíos que la atraían físicamente, qué puedo reprocharle yo a nadie si me he pasado dos años yendo a una casa con olor a podrido solo por unas manos y unos cuantos libros y discos que le gustan a cualquier joven pretencioso. Tal vez hubo algo en los relatos que le brindé a Diana que la hizo sentir inferior, insegura, algún entusiasmo concreto que expresé sin rendirle a ella la debida pleitesía, sin recalcar que seguía siendo mi favorita de lejos, no me acerqué a su casa con la suficiente asiduidad. Sus historias

eran mucho mejores que las mías, las casas que frecuentaba, su barrio, su cuerpo, su cara, su pelo, sus tíos con dinero y ganas de cogerle coletas maltrechas, todo es mejor que lo que yo tengo y el complejo de no estar a la altura hizo que ahora me haya quedado al margen.

Escondo la cara en las palmas de las manos mortificada por la vergüenza de los errores que me han traído hasta este lugar frío y cortante, por no pensar bien lo que hacía, no fijarme lo suficiente, siempre dando por hecho que mi atención es la de mejor calidad mientras se me están escapando gestos determinantes, como cuando me creí muy educada por decirle a la compañera alemana de Macarena que tenía el pelo precioso, que si se lo podía tocar, y ella me dijo que sí con pereza y se lo toqué y luego supe que le había caído mal porque es negra y está harta de que eso sea lo único que a la gente blanca y cateta como yo se le ocurra hacer cuando se la presentan. Ahora identifico perfectamente el momento en que su pereza asomó pero estando allí no me di cuenta, no lo supe interpretar, ¿qué me perdí en Diana, qué se me escapó? El gatito pasando hambre en mi puerta, todas las veces que le hago el vacío a mi madre y que me van a pasar factura el día en que a ella se la lleven los que han venido hoy a por Manolo, las agendas de la primavera pasada en las que no le di prioridad a Diana por encima de Fernando, el día en que me quedé sudando vestida sentada en su váter mientras ella se hundía en la bañera con la loza verde agua repitiendo que no, que no me metía, y ella echándome de menos. Mi excusa fue que tenía muchos pelos y me daba vergüenza. Le pareció un motivo de muy poca monta pero al mismo tiempo le costaba comprender el descuido porque ella siempre estaba recién depilada. Lo de los pelos era cierto, estaban allí y me avergonzaban mortalmente pero en el fondo era una verdad mediana encubriendo una verdad más gorda. No quería que me viera desnuda con las bombillas del espejo sobre el lavabo encendidas. Imposible, era imposible. Fue como volver a las tardes eternas de no ser capaz de quitarme la ropa para bañarme en una piscina con otras personas para que no me vieran el cuerpo pero peor. El pudor era mucho mayor y lo que me estaba haciendo sacrificar aquel sentimiento infecto mucho más importante. Su rostro decepcionado mientras chapoteaba sola. Seguro que se sintió insuficiente, abandonada de alguna manera.

Empiezo a escribir un mensaje en el móvil y lo borro. Empiezo otro y lo vuelvo a borrar. Me levanto de un salto, agarro un cuaderno de encima del escritorio cogido de la basura y lo intento a mano, de pie, llenando la página de tachones. Hola, Diana, hace mucho que no hablamos pero. Hola, Diana, ¿has visto lo que le ha pasado a Britney? Hola, Diana, espero que te vaya bien. Ojalá pudiera decirle solo Hola, Diana. Son las únicas palabras que tienen sentido, las únicas que contienen cierta magia, las que abren una puerta que se había cerrado para que vuelva a entrar por ella la luz, pero por esa puerta no va a entrar nada, si me atreviese a enviarle un mensaje cordial genérico ella contestaría también cordial y genérica y ahí se quedaría la cosa, no habría posibilidad de entablar un diálogo más allá del saludo. No creo que sea buena idea. ¿Y si le llega con el novio al lado y se lo tiene que ocultar, y si el pavo lo ve y discuten por mi culpa? A Gloria no le puedo pedir consejo porque siempre pensó que Diana era una pija mimada que me hacía perder la lucidez y que solo se fijaba en el dinero que tenía la gente. Lo más probable es que tuviese razón pero no me apetece ni mencionarle el dilema por no escuchar cómo lo vuelve a decir, lo que tengo que hacer es encontrar la fórmula perfecta para comunicarme con ella por mí misma, estar segura de que es irreproachable, de que no es banal ni tampoco intensa, de que ni abre la puerta de una patada ni pasa un papel por debajo dejándola cerrada. Si no encuentro la manera idónea no le volveré a hablar nunca. Prefiero quedarme en la sombra a meter la pata. Me

vuelvo a acostar en la cama con el cuaderno al lado. Debería haberme quitado las lentillas. Cuando lloré se hidrataron pero llevo demasiado tiempo con ellas puestas y ya no me queda mucho antes de salir. Me compensa aunque sea para cinco minutos. Saco el estuche de la mochila y acordarme de que el disfraz y los zapatos están dentro me causa repulsión.

Salgo hacia el cuarto de baño, me lavo las manos, me las quito y vuelvo a encerrarme. Suena el timbre de la casa. Es una vecina. Al distinguir su voz me alegro de que llegue porque mi madre ha tenido un día muy raro y necesita compañía. Me doy cuenta de que ni siquiera he considerado la posibilidad de cumplir esa función. Yo quería estar sola y es lo único que me ha importado. De hecho sigo considerando prioritaria mi necesidad por muy llamativa y dudosa que me parezca. Tal vez en el futuro me resulte deplorable esta actitud. Me pongo de rodillas sobre la cama y me miro en el espejo roto frente al que Gloria y yo nos hemos maquillado tantas veces escuchando a Parálisis Permanente y me asalta la certeza de que ese tiempo breve e intenso no va a volver jamás tal como fue. Recibo un mensaje del pasado, uno que me envié a los diecisiete. Me lo envié con los ojos cerrados, sin necesidad de enchufarme al espejo. Estábamos Gloria y yo en su casa, a punto de salir, con las luces apagadas y la música fuerte en el equipo del salón con el mueble de las copas caras al lado. El mensaje que me envié era sencillo. Era feliz en aquel momento y no solo era feliz sino que estaba siendo consciente de ello. Dejé grabado que me ilusionaba tener una amiga con la que compartir los planes, me ilusionaba la idea de vestirme y pintarme con ella, de que bebiéramos con las canciones que más nos gustaban, de salir tarde a la calle a descubrir lo que tenía que ofrecernos. No recuerdo haberme enviado otro mensaje igual hasta el momento de estar bailando con Diana canciones malas pero divertidas, ella muy borracha y yo fumando contenta, convencida de que sí había valido la pena nacer y pasar todo el tormento de la infancia y la adolescencia porque al final aguardaban hadas que te daban la mano y luego te metían en su habitación a pasar la noche y te arropaban. Fueron momentos de fe. Es bonito tener fe. Cierro los ojos y viajo al pasado, como si imaginar situaciones que no han ocurrido con vividez pudiera cambiar el curso de la historia.

Es un martes de junio y son las seis de la tarde. Salgo del ascensor después de una hora y media de camino, Diana me abre la puerta de su casa, la veo y me fijo en todos los detalles, el coletero, el esmalte. Puedo reconocer el olor espeso y oscuro de su coño a dos metros. Todo lo que veo en ella hoy lo ha hecho pensando en mí, como cada vez desde hace más de un año. Ha elegido ese peinado con la coleta alta y gorda, ese rojo para las uñas, esos pantalones cortos de talle alto en azul marino, la camiseta blanca de tirantes. Tiene tan buena pinta que le da la risa al verme porque lo sabe, y yo no me siento pobre e inferior en ese momento, no me pierdo pensando que no soy tan guapa como ella, que no tengo sus calidades, que mis cejas son demasiado espesas en comparación con las suyas tan tenues y cobrizas, no me avergüenzo de mi celulitis ni de no estar bien depilada sino que me regocijo en su aprecio. Nos damos un abrazo, le esnifo el olor a cítrico, pasamos por su cocina grande y luminosa con la isla en el centro, un tipo de cocina que solo había visto en anuncios de electrodomésticos. Ella me agarra de la cintura con las dos manos y los músculos de sus brazos trabajados en el conservatorio se tensan para subirme en la isla y ponerme por delante un surtido de bollería francesa de la tienda gourmet donde su madre lo compra todo. En ese momento no me siento cutre ni pobre, solo afortunada, la sigo hasta la habitación y al entrar me fijo en los destellos amarillos de su coleta naranja. Cierra la puerta, me agarra de la mano y se tira en la cama arrastrándome. Me estampa un beso en la

cabeza limpia, hace crujir un trozo de napolitana entre sus dientes y no me da pena que mi pelo sea tan corriente y tan marrón, tan poco abundante, me centro solo en la suerte de estar de nuevo en la intimidad de esta estancia mágica, me aprieto los ojos para hacer más nítida la decoración y me fijo en la tele, el armario enorme, las fotos en las paredes, los pósteres, los libros, las pequeñas cosas que yo le he ido regalando. Ella pone el videoclip de Christina Aguilera y le alaba el gusto por lo vintage, una palabra ridícula que en Diana no suena ridícula. Es entonces cuando me habla de la carta. Yo reflexiono unos instantes antes de actuar, gestiono la punzada de dolor y la aplaco. Le muestro alegría sincera, emoción, cuando me dice que no me la enseña lo acepto y espero a recibir los próximos episodios manteniéndome cercana, no me quedo dispersa el resto de la tarde y me marchó antes de lo previsto con los dientes rechinando de celos, no albergo rencor a costa del desplazamiento porque no puedo estar segura de haber sido desplazada, no empiezo a escribirle menos ni a colgar antes el teléfono dándole vueltas sin parar al asunto de la carta porque cuando me lo contó ella me abrazaba y me celebraba como siempre, es solo que alguien más le ha escrito y le ha gustado y no me lo quiere enseñar, se lo quiere guardar para ella solita y me cago en los muertos del remendador de esculturas que no tiene culpa de nada, ¿cómo se atreve a escribirle una carta más larga y más densa que las que le escribía yo? ¿Dónde está la puta carta que yo la vea, que yo compruebe si es en efecto mejor que las mías?

Me aparto las manos duras de la cara. Su habitación se funde con un negro que desemboca en la mía. La estancia trae una textura granulada que se va disolviendo. La emoción de que me abra la puerta de su casa no regresará. No esperaba entonces que fuese un desenlace tan drástico. No he vuelto nunca. Si lo pienso soy capaz de arreglar algunos errores pero lo de la carta me sigue superando incluso desde hoy. Qué repugnante competitividad la mía, qué odiosa respuesta. Solo me valía compartirla si quedaba yo por encima en los campos de mi elección. Al menos lo de haberme despedido de Fernando me parece ahora un buen movimiento, elegante o no. Ahora mismo no tengo ganas de follar con más tíos. Los tíos que he conocido hasta hoy solo valían algo desde las pantallas, cuando estaban muertos de hambre. Tiene que haber de otros tipos y sé que voy a picar con los cutres más veces mientras los rastreo pero el pan de hoy es este, tieso por fuera y correoso por dentro.

Me levanto de la cama para salir del perímetro abarcado por el espejo. Son las siete menos veinte. Cierro el cuaderno con los tachones y vuelvo a dejarlo sobre el escritorio. Ya vale de tonterías. Hoy se ha muerto una persona en mi casa. Bajo la escalera con Goro alegre impidiéndome el paso y me asalta una sensación olvidada que recuerdo de cuando se murió mi abuela. La certeza de que la casa así, sin una persona anciana a la que cobijar, pierde el sentido. Lo más probable es que cuando se airee un poco el tema mi madre acabe trasladando su habitación a la de Manolo y yo aumente mis dominios en el piso de arriba mientras decidimos si nos mudamos o no. No tengo ganas de mudarme. He vivido en cuatro casas diferentes en Sevilla. Este, conozco montones de edificios y pisos distintos y esta zona me gusta aunque los niños se pasen las mañanas chillando en la guardería ilegal de al lado. Es una de las urbanizaciones más antiguas y se nota que los árboles llevan más tiempo creciendo. Durante un periodo vivimos en una de las áreas más nuevas y el ambiente desértico de los solares secos era deprimente. Mi

madre no se plantea otro barrio porque quiere vivir cerca de la pastelería y aunque lo aborrezco me gusta estar cerca de Gloria. Goró y yo nos acercamos a ella en el punto acordado para nuestro encuentro. Yo la abrazo y él le mete el hocico en la entrepierna contentísimo.

—¿Qué pasa, cabeza, cómo va la cosa? —me pregunta.

—Bueno, bien, bien dentro de lo que cabe. —No tenía previsto hablar de Diana pero es raro que tampoco me apetezca mencionar lo de Fernando. Creo que es porque me avergüenzo de ello.

—¿Bien con Manolo y con Britney rapada?

—Qué fuerte, Glori, vaya día.

—¿Fuerte? Fuerte que el jefe de Cardiología le ha tirado hoy a la Rocío unos papeles a la cara porque no los había colocado en el sitio que era y ella se ha ido corriendo a llorar y yo me he ido para él y le he dicho que era un tío mierda.

—¿Un tío mierda?

—Un tío mierda, quilla.

—Pero a ver, ¿cómo ha sido exactamente?

—Pues él le tira los papeles a la cara, ella se va llorando, yo me levanto y me voy para él y le digo «¡Usted sabrá mucho de Cardiología pero por encima de eso lo que es usted es un tío mierda!». Y ahora dice que o le pido perdón o me suspende las prácticas del tiri.

—¡Me cago en su putísima madre!

—Sí.

—Hostia puta.

—Sí, y la Rocío está agobiadísima.

—¿Y qué plan?

—Pues no sé pero por lo pronto está muy cabreado porque dice que estamos haciendo mucha historia de una tontería, que no estamos centradas en aprender que es lo que tenemos que hacer y que esto y que lo otro pero a mí lo que me parece es que en el fondo tiene un poquillo de diarrea porque no está acostumbrado a que le lleven la contraria.

—Vaya marrona.

—Mis padres están cagados como si esto me fuese a arruinar la vida, mañana hablaré con la Rocío a ver qué piensa.

—Buf.

—Ya.

Nos agarramos del brazo y caminamos un rato sin decir nada. Goró me acompañó y nos acompaña siguiendo el paso. Rodeamos el Palacio de Congresos y llegamos a la rotonda junto al McDonald's, que está rodeado de supermercados. Gloria entra en el Lidl y sale con un paquetón de Smarties y otro de regalices rojos. Le echamos el ojo a unos banquitos que hay alrededor de una de las esculturas incomprensibles que adornan las zonas de esta calaña y nos desplomamos a comer mientras un montón de gente sale con sus compras en carros y las mete en sus coches.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —le pregunto a Gloria.

—¿Lo del médico?

—Sí.

—¿Antes cuándo?

—Por teléfono.

—Yo qué sé, quilla, porque no tenía ganas.

—Ya —respiro hondo—. Yo le he dejado hoy un papel a Fernando en el buzón diciéndole que no nos vamos a ver más y tampoco tenía ganas de hablarlo.

—¿Y eso? Bueno, a ver, me lo imagino.

—Estoy harta ya de tanto cutrerío.

—Normal, ¿pero ha pasado algo concreto?

—Quilla, porque el Podre, ¿te acuerdas del Podre?

—Claro, el que huele a queso agusanado.

En el banco de la derecha hay sentadas tres canis y dos de ellas han empezado a soltar risitas. Esto nos lo sabemos. Es lo de siempre. No somos lo bastante chonis para el barrio ni lo bastante elegantes para la gente como Diana. Interrumpimos la conversación un momento tratando de analizar la situación, de concluir si es una paranoia nuestra o si se están metiendo con nosotras de verdad, que suele ser el caso. Parece que dos de ellas nos están haciendo burla y la tercera trata de aplacarlas porque no quiere gresca. Nos mantenemos en tensión, agudizando el oído, sus pupilas incrustadas en las mías y las mías en las suyas, hasta que oímos que una dice claramente que sabe quién soy yo, que soy la hija de la gorda de la pastelería, que se lo ha dicho un tal Isra. En el instituto conocí tres Isras diferentes todos igual de temibles, me pregunto si será el que me escupió en la sudadera saliendo de la biblioteca, el que me amenazó con robarme el móvil para vacilar delante de su novia o aquel al que presté un día los deberes y me devolvió el cuaderno rajado. Gloria coge aire, expande los hombros, se encara con ellas y les bufa:

—¿A que voy y te parto la cara, canorra de mierda?

Yo les clavo los ojos llena de ira y también de miedo. Goro se pone en guardia y cuando me fijo en cómo son con su ropa deportiva blanca y dorada me doy cuenta de que la tercera con cuerpo de sardina que decía por lo bajini que nos dejaran en paz es la Vero.

—Hostia, hija de puta, pero si tú eres la Vero —dice Gloria, que se ha dado cuenta al mismo tiempo.

—Illa, ¿que tú conoces a estas dos parguelas de qué? —le pregunta una de las amigas canis.

—Del Telepi —murmura la Vero mirando en otra dirección—, anda, vámonos ya que estoy hasta el coño. —Verónica se levanta y echa a andar dándonos la espalda sin decir nada más. Las otras dos la siguen.

—Qué fuerte —comenta la más venenosa antes de alejarse del todo, nos mira, escupe en el suelo como si le diéramos asco y se van. Nosotras nos miramos y no sabemos qué decir. Aplaco a Goro con unas caricias en la cabeza y vuelve a sentarse. Gloria se saca un paquete de Ducados Rubio de la chaqueta, lo abre con mala hostia y me lo tiende. Le quedan tres y dentro está el mechero color visón con el que le hemos dado fuego a Verónica unas cuantas veces antes y después de que nos abrazara en la puerta de atrás con la dulzura de un gorrión. Cojo un cigarro y el mechero, lo enciendo y se lo doy porque a Gloria le gusta que se los tiendan encendidos. Asiente con la cabeza en señal de agradecimiento, enciendo otro para mí y me alegro de haberlo podido hacer dos veces seguidas.

Miércoles

21 de febrero de 2007

Casi todos los días me levanto con la piel cubierta de una grasa aceitosa que se reproduce en minutos por mucho que la lave con agua y jabón pero dos o tres veces al mes me amanece suave y pulida. Me doy cuenta en cuanto me despierto, sin necesidad de verla ni tocarla ni de comprobar cómo se comporta sobre ella ningún producto. Siento la cobertura desde dentro del cuerpo, mi residencia oficial. Me relaciono poco con la capa de fuera. Igual es por eso que disfruto las cicatrices, los herpes y ese tipo de lesión cutánea, porque me obliga a comunicarme con el exterior. Ingiero un yogur sin engullirlo, pego varios buchets de agua y me lavo los dientes. Me meto en la ducha y me exfolio el cuerpo y la cara durante los cinco minutos que tarda la mascarilla capilar en actuar. El flequillo se me empieza a colar ya por debajo de las cejas. Cuando enjuago el pelo los dedos se deslizan de una manera concreta entre los mechones mojados, como si pesaran más que de costumbre, y me doy cuenta de que el resultado va a ser también bueno en ese sentido. Me seco con la toalla junto a la estufa y me unto entera de la crema corporal infantil que antes de absorberse me deja envuelta de una capa blanquecina semejante al yeso. Parece un día frío, uno de los que me gustan aunque estas casas andaluzas estén todas heladas, así que me pongo unos leotardos verde botella, falda y jersey.

Resulta curiosa la eficacia matutina de hoy teniendo en cuenta que me parece estar moviéndome más despacio que nunca y que he cambiado un par de pasos de orden. Hoy no corro de un lado para otro como un autómatas bien programado sino que pienso en cada cosa que hago, tomando decisiones más conscientes. Son las ocho menos veinte, mi madre ya se ha ido y el silencio de la casa acompañado de la salida del sol envuelve mi rutina ligeramente alterada de un aire ceremonioso. Ayer se despertó aquí una persona que al rato se murió. No nos llevábamos bien y no volveremos a vernos jamás. No he llorado por él ni por la situación de extrañeza que conlleva su ausencia y creo que no va a ocurrir en ningún momento. Ni siquiera mi madre está triste, solo un poco descolocada. El sonido del secador nos atrona a Goro y a mí en el cuarto de baño. Esta clase de estridencia me tensa mucho por las mañanas, lo mismo que el ruido de la cisterna, pero ahora mismo la soporto con estoicismo. Mi cara luce sobria en el espejo, aterciopelada por los polvos que le acabo de aplicar y contrastada por la máscara de pestañas. El flequillo se agita bajo la corriente de aire volviéndose de un marrón más claro, brillante, suelto y disciplinado. La casa está de luto a pequeña escala, es Miércoles de Ceniza y entiendo el amargo sabor de la liturgia. No es un mal sabor, solo un poco oscuro, como a chocolate puro con rayadura de naranja.

Me siento en el borde de mi cama, agarro un libro gordo y negro y busco un poema. De los poemas que he leído es el que mejor refleja lo que significa para mí transitar el mundo atrapada en la extrañísima y limitada experiencia de existir y me pregunto si que el título esté en francés lo vuelve pretencioso o no. Cuántos títulos hay en inglés a los que no doy importancia y por qué

el francés es a mis ojos tan estirado. ¿Significa que el francés tiene algo de soberbia en sí y mi intuición lo percibe o es que soy una cutre desacostumbrada? «Pavane pour un enfant défunt». Sostengo la página sobre mi falda negra y lo leo con la boca cerrada a la luz de la lamparita. Los ojos se me quedan clavados durante algunos segundos en varios puntos. Cuando iba al instituto a veces apuraba unos minutos para masturbarme con el papelito metido en las bragas y eso me ayudaba a salir corriendo a la calle con cierta euforia. Cierro el libro y me lo aprieto contra el pecho sabiendo que Leopoldo María Panero se encuentra en un psiquiátrico de Canarias y que probablemente lo primero que haga hoy sea fumarse un cigarro. No sé si sería posible para mí hablar con él pero no albergo ningún interés. Me gusta sentirlo lejos en el plano físico y cerca del corazón, igual que hago con los escritores muertos. Tal vez el día en que yo me muera empiece a entenderme mejor con la gente.

Dejo el libro donde estaba. El cielo del suicidio, el barco sobre la mar, el caballo en la montaña. Compruebo que tengo las uñas lo bastante cortas y le estampo un beso a Goro que se queda con agua fresca y la puerta del patio abierta. Cierro la casa con las gafas de sol ya colocadas sobre la nariz. Echo a andar y la forma en que mis piernas abrigadas se frotan la una contra la otra me trae la imagen de Diana con medias finas y maillot rodeada de compañeras bailarinas que hablan en francés en un edificio con calefacción de primera calidad, ella respondiendo también en francés como la cosa más normal del mundo mientras en mi cabeza suenan versos entonados por la voz de la niña que ya no soy, que se me está muriendo dentro intoxicada por el contacto con el mundo que tantas ganas tenía de conocer. En parte por eso intento rodearla de compañía infantil, para que no se le olvide el lenguaje que le es propio. Pese a mis esfuerzos su agonía se vuelve más grave mes a mes. A veces todavía palpita su corazón con fuerza y el brillo de sus ojos me humedece las arterias pero otras me siento en el primer poyete que encuentro, levanto un poco las manos para sujetar el fantasma de su cuerpo en coma y durante algunos ratos no es más que un cadáver en mis brazos como si fuera yo una Piedad sosteniendo en su regazo a una Virgen Niña con lágrimas de piedra corriéndole por las mejillas. Tengo veinte años y todo me empuja a dejarla morir en paz como a un enfermo en estado vegetativo que ya no hace sino quitarle el sueño a la familia pero me niego a perder la fe, a desenchufar la máquina, a quitarle la urna de cristal al ataúd de Blancanieves. Me llega el tufo de que esta creencia me va a acabar convirtiendo en una inadaptada pero quién dice que no encontraré una solución más adelante, que no me dará la ciencia una respuesta en otro momento como a menudo ocurre, que no acabaré Magisterio en un arrebató de valentía y conseguiré esconderme a respirar con los niños, que un día no reuniré la fuerza necesaria para resucitar a la mía en todo su esplendor y que no seré capaz de brindarle dignidad. Me apoyo en la marquesina de la parada, compruebo que el bonobús está en el bolsillo derecho, levanto los ojos al cielo y me juro que me mataré entera antes de dejar morir del todo a esa niña porque entraña más muerte el abandono de la infancia que la muerte en sí.

Nos toca ir a misa a la una. El colegio completo va a pasar por la capilla en grupos. Los de Infantil somos los últimos. Iremos las tres clases juntas y después directamente a ponernos el abrigo para salir. La idea me inquieta pero he rezado el Avemaría, he dado las lecciones basándome en el libro de Estrella e incluso me alegro de que la Religión prevista para después

del recreo no me toque a mí impartirla. Que se encargue una misa, que es lo propio. Aun así el día se nos está haciendo raro a los niños y a mí. Se supone que el año pasado ya asistieron a esta ceremonia pero algunos no se acuerdan y me hacen preguntas en el recreo que no sé responder. Les digo que se lo tomen como una sorpresa, lo más barato que se me podía ocurrir, y por suerte sor Lucía no está cerca para presenciar mi ignorancia amable y pausada. Sandra parece tranquila y no ha habido ningún altercado a lo largo del día. El ritmo sigue siendo frío y lento, tal como cuando me levanté, y me pregunto si es algo que perciben los demás o es solo que me lo parece a mí y esa sensación lo empapa todo.

Después del recreo sor Lucía les recuerda el significado de la misa a la que estamos a punto de asistir y yo escruto sus rostros sobre las mesas. El primer día me afané en recordar sus nombres y relacionarlos con sus caras. A la forma en que percibo el tiempo le queda un poco por desarrollarse para considerarse adulta, lo sé porque a las personas adultas todavía les sorprende que a mí tres años me parezcan un periodo muy extenso, pero vuelve a asaltarme la duda de si es el sistema educativo en el que aún estoy inmersa el que hace que la vida se haga larga. No hace dos meses que llegué y ahora podría escribir cientos de páginas sobre cada nombre y cada cara. Iván impulsivo y melancólico haciendo como que toca el tambor, Cayetana espabilada, altiva y muy contaminada ya por el orden establecido, Rubén tan asustado bajo una gruesa capa de rabia, Sandra tronchada como un tallo verde que se pisa por descuido, Diego como una rama joven que se poda de mala manera y crece retorcida, Paulina jugando a plancharse el pelo y andando de puntillas por el patio, Blanca susurrando sus inquietudes en murmullos certeros, Alejandro deseando dominar las leyes que imperan en el mundo humano para hacerse con él, Sara acercándose a mí con la confusión y la frescura de un gato de dos meses, Pedro rígido y callado, Andrés paseando independiente inmerso en una densa ausencia, Antonio Jesús pestañeando con pasión por el Cristo del Gran Poder, Ana María cómoda y bienintencionada como el peluche al que me abrazo por las noches, Paloma, Julia y Francisco José ocultando un profundo desconcierto en un silencio insistente, Rocío tierna y participativa, Ana discreta y eficaz, Alberto salvándose la vida cada mañana con ceñoritas, Daniela fantaseando con su vestido de novia, Gabriel correteando con una furia escapista, Elisabeth dándome la mano, el otro Alejandro sepultado por la imponente presencia del primero que tal vez sería distinto si en la clase fuese el único Alejandro, Alba escribiendo con la extrema lentitud del moribundo al que no le vale la pena seguir viviendo, Sebastián sencillo, sensible y jovial. Cuántos han empezado ya a marchitarse, cuántos están siendo aplastados desde su primer recuerdo de una ventana iluminada divisada al alzar la cabeza sobre la cuna, cuántos aguantarán hasta la pubertad, hasta la adolescencia, hasta la juventud, quién resistirá hasta el final, quién se apagará durante una temporada para florecer de nuevo como un rosal seco al que le vuelven a brotar hojas con las primeras lluvias del otoño. Repaso lo que sé ahora de sus rasgos, sus expresiones y sus andares mientras caminamos cogidos de la mano hacia la capilla.

Los de primero de Infantil van delante de nuestro grupo. Los de tercero detrás. Atravesamos un pasillo estrecho y luego uno ancho y las puertas nos están esperando abiertas. Aguardamos unos minutos cambiando el peso del cuerpo de un lado a otro con cierta emoción expectante hasta que nos toca entrar y nos acomodamos en los bancos del flanco derecho. Ayudo a los niños a encontrar su lugar mientras intento asimilar la opulencia de la capilla, forrada de un lujo obsceno. Frente a nosotros se erige un retablo grande y dorado. No es la primera vez que estoy

en un templo católico y he pensado mil veces en esto pero no deja de sorprenderme lo contradictorio y desvergonzado del estilo. ¿Cuántos millones de vidas miserables podría salvar la Iglesia si vendiera una sola escultura de Bernini? ¿Daría el Laoconte para alimentar a África entera? ¿Cuánta gente hambrienta comería caliente con el dinero que cuesta este retablo, a cuántas vacunas equivale? ¿Por qué se sigue encargando tanto terciopelo, tanto oro? ¿Cuál es la excusa? ¿Que la divinidad conviene representarse a través del exceso? Hasta yo sé que Jesús se opondría a esto. ¿Que es ilegal vender obras que son patrimonio de la humanidad? Hace dos años sí que lucharon para que no se legalizara el matrimonio gay. Siempre tienen respuestas para mantener sedados a sus creyentes, predispuestos de entrada a no romper la magia.

Sor Lucía está en el banco de atrás y me pide que me quede al lado de Sandra para mantenerla vigilada. El cura rechoncho parece serio y paciente y comienza a hablar con una cordialidad comedida. No lleva dos minutos de discurso cuando Sandra se arroja al suelo a mi izquierda y empieza a frotarse contra un banco. Sor Lucía entra en pánico a mi espalda, me agarra de los hombros, me indica con urgencia que la saque de la capilla y añade en un susurro irritado que qué niña más mala, qué niña más mala, no hay manera con esta niña. Sandra la oye y la mira con odio desde abajo, un odio puro y justificado. No hay nada peor que decirle a un niño inquieto que es malo, lo estás arrojando al fuego de una patada, a partir de ese momento no le queda otra que deprimirse con la autoestima destrozada, asumir que esa es su identidad y empezar a portarse mucho peor o una trágica mezcla de las dos. Me agacho y cojo a Sandra en brazos rápidamente, ella emite un ligero gruñido acompañado de un gesto de contrariedad y me la llevo con premura y silencio. Cierro la puerta desde fuera y la calma del pasillo nos aplaca. Me siento a salvo al margen de esa ceremonia malsana y la arrullo con suavidad. No lo habíamos hablado pero nos temíamos que esto pasara y ha pasado. Se ha tirado al suelo nada más empezar la misa buscando la pata más cercana en la que clavar la entrepierna. Sor Lucía se ha indignado porque una cosa es hacerlo en clase, que ya está fatal a sus ojos, y otra mucho más grave hacerlo en la capilla. Suspiro. A la niña de dentro de Sandra me la están matando muy pronto, todos los niños están destinados a morir en algún momento pero no a los cinco años, a los cinco años no debería valer, de hecho solo debería valer esa muerte acompañada de la otra, de la definitiva. La entidad que me mira a través de las finas pupilas de Sandra no dice nada pero es como si fuese mucho mayor que yo, como si hubiese ya tenido contacto directo con la guadaña, con el pozo, con el abismo al otro lado de la cortina de terciopelo. La aprieto contra mi pecho y ella se deja caer dócil. Le acaricio el pelo, la sostengo con firmeza de forma que su cabeza quede a la misma altura que la mía, ella me rodea las caderas con las piernas en un reflejo instintivo y la vuelvo a mirar. Su expresión se ha ablandado y me observa con interés. Estamos solas en el pasillo mientras la misa se celebra a unos metros. Escuchamos la voz del cura a través de la puerta cerrada. Nadie puede vernos ni oírnos a nosotras.

—Sandra —le digo en voz baja—, Sandra, escúchame una cosa, escúchame bien —ella mantiene la atención—. Yo sé que tú me entiendes cuando te hablo, no te olvides de lo que te estoy diciendo, yo sé que hay cosas de las que te vas a acordar siempre. No te vayas a olvidar de lo que te estoy diciendo yo ahora. Tú no eres mala, Sandra. Lo que haces cuando te tiras al suelo y te aprietas contra la mesa tampoco es malo, da igual lo que te digan, no te lo creas si te dicen que eres mala. Tú no eres mala, tú te mereces que te quieran, que te cuiden, que te comprendan, ¿lo entiendes?

Sus pestañas pálidas se mueven de arriba abajo a una velocidad moderada pero no puedo estar segura de que signifique algo. Creo que lo que estoy haciendo está prohibido pero me da igual, no voy a tener otra oportunidad y tengo que intentar inyectarle el único antídoto que conozco, que esta niña no desfallezca sin haber oído nunca estas palabras empapadas de amor sincero y de fe.

—Sandra, ¿lo entiendes? Tú no eres mala, tú te mereces que te quieran, yo te conozco desde hace poco y soy capaz de entenderte y de quererte, hay mucha gente que te puede entender y te puede querer, acuérdate y no te mueras, por favor, acuérdate siempre, cuando haya pasado mucho tiempo y yo me haya ido y tú te hayas hecho mayor, dime que te vas a acordar.

Sandra me sigue mirando y sus piernas me siguen rodeando. La sujeto fuerte con el brazo izquierdo por la espalda y le pongo la mano derecha sobre el pechito agitado.

—Dímelo, Sandra, dime que te vas a acordar.

Muevo mi cabeza para indicarle el camino del asentimiento deseando que me siga. Me mira con los párpados desplegados y empieza a mover la cabeza también de arriba abajo, el primer gesto de comunicación activa que la veo manifestar desde que llegué.

—Lo entiendes, claro que sí, yo sé que lo entiendes, tú no eres mala, Sandra, tú te enteras de todo, eres muy lista y eres buena, acuérdate siempre, mira el pasillo, mira las cosas que tenemos alrededor, acuérdate de esto y no te olvides nunca, nunca, nunca. Tú me entiendes, ¿verdad que sí?

Los ojos de Sandra se mueven en diferentes direcciones, yo vuelvo a sujetarla con las dos manos y la ayudo divisar el escenario girando ligeramente. La puerta de la capilla se abre y sor Lucía nos hace un gesto con la mano para que acudamos. La niña me rodea el cuello con las manos y me acerco con ella en brazos.

—Entra, Eulalia, que os toca.

Pensaba que igual nos librábamos pero no. Me resigno sin decir nada y entro. La capilla está llena de niños sentados que nos miran en silencio con las frentes cenicientas. Solo quedamos nosotras por cumplir el protocolo. Recorro diligente el pasillo central hacia el altar con Sandra bien sujeta contra el cuerpo y su cabeza pegada a la mía. Nos plantamos frente al cura. La Madre Superiora nos mira muy seria desde su lado. El cura unta el dedo en una urna, le traza una cruz de ceniza en la frente a Sandra y no estoy segura de que vaya a hacerlo conmigo pero antes de que pueda expresar la duda me aparta el flequillo y me la dibuja también. A las dos nos dice lo mismo:

—Conviértete y cree en el Evangelio.



cover